



Harold Robbins

EL CORCEL



Lectulandia

¿Hasta dónde está dispuesta a llegar la familia Hardeman para defender sus intereses? ¿Qué está dispuesto a hacer Angelo Perino para ponerse al mando de una de las más importantes empresas automovilísticas de Estados Unidos? Un peligroso juego de traiciones, amenazas y asesinatos se establece entre ellos, porque en la lucha por el poder todo vale.

En esta novela, con argumento independiente pero dentro del universo narrativo de *Betsy*, Harold Robbins despliega sus mejores armas: personajes deslumbrantes, acción incesante, diálogos incisivos... y sexo, mucho sexo.

Lectulandia

Harold Robbins

El Corcel

ePub r1.0

Titivillus 29.07.17

Título original: *The Stallion*
Harold Robbins, 1995
Traducción: Íñigo Nart

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

Un día de verano de 1939, Loren Hardeman de sesenta y un años y Angelo Perino de ocho coincidieron en un parque de Detroit. Hardeman, en silla de ruedas, paseaba por el parque ayudado por una enfermera. Angelo conducía un coche a pedales, la réplica de un Bugatti que su abuelo había hecho construir en Italia especialmente para él.

Loren Hardeman se dio cuenta de que el coche no funcionaba muy bien, ya que, en cuanto tenía que subir la más leve cuesta, por mucho que el chaval pedaleara furiosamente, el coche casi no avanzaba. Loren pensó que podría arreglarlo y cogió un cuaderno de dibujo y diseñó una transmisión variable para el coche de juguete del pequeño.

Angelo no tenía ni idea de que el hombre de la silla de ruedas era, nada menos, que el presidente ejecutivo de Bethlehem Motors, el cuarto fabricante de coches de todo el país. Había fundado la compañía y la dirigía con mano de hierro. Era la misma clase de persona que Henry Ford: un habilidoso mecánico sin estudios de ingeniería que construyó el primer coche con sus propias manos y que después logró levantar su empresa sin tener estudios empresariales. También se parecía a Henry Ford en otros aspectos; como él, era arrogante, arbitrario y caprichoso.

Fue un capricho de Loren Hardeman gastarse once mil dólares de los fondos de la compañía en construir un mecanismo de cadenas, engranajes y ejes que sacara el máximo partido al pedaleo del pequeño Angelo y mejorara la potencia y velocidad de su coche de juguete.

A medida que transcurrían los años, la enfermedad de Loren Hardeman se agravó y él se amargó cada vez más con el destino que Dios le había deparado. Solo había tenido un hijo y no tuvo mucha suerte con él. Solo había tenido un nieto tampoco había sido muy afortunado con él. El mundo los conocía como los tres Hardeman: Número Uno, Número Dos, Número Tres. Número Uno nunca confió ni en Número Dos ni en Número Tres para dirigir la compañía.

Angelo Perino creció y acabó pareciéndose en muchos aspectos a Número Uno. Tenía la misma energía y ambición que el anciano y, como él, estaba obsesionado por los automóviles. Le apasionaba diseñarlos, construirlos y competir con ellos en las carreras. Al igual que Número Uno, Angelo siempre lograba lo que se proponía. Se propuso competir como piloto de carreras y, en 1963, ya había alcanzado el segundo puesto en el *ranking* de conductores del Grand Prix y habría conseguido ser el número uno si, en el circuito de Sebring, su coche no se hubiera estrellado contra una pared en un accidente que casi le costó la vida y que lo dejó con el cuerpo destrozado y la cara desfigurada por las quemaduras.

Número Uno había diseñado una transmisión para el coche de pedales de Angelo porque estaba aburrido. Le encantaba hacer, construir y conseguir. El Sundancer, el modelo que había convertido a Bethlehem Motors en un gigante de la industria, era un respetable coche familiar con una imagen muy doméstica. En 1969, decidió

fabricar un coche deportivo. Le dijo a su nieta Elizabeth Hardeman, que entonces era una adolescente, que llevaría su nombre, Betsy, y la muchacha respondió que la idea «le molaba cantidad».

Para diseñar y construir el Betsy, Número Uno llamó a un hombre en quien sabía que podía confiar; Angelo Perino, piloto de competición e ingeniero de automóviles. Le pidió que se hiciera la cirugía estética para corregir sus cicatrices de la cara argumentando que no podía tener a uno de sus más altos ejecutivos con aspecto de monstruo. Angelo estuvo de acuerdo y se sometió a una serie de operaciones en Suiza; ya de vuelta, Número Uno lo instaló en Detroit con amplios poderes para llevar a cabo el proyecto del Betsy.

Pero había un problema: Número Dos estaba muerto y Loren Tercero creía que el futuro de Bethlehem Motors estaba en el campo de los electrodomésticos, no en la fabricación de coches, y estaba decidido a salirse con la suya. Se enfrentó con Número Uno e intentó hacerse con el control de la empresa, sirviéndose de tácticas que, aunque en ocasiones eran legales, siempre eran sucias. «Estaría bueno que un espagueti nieto de un contrabandista de licores cuestionase mi autoridad como heredero de la empresa y fortuna de los Hardeman», pensó; y para evitarlo llegó al extremo de contratar a un par de matones para que le dieran una paliza que lo dejara medio muerto.

Pero Angelo Perino era un luchador y la paliza no consiguió asustarlo; tan solo lo enfureció. En una reñida asamblea general de accionistas logró derrotar a Loren Tercero y, con ello, el control de la empresa volvió a manos del patriarca del clan.

Número Uno aceptó los frutos de la victoria que Angelo le había conseguido, pero no le gustó... No le gustó que su nieto hubiese sido derrotado y humillado públicamente. Al fin y al cabo, formaba parte de su familia y la sangre es siempre más espesa que el agua. Fue entonces cuando el patriarca despidió inesperadamente a Angelo y le prohibió que volviera a poner los pies en la empresa.

A pesar de ello, el lazo que unía los destinos de Angelo Perino y la familia Hardeman no estaba definitivamente roto; la historia iba a continuar.

El doctor John Perino, padre de Angelo, levantó su vaso de vino tinto y recorrió con la mirada la mesa presidida por una enorme fuente llena de pasta. El resto de los comensales, Jenny Perino, la madre de Angelo, Angelo y Cindy Morris siguieron su ejemplo y levantaron los suyos.

—Por un futuro mejor para vosotros dos, Cindy y Angelo —dijo el doctor—. Doy gracias al Señor de que el viejo te despidiera. Ya has perdido demasiado tiempo con los Hardeman. No hay nada que pueda redimir a esa familia. El nieto, Loren Tercero, es igual de ruin que su abuelo; ese al que llaman Número Uno.

—Es mucho peor —contestó Angelo y se unió a los otros dando un trago a su copa de vino. Tuvo que beber utilizando la comisura derecha de su boca, porque la zona izquierda de su mandíbula estaba todavía sujeta con grapas y los labios en esa parte estaban tremendamente hinchados.

—Otro brindis, por favor —dijo Cindy suavemente—. Por vosotros, padre y madre. Me atrevo a llamaros así, porque Angelo y yo, esta tarde, hemos decidido casarnos.

Jenny Perino apuró su copa, mientras empezaron a asomar lágrimas en sus ojos que se deslizaron por sus mejillas, y continuó sirviendo la comida. Todos los presentes sabían que solo sería más feliz si su futura nuera fuera católica, pero también sabían que había aprendido a valorar y a querer a Cindy y estaba muy contenta de que su hijo hubiese encontrado una chica tan buena.

Siguiendo la tradición familiar, llenó cada plato con más cantidad de la que cualquiera de ellos podía comer. Además de la pasta casera cubierta con una espesa salsa de carne, sirvió como guarnición una ensalada aliñada con aceite y vinagre, mientras un plato lleno de pan de ajo circulaba de mano en mano.

—Será una gran boda —anunció Jenny.

—Queremos celebrarla cuanto antes —dijo Angelo con delicadeza—. Nos vamos a Europa. Voy a hacer otra visita al doctor Hans para que me arregle los huesos rotos e intente reconstruirme la cara como la tenía antes. Quiero decir como antes de la primera operación plástica.

Hacía unos tres años, Número Uno había insistido en que Angelo fuera a Suiza, a la consulta del doctor Hans, a que le eliminaran las cicatrices que le habían dejado las quemaduras sufridas en el accidente del Gran Premio de Sebring. Pero el cirujano se había excedido, y no se limitó a arreglarle la cara, sino que, además, lo había rejuvenecido. Entonces Angelo se lo tomó a broma y dijo que pocos hombres tenían la oportunidad de modificar su cara y menos aún de estrenar otra: y en verdad era una segunda cara, porque tenía un aspecto de veinticinco años cuando, en realidad, pasaba

de los cuarenta. Ahora, después de la paliza, volvía a tener un aspecto grotesco. Tenía que regresar a la clínica del doctor Hans, pero esta vez le iba a pedir que lo recompusiera como el hombre maduro que realmente era.

—Ha habido un montón de cambios este año —observó el doctor Perino—. Estoy seguro de que todos ellos serán para mejor.

—Alguno quizá no te vaya a gustar del todo —contestó Angelo—. Hemos decidido que no vamos a continuar viviendo en Detroit. Cindy y yo hemos hablado sobre eso esta tarde en el hotel y queremos irnos a vivir a otro sitio.

—¿Os podremos visitar con frecuencia? —preguntó su madre.

—Nosotros seremos quienes lo hagamos —contestó Cindy—, tanto que estaréis cansados de vernos.

—¿Queréis tener hijos? —preguntó Jenny con una sonrisa que se hizo más amplia al terminar la pregunta.

—Por lo menos seis o siete.

—¿Por qué no te gusta Detroit?

—Es sucio y peligroso —dijo Angelo.

—Eso cambiará —contestó el doctor—. A medida que la gente de color adquiera mayores cuotas de poder y esta se convierta en su ciudad, querrán mejorarla. Como hasta ahora no la sentían como algo propio, no les importaba lo que pasara con ella. Sin embargo, ahora...

—Hay un par de razones más —dijo Cindy—. La primera es... bueno, siento que sea tu ciudad, pero cuando ya se ha vivido en una ciudad de provincias, ya las conoces todas. Quiero vivir en Nueva York.

—¿Y la otra razón? —preguntó Jenny—. Dijiste que tenías dos.

Cindy sonrió maliciosamente.

—Si nos quedamos aquí no tendríamos más remedio que ser sociables con esos horrendos nuevos ricos como los Hardeman y los Ford y eso sería difícil de aguantar. ¡Libreme Dios! Tener que ir a una fiesta y verme obligada a bailar con ese borracho patoso de Henry Ford Segundo que es peor que un pulpo. Creo que vomitaría.

—Ya lo veis: nos marchamos. ¿Creéis que soy capaz de convencerla de lo contrario? —dijo Angelo con una sonrisa.

—No podrías —contestó su madre—, y tampoco deberías intentarlo. ¿Te acuerdas todavía de tu abuelo Angelo?

—Sí, desde luego.

—Es una pena que no fueras a Sicilia a visitarlo. Ahora no podrás hacerlo hasta que te reúnas con él en el cielo, pero quizá podrías ir a Sicilia y ver...

—No, mamá —interrumpió el doctor Perino—. Quizá algún día Cindy conocerá al tío Jake, pero ir a Sicilia... ¡No! Nuestra familia no mantendrá más esa conexión.

—Mi abuelo fue deportado a Sicilia —explicó Angelo—. Se decía que era un *don* de la mafia.

—Mi bisabuelo Morris fue un famoso tiburón financiero —contestó Cindy

sonriendo—. ¿Cómo si no iba a tener tanto dinero? Raras veces se consigue trabajando.

—Tienes una filosofía de la vida algo cínica —dijo Angelo restándole importancia.

—Olvidemos las cuestiones filosóficas —observó Jenny Perino—. Ha llegado el momento de que te centres en lo que es verdaderamente importante. Tienes una buena educación, pero te has dedicado a la competición automovilística y casi te matas. Has querido diseñar coches, te has metido en una pelea para ayudar a un viejo a recobrar el control de su empresa, y lo único que has sacado de todo eso ha sido una paliza que te ha dejado medio muerto. Ahora que ya ha terminado todo, mantente alejado de ellos. ¡Cásate con esta chica adorable! Crea una familia con Cindy, Angelo. Eso es lo importante.



—¡Dios mío! —exclamó Betsy Van Ludwige mirando la cara de Angelo en su apartamento de Ámsterdam—. Realmente te han dado una buena paliza.

—Había en juego pasiones muy crudas, señorita Elizabeth —contestó recostándose en el sofá, con un brazo alrededor de la cintura de Cindy, que estaba sentada junto a él.

—Si me llamas señorita Elizabeth una vez más, voy a tirarte lo primero que tenga a mano. Proyectaste un coche que llevaba mi nombre, el Betsy, así que ¿por qué no me llamas Betsy?

—No lo sé, siempre pienso en Betsy como el nombre de un coche.

—Es mi nombre, Angelo... por favor. Bueno, ¿y... qué hay de Suiza?

Cindy contestó a la pregunta.

—El doctor Perino dice que tiene que estar bien cicatrizada la cara antes de que los cirujanos plásticos puedan volver a intervenir. Hemos pasado un mes en Londres y nos quedaremos dos semanas en Ámsterdam, después pasaremos una temporada en la Riviera y finalmente... la operación.

—Espero que todo salga bien —dijo Max Van Ludwige.

Betsy y Max no habían querido casarse, pero los Hardeman, especialmente Número Uno, habían insistido en que el bebé debía llevar el apellido de su padre. Todo el mundo, excepto Betsy, cuyas opiniones no contaban mucho, había decidido que lo mejor era que la mujer de Max se divorciara en seguida para que él pudiera casarse con Betsy y legitimar al niño. Más tarde se divorciarían y él podría volver a casarse con su primera mujer. El dinero sirvió para sellar el acuerdo.

Conociendo la historia, Angelo se quedó sorprendido al comprobar que Max era, a pesar de todo, un tipo bastante decente. El niño era suyo y había decidido hacer lo que era correcto. Su primera mujer se quedó en la casa familiar, y él y Betsy compartían un agradable apartamento en el cuarto piso de un edificio del siglo XVII, a orillas de un canal.

Observando a Max, tan bien situado, con una belleza de veintiún años como Betsy, Cindy se preguntó si la última condición del acuerdo llegaría a llevarse a cabo.

Conocía lo suficiente a Betsy para saber que le gustaba vivir con clase en cualquier lugar o en cualquier circunstancia, y eso se reflejaba en el apartamento. Las paredes blancas estaban decoradas con cuadros de pintores holandeses; nada de Rembrandts o de Vermeers, nada tan espectacular, pero pintores pertenecientes a sus escuelas, con trescientos años de antigüedad. Su casa era pura fragancia gracias al aroma de flores repartidas por infinidad de vasos y jarrones.

Hicieron la visita de rigor al cuarto del bebé para conocer a Loren Van Ludwige, que tenía unos dos meses, y a quien Betsy llamaba ya Loren Cuarto. El niño estaba a cargo de una niñera inglesa. Después de contemplar al bebé, volvieron al salón para tomar unas copas y comer un poco de queso holandés.

—Espero que os guste el restaurante donde he reservado una mesa para esta noche —dijo Max—. La comida holandesa es muy buena y si no conocéis un *rijsttafel* esta es una buena oportunidad.



El *rijsttafel* era un restaurante balinés donde se cocinaban cerca de cien platos diferentes. Colocaron una enorme fuente de arroz en la mesa y, después de haberse servido cada uno un poco, lo completaron con aquello que más les apetecía de una gran variedad de cien pequeñas fuentes con carnes variadas, verduras, platos calientes y fríos, y frutas que les ofrecían desde carritos ambulantes.

Era la primera vez que Angelo probaba ese tipo de comida y estaba encantado. Siguiendo la recomendación de Max, pidieron unas copas de ginebra holandesa y después una botella de Burgundy y otra de Chablis.

—¿Qué es lo que piensas hacer, ahora que has dejado de estar bajo el conjuro de los Hardeman? —le preguntó Betsy a Angelo.

—Bueno, tengo varias opciones —contestó—. Para empezar, las acciones que poseo de Bethlehem Motors valen unos seis millones. Puede que las venda.

—Por favor, no lo hagas —dijo Betsy sin rodeos—, aunque, si estás decidido a hacerlo, véndemelas a mí. Ya sacaré el dinero de algún lugar. Tú solo pagaste un millón por ellas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Angelo secamente.

—A mi padre casi le da un síncope cuando se enteró. Número Uno nunca había vendido antes acciones fuera del círculo familiar.

—Bueno, resultó que necesitaba fondos para financiar el proyecto del Betsy y tu padre intentó ahogar la idea negándole el acceso a los fondos de la empresa. Eso fue antes de que Número Uno decidiera pisar a fondo el pedal del freno y hacerse de nuevo con el control de la compañía.

—¿Y cuáles son tus otras opciones? —preguntó Max, obviamente ansioso por desviar la conversación en otra dirección.

—Podría irme a trabajar con la competencia —contestó Angelo—. He tenido algunas ofertas.

—A pesar de todo lo ocurrido, no me lo puedo imaginar —dijo Betsy.

—Pero tendríamos que ir a vivir a Detroit y eso es algo que ya hemos descartado —intervino Cindy.

—No tenemos que tomar una decisión inmediatamente —contestó Angelo—. No vamos a regresar a Estados Unidos hasta que me hayan operado y esté totalmente recuperado.

—Ya que estáis pensando quedaros una buena temporada por Europa, no dejéis de visitarnos otra vez antes de iros —dijo Max.

—A lo mejor para entonces Max y yo ya no estemos viviendo juntos —comentó Betsy—. Me parece que vamos a cumplir nuestro acuerdo dentro de poco.

—Bueno, pero eso no será antes de dos o tres meses, supongo —dijo Max.

—Imagino que no —concedió Betsy—. Pero, desde luego, antes de que vuelvas a dejarme otra vez embarazada.

—¿Vosotros?... —Angelo sonrió—. Perdonad, no tenía que haberlo preguntado.

—Mejor con Max, que con cualquier otro —contestó Betsy—. No voy a pasarme sin ello.

Cuando abandonaron el restaurante, Cindy dijo que quería conocer el famoso barrio chino de Ámsterdam. Estaba lo suficientemente cerca como para ir dando un paseo y Max los llevó a visitarlo. El barrio se extendía entre dos calles paralelas: la Voorburg y la Achterburwal. La mayoría de las chicas se paseaban por las calles o estaban apoyadas en el quicio de los portales, cubiertas solamente por una gabardina, otras se sentaban detrás de unas cristaleras, como si estuvieran en un escaparate, mostrando desnudas distintas partes de su cuerpo. Todo el negocio transcurría con un sorprendente decoro.

—Una de cada cuatro o cinco personas es un policía de paisano —explicó Max— y aplican la ley de una manera estricta. La chica no puede iniciar el contacto ni de palabra ni con un gesto. Es el hombre quien debe empezar la conversación. Pero estoy seguro de que si le preguntas a una ¿qué hora es?, te responde cincuenta florines.

Como eran dos parejas, nadie les prestó la más mínima atención. Era evidente que eran turistas visitando la calle como tantos otros a esa hora.

Mientras paseaban por el barrio comenzó a lloviznar. Las chicas que andaban por la calle abrieron sus paraguas o se cubrieron con sombreros impermeables que sacaron de sus bolsillos, pero ninguna de ellas abandonó su puesto.

Max se emparejó con Cindy mientras Angelo lo hacía con Betsy, que empezó a caminar deliberadamente despacio para distanciarse de la otra pareja.

—Pensaba que me habrías esperado.

—¿Esperado?

—El pequeño Loren tenía que haber sido hijo tuyo.

—Betsy... —Angelo dudó antes de continuar—, la familia Hardeman en pleno se hubiera subido por las paredes.

—Si te importara todo eso tanto como a mí...

—Será mejor que empiece a importarte. Tu abuelo, Número Uno, es capaz de...

Al verlo dudar ella terminó la frase.

—De asesinarte. Pero sería mi padre quien de verdad se hubiera enfadado. En más de una ocasión le escuché decir que no eras más que el nieto del contrabandista de whisky que abasteció a Número Uno durante la prohibición. No se ha dado cuenta de que los Hardeman también somos unos nuevos ricos. Número Uno, al fin y al cabo, empezó en un taller de bicicletas y construyó su primer coche de la misma manera que Henry Ford. No eran más que buenos mecánicos y nada más. No sé de dónde saca mi padre esos aires de que es mejor que el nieto del hombre que le vendía la bebida a Número Uno. Por cierto, ¿es verdad esa historia?

—Sí. Mi abuelo era proveedor del tuyo. Eso sí: solo licor de primera. Número Uno siempre tuvo su trago durante todos esos años.

—Eso es lo que más odia de todo lo que le ha sucedido —comentó Betsy—; no poder continuar bebiendo su whisky canadiense favorito.

—Lo comprendo perfectamente.

Ella le cogió una mano.

—¿Es verdad que te has casado? ¿Es cierto? ¿Está embarazada?

—No, todavía no. Por lo menos eso creemos.

Betsy movió su mano y después la soltó.

—Angelo Perino, voy a tener un hijo tuyo. Acabo de decidirlo. Solo espera y verás.

—Lo que Betsy quiere, lo consigue —canturreó Angelo con la melodía de *Malditos Yankees*.

—Y la pequeña Betsy te quiere a ti.

—Dicho con la frase favorita de Franklin Delano Roosevelt, «primero tendrás que consultarlo con mi mujer» —contestó riéndose.



Esta fue su tercera cara. La primera, aquella con la que había crecido, acabó quemada y desfigurada en la pista de carreras. Nunca le gustó la que le quedó como resultado de la operación que le había realizado el doctor Hans y que habían destrozado aquellos matones en un callejón de Detroit. Aquella cara siempre le había parecido falsa, demasiado juvenil para un hombre de su edad. Ahora lucía su tercera cara; la segunda reconstrucción que se hacía en menos de tres años.

Cindy insistió en que quería estar presente cuando le quitaran las vendas, a pesar de que el doctor Hans le había advertido que su aspecto no sería muy bueno durante los primeros días. Al verlo contuvo el aliento.

—Parece como si estuviese quemado por el sol.

—Sí —contestó el cirujano con tranquilidad—, está rojo e hinchado, ya se lo habíamos advertido, pero dentro de una semana...

En una semana era una tercera persona. No era la misma cara de antes del accidente, puesto que reconstruirla era algo imposible para los cirujanos, pero tampoco era esa cara falsa de joven que había tenido que lucir durante los últimos años. No le habían devuelto su nariz aguileña, continuaba siendo recta, teutónica, siguiendo el canon de belleza del doctor Hans. Los huesos destrozados de sus mejillas se los habían recompuesto con injertos extraídos de su pelvis. Otro implante de la misma zona remplazaba un trozo de la barbilla que destrozaron los matones cuando lo apalearon. Sin duda, lo mejor de su nueva cara era que la gente ya no se volvía a mirarlo cuando pasaba.

—Me gusta —dictaminó Cindy.

Eso, para Angelo, era lo más importante.



En Londres, en Ámsterdam o en la Riviera, solo aceptaron una llamada telefónica que no fuera de un miembro directo de sus respectivas familias. El presidente Nixon llamó a su hospital en Suiza para felicitarlos por su matrimonio y enviarles sus mejores deseos. Discretamente insinuó que una persona como Angelo quizá estuviese interesado en un cargo en el gobierno y le pidió que lo llamara cuando estuviera totalmente recuperado.

Más adelante, durante las semanas que pasaron en el hospital, Angelo y Cindy se ocuparon de la correspondencia y aceptaron otras llamadas telefónicas. Lee Iacocca los llamó para expresar sus condolencias por la paliza, deseando que se recobrara pronto y sugiriéndole que lo llamara tan pronto como volviera a casa. Henry Ford Tercero envió flores al hospital con una nota pidiéndole que lo llamara cuando volviera a Detroit. Las flores de Ford llegaron el mismo día que un telegrama de Bunkie Knudsen, su segundo, aconsejándole que no se le ocurriera acercarse a Ford. Ed Cole, de General Motors, telefoneó para sugerir un encuentro y, con gran sorpresa de Angelo, también recibió un telegrama de Soichiro Honda.

Pero, de todas las llamadas, la que tuvo mayor interés fue la de Robert McNamara, del Banco Mundial, quien le ofreció a Angelo la posibilidad de trabajar como consultor en el campo de la ingeniería y diseño de automóviles. En el mundo financiero siempre se pedían análisis y opiniones a personas expertas como él; gente capacitada para ofrecer una información sólida y unos consejos bien fundados sobre el presente y el futuro de la industria y de las compañías del sector. Era una invitación en toda regla para trabajar como analista. El tipo de ocupación abierta y desdibujada que a los dos les atraía, así que Cindy y Angelo decidieron estudiar cuidadosamente la propuesta.



De vuelta en Estados Unidos fueron a Detroit e hicieron las visitas obligadas. Los Perino se declararon satisfechos con la nueva cara de Angelo y le agradecieron al doctor Hans su trabajo. «¡Quiera Dios que no tenga que volver a operarte!», dijo Jenny. Almorzaron con Lee Iacocca, cenaron con Bunkie Knudsen y fueron a un cóctel con Ed Cole y todos ellos aplaudieron los planes de Angelo de comenzar una carrera como analista, en lugar de unirse a una empresa de la competencia para diseñar nuevos coches.

—He oído que estáis a punto de sacar un nuevo modelo que podría ser una auténtica bomba —le comentó Angelo a Iacocca—. ¿Cómo vais a llamarlo? ¿Mustang?

—Vas a ser un excelente analista —contestó Iacocca con ironía—. Se supone que nadie debería saber su nombre.

—¿Y qué crees que te va a reportar todo eso? —dijo Angelo—. No pensarás que Hank Ford te lo va a agradecer y te dará un sillón vitalicio.

Iacocca se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo son las cosas —terció Cindy—, si el coche resulta un éxito se convencerá a sí mismo de que fue idea suya, y si no lo es habrá sido tuya. Estoy segura de que en este momento, Loren Hardeman Primero está absolutamente convencido de que a él nunca se le pasó por la cabeza construir el Betsy y Loren Tercero no tiene la menor duda de que fue Angelo, él solo, quien impulsó ese proyecto.

—Yo no tengo una visión tan descarnada de las cosas como tú, Cindy.

Ella apoyó la mano en su brazo y sonrió.

—Lee, si dentro de cinco años volvemos a comer juntos aquí... ya veremos. Seguro que no continuas en Ford.

—Y tú, señora de Perino, te habrás convertido en la esposa del presidente de Bethlehem Motors.

En Nueva York se alojaron temporalmente en una *suite* del Waldorf hasta que el apartamento que habían comprado en Manhattan estuvo preparado.

Una tarde, Cindy entró en el cuarto de baño y se encontró a Angelo, recién salido de la ducha, de pie frente al espejo, examinando su cara.

—¿Sabes lo que les sucede a los hombres que se pasan demasiado tiempo mirándose al espejo? —le preguntó—. Que se distraen de lo que es realmente importante. —Y rodeándolo con sus brazos por la espalda, le cogió el pene con las dos manos.

—Bueno... —contestó—, esa no es una parte que cuente mucho para hacer negocios.

—Pero es importante para follar —contestó ella—, y debo decir que ha pasado la prueba con honores.

—¿Qué?

—El médico me ha dicho que estoy embarazada.

—¡Cindy!

—Bueno, no te hagas el sorprendido. ¿Qué creías que iba a pasar cuando dejé de tomar la píldora y continuamos haciendo el amor?

Angelo se volvió y la abrazó cuidadosamente, de esa manera delicada que un marido emplea cuando se entera de que su mujer está embarazada.

Ella lo abrazó a su vez con fuerza.

—¡Hey! No me voy a romper, ni tampoco nuestro hijo. Cuando llegue el momento de dejar de hacerlo ya te lo diré, pero ahora lo necesito.

Angelo sonrió.

—¡Como siempre!

dos
1973

Loren Hardeman Tercero sabía que era un hombre con suerte. A pesar de haber tenido que pasar por un montón de mierda, había conseguido salir oliendo a rosas.

Se había hecho con el control de la empresa y su padre, Número Uno, había regresado a Palm Beach y aunque continuaba entrometiéndose, poco a poco había delegado el control del día a día de la empresa en él, su nieto, y en el resto de los directores. Como era de esperar se había obstinado en que la compañía tenía que seguir fabricando coches, así que continuaron produciendo el anticuado Sundancer, pero finalmente llegaría un día en que...

Por lo pronto, había conseguido librarse de Angelo Perino. Últimamente ni aparecía por Detroit. No solo lo habían despedido, sino que además Número Uno le había avisado muy claramente de que no metiera sus narices en los asuntos de la compañía. Desgraciadamente, no era posible ignorar por completo a una persona que era propietaria de doscientas mil acciones de la compañía, pero Perino era lo suficientemente listo como para que no se le pasara por la cabeza desobedecer al viejo.

Número Uno era un tipo duro y listo. Siempre lo había sido. No solo había usado a Perino, sino que además había conseguido que le gustase. Y lo que era mejor, le había hecho entender de una vez por todas a ese hijo de puta italiano que la sangre era más espesa que el agua, y que si él, Loren, la había cagado, como miembro de la familia Hardeman siempre contaría para su abuelo más de lo que cualquier extraño jamás pudiera hacerlo.

Pero ninguna de esas cosas constituía la razón principal de su convencimiento de que era un hombre con suerte. Eso, al fin y al cabo, eran solo negocios. Era afortunado en lo más importante: su vida privada.

Alicia, su primera mujer y la madre de Betsy, ya no le incordiaba. Vivía en Connecticut y aparentemente era feliz jugando al golf y navegando a vela. Probablemente también tendría algún amante.

Era propietaria de un cinco por ciento de Bethlehem Motors y hacía poco que le había escrito una dura carta quejándose de que los dividendos eran cada vez más bajos y el valor de sus acciones estaba cayendo, pero con una participación del cinco por ciento no podía hacer mucho al respecto.

Bobbie, *lady* Ayres, su segunda mujer, finalmente obtuvo su divorcio y afortunadamente no le había salido demasiado caro. Una noche, durante una furiosa discusión le había confesado que se había acostado con Perino.

—¡Ese espagueti hijo de puta y mentiroso me juró que nunca se había follado a mi mujer!

Bobbie se había reído.

—Y no lo hizo, a quien se cepilló fue a tu novia. Follamos cuando aún era tu novia.

Bobbie no lo odiaba, simplemente lo despreciaba, y eso era mucho peor, pero por lo menos había conseguido librarse de ella.

Ese matrimonio había terminado en el momento oportuno, y al cabo de un mes de conocer a Roberta era nuevamente libre para casarse con ella. Y ella era lo mejor que le había sucedido nunca.

Los buenos tiempos habían vuelto. Aunque un poco peculiar en algunos aspectos, Nixon era un buen presidente que defendía sin concesiones los valores que habían convertido a Estados Unidos en un gran país. Últimamente, igual que Nixon, Loren llevaba la bandera norteamericana en el ojal de su solapa. Además, encontraba estupendo que hubiese recuperado la moda del terno. A Loren le gustaban los chalecos porque disimulaban su panza. También había vuelto a ser aceptable llevar sombrero y también eso estaba bien, porque su pelo estaba comenzando a ralear.

Loren era un hombre corpulento, no tan grande como Número Uno, pero algo más alto que su padre. Si hubiera hecho un poco de ejercicio y hubiese bebido menos podría haber sido un hombre atractivo, al menos eso pensaba, aunque prefería ser un hombre satisfecho.

Y ahora, cómodamente sentado en el asiento trasero de un Sundancer, regresaba a casa. Al lado del chófer se sentaba un guardaespaldas. Desde el día que contrató a unos hombres para que le dieran una paliza a Angelo Perino, creyó necesario contar con cierta protección. Tarde o temprano, ese espagueti hijo de puta se vengaría, y si no lo hacía personalmente lo haría a través de uno de los matones que se movían en la órbita de la familia Perino. Su gran equivocación había sido no ordenar que le dieran una paliza de muerte. Pero no cometería otra vez ese error si se volvía a presentar la ocasión. Perino era demasiado peligroso. Seguro que Roberta no le hubiese dejado cometer esa equivocación.

Uno de los aspectos más desagradables de ser presidente de Bethlehem Motors era tener que usar un maldito Sundancer. Había pensado introducir una nueva línea de coches de gama alta, tipo Cadillac o Lincoln, quizá con el nombre de Loren, pero sabía que Número Uno rechazaría de lleno la idea. Los concesionarios ya tenían suficientes problemas intentando vender los Sundancers.

Su automóvil personal era el único de su clase que la compañía había construido. Todo en él estaba modificado para ocultar un coche de lujo bajo una carrocería de Sundancer. Habían sustituido su motor por un poderoso motor Mercury de alta compresión y un cambio de marchas Hurst exprimía al máximo su potencia. Para poder soportar el peso adicional y aguantar las tensiones estructurales de la aceleración habían reforzado el chasis y habían reemplazado todo el sistema de suspensiones. De vez en cuando lo conducía él mismo y disfrutaba sorprendiendo a los propietarios de Mustangs y Chargers cuando su Sundancer los dejaba atrás en los

semáforos. Pero la mayoría de las veces prefería que condujera su chófer. El interior del coche era lo que más le gustaba. No había nada de plástico, todo había sido reemplazado por nogal barnizado y cuero. En lugar de los típicos indicadores cuadrangulares y testigos luminosos del Sundancer, la instrumentación del coche era completa midiendo todas las variables del motor. El asiento trasero había sido sustituido por dos cómodos butacones separados por un mueble bar.

El coche le había costado a Bethlehem Motors quinientos cincuenta mil dólares, pero Número Uno nunca lo sabría. Su coste había sido camuflado en varias facturas: investigación y desarrollo, publicidad, reposición de maquinaria y otros.

Abrió el bar y se sirvió un whisky. No fue posible instalar una pequeña nevera en el interior y tuvo que conformarse con una cubitera. Una de las obligaciones del chófer era que siempre estuviera llena de hielo y que sus marcas favoritas de whisky, ginebra y brandy no faltaran nunca en el bar.

Iba hacia casa, o para ser exactos, a casa de Roberta, donde se había trasladado a vivir hacía tres meses. Habían decidido no casarse hasta que estuvieran seguros de sus sentimientos, aunque estaban lo suficientemente seguros para irse a vivir juntos acordando que dentro de un año tomarían la decisión de casarse o separarse.

Se llamaba Roberta Ford (pero no tenía nada que ver con los famosos Ford) Ross. Su marido, Harold Ross, había muerto hacía dos años. Como arquitecto y constructor había acumulado una bonita fortuna antes de su muerte y dejó a Roberta en una posición desahogada. No se merecía menos, pues sin su ayuda nunca hubiera podido alcanzar el éxito que tuvo.

Roberta había hecho un máster en Administración de Empresas en Harvard, fue una de las primeras mujeres en conseguirlo, se había especializado en *marketing* y acabó dedicándose al negocio inmobiliario. Antes de casarse con Ross había sido durante cinco años consecutivos miembro del club del *millón de dólares* de los agentes inmobiliarios de la comarca de Wayne, lo que quería decir que había conseguido vender más de un millón de dólares en propiedades durante cada uno de esos años. Cuando aceptó la propuesta de matrimonio de Ross tuvo que aplazar sus planes de establecerse por cuenta propia como agente inmobiliario.

No hacía ni un año que se había casado con Ross cuando descubrió que uno de los socios de la firma Duval, Kirk & Ross, había defraudado importantes cantidades de dinero a la sociedad. Duval y Ross estaban dispuestos a perdonar y olvidar, pero no así Roberta, que denunció el caso al fiscal general con el resultado de que el defraudador fue condenado a tres años de cárcel. No contenta con eso, presentó otra demanda por vía civil con la que logró recobrar cuarenta centavos por cada dólar robado.

A partir de entonces se hizo cargo de la dirección de la compañía. Aunque Duval y Ross continuaban ocupándose de las obras y del diseño arquitectónico, Roberta llevaba el negocio. Duval, agradecido, se retiró a los sesenta y cinco años y Roberta aprovechó el momento para transformar la firma en una sociedad anónima, dando

opciones de compra sobre las acciones a los jóvenes arquitectos que se incorporaron. Con el tiempo, Ross & Asociados se convirtió en una de las mayores compañías constructoras del Medio Oeste.

Fue entonces cuando Ross murió.

Roberta ofreció su participación y el control del negocio a los jóvenes arquitectos y estableció un plan según el cual estos irían adquiriendo progresivamente sus acciones a cambio de un porcentaje sobre la facturación bruta de la empresa. Insistió en que la firma fuera auditada por Touche, y, a veces, iba por la oficina para revisar las cuentas. Sus ingresos por el negocio superaban el millón de dólares anuales.

Era una mujer extraordinaria en todos los aspectos. Era tan alta como Loren, quizá un par de centímetros más, y gracias a las artes de su peluquero dejó de ser una rubia terrosa para lucir un rico color dorado que parecía totalmente natural. En una época en la que el pelo cardado estaba de moda, ella llevaba el suyo más corto por los lados que la mayoría de los hombres y algo más largo por la parte superior. Sus ojos eran de un azul intenso, su boca pequeña con los labios finos y aunque tenía una nariz demasiado grande para que se considerara perfecta, nunca había pensado ponerse en manos de un cirujano para que se la corrigiese.

Tenía una figura atlética con hombros anchos, fuertes brazos y largas piernas bien musculadas. Sus caderas eran un poco estrechas para una mujer, pero sus voluminosos pechos despejaban cualquier duda sobre su feminidad.

Recibió a Loren en la puerta y lo besó con ardor.

—¿Qué tal el día? —preguntó.

—La misma mierda de siempre —contestó—. Se está hablando de que el precio del plástico va a subir a causa del maldito embargo de los árabes. Nos va costar unos ocho dólares extras en las neveras y unos ciento cuarenta en los Sundancers. ¿Cómo diablos vamos a poder competir?

—¿No va a estar todo el mundo afectado por esa subida?

—Bueno... sí.

—Entonces, serás capaz de competir —contestó—. Por algo te conozco, Loren, y sé que encontrarás el modo de hacerlo. Eres un tipo listo.

Dejó la cartera y colgó el abrigo en el armario del recibidor. Siempre se prometía a sí mismo que trabajaría durante las tardes pero solo lo hacía en contadas ocasiones. Bethlehem Motors tenía problemas, pero para eso estaban los empleados: para que trabajaran hasta tarde. Él no tenía por qué hacerlo.

Roberta estaba maravillosa; siempre lo estaba para recibirlo de vuelta del trabajo. Vestía unos pantalones de franela gris, cortados de forma que moldearan sus piernas y se ajustaran exageradamente a su trasero, y un jersey de cuello de cisne de color blanco. No llevaba zapatos: por algún motivo le gustaba ir descalza por casa.

—¿Quieres una copa? —le preguntó.

—He tomado un trago de whisky en el coche, mientras venía.

—¿Quieres otro?

—Sí.

Atravesaron el salón y el comedor para ir al cuarto de estar en la parte de atrás de la casa. El cuarto estaba decorado con un gusto exquisito, al igual que el resto de las habitaciones de la casa, aunque esta era la que más le gustaba a Loren. Estaba amueblada con el estilo de una residencia de campo inglesa: dos sofás mullidos, un par de cómodos sillones tapizados con motivos florales y un pequeño piano de cola Steinway donde Roberta tocaba ocasionalmente. Cuando las cortinas estaban abiertas, un ventanal que ocupaba toda la pared trasera del cuarto dejaba ver un jardín exuberante que crecía entre la rocalla. Una gran alfombra persa cubría gran parte del suelo tillado de roble. Decoraban las paredes pinturas con caballos de pura sangre y juguetones spaniels en escenarios campestres. Tres lámparas de bronce bañaban el cuarto con una cálida luz.

Roberta llevó dos copas al sofá y se sentó junto a Loren dándole un beso.

—Acabo de lavarme, caballero —anunció sin mayores preámbulos.

Loren dio un trago a su copa, asintió con la cabeza y dijo:

—Estupendo.

Se levantó, depositó su vaso sobre la mesa y comenzó a quitarse la ropa. Mientras se desnudaba, Roberta se bajó los pantalones y las braguitas hasta los tobillos y se sentó en el extremo del sofá que estaba más lejos de la mesita de café. Loren, completamente desnudo, se arrodilló delante de ella, levantó su jersey y comenzó a besarle los pechos haciendo una pausa para chupar sus pezones; después separó sus rodillas y hundió la cara en su vagina utilizando la lengua para buscar lo que ella quería que encontrase. Primero lo hizo vibrar con la punta de la lengua, después comenzó a lamerlo y luego, apartándose un poco, recorrió toda la extensión de su surco con su lengua aplanada.

Si hace un año alguien le hubiera dicho que acabaría haciendo algo parecido y otro montón de cosas que Roberta le había enseñado, se hubiera reído en su cara. Él, Loren Hardeman, desnudo y de rodillas, comiendo el coño a una mujer. Bueno, pues aquí estaba, y no solo eso, sino que además le gustaba. No podía explicárselo a sí mismo ni sabía el porqué, pero así era.

Roberta arqueó su espalda y soltó un gemido. Loren volvió a buscar el clítoris con su lengua y siguió trabajándolo hasta que ella soltó un grito ahogado al llegar al orgasmo. Una vez más volvió a lamerla de arriba abajo y ella volvió a correrse, sin esperar a que él pudiera ocuparse de su clítoris, pero, cuando finalmente pudo hacerlo, la llevó por tercera vez al orgasmo.

Ella lo empujó hacia atrás satisfecha.

—¿Estuvo bien? —preguntó en un susurro.

—Mejor que otras veces.

—¿Vas a castigarme?

—Un poco.

Loren cogió los pantalones, sacó el cinturón de sus presillas y se lo dio. Se puso a

cuatro patas y le ofreció su trasero.

—Hazlo, querida —le pidió con voz ronca.

Ella le dio media docena de golpes con el cinturón que le produjeron unas enormes marcas rojas. Después, abruptamente, arrojó el cinturón a un lado y poniéndose de rodillas lo tumbó sobre sus espaldas con rudeza para engullir codiciosamente su erección. En menos de medio minuto entre espasmos estaba eyaculando y ella lo tragó solícitamente.

Él continuó en el suelo mientras ella se subía las braguitas y los pantalones, luego le pasó lo que quedaba de su bebida y acabó la suya de un largo trago, antes de dirigirse al bar para servir otro par de copas.

—Tenemos dieciocho minutos para llegar a casa de los Faber. Vaya, ya has vuelto a sudar otra vez. Es mejor que te des una ducha cariño. Yo voy a ir tal como estoy; la chaqueta de pelo de camello y los pantalones marrón oscuro son de lo más apropiado.

Loren terminó de un trago su whisky y se inclinó para besar sus pies antes de ir hacia las escaleras para subir al cuarto de baño. Por el camino, recorrió con la punta de los dedos su trasero palpando los verdugones. Dolían, vaya si dolían, pero maldita sea, ¡era un hombre afortunado!

Anne, princesa de Alekhine, quienquiera que hubiera sido antes, o la cuna donde hubiese nacido, era toda una princesa según cualquier definición. El príncipe Igor se había casado con ella, pero siempre había tenido ese porte majestuoso y el príncipe solo le había proporcionado las condiciones para que se manifestase.

Tenía las trazas de una princesa: era alta, esbelta, exquisitamente delicada. El maravilloso vestido rosa que llevaba hubiera hecho que cualquier mujer pareciera distinguida, pero Auné lo era incluso desnuda.

En ese preciso momento, en Palm Beach, sentada a la mesa de Número Uno, pensó una vez más que el dinero no podía comprar la distinción. La conclusión era evidente: los Hardeman eran unos toscos, nuevos ricos americanos.

Se suponía que el viejo no podía beber, aunque continuaba haciéndolo: whisky canadiense; solo una o dos copas, pero se las echaba al gaznate como un patán, más interesado en los efectos del alcohol que en saborear el trago.

Ella, por su parte, había enviado a uno de los criados a comprar una botella de Tío Pepe. Otra princesa ya anciana, Esterhazy, le había comentado un día que solo se debía servir a los invitados una copa de jerez, preferiblemente Tío Pepe, y a ser posible en copas de Murano de cuello alto y cristal blanco opalino.

Número Uno era esa clase de personas a quienes les parecía el colmo de la sofisticación romper los vasos tirándolos contra la chimenea. Reducido a una silla de ruedas, su carácter se había mitigado pero, a pesar de ello, continuaba siendo un poco salvaje.

Lo recordaba como un hombre robusto, pero desde la última vez que lo había visto parecía que había perdido por lo menos veinte kilos y, aunque era imposible que una persona encogiese, esa era la impresión que daba. Sus pantalones colgaban flácidos y vacíos cubriendo unas piernas que hacía tiempo que se habían atrofiado. Hasta sus hombros parecían más estrechos y, además, se sentaba encogido de tal manera que los lóbulos de sus orejas casi rozaban sus hombreras. Su cara estaba recorrida por profundas arrugas y llevaba un sombrero de panamá para ocultar las manchas hepáticas de su calva.

La princesa Anne había conseguido convertirse en una perfecta *snob*, y con eso disfrutaba.

Número Uno no podía comer la mayoría de platos que se servían a sus huéspedes.

—¿Qué diablos puedo comer? Nada que sepa bien. Sabes, Anne, he eludido a esos carniceros a los que llaman médicos durante más de treinta años, he logrado sobrevivir a la mayoría, simplemente no haciendo caso de lo que me decían, y ya tengo noventa y cinco malditos años de edad. Anne, querida, no se te ocurra llegar a

esa edad; no merece la pena.

—¿No?

—No, piensa en todo lo que te pierdes. ¡Dios mío! Anne, ¿te das cuenta de que va a hacer cuarenta años que Elizabeth nos dejó? Mi hijo murió también hace veinte años. En cuanto a tu madre... —sacudió la cabeza—. Sally era una mujer estupenda, y fue una magnífica esposa para mi hijo...

—Y una buena madre para mí —interrumpió Anne.

—Sí, desde luego. ¿Es por eso por lo que has venido a verme, no es así? Para compartir las memorias de...

—No —dijo Anne con brutal franqueza—, vine para ver si, después de todos estos años, eras capaz de admitir la verdad.

—¿Qué verdad?

—¡Que no eres mi abuelo, redomado mentiroso!

—¡Anne!

—¡Eres mi padre, maldita sea!

—Anne, por el amor de Dios...

—Cuando la gente se está muriendo suele decir la verdad. Incluso la ley reconoce ese hecho. —Cogió la botella de Tío Pepe y se sirvió otra copa—. Cuando mi madre se estaba muriendo me contó lo que pasó entre vosotros. Loren Segundo sabía la verdad, sabía que no era mi padre y no me dijo nada. Y tú tampoco lo hiciste.

—No nos juzgues, Anne —le rogó el viejo—. Ya sabes cómo era mi hijo. Te enteraste en la asamblea general de accionistas gracias a ese maldito...

—Angelo Perino —cortó interrumpiendo—, cuya palabra vale más que la tuya.

—No puedes entenderlo —contestó Número Uno con los ojos llorosos—, Sally era tan hermosa, tan maravillosa y Loren Segundo no podía...

—Y tú decidiste resolver el problema de la forma más directa posible —replicó Anne fríamente—. Si te soy franca, ese asunto me da igual. He logrado construirme una vida fuera del influjo de esta corrupta familia de nuevos ricos, pero me hubiera gustado saber desde un principio que era hija tuya, en vez de dejarme creer que mi padre era un débil que acabó suicidándose. Todos estos años he estado preocupada, lo mismo que Igor, por si tenía algo perverso en mis genes, una cierta inclinación a la autodestrucción. Hubiera sido un alivio saber que no era su hija; eso sí que hubiese sido un gesto... *papá*.

—No debes contárselo a nadie —contestó Número Uno—, nadie te creería.

—Me imagino que Loren Tercero no lo sabe —sonrió sacudiendo la cabeza—. Ese tipejo inútil resulta ser mi sobrino y no mi hermano.

—¡Loren no es un inútil! —repuso Número Uno con la cara tensa por la cólera.

—Tus descendientes masculinos no te honran —contestó con frialdad—, deberías confiar más en las mujeres. Soy mucho mejor que Loren; lo mismo que Betsy. Ni ella ni yo hubiéramos contratado a unos matones para que le dieran una paliza a un hombre hasta dejarlo medio muerto y eso fue lo que hizo Loren. Tiene suerte de

seguir con vida. Angelo Perino tiene contactos y podría haberlo aplastado como si fuera una mosca.

—No exageres el poder de ese espagueti, ni subestimes el poder de lo que tú llamas una familia de nuevos ricos. Yo he construido un imperio que vale millones de dólares.

—Y no has aprendido nada en el proceso, *papá*. Continúas pensando como si fueras un mecánico vestido con un mono y estuvieras todavía en un taller. Y, el que resulta ser mi sobrino, no pasa de ser un simple aprendiz de gánster.

La cara de Número Uno se congestionó.

—¡Oh, Anne! Bueno, querida, tú tampoco resultas ser mucho mejor que un *bibelot*. Porque eso es todo lo que eres: un florero, otra adquisición de una familia noble de la misma manera que compra sus obras de arte, coches deportivos o muebles de estilo. Y esa Betsy es solo una... ninfómana. Tiene un apetito sexual tan fuerte como un hombre.

—¿Tan intenso como el tuyo? —preguntó Anne.



Cuando Número Uno vio por primera vez a Cindy con un vestido, no la reconoció. No la había vuelto a ver desde aquella época en que mosconeaba por los circuitos detrás de los pilotos. En aquel entonces trabajaba como piloto de pruebas y siempre iba vestida con tejanos desteñidos y camisetas de algodón que casi siempre tenían alguna mancha de grasa.

Había estado tan fascinada con las carreras que solía viajar por los circuitos con un magnetófono de alta fidelidad donde grababa el ruido de los coches rugiendo en las rectas hasta carraspear, atragantándose y reduciendo marchas al llegar a las curvas. Esta afición le había costado que la echaran de varios hoteles, ya que le gustaba escuchar las cintas a todo volumen. Cuando hacía el amor, el rugido de los motores le ayudaba a conseguir unos orgasmos abrasadores.

Así que cuando Angelo dejó la competición, ella también lo abandonó de inmediato.

Un año después de su dramático enfrentamiento con el clan de los Hardeman y de su brutal paliza, Cindy cortó con todo en lo que había creído hasta ahora, lo único que le había importado en su vida, dejó de interesarse por los coches de carreras o de cualquier otra clase y volvió a interesarse por Angelo.

Fue entonces cuando descubrió que tenía una excelente educación. El tiempo que había dedicado al mundo de las carreras no había sido otra cosa que un alocado intermedio antes de sentar la cabeza, un intermedio que había durado cuatro años y que le había servido para desquitarse de una rígida y respetable educación. Esa muchacha de los circuitos, esa devorapilotos era, al fin y al cabo, toda una señora.

Durante su prolongada luna de miel por Europa, llevó a Angelo a visitar los mejores museos y lo familiarizó con las glorias del arte. Angelo había estado en dos

ocasiones en San Pedro pero nunca con un guía tan erudito.

Disfrutaba de una fortuna propia y, de vez en cuando, enviaba un cuadro o una escultura a casa. De vuelta a su apartamento de Manhattan, Angelo había visto al crítico de arte del *New York Times* estudiar, durante largos minutos, una de sus adquisiciones para después dictaminar que era un magnífico ejemplo de esto o de aquello.

El mismo apartamento era un extraordinario ejemplo del refinado estilo de vida en Manhattan. Situado en la calle Sesenta y cuatro este, originalmente habían sido dos apartamentos pero durante los años cuarenta derribaron una pared y los unieron. Angelo y Cindy lo habían comprado antes de empezar a viajar por Europa, así que el trabajo de decoración se realizó mientras estaban de viaje. Se rasparon los suelos de roble y se barnizaron de nuevo. Todas las paredes se pintaron de blanco y se instalaron rieles eléctricos en el techo de los cuartos de estar y del vestíbulo para poder colgar focos direccionales con los que iluminar las obras de arte que Cindy tenía intención de exhibir. Los enormes ventanales del apartamento tenían cortinas accionadas eléctricamente, y desde ellos se veía la avenida Franklin Delano Roosevelt y el río Este.

Al volver de Europa se alojaron en el Waldorf durante cuatro semanas mientras elegían los muebles y se los entregaban. No eran precisamente los que él hubiera escogido, mucha madera fina, acero inoxidable y tapicerías de cuero en negro y crema, pero estaba contento dejando hacer y escoger a Cindy.

Poco después de mudarse al apartamento, Cindy comenzó a tener una intensa vida social y Angelo se dio cuenta de que no tenía que preocuparse por ella cuando a menudo la tenía que dejar sola durante sus viajes de negocios. Muchas de sus antiguas amigas de la universidad vivían en Nueva York. Incluso algunas compañeras de residencia vivían en el mismo barrio. Y todas se quedaron pasmadas escuchando las historias de sus años en los circuitos de carreras; unas experiencias que estaban más allá de su imaginación.

También les intrigaba el hombre con el que se había casado. Un italiano como una torre, diecisiete años mayor que ella, antiguo piloto de competición, número dos en 1963 y que ahora era ingeniero de automóviles. Una de ellas tuvo el atrevimiento de preguntarle bromeando si estaba embarazada cuando se habían casado.

—No —contestó Cindy—, pero ahora sí que lo estoy.

—¡Vaya!, funciona bien, ¿eh?

—Shirley, si con el cerebro es un magnífico ingeniero, con la polla es un artista.

Angelo trató al grupo de amistades de su mujer y se hizo amigo de sus maridos. Algunos de ellos trabajaban en instituciones financieras y les interesaba su nueva actividad ya que siempre estaban a la búsqueda de análisis sobre la industria del automóvil realizados por consultores competentes y con experiencia en el sector. Él cultivó esas amistades que podían serle ventajosas en su nueva profesión. Uno de ellos le apadrinó para que pudiera hacerse miembro del elitista Club Universitario y, a

partir de entonces, adquirió la costumbre de ir a comer allí con cierta frecuencia.

En una ocasión, Cindy compró una litografía de Leroy Neiman. Se titulaba *Sautatuck* y era el desnudo de una chica cómodamente reclinada, con sus piernas entreabiertas, con una media roja y otra verde. El propietario de la galería que se lo había vendido vino al apartamento para ayudarla a colgarlo e iluminarlo. Ella se encontraba en ese momento en un estado avanzado de gestación y no quería arriesgarse subiendo a una escalera de mano para colocar y ajustar la luz. Al llegar Angelo a casa se lo encontró encaramado a la escalera.

—Angelo —dijo Cindy—, quiero presentarte a Dietz von Keyserling, o más formalmente: Dietrich von Keyserling. Es el galerista que me ha vendido el Neiman.

—Nos daremos la mano cuando haya bajado de la escalera —dijo Angelo—, no quiero poner en peligro su equilibrio.

Examinó la litografía y decidió que le gustaba mucho. Aunque el tema era decididamente indecente, la técnica utilizada por el artista le otorgaba una pátina de modestia. Resultaba erótico pero de una manera sutil y contenida.

Von Keyserling terminó de ajustar el foco y bajó de la escalera. Era un hombre alto y delgado de la misma edad que Cindy —veinticinco años—, y era indudablemente atractivo, aunque Angelo lo encontró excesivamente guapo: rubio, con los pómulos pronunciados y los labios carnosos, demasiado carnosos para quedar bien en un hombre. Vestía una chaqueta azul con botones dorados sobre un jersey de cuello de cisne y unos pantalones de franela gris inmaculadamente planchados.

—Encantado de conocerlo, señor Perino —saludó Von Keyserling—. Corríjame si me equivoco, pero creo recordar que en Nürburgring, en 1968, pilotaba un Porsche 908. Estuve allí y le vi. ¿Me equivoco?

—Sí, así fue —contestó Angelo—. Fue al final de mi carrera. Ese año todo lo que conseguí fue estrellarme contra la pared y casi acabé quemándome vivo. No hice mucho más.

—Está siendo modesto —intervino Cindy—. Continuaba siendo un gran piloto y sus rivales todavía le temían en 1968.

—Al 908 le llamaban el *cola corta*, ¿verdad?

—Ya veo que sabe algo de coches deportivos —observó Angelo—, el 917 era más rápido pero no era ni tan maniobrable ni tan seguro como el 908. Me encantaba ese coche.

—Usted pilotó varias marcas diferentes. ¿Cuál era su favorito?

—Bueno, Porsche... Ferrari.

—¿Una copa de brandy? —preguntó Cindy—. En mi estado yo no debo beber, pero no veo ninguna razón para que vosotros dos no lo hagáis.

Los dos hombres asintieron con un gesto y Cindy les trajo una botella de Courvoisier y dos copas.

Angelo levantó la suya:

—Encantado de conocerle, señor Keyserling.

—Por favor, en Estados Unidos todo el mundo me llama Dietz. De hecho, mi nombre completo es Dietrich Josef Maximilian von Keyserling pero me gusta la sencillez americana, llámeme Dietz. Así me llamaba mi madre. Por cierto, no soy alemán. Soy austríaco, de Viena.

—De acuerdo, Dietz. Por favor, llámeme Angelo.

Dietz y yo hemos estado hablando de negocios —le informó Cindy a Angelo—, y si llegamos a un acuerdo en cuanto a las condiciones, puede que me venda una participación de su galería.

—La única condición es que tendríamos que trabajar juntos. Ya sé que va a ser madre dentro de poco y no espero que al comienzo pueda dedicarle mucho tiempo, pero estoy llevando solo la galería y no puedo tomarme ni siquiera unos días de vacaciones. Cindy podría sustituirme, sobre todo cuando tengo que ir a Europa a comprar obras.

El joven hablaba un inglés sin acento que obviamente había adquirido en Inglaterra y que solo había sido modificado ligeramente en Estados Unidos. Ocasionalmente una palabra o dos le traicionaban, como cuando dijo «trabajaremos *huntos*».

—Me parece que deberíais hablar con vuestros abogados para que os asesoren —contestó Angelo—. No creo que una sociedad civil sea la mejor forma de asociaros. Deberíais formar una sociedad por acciones.

—¡Ah!, precisamente en eso quería pedirle consejo.

—Pero por lo demás no tengo nada en contra —contestó Angelo con una sonrisa—. ¡Como si pudiese...!

—Puedo asegurarle —dijo Keyserling— que no se me hubiera ocurrido cerrar un acuerdo de negocios con su mujer sin su consentimiento. Soy algo anticuado en esas cosas.

cuatro

1973

El vuelo en un 747 a Tokio era largo, aburrido y cansado, se viajara o no en primera clase. Además, el trayecto desde el aeropuerto hasta la ciudad en taxi duraba hora y media y costaba cerca de cien dólares. Estaba claro que Japón nunca se convertiría en una trampa para turistas, pensó Angelo; solo en una trampa.

Estaba de un humor de perros mientras aguantaba el viaje sentado incómodamente en el reducido asiento trasero de un taxi minúsculo. No era de extrañar que Chrysler hubiera decidido enviarle en primera clase. Eso le habían dicho: primera clase sin reparar en gastos.

Estaba haciendo este viaje contratado por Chrysler en calidad de consultor; tenía que visitar las fábricas de automóviles o intentar averiguar cómo conseguían los japoneses fabricar coches fiables, de bajo consumo y que solo entraban en el taller para las revisiones periódicas.

El secreto no era otro, como había escrito en un boletín informativo, que el control de calidad:

La última vez que compré un coche fabricado en América —por razones caritativas prefiero omitir su nombre—, el vendedor me regaló una pequeña libreta y me pidió que la guardara en la guantera. «Anote todos los problemas según vayan surgiendo y tráigame el coche dentro de un par de meses para que le hagamos de una sola vez todas las reparaciones que cubra la garantía.»

Cuando, dos meses después, llevé el coche al taller, el concesionario tuvo que quedárselo tres días para poder llevar a cabo todas las reparaciones necesarias: el parabrisas tenía filtraciones; la puerta del acompañante no cerraba bien y a veces se abría sola; en ocasiones el motor de arranque giraba como un loco sin engranar con el motor; el consumo de gasolina era exagerado como resultado de una fuga en el carburador (¿necesito decir lo que hubiera podido pasar con un escape de gasolina cayendo sobre el motor caliente?); las ruedas estaban mal alineadas; algunas veces fallaba la radio —y todavía lo hace— y, además, cuando en un día lluvioso pasaba por encima de los charcos, el agua se colaba por algún lugar y me mojaba los zapatos y los calcetines.

Lo curioso era que un coche en esas condiciones hubiese podido salir de una fábrica de Detroit y que eso no constituyera ninguna excepción; miles de compradores se quejan de problemas parecidos, e incluso peores, cada año.

Sin embargo, un americano que compra un Honda lleva su coche al concesionario, después de diez mil kilómetros, exclusivamente para que repongan los niveles y cambien los filtros. Generalmente no necesita otra cosa. Algunos

americanos pueden pensar que un Honda no es otra cosa que una moto con cuatro ruedas o un cortador de césped con matrícula, pero ese coche está construido con una calidad que los fabricantes americanos son incapaces de igualar.

La industria del automóvil en este país está perdiendo miles de millones de dólares por realizar reparaciones en período de garantía y perderá en un futuro a sus clientes si los coches continúan saliendo de Detroit llenos de defectos e incapaces de funcionar como es debido.

Chrysler quería saber cómo lo lograban. Informes previos habían hecho hincapié en que la clave residía en una actitud característica de los japoneses hacia el trabajo que no podía ser trasplantada a Estados Unidos sin encontrar una fuerte oposición por parte de los sindicatos. Chrysler se preguntaba si eso era necesariamente así y había decidido enviar a Angelo para averiguarlo.

Cuando finalmente llegó al hotel su humor mejoró al instante. El servicio era de primera, eficiente y solícito. Lo instalaron en una lujosa *suite* en el piso dieciocho desde la cual disfrutaba de una amplia vista sobre la bahía y de buena parte de la ciudad de Tokio. La *suite* disponía de una pequeña cocina donde encontró varias botellas de Johnny Walker etiqueta negra y ginebra Beefeater, además de vermut y cerveza. Una tarjeta al lado de las botellas decía: «Es el gozo del posadero que otros consumibles de licor adicionales están disponibles. Por favor, toque la campanilla a su camarera.»

Varios floreros llenos de crisantemos adornaban las habitaciones, incluida la pequeña cocina.

En el centro del cuarto de baño, a ras de suelo, había una bañera de mármol tan grande que parecía una pequeña piscina. Era exactamente lo que necesitaba: le encantaban los *jacuzzis* y este parecía disponer de unos poderosos chorros de agua.

Acabó su copa de un trago y se llevó otra al cuarto de baño. Las salidas de agua a presión eran tan potentes como había intuido. Se sumergió en el agua burbujeante y dejó que la tensión se disolviera de su cuerpo. Después de unos diez minutos en remojo, y cuando estaba a punto de quedarse dormido, la puerta del cuarto de baño se abrió y apareció una camarera sonriente trayendo más toallas y jabón. Le saludó con una pequeña reverencia y murmuró algo que no pudo entender, quizá unas palabras de disculpa, al inclinarse sobre la bañera para poner el jabón en su lugar. Era de una belleza exquisita y probablemente no tenía más de dieciséis años. Mientras colocaba las toallas en el toallero no apartó los ojos de la entrepierna del hombre. Finalmente sonrió abiertamente, hizo una reverencia y abandonó el cuarto de baño.

Angelo movió la cabeza divertido y cogió su vaso de whisky, ahora empañado por la condensación. Había recibido instrucciones en cuestiones de etiqueta y comportamiento con los hombres de negocios japoneses y pensó que considerarían una falta de cortesía que llamara el mismo día de su llegada, así que decidió que por la tarde daría un paseo por el barrio de Ginza y volvería después al hotel para cenar.

En un lugar como aquel, la comida no podía ser del todo mala.

—¡Servicio de habitaciones!

¿Y ahora qué pasaba? ¿Se había dejado la camarera la puerta abierta al salir? Apagó la bomba de agua y cogió la toalla, pues no quería que lo viesen desnudo. La voz era de una mujer adulta. La puerta del cuarto de baño se abrió de golpe y ¡ahí estaba Betsy!

—Vuelve a conectar los chorros de agua, Angelo —susurró—, cabemos los dos en la bañera.

De nada sirvió que sacudiera enérgicamente la cabeza diciendo que no; en menos de veinte segundos se había desnudado y estaba en el agua con él. Apretó el interruptor y los chorros de agua caliente comenzaron a funcionar. Después se deslizó a su lado y lo besó con tanta pasión que se hicieron sangre en los labios.

—El hombre que siempre he deseado —dijo mientras le besaba los ojos, la nuca, las orejas.

—¿Cómo diablos has...?

—Leí en *Noticias del automóvil* que ibas a viajar a Tokio. He cogido una habitación dos pisos más abajo. Llevo aquí dos semanas y he viajado por todo Japón. Cuando te vayas me quedaré otra semana, pero durante los próximos quince días...

—Voy a estar muy ocupado.

—Si vas a estar demasiado ocupado para volver al hotel a dormir conmigo durante dos semanas maravillosas, ya puedes irte preparando para la que pienso armar. Llamaré a todo el mundo para decirles que estoy aquí y que hemos venido juntos.

—Betsy...

—Si vas a ser el primer hombre que me rechaza no voy a tener más remedio que concluir que eres marica.

—No creo que tenga que probarte nada.

Ella le cogió el pene con su mano derecha.

—Al menos te produzco una erección. Bueno, ya veo que eres normal. Bien, ¿qué decides, Angelo?

No estaba seguro. Solo llevaba un año casado y amaba a Cindy y al hijo que le había dado, pero Betsy... tenía veinticinco años y un cuerpo perfecto.

—Bueno... —farfulló.

—Bueno... ¿por qué no? ¿Es eso lo que estás pensando? No me importa; incluso así estoy dispuesta a acostarme contigo. Me he gastado una fortuna para venir hasta aquí. Escucha, este lugar tiene un magnífico servicio de habitaciones con comida japonesa y americana. Déjame que la encargue; he adquirido un poco de experiencia en estas últimas dos semanas. ¿Sabes lo que es *sashimi*?

—Pescado crudo —contestó arrugando la nariz.

—No sabes lo delicioso que puede llegar a ser hasta que no lo hayas probado con Betsy Van Ludwige sentada contigo a la mesa, totalmente desnuda.

—Solo una cosa —dijo haciendo una pausa para respirar profundamente—, no quiero que te puedas quedar embarazada, Betsy, así que si no estás tomando la píldora...

—Estoy tomando la píldora, ¡maldita sea! No me apetece quedarme encinta otra vez, aunque sea tuyo. Un embarazo no es nada divertido y te estropea la figura.

Él recorrió golosamente con sus manos sus pechos todavía jóvenes y firmes a pesar de su reciente maternidad.

—Pues a ti no parece habértela estropeado en absoluto —murmuró.

—¡Bingo! Esa es la primera cosa cariñosa que me has dicho desde que llegué. Venga, acaríciame las tetas y méteme los dedos donde tú ya sabes.

—No podemos hacerlo en la bañera —dijo—. De verdad.

—No tenemos por qué hacerlo en este mismo momento. Solo ponme cachonda. Después, dentro de un rato... Escucha, me he enterado de un cotilleo maravilloso. Número Uno no es el abuelo de Anne. Adivínalo. —Rio—. Él...

—¿Qué intentas decirme?

—Que es su hija. Antes de que mi abuela Sally muriese le contó a Annie que mi bisabuelo había tenido una aventura con ella y que Anne, princesa de Alekhine, era el resultado. ¿Te lo imaginas? ¡Ese viejo verde!

—No era tan viejo cuando sucedió. Debía de tener cincuenta y tantos años cuando Anne nació.

Betsy se encogió de hombros.

—Es igual, los que fueran.

—¿Cómo te has enterado?

—Anne me lo contó. Número Uno intentó hacerle prometer que no se lo contaría a nadie, pero ella me llamó para decírmelo tan pronto como volvió a Francia. Yo todavía estaba en Ámsterdam cerrando la casa y encargándome de la mudanza y de todas esas cosas.

—¿Lo sabe tu padre?

—Ahora sí. ¿Has oído alguna vez a una persona atragantarse por teléfono? Ahora resulta que Anne no es su hermana, sino su tía y, por lo tanto, tiene mayor rango que él en la familia.

—No creo que Número Uno esté de acuerdo.

—No, pero Número Uno tiene noventa y cinco años y lo que él opine no va a importar mucho dentro de poco.

—Ándate con cuidado, Betsy. Todavía puede causar un montón de daño en el poco tiempo que le queda y si es que Anne y tú estáis pensando en quitarle algo de las manos por la fuerza...

Betsy soltó una carcajada.

—Lo único que quiero en mis manos en este momento es tu polla, Angelo.



Cindy apagó la televisión y volvió a sentarse en el sofá al lado de Dietz von Keyserling. Acababan de asistir a la noticia de la dimisión de Spiro Agnew como vicepresidente.

—Nunca seré capaz de entender la política norteamericana —dijo Dietz.

—No merece la pena intentarlo.

Dietz iba vestido como siempre: chaqueta azul cruzada con un jersey de cuello de cisne. En la intimidad de su casa, Cindy llevaba unos tejanos viejos y desteñidos y una sudadera gris con viejas manchas de aceite de automóvil, una reliquia de los viejos tiempos en los circuitos de carreras.

Volvió a coger su copa de Courvoisier.

—¿Te gustan los realistas? —le preguntó.

—Me gusten o no, se venden bien —contestó ella—. Siempre hay mercado para esa clase de arte, especialmente si son desnudos. Lo que de verdad me gusta son los cuadros de Philip Pearlstein.

—Podrías exhibir algunos Pearlstein aquí y dar una de tus cenas, ¿quién sabe?, puede que incluso Philip quiera venir. Si invitas a la gente adecuada quizá vendas algún cuadro.

—Por eso he decorado el apartamento de esta manera, para usarlo también como galería.

Dietz frunció el entrecejo preocupado.

—Voy a tener que pedir un préstamo para poder pagar mi parte de los gastos de la exposición de los realistas. Supongo que el banco no me pondrá ninguna pega, aunque a veces exigen avales.

—¿Para qué vas a pedir un préstamo al banco? —dijo Cindy—. Yo te puedo dejar el dinero.

—¿Lo harías?

—Sí. Hazme un escrito garantizado donde detalles los cuadros que compremos. Si no me devuelves el préstamo, toda la colección pasará a ser de mi propiedad.

Dietz sonrió, puso su copa de brandy encima de la mesa y se inclinó sobre ella para besarla. Ella se lo había permitido en otras ocasiones y volvió a hacerlo, pero esta vez se lo devolvió. Alentado, alargó su mano y le acarició suavemente el pecho izquierdo. Como se había imaginado al llegar, no llevaba sostén y rápidamente sus caricias se convirtieron en magreo. Hasta este momento ella nunca le había permitido ese gesto, pero hoy no hizo nada para impedirlo, y durante unos minutos le sobó los pechos con fruición.

—Me parece que acabas de cambiar la naturaleza de nuestra relación —dijo ella suavemente.

—¿Debo arrepentirme?

—No, pero será mejor que definamos cómo van a ser las cosas desde ahora.

—Eres irresistible, Cindy. Te deseo, lo quiero todo —contestó él.

—¿Todo? No estoy segura de lo que ese todo significa. Déjame que te diga lo que

incluye y lo que no. Puede incluir sexo por placer, pero no incluye ningún tipo de compromiso emocional. Estoy casada con Angelo y pienso seguir casada con él.

—Si se enterase sería capaz de matarme —replicó Dietz con seriedad.

—No, no lo haría, ni tampoco me mataría a mí. No soy tan inocente como para creer que en Japón está llevando una vida de celibato. En cuanto un hombre de negocios japonés le ofrezca una atractiva compañera de cama estoy segura de que la aceptará. Lo conozco muy bien y él también me conoce a mí. No creo que espere que yo sea más casta de lo que él es. Lo que sí espera, y eso es algo que yo también espero de él, es que no pongamos en peligro nuestro matrimonio. Si él tuviera el menor motivo para pensar eso tendríamos que dejar de ser socios en la galería.

—No tengo más remedio que aceptar tus condiciones —contestó Dietz.

—No podremos vernos con regularidad —continuó ella— y probablemente tampoco con demasiada frecuencia. Solo cuando las circunstancias sean favorables, cuando Angelo esté de viaje y la niñera pase la noche fuera.

—Acepto todas tus condiciones —contestó empezando a quitarle la sudadera—. ¿Puedo? —preguntó suavemente.

Ella no respondió a su pregunta y él desnudó los pechos.

—¡Dios mío! —murmuró al ver su pene—. Nunca había visto uno como este.

Era pequeño y estaba sin circuncidar y ella jugó con su prepucio sujetándolo entre el índice y el pulgar. Él contuvo la respiración.

—En Europa, esa bárbara costumbre de mutilar el órgano masculino no es habitual. Mi abuelo salvó su vida enseñando su *glied* intacto a un *Scharführer* de las SS que pensó que era judío.

Ella se inclinó y comenzó a acariciarle las pelotas con su lengua para ver si de esa manera mejoraba el tamaño de su pene.

—No es muy grande —comentó con franqueza.

—Lo suficiente para cumplir su cometido —contestó—. Nunca ha tenido la menor reclamación.

Tenía razón. Cuando se marchó al cabo de una hora ella no tuvo la menor queja.

—¿Qué quieres que te diga? —le preguntó Cindy a Angelo—. Todo lo que sé es que acabará apuñalándote por la espalda. Por el amor de Dios, ¿no crees que ya ha llegado la hora de que Número Uno deje de mandarte que vayas de aquí para allá?

—Bueno, quiere hablar conmigo y no puede viajar. Probablemente nunca podrá abandonar Palm Beach en lo que le queda de vida.

—Pues que se aguante —gruñó Cindy acercándose a la ventana de la oficina. La Tercera Avenida se veía azotada por la lluvia que caía en ese momento sobre Nueva York.

—Solo estaré una noche —contestó Angelo—. Cogeré el avión para llegar justo a tiempo para cenar con él.

Cindy echó un vistazo a la oficina. Estaba satisfecha del resultado. Había elegido los muebles y los tres cuadros que colgaban de la pared eran un préstamo de la galería VKP (Von Keyserling y Perino). Aunque Angelo no pasaba mucho tiempo en la oficina, Cindy quería que disfrutara de un estilo elegante y cómodo.

—Supongo que estarás de vuelta para la cena y la inauguración de la exposición figurativa.

—Has invertido un montón de esfuerzo y dinero en ella.

—¿Te juegas algo a que no solo recupero la inversión, sino que además saco unos buenos beneficios?

—Si tú y Dietz tenéis esa opinión, ¿qué otra cosa puedo pensar?

—Pero ¿estarás o no? —insistió.

—¡Si Dios quiere y si el tiempo no lo impide!



—¿Quién diablos te crees que eres? —gritó Número Uno—. Te exijo que dejes de meter tus narices en mi empresa.

—Me importan un bledo tus exigencias. Me has hecho venir hasta aquí sin que yo tuviera el menor deseo de volver a verte. Pero si piensas que me voy a dejar intimidar o permitir que me insultes estás muy equivocado.

Loren Hardeman Primero clavó su mirada en Angelo, pero a los noventa y seis años quedaba poca fuerza en esa mirada. Lo que Angelo tenía ante él era un traje a medio llenar con el frágil y arrugado cuerpo de un anciano y el ala de un sombrero de panamá cubriéndole los ojos. Betsy estaba sentada a la mesa con un brillo de cólera en su mirada siguiendo la discusión entre Angelo y su bisabuelo. Loren Tercero también estaba presente, algo bebido y de un humor de perros.

—¿Te acuerdas de las modificaciones que introduje en tu Bugatti? —preguntó

Número Uno ya sin tono de enfado—. ¿Te acuerdas?

Desde luego que se acordaba. Ese había sido su primer encuentro. Incluso recluido en una silla de ruedas, Loren Hardeman Primero era claramente en 1939 un hombre poderoso e influyente. Al principio Angelo no se había dado cuenta de la magnitud de ese poder; más tarde se percató demasiado bien. En aquella época había verdaderos magnates en Detroit y Loren Hardeman Primero era uno de ellos. Durante décadas había alimentado la esperanza de que si alguna vez conseguía volver a ponerse en pie volvería a ser un titán entre enanos y esa ilusión nunca le había abandonado.

—Creo que me debes un poco de respeto —añadió Número Uno con tono tranquilizador.

—Y tú también me debes un montón de cosas, compañero —contestó Angelo.

—Ya no formas parte de la empresa —argumentó Número Uno.

—Exactamente —repuso Angelo—. Y eso es lo que decía la primera página de mi informe. Y también decía que, aunque poseo doscientas mil acciones de Bethlehem Motors, he dejado de tener cualquier clase de relación con la familia Hardeman o con la dirección de la compañía.

—Dices que estamos perdiendo dinero con el Sundancer. ¿Qué te hace pensar eso?

Angelo se volvió hacia Número Tres.

—¿Qué me dices al respecto, Loren? ¿Estáis o no estáis perdiendo dinero?

—Eso es información confidencial.

—No necesito esa supuesta información confidencial para saberlo —replicó Angelo—, pero si quieres desmentirlo...

—No tengo que reconocer ni desmentir nada —contestó Loren.

Angelo se encogió de hombros y se dirigió a Betsy:

—Es algo que todo el mundo sabe.

—No sé qué diablos te ha convertido en analista industrial —dijo Loren—, pero tu maldito informe ha hecho bajar el precio de nuestras acciones, y lo que es peor, nos ha hecho perder ocho concesionarios.

—¿Prestáis alguna atención a lo que escribo y a mis recomendaciones o solo os limitáis a quejaros?

—Tendríamos que dejar de fabricar automóviles —observó Loren.

Número Uno descargó un puñetazo sobre la mesa.

—No quiero volver a oír hablar de eso. Mientras yo viva, Bethlehem Motors continuará fabricando coches. Y punto.

—Entonces será mejor que fabriquéis uno que se venda.

—El Sundancer...

—Era un buen coche en su época y en su contexto. Bethlehem Motors no ganó mercado, como hizo Ford con el modelo Mustang que Lee Iacocca hizo tragar a Henry Ford Segundo. Simplemente seguisteis perdiendo clientes. Y continuaréis

perdiendo mercado si no os espabiláis.

—Ya he leído tu maldito análisis —contestó Número Uno—. Es muy fácil ser un genio cuando no se tiene que poner en práctica aquello que se recomienda.

—Yo también lo he leído —interrumpió Betsy—. Y dice que el Sundancer fue un gran coche en su época, pero que ahora es un dinosaurio que solo traga gasolina.

—¡Oh, venga ya! —interrumpió Loren Tercero—. George Romney pensó que podía vender coches con bajo consumo de gasolina y hoy en día no se puede encontrar uno de sus Ramblets ni en un desguace.

Betsy retomó el hilo de su argumentación.

—Cuando George Romney llamó dinosaurios a los cacharros que fabricaba Detroit, la gasolina se vendía a diez centavos por litro; ahora cuesta treinta y nueve. ¿Por qué crees que Volkswagen vende hoy diez veces más que hace diez años? Porque sus coches gastan ocho litros a los cien mientras el Sundancer gasta nada menos que cuarenta y cinco. El VW es feo e incómodo pero...

—Funciona —añadió Angelo—, y no necesita pasarse varios días en el taller cuando todavía está en garantía.

—Así que ¿cuál es tu solución, Angelo? —preguntó Número Uno—. ¿Motores transversales y tracción delantera?

—Con ello evitaríamos el cigüeñal.

—Cuatro cilindros —continuó recitando Número Uno—. ¿Quién va querer comprar un coche con solo cuatro cilindros?

—La misma gente que está comprando VW, Toyotas, Hondas...

—¡Ah, seguro! —se rio Loren Tercero—, un auténtico muerto sin aceleración ni nervio, ruidoso...

Angelo se encogió de hombros.

—El MG lleva un motor de cuatro cilindros —contestó—, lo mismo que el Porsche 911. ¡Menudo muerto, eh, Loren!

Betsy apuntó con el dedo a su padre y se rio.

—Te ha pillado.

Loren Tercero dirigió una mirada cargada de ira a su hija.

Número Uno metió la mano dentro de su chaqueta y sacó un recorte de periódico que resumía el informe que Angelo había hecho sobre la compañía Bethlehem Motors a las instituciones financieras y lo leyó:

—«Bethlehem Motors no dispone de las facilidades para construir un motor transversal de cuatro cilindros, ni los sistemas de tracción delantera necesarios, y tampoco podrá adecuar sus líneas de producción para empezar a fabricarlos en un futuro próximo.»

—¿Así que no podemos, eh? Muy bien, ¿cuál es tu solución? Y continuas diciendo:

»Sin embargo, hay un buen número de fabricantes japoneses que disponen ya de las plantas de fabricación necesarias, poseen la capacidad extra de producción, tienen

gran experiencia en el diseño y la producción de ese tipo de motor que estarían encantados de poder suministrar a los fabricantes americanos, esos motores de bajo consumo, potentes y ligeros. A compañías como Bethlehem Motors les convendría comenzar cuanto antes las negociaciones para poder importarlos.»

—Así que esa es la solución: producir una mezcla de coche medio japonés medio americano. ¿Es eso lo que quieres que hagamos, Angelo?

—Podría ser la salvación de la empresa —contestó Angelo.

—Toda mi vida —rugió Número Uno—, la frase *hecho en Japón* ha sido sinónimo de algo barato y chapucero.

—Ya, como los televisores Sony y las cámaras fotográficas Nikon —observó Betsy.

Número Uno volvió a descargar un puñetazo sobre la mesa.

—Mientras yo viva —rugió— no saldrá de mi fábrica ni un solo coche con el motor hecho en Japón.

Angelo esbozó una sonrisa.

—Eso es lo mismo que Hank Ford le dijo a Lee Iacocca, y para serte franco, me importa un bledo lo que hagáis. Esa es la verdad tanto si te gusta como si no. No os estoy pidiendo que aceptéis mis recomendaciones. No las he redactado para vosotros. Mi informe estaba dirigido a las sociedades de Bolsa de Nueva York. Intenta sacar una emisión de obligaciones o emitir nuevas acciones y ya veréis lo que pasa.

—¿Has tenido en cuenta la posibilidad de que te demandemos por calumniar a la compañía? —le preguntó Loren Tercero.

Angelo prefirió ignorar el comentario.

—Vuestros índices financieros están de capa caída y todos los analistas de Bolsa más importantes recomiendan vender vuestras acciones. La esperanza de vida de Bethlehem Motors es bastante reducida.

—Lo mismo que la mía —murmuró Número Uno—. ¡Toma tu maldita sopa antes de que se te enfríe!



Angelo sabía que Betsy vendría a su habitación y que era más peligroso cerrarle su puerta que dejarla entrar.

—Tú y yo hacemos una pareja perfecta —le susurró después de hacer el amor, mientras cogía la copa de brandy con la que había llegado a la habitación hacía un rato para darle un trago antes de pasársela a Angelo—. Pero tiene que haber algo más que todo esto. Algo más que deslizarme de noche por toda la casa, como una ladrona, para meterme en tu cama. ¡Por el amor de Dios, Angelo! ¡Abandónala! Pásale una buena pensión y vente a vivir conmigo.

—Es la madre de mi hijo —contestó él con firmeza.

Betsy volvió a coger su copa, se la terminó de un trago y la dejó sobre la mesita de noche.

—Bueno ya veo que la amas. Porque la amas, ¿no es así?

Angelo cabeceó afirmativamente.

—Y me imagino que es una buena esposa —dijo Betsy—, pero yo hubiera sido mucho mejor.

—Tú ya estabas casada cuando me casé con Cindy.

—Pero tú conocías el acuerdo que teníamos —contestó—, y podías haberme esperado.

Angelo sacudió la cabeza aburrido.

—Están furiosos —continuó Betsy—. Ese viejo bastardo y mi padre. Te matarían con gusto, sin el menor remordimiento, si pensaran que podían salirse con la suya.

Angelo se encogió de hombros.

—Tampoco les he hecho tanto daño como para eso.

—No es por lo que has publicado; es que piensan que tú has sido la fuente de información que Thurman ha utilizado para escribir su artículo.

Angelo sabía a qué se estaba refiriendo Betsy. Guy Thurman había publicado recientemente un artículo de veinte páginas en una de las revistas de mayor tirada nacionales que decía:

Las cualidades que han hecho grandes a los padres raras veces son heredadas por sus hijos. De hecho son esas mismas cualidades las que frecuentemente los ahogan. Ese es el caso de Loren Hardeman, fundador de Bethlehem Motors. Su hijo y su nieto también se llaman Loren Hardeman y de ahí ha nacido la costumbre de llamar al patriarca Número Uno, a su hijo Número Dos y al nieto Número Tres.

Es difícil no preguntarse qué hubiera sido de Número Dos si no hubiese estado tan totalmente anulado por un padre tiránico; pero tal como se desarrollaron las cosas acabó convirtiéndose en un hombre débil y en un homosexual vergonzoso —al que chantajearon por ese motivo— que acabó suicidándose en 1952. Número Tres ha demostrado ser un hombre resentido y manipulador que en varias ocasiones ha intentado arrebatar el control de Bethlehem Motors a Número Uno.

Número Uno contrató a un hombre joven, al que había conocido desde niño, Angelo Perino, porque creyó que era la persona idónea para fabricar un coche deportivo que bautizarían Betsy, en honor de su nieta.

Angelo Perino es ingeniero y comparte la pasión por los automóviles que en sus mejores días tuvo Número Uno, y lo que es más importante: tenía la misma energía y determinación que él. Fue piloto de carreras durante cinco años, y llegó a conseguir, en una ocasión, el segundo puesto en el ranking de pilotos; después tuvo que retirarse tras sufrir un aparatoso accidente que casi le costó la vida. Poseía además, en aquel entonces, una fortuna propia y estaba dispuesto a correr riesgos.

Para fabricar el Betsy era necesario salvar la oposición de Loren Hardeman que estaba dispuesto a todo para acabar con el proyecto, no solo por una cuestión de celos profesionales, sino también porque estaba convencido de que Bethlehem

Motors tendría que abandonar, tarde o temprano, el sector del automóvil y concentrarse en el negocio que realmente estaba produciendo beneficios a la compañía: la fabricación de electrodomésticos.

La guerra interna duró años y cuando Número Tres se dio cuenta de que estaba perdiendo no dudó en sabotear el coche. Esa táctica también fracasó, y entonces contrató a un par de matones para que le dieran una paliza a Angelo Perino...

Número Tres había demandado a Thurman por difamación pero su demanda había sido rechazada y tuvo que pagar las costas y el juicio.

—Thurman cuenta demasiadas cosas para no tener una fuente de información interna —observó Betsy.

—Pero eso no quiere decir que haya sido yo. Te juro que nunca me he reunido con Thurman, ni he hablado con él o le he enviado una carta.

—Nunca conseguirás que te crean. —Se encogió de hombros—. Al diablo con todo eso. Tenemos mejores cosas de las que ocuparnos.

Betsy se puso encima de él dejando que sus tetas se balancearan contra su pene.

—Ponte a cuatro patas —le pidió con la voz ronca por la excitación.

Él hizo lo que le pedía y ella le separó las nalgas con las manos pegando su cara a su ano para introducirle la lengua. Al sentirlo, inspiró ahogadamente todo el aire del que era capaz. La sensación no era orgásmica, pero las zonas que su lengua acariciaba hormigueaban con un placer cada vez más intruso. Ella lo trabajó de esta forma durante cinco minutos y después buscó entre sus piernas su pene erecto y comenzó a meneárselo. No duró más de medio minuto y se vació con un largo, profundo y desbocado orgasmo.

—Me apuesto lo que quieras —murmuró Betsy— a que tu mujer nunca te ha hecho nada parecido.

Angelo sonrió cariñosamente cabeceando negativamente, Estaba mintiendo, pero Betsy no tenía por qué saber que para la lengua de Cindy no existían secretos.

seis

1975

La galería VKP estaba situada en Park Avenue, unas cuantas manzanas al norte del Waldorf. Un lunes por la noche del mes de abril, Cindy y Dietz inauguraron la exposición individual de Amanda Finch, una joven artista que Cindy había descubierto a través de una compañera de universidad.

Amanda nunca había sido miembro de su hermandad de estudiantes pero sí lo era su amiga Mary Wilkerson. Mary, que vivía en Greenwich, se había matriculado en unas clases de arte en el Silvermine Guild, donde Amanda trabajaba como modelo para las clases de dibujo, pintura y escultura. Las dos mujeres se habían conocido cuando Amanda se paseaba entre los atriles para ver cómo la estaban retratando los estudiantes. Cuando le hizo un par de sugerencias sobre su cuadro, Mary se había enterado de que Amanda era pintora y que posaba como modelo porque era una buena manera de ganarse la vida de una forma poco exigente. Este trabajo le dejaba libre gran parte de su tiempo y de sus energías para dedicarlas a la pintura. Mary había visto algunos cuadros de Amanda y había invitado inmediatamente a Cindy para que viniese a Connecticut a echarles un vistazo.

El trabajo de Amanda Finch encajaba dentro de la línea de realismo que la galería VKP quería promover. Su técnica prestaba una meticulosa atención al detalle de tal manera que, a distancia, sus cuadros podían confundirse con fotografías de gran resolución. Los estambres y pistilos de sus flores estaban meticulosamente reproducidos, igual que las venas y las estrías de sus pétalos. Sus retratos tenían reminiscencias de la escuela de Rembrandt por su exactitud y la manera casi fotográfica con la que reproducían exactamente los diferentes tonos de color de la piel, incluyendo sus manchas y cicatrices. Las cejas y las pestañas parecía que habían sido pintadas pelo a pelo.

Lo que más impresionaba de su trabajo eran sus desnudos. Como no podía pagar un modelo durante las muchas horas que exigía su técnica tan extremadamente realista, ella misma se había convertido en su propio modelo utilizando un espejo de cuerpo entero para poder retratarse. En dos de sus cuadros posaba de pie. En el tercero se sentaba en un taburete con los pies enganchados por el empeine a sus patas delanteras. La pose abría sus piernas y revelaba sus partes íntimas reproducidas con la misma exquisita atención al detalle que sus otras pinturas de estambres y pistilos.

Estaba claro para todos los invitados a la exposición que esa mujer tímida, vestida con una falda sastre gris y una blusa de seda blanca —ropas a las que era evidente que no estaba acostumbrada— no solo era la artista sino también la modelo. Su retrato, abierta de piernas, se vendió en la primera noche de la exposición por 7500 dólares.

Angelo solo la conoció el segundo día de la exposición. Había vuelto demasiado tarde de Chicago para poder asistir a la inauguración. Era una mujer atractiva pero no un modelo de belleza. Ella, por su parte, dejaba bien claro con su aspecto que tenía mejores cosas que hacer y de qué preocuparse. Llevaba su pelo castaño con una melena descuidada y sus cejas pobladas cobijaban unos miopes ojos marrones que se asomaban desde unas gafas doradas de montura metálica meticulosamente reproducidas en todos sus autorretratos. La boca era amplia, los labios finos. Su figura, como mostraban sus cuadros, no era nada especial. Además de sus ojos, que parecía que flotaban detrás de los espesos cristales, lo único que llamaba la atención eran sus manos desmesuradamente grandes, demasiado grandes para su cuerpo; como las manos del David de Miguel Ángel.

—Tengo una deuda con la señora Perino que nunca podré pagarle —le dijo a Angelo—. Esta exposición es lo que siempre he soñado. Si muriera esta noche lo haría feliz, sentiría que mi vida había merecido la pena.

Cindy escuchó lo que Amanda decía y se acercó para darle un abrazo.

—¿Quieres aceptar mil quinientos dólares por el cuadro de las violetas? —le preguntó—. Y creo que vamos a conseguir otros tres mil por los gladiolos.

—¡Madre mía!

—Tenemos una oferta para uno de los desnudos, pero no la he aceptado todavía.

—¡Madre mía!

—Ya puedes irte preparando para pasar los próximos seis meses desnuda, enfrente del espejo —dijo Cindy con una sonrisa.

Cindy estaba embarazada otra vez y, aunque su estado no era avanzado, se hacía evidente cuando estaba desnuda.

—Si no fuera por tu estado, le encargaría un retrato tuyo —dijo Angelo.

—Es un estado precioso —contestó Amanda con sencillez.

Angelo se quedó mirando a Cindy durante un momento.

—Lo colgaríamos en una de las habitaciones privadas en el piso —dijo Angelo—. No aquí.

Quedaron de acuerdo para que a principios de julio, Amanda se trasladara al apartamento de los Perino. Cindy posaba durante una hora y después Amanda pintaba otras seis. El resultado fue un retrato que, para Angelo, era la obra más hermosa que jamás había visto. De pie, de perfil para dramatizar la curva de su barriga distendida, Cindy posaba serenamente orgullosa. Su mirada se posaba sobre su gravidez como si pudiese ver la vida que anidaba dentro de ella. Una mano descansaba cerca del ombligo y la otra reposaba sobre su cadera. Durante aquellos días de verano su piel había brillado tenuemente, húmeda por la transpiración, y Amanda había capturado también eso como había hecho con todos y cada uno de los detalles del cuerpo de Cindy, con esa técnica consumada del artista, sin caer nunca en la del mero ilustrador.

Colgaron el retrato, como habían pensado, en su dormitorio pero invitaron a unos pocos amigos íntimos a verlo, entre los que se encontraban Dietz y Mary Wilkerson.

Angelo pagó quince mil dólares por el cuadro y encargó otro retrato suyo tan pronto como pudiera encontrar tiempo para posar.



Número Uno, aunque lo tenía prohibido por los médicos, dio otro trago a su vaso de Canadian Club. Estaba sentado en su silla de ruedas en la terraza con la mirada perdida en el Atlántico. Loren Tercero estaba a su lado en una tumbona y Roberta, ahora la señora Hardeman, descansaba en un sillón de madera, entre cojines de motivos florales, con un whisky escocés en una mano y un Chesterfield en la otra.

—Las acciones cerraron ayer a dieciocho por ciento —dijo Número Uno—. Hace dos años cotizaban a sesenta. Hoy somos más pobres que ayer.

—Es la economía —contestó Loren—. Se salieron con la suya y echaron a Nixon de la presidencia.

—A duras penas conseguimos mantener una cuota del dos por ciento en el mercado del automóvil —continuó Número Uno—, y la línea de neveras tampoco funciona muy bien, a pesar de haber contratado a esa tía tan cara para abrir y cerrar la puerta en esos anuncios de la televisión.

—El precio del plástico ha subido —contestó Loren.

—Ha subido lo mismo para todo el mundo —repuso Número Uno.

—Sí, pero aprietan más a las compañías pequeñas —intervino Roberta—. Siempre pasa lo mismo. Es una regla de economía elemental: General Motors y General Electric pueden conseguir economías de escala que nosotros no podemos. Así son las cosas.

A Número Uno no se le escapó el *nosotros* y enarcó las cejas.

—Yo fui capaz de competir eficientemente durante muchos años —contestó—. ¿Cómo explicas eso?

—Construiste el automóvil que la gente quería comprar —contestó Roberta—. Como lo hicieron Studebaker, Hudson, Packard o Nash. Todo el mundo podía comprar un Ford o un Chevrolet, pero algunos preferían un Sundancer. El diseño de la parte delantera y trasera del Studebaker era muy peculiar, pero sin embargo le gustaba a mucha gente. Era diferente, lo mismo que el Sundancer.

—Sí, y conseguimos sobrevivir —dijo Número Uno—. Hoy no se puede comprar un Studebaker pero sí un Sundancer.

—Pero perdemos dinero con cada coche que vendemos —contestó Loren.

—Más perdemos con tus malditas neveras. No vuelvas a repetirme eso de que tenemos que dejar de fabricar coches. ¡No lo voy a hacer!

—La compañía irá a la quiebra —observó Loren tristemente.

Número Uno miró a Roberta.

—No, no lo hará —dijo ella—. Entre vosotros dos hay suficiente ingenio como para vender hielo a los esquimales. —Y se inclinó, acercándose a Loren para darle unas palmadas en el hombro—. Tengo una enorme confianza en la capacidad de este

caballero, señor Hardeman.

Número Uno se quitó el sombrero unos momentos para abanicarse la calva con él.

—Hijo —dijo dirigiéndose a su nieto—. Quítate esa idea de la cabeza de abandonar la fabricación de automóviles, y concéntrate en hacer que nuestros coches se vendan. Sé que puedes hacerlo.

Loren dirigió una mirada a Roberta y esta le contestó con un cabeceo afirmativo.

—Abuelo, odio tener que decir esto... pero tenemos que afrontar el hecho de que Angelo Perino tenía razón. El Sundancer es demasiado grande y consume demasiada gasolina. Tenemos que construir coches que...

—¡Con motores transversales de mierda! —estalló Número Uno— y tracciones delanteras en vez de cigüeñales, y claro... terminarás diciéndome que nosotros no podemos fabricarlos.

Loren sacudió la cabeza afirmativamente.

—Así es: no los podemos fabricar por ahora, pero lo podríamos hacer más adelante si contáramos con el capital necesario. La competencia nos lleva demasiada ventaja en este momento; si compráramos los motores en Japón...

—Y construyéramos una mierda de coches híbridos...

—Es nuestra última oportunidad —anunció Loren sin rodeos.

—De acuerdo, hijo —dijo Número Uno pacientemente—. Suéltalo de una vez: si queremos continuar en el negocio no tenemos más remedio que fabricar coches que sean medio amarillos.

—Abuelo, si queremos continuar en el negocio no tenemos más remedio que fabricar esos coches que tú llamas medio amarillos, recitó Loren hoscamente.

—¿Tenemos la gente para poder llevarlo a cabo?

—Podemos encontrarla.

—No necesito decirte a quién vamos a tener que recurrir.

Loren sacudió la cabeza negándose.

—¡No!, ¡no!, ¡por favor!, no quiero nada con ese espagueti hijo de mala madre.

—¡Lo necesitamos, maldita sea! Pero con una condición: trabaja para ti. ¿No le hemos enseñado acaso la lección? Quien paga, manda.

—No querrá ni oír hablar de ello.

—Ya lo verás. Estará aquí en menos de veinticuatro horas y entre nosotros dos le haremos bailar al son que nos convenga.



Número Uno se fue a la cama inmediatamente después de cenar. Antes había llamado a Angelo Perino a Nueva York pero su secretaria le había contestado que estaba fuera y que no se le esperaba hasta el día siguiente.

Loren y Roberta se quedaron sentados a la mesa después de que se llevaran a Número Uno en su silla de ruedas. Desecharon la idea de salir esa noche y decidieron dar un paseo por la playa antes de subir a sus habitaciones.

Eran más de las diez antes de que cualquiera de ellos volviese a mencionar el nombre de Angelo Perino. Para entonces Roberta se había cambiado y llevaba una ligera falda de color melocotón, y un corpiño transparente que dejaba ver sus monumentales pechos. Estaba fumando un Chesterfield y tenía un whisky al alcance de su mano.

Loren estaba desnudo, sentado en el suelo, y se inclinaba de vez en cuando para chuparle los dedos de los pies.

—El secreto es utilizar a Perino y al mismo tiempo tenerlo controlado —dijo Roberta.

—Sí, ya lo sé, pero ¿cómo lo hago?

—Tu abuelo te ayudará y yo también.

—No sé...

—Ten confianza en ti mismo, Loren —le reconvino en tono autoritario—. Hoy has ganado una batalla: el viejo siempre decía que nunca permitiría que un coche de Bethlehem Motors montara un motor japonés.

—Angelo Perino me odia. Bueno, ¡qué diablos!... me imagino que tiene razones para hacerlo.

Ella se inclinó hacia adelante para acariciarlo en la mejilla.

—Estás cometiendo un error —dijo suavemente—. Todo el mundo tiene derecho a equivocarse una vez en la vida. Pero tú no volverás a hacerlo: mamá te estará vigilando y no dejará que vuelva a pasar.

Él le levantó la falda y comenzó a lamerle la cara interna de sus muslos.

—Y de todas formas ahora tienes al viejo de tu parte.

—Tiene que estarlo —dijo Loren amargamente—. ¡Imagínate... mi abuelo se estaba tirando a mi madre! ¿En qué convierte eso a Anne? ¿En mi tía o mi medio hermana?

—Las dos cosas —le contestó Roberta—. ¿Pero qué diferencia hay?, está en Europa y no se entromete.

—Perino también se tiró a mi segunda mujer.

—Pero solo antes de casarse contigo. No puedes odiarle por ello. ¿O es que también odias a mi difunto marido?

—Es diferente. Perino sabía que yo quería a Bobby y estaba planeando casarme con ella.

—¡Olvida todo eso de una vez, Loren!

—No voy a dejar que ese espagueti de mierda me vuelva a joder, Roberta. Lo odio y mi abuelo va a *suplicarle* que vuelva a trabajar en la empresa. Me gustaría que su avión se estrellase mientras vuela hacia aquí... Mira, quizá podría prepararle algo parecido más adelante.

Ella sonrió sacudiendo la cabeza.

—Creo que es mejor que hagamos algo para mejorar tu estado de ánimo —dijo subiéndose la falda alrededor de sus caderas y abriendo las piernas.

—Ven aquí —ordenó— y házmelo bien, si no mamá tendrá que darte unos buenos fustazos en el culo.



Cindy se había sentido incómoda posando desnuda para Amanda. No podía evitar que la *au pair* la viese y claro, también estaba Angelo entrando y saliendo. John, el bebé, era demasiado niño para que se extrañara con el hecho de que su madre fuera la única persona desnuda en el apartamento.

Se encontraba posando cuando Angelo entró para darle la noticia de que había recibido una llamada de Número Uno, pidiéndole que fuera a verlo a Florida para una breve entrevista.

—La voz del amo —exclamó Cindy—. ¿Vas a ir?

—Creo que debo hacerlo. Quizá quiera despedirse. Tiene noventa y seis años, ¿sabes?

Estaban acostumbrados a hablar de todo excepto de los asuntos más íntimos con Amanda delante. Cindy hizo un gesto de desprecio.

—Vivirá hasta que alguien le atraviere el corazón con una bala de plata.

—Más de una vez me ha dicho que tiene la intención de vivir cien años.

—¿Qué vas a hacer si te hace una propuesta?

—¿Como cuál?

—Darte el control de la compañía.

—Nunca haría nada parecido.

—Mejor que no. La compañía se está hundiendo.

Angelo dirigió una mirada a Amanda. Parecía como si no hubiese escuchado nada, pero claro que lo había hecho, y desde luego sabía de quién estaban hablando.

—El viejo no puede confiar en Número Tres —continuó Cindy—. Es obvio. Te está llamando para que los saques de apuros y si lo haces eres un auténtico tonto. Ya intentó matarte una vez. ¿Cómo puedes haberlo olvidado?

Angelo volvió a mirar a Amanda.

—Voy a ir y ver qué es lo que quiere, pero no tomaré una decisión hasta que tú y yo hayamos hablado antes.

Estaban sentados en la terraza, viendo caer la lluvia que oscurecía la vista de la playa y ocultaba el mar a lo lejos. Era uno de esos aguaceros tropicales que algunas veces se desatan en Florida, que caen rectos desde un cielo cubierto de nubes oscuras, sin un soplo de viento que la haga penetrar por los mosquiteros de las ventanas abiertas. Hacía frío y, sin embargo, Número Uno continuaba allí sentado, abrigado con un chal de lana que la enfermera le había colocado sobre los hombros.

—¿Quién era ese rey —preguntó— al que le cubrían con mantas en medio de jóvenes vírgenes desnudas para que entrara en calor?

—David —contestó Angelo sonriendo—. Si no insistes en que sean vírgenes quizá te podamos encontrar algo.

Número Uno encontró fuerzas para sonreír a su vez débilmente.

—Cuando se llega a estos años —dijo—, uno no hace la menor diferencia si la chica que está contigo debajo de la manta es virgen, entonces quizá ha llegado la hora... ¡Diablos! Me había prometido a mí mismo que llegaría a los cien años y me temo que va a ser así. No te hagas ese tipo de promesas, puede que te veas obligado a cumplirlas.

Angelo no había venido directamente del aeropuerto. Anticipando la posibilidad de que hubiera un enfrentamiento, había cogido una habitación en un motel para tener un lugar donde refugiarse si era necesario. Vestía una chaqueta de madrás sobre un polo blanco y unos pantalones de color caqui Sandhurst.

Loren se encontraba también allí. Era tan evidente que estaba tenso que Angelo se preguntó si no habría tomado algo. No importaba cómo se vistiera; Loren Tercero siempre daba la impresión de estar fuera de lugar, como ese chico que va a la escuela vestido de carnaval para descubrir que todavía falta una semana. Sus ropas de golf eran inadecuadas para la ocasión e incongruentes en presencia de Número Uno.

La que resultaba interesante era Roberta. Angelo había oído hablar de ella pero no la conocía. Su nombre completo era Roberta Ford (nada que ver con esos Ford, añadía rápidamente) Ross Hardeman y era una mujer formidable, de eso no había la menor duda, aunque le hubiese gustado encontrar una palabra que la definiera mejor. Pocas veces se había encontrado con una mujer tan descaradamente segura de sí misma. Número Uno nunca hubiera admitido que ninguna de las anteriores mujeres de Loren estuviesen presentes en lo que prometía ser una complicada reunión de negocios, pero se lo permitía a ella. No era en absoluto el tipo de mujer que Angelo había esperado encontrar al lado de Loren.

Aparte de su absoluta seguridad en sí misma, su mismo aspecto físico imponía. Encontró interesante la manera en que llevaba cortado el pelo: muy corto hasta la

parte superior de las orejas y en mechones más largos por la parte superior. No era una mujer hermosa pero sabía cómo sacar partido a lo que tenía y resultaba claramente atractiva. Llevaba unos pantalones color crema estrechos, con estribos que los mantenían tensos y resaltaban sus formas, y un polo de color fresa que llenaba con un busto considerable.

—Me imagino que todavía sigues pensando que deberíamos fabricar ese coche de mierda —dijo Número Uno.

—Ese puede ser un buen nombre para el automóvil, el Merdal.

—¿A qué has venido aquí? A hablar del coche o a hacer un chiste malo.

—Solo he venido para hacerte una visita de carácter social —contestó Angelo—. No he venido a hablar de negocios.

—Loren —contestó Número Uno—, asegúrate de que Angelo recibe un cheque por veinticinco mil dólares la próxima semana. Sus honorarios por consulta; a ver si podemos ya empezar a hablar de negocios.

—No me he ofrecido para hablar de negocios a ningún precio.

—No seas terco —contestó Número Uno y se volvió hacia Roberta—. Ya ves lo que tengo que aguantar cada vez que viene a verme. ¡Vamos!, deja ya de jugar, Angelo, necesitamos tu colaboración.

—¿Esas tenemos? ¿Necesitáis mi colaboración? ¿Desde cuándo?

Número Uno se volvió para mirar abstraídamente el mar durante un largo rato y los otros se preguntaron si no habría perdido el hilo de la conversación.

—¿Te acuerdas que en una ocasión te pedí que fueras mis piernas? —preguntó finalmente a Angelo.

—Para después despedirme cuando hice el trabajo demasiado bien.

El viejo agitó las manos impacientemente.

—Olvida todo eso. Dinos cómo fabricar ese coche.

—Ha pasado demasiado tiempo —contestó Angelo— desde la última vez que hablamos sobre lo que se tenía que hacer para sacar a flote a Bethlehem Motors. Desde entonces General Motors lleva tiempo trabajando en el diseño de un coche con motor transversal, de bajo consumo de gasolina y lo mismo ha estado haciendo Chrysler. Habéis llegado demasiado tarde a la línea de salida, señor Hardeman.

—Sí, sí. Ya he leído tus informes a Wall Street. Ya sé lo que piensas. La cuestión ahora es ¿qué podemos hacer?

Angelo dirigió una mirada a Roberta que intuía le iba a escuchar con una mente más abierta que Número Uno o Número Tres.

—Es muy simple —contestó—, pero tenéis que olvidaros de proyectar vosotros solos el coche. Porque cuando hayáis conseguido diseñarlo, tengáis los estudios de ingeniería necesarios y la maquinaria apropiada para fabricarlo, vuestros competidores se habrán apoderado ya de ese mercado. Aunque existe una manera de evitarlo.

—¡Suéltalo ya! —dijo Loren incapaz de ocultar el despecho en su voz.

—El motor y el sistema de transmisión que necesitamos están siendo fabricados por Shizoka. Es un conjunto excelente fabricado con las más altas exigencias de calidad. No venden demasiados coches en Estados Unidos porque su modelo, el Chiisai, es demasiado pequeño o demasiado grande, según se mire. El mercado americano se orienta ahora a dos categorías de coches diferentes. Por un lado, los coches de tamaño familiar para transportar hasta seis personas los fines de semana, y, por otro, coches pequeños y rápidos que quemen neumáticos al salir como una bala. Se podría rediseñar el Chiisai, sin grandes esfuerzos, para que pudiera llevar a cuatro o cinco personas de tamaño americano, aunque algo apretadas. Si la carrocería está diseñada con un poco de gracia se puede conseguir un coche de aspecto atractivo: dinámico y romántico a la vez.

—Ya conozco el Chiisai —dijo Loren—. ¿Qué tendrían ellos que ver con Bethlehem Motors?

—Lo mejor sería formar sociedad con Shizoka —contestó Angelo—. Quizá incluso fusionar ambas compañías aunque eso no es absolutamente necesario. Pero lo que sí se tiene que hacer es diseñar, fabricar y vender conjuntamente el mismo coche. En Japón se llama de la manera que a Shizoka le parezca mejor, en América como vosotros queráis, y en Europa se comercializa con otro nombre. Pero siempre estamos hablando del mismo coche: tamaño medio, con nervio pero sin un derroche de potencia, sólido y fabricado de acuerdo con los más rígidos controles de calidad.

—¡Formar sociedad! —gritó Número Uno—. ¡Fusionarme! ¿Con los malditos japoneses? Prefiero dejar que la compañía se hunda.

Loren sonrió condescendentemente.

—¡Venga ya, Angelo! Por esos veinticinco mil dólares que estás cobrando por tus opiniones podías haber pensado en algo mejor que todo eso.

—Podéis meteros el dinero por donde os quepa, Hardeman. No lo necesito y tampoco os necesito a vosotros.

—Nunca has sido tan listo como piensas que eres —gruñó Número Uno.

Angelo sacudió la cabeza pacientemente.

—Querido amigo —le dijo al anciano—, en 1939, cuando modificaste mi coche de pedales, a pesar de ir en una silla de ruedas, estabas todavía abierto a nuevas ideas y posibilidades. El problema, y no se te puede culpar por ello; has vivido demasiado tiempo y demasiado dolorosamente, es que has estado cerrado a cualquier innovación prácticamente desde 1939. Tu empresa no te sobrevivirá, porque toda la curiosidad y energía te han abandonado, y ni tu hijo ni tu nieto la han heredado.

Número Uno clavó sus ojos en Angelo. Su cara adoptó un aire blando que no reflejaba la menor expresión. Al cabo de unos momentos cabeceó y dijo apagadamente:

—Adiós, Angelo.



Angelo comprobó los horarios de las líneas aéreas. Podía haber volado de regreso a Nueva York aquella misma noche pero hubiera tenido que salir disparado al aeropuerto y efectuar transbordo en Atlanta, y prefirió pasar el resto de la tarde tranquilamente después de una buena cena. Llamó a Cindy para contarle todo lo sucedido, y estuvo encantada de saber que los Hardeman no le habían hecho ninguna oferta. Se había despedido de Número Uno y suponía que esa sería la última vez que lo volvería a ver con vida.

Por otras visitas que le había hecho sabía que siempre se podía comer mucho mejor en la ciudad que en la mesa de los Hardeman, compartiendo una comida insípida y triste como invitado de un sombrío anciano.

Encontró una mesa con vistas al mar, y mirando el ir y venir de las olas que rompían contra la costa bajo los focos de poderosos reflectores se tomó varias piñas coladas y una langosta acompañada con una botella de vino blanco. La camarera que le servía le dijo que lo había visto conducir en el circuito de Daytona; tenía su Pontiac Firebird en el aparcamiento y le encantaría ser su pasajera si quería probarlo. Él le dio las gracias; quizá en otro momento, cuando no hubiese bebido tanto.

Tenía una botella de whisky escocés en su habitación, pero ya había bebido lo suficiente, así que se desnudó y arregló las almohadas para ver desde la cama un partido que daban por televisión. Todavía no era media parte cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Roberta Hardeman.

Angelo se quedó sorprendido.

—Un minuto, tengo que vestirme —respondió.

Iba vestida de la misma manera que cuando la había visto en la terraza. Los pantalones ajustados y la camisa bien llena.

—¿Puedo entrar? Necesito hablar contigo.

Angelo cabeceó afirmativamente dejándola pasar.

—¿Dónde está Loren?

—Durmiendo el sueño de los inocentes —contestó— o, para ser más exacta, durmiendo la mona. No sabe lo que se pierde.

Angelo hizo un gesto en dirección al sofá, pero ella prefirió sentarse en una de las sillas.

—¿De qué tenemos que hablar, señora Hardeman?

—En primer lugar, mi nombre es Roberta, no señora Hardeman. ¿Puedes ofrecerme algo para beber o prefieres que bajemos al bar?

—Tengo escocés, pero no tengo hielo.

—Es un auténtico pecado ponerle hielo a un buen escocés.

—¿Agua?

—Solo una cucharada.

—Admira mis vasos de fino cristal —dijo mientras le dio su bebida en un vaso de

plástico y se sirvió otro—. ¡A tu salud! Bueno, de qué querías hablar.

—¿Te lo puedes creer si te digo que amo a Loren Hardeman?

—No.

—Bueno, ya sé por qué piensas eso. Ya sé lo que te hizo. Incluso conociendo la historia desde su punto de vista, hizo algo vergonzoso. Pero lo quiero, no me casé con él por su dinero, tengo fortuna propia.

—Me alegro. Puede que la necesites —contestó Angelo fríamente dando un trago a su copa.

Roberta se quedó abstraída mirando la suya antes de tomar un sorbo.

—Cualquiera que sea la opinión que puedas tener de él, y tienes razones para tener la peor posible, no tienes intención de matarlo, ¿me equivoco?

Angelo se encogió de hombros.

—No te preocupes, si alguna vez tuve la tentación de llamar a mis amigos de la Honorable Sociedad para que lo eliminaran, fue hace tiempo. Ya he cicatrizado y tengo una nueva vida.

Ella cabeceó afirmativamente y sonrió.

—Lo mismo le pasa a él.

Angelo la miró de arriba abajo con descaro, haciendo un balance crudo e íntimo de sus atributos.

—Ya lo veo —contestó.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó ella con descaro.

—Sí.

—Ese podría ser un tema que podríamos dejar para más adelante —respondió—. En este momento solo quiero hablar de Loren. Ya sé lo que hizo: ordenó que te propinaran una paliza que te dejó malherido y humillado. Ese fue el precio que pagaste por las manipulaciones de Número Uno. Ese viejo solo te utilizó. Lo sabes muy bien. Y también utilizó a Loren. ¿Tienes idea del precio que Loren tuvo que pagar?

—¡Dímelo tú!

—¡Lo castró psicológicamente! Lo dejó a cargo de la empresa, pero primero le cortó una de sus pelotas. Lo mismo que había hecho con Número Dos, con la diferencia de que a él le arrancó las dos de cuajo. Ese anciano es maligno, Angelo.

Angelo negó con la cabeza.

—Viejo, frustrado, infeliz... sí. ¿Maligno? No lo creo.

—Le tienes aprecio, ¿no es cierto?

—Lo admiro —contestó Angelo—, fue más listo que yo, y consiguió engañarme. No tengo más remedio que sentir cierto respeto por quien fue capaz de hacerlo. Ese es el motivo por el que no tengo ninguna consideración por tu marido. Es incapaz de vencerme utilizando su cabeza. Puede intentar matarme pero nunca sería capaz de ganarme.

—Tu modestia es abrumadora —contestó ella acabando de un trago su bebida—.

¿Puedes darme otra copa?

Se levantó y se llevó los vasos al baño, donde había dejado la botella.

—Angelo —dijo ella mientras él se encontraba en el baño—. A Loren le van a cortar la segunda pelota que le queda. ¿No lo ves?

—No, no lo veo y, en cualquier caso, tampoco me importa.

—El viejo le dio el control de Bethlehem Motors.

—¡Familia! —interrumpió Angelo, volviendo con las bebidas—, por muy incapaz que sea, Loren es un Hardeman al fin y al cabo.

—Pero no es Número Uno y nadie va a ocupar ese puesto. El viejo no va a dejar que eso pase. Tú eres tan bueno como él y lo sabe. Ese es el motivo por el que te despidió. Loren es una apuesta segura: nunca llegará a ser lo bastante bueno para poder hacer sombra a la reputación del fundador, y por eso...

—¿Por eso qué?

—Por eso le dio a Loren el control de una empresa que está al borde de la quiebra. Número Uno creó la empresa. Número Dos no fue lo suficientemente hombre para dirigirla y Número Tres lo único que hará será presidir su colapso, lo cual terminará de señalarlo.

Angelo se encogió de hombros.

—¿Has fracasado alguna vez, Perino? Fracasado de verdad. ¿Sabes lo que se siente? Dudo que lo sepas; nunca te ha pasado.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga? ¿Para qué has venido a verme?

Ella se levantó y se acercó a la ventana apartando las cortinas para mirar en dirección a la autopista que pasaba enfrente del motel y que estaba congestionada por el tráfico. Inesperadamente se sacó la camisa de color fresa y se volvió para encararlo revelando el formidable sostén que necesitaba para contener y moldear su figura.

—¡Uh, uh! —dijo Angelo—. Nosotros...

—Bueno —contestó—, no nosotros dos; de momento no está escrito en las estrellas, solo quiero ponerme cómoda.

Y abrió el cierre de su sujetador dejando que sus pechos saltaran libres. Eran las tetas más grandes que jamás había visto sin ser grotescas. Las suyas eran duras, bien formadas, y no se descolgaban.

—No tienes idea de lo incómodo que es llevar esta especie de arnés durante doce horas seguidas. —Y se volvió a poner la camisa—. ¿Tú también tienes que llevar los calzoncillos reforzados para aguantar lo tuyo?

Él se levantó, fue al cuarto de baño y volvió con la botella de whisky para colocarla entre ambos sobre la mesa. No se había sentido atraído por Roberta cuando había estado oculta por nylon y elásticos, pero esas enormes tetas brincando libremente dentro de su camisa de color fresa le estaban dando una erección.

—Te preguntarás por qué he venido hasta aquí —dijo ella cogiendo la botella y sirviéndose otra copa—. La razón es que tengo la esperanza de que los dos juntos podamos ayudar a Loren.

—No puedo hacer nada para ayudarlo ni aun queriendo. Pero, además, ¿por qué iba a querer hacerlo?

—Tú puedes salvar la compañía, Angelo. El viejo sabe que puedes hacerlo. Sabe que tienes razón respecto del motor transversal y la asociación con los japoneses. Loren también lo sabe y los dos te van a pedir que salves Bethlehem Motors y cuando lo hagas habrás castrado a Loren tan efectivamente como el viejo lo hubiera hecho. Su padre acabó suicidándose y Loren es capaz de ello.

—¿Por qué habría de importarme? —preguntó Loren.

—Tú no eres un hombre despiadado, Angelo. Tienes que ayudarme a salvar a mi marido... te lo ruego.

—No quiero que me supliques, Roberta.

—Mejor —contestó—, porque prefiero hacerte una proposición de negocios razonable que sea beneficiosa para ambos.

—¿Y qué me dices de Loren?

—Eso dependerá de lo hombre que resulte ser.

—No veo ninguna razón por la que me interese mezclarme otra vez con los Hardeman.

—Tú quieres diseñar un automóvil totalmente tuyo, ¿no es eso? —preguntó—. Eres de la misma pasta que el viejo; podrías continuar como consultor, ser esto o aquello, pero nada enciende tus entrañas como proyectar un coche. Lo mismo que el viejo con el Sundancer o Lee Iacocca con el Mustang. Esa es la razón por la que el viejo no quiere oír hablar a Loren de abandonar la fabricación de automóviles. Una docena de jóvenes vírgenes no le calentarían por dentro de la misma forma que sacar otro coche.

—Ya, pues tiene una forma muy peculiar de hacerlo, ¿sabes?

—Bueno ¿y qué?, si a ti y a mí, en el fondo, nos da igual lo que le encienda las entrañas al viejo —contestó Roberta—. Tu interés, mi interés, está en lo que te enciende a ti, Angelo. Los automóviles son tu vida, Perino, y Bethlehem Motors es la única compañía en la que podrás hacer y deshacer. Tú puedes...

—El anciano...

—El anciano habrá muerto dentro de año y medio si no lo hace antes —contestó.

—Y Loren...

—Hará lo que yo le diga —replicó.

—Bueno, ¿cómo crees que podemos evitar que le corten su última pelota? —preguntó Angelo—. ¡Como si eso me importara!

—Trabajaremos juntos —contestó—. Tú me cuentas tus ideas y yo se las susurraré en la almohada. Al día siguiente se presentará en la oficina lleno de entusiasmo... por *tus* ideas.

—No me digas que es de esa clase de tontos.

Ella sonrió.

—Tú le conoces desde hace más tiempo que yo.

—Me siento como si estuviese a punto de ser chupado por un remolino.

—Buena descripción —contestó Roberta con una sonrisa maliciosa—, chupado. Eso es precisamente lo que voy a hacer, chuparte. Eso y otras cosas más. —Y se quitó la camisa, arrojándola a un rincón de la habitación—. Ven, vamos a sellar esa alianza entre nosotros. Nadie más necesita saberlo.

—Roberta, yo...

—No me conviertas en tu enemigo, Angelo. Quiero que se construya tu coche, y puedo ayudarte o impedirlo. El Mustang no se llamaba Lee y tu coche tampoco se llamará Angelo, pero todo el mundo sabrá quién lo hizo.

Continuó desvistiéndose hasta quedarse totalmente desnuda.

—Esto no es necesario —comenzó a decir.

—Este es un pacto de gran importancia —contestó ella—. Y no podemos ponerlo por escrito. Qué quieres que hagamos, ¿que nos demos la mano? ¡No! ¿Recuerdas cómo se solían registrar los linderos de los campos en Inglaterra durante la Edad Media? Llevaban a un chico a uno de los puntos importantes del lindero y le bajaban los pantalones para darle una buena zurra. De esa manera estaban seguros de que el chaval nunca más se olvidaría de aquel lugar. No solo era el sitio que le habían señalado como importante; era además el lugar donde le habían puesto el culo bien caliente y eso sí que nunca lo olvidaría. Bueno, pues tú tampoco te vas a olvidar de esta noche. Ninguno de los dos olvidaremos lo que hemos pactado hoy.

Angelo cabeceó afirmativamente.

—Será una noche para recordar —acabó admitiendo.

—Solo para asegurarnos de que así sea, ven aquí al sofá. Voy a tumbarme sobre tus rodillas y quiero que me azotes el culo hasta que esté rojo como un tomate.

—Roberta...

—Es lo que quiero que hagas, Angelo. Hasta que empiece a llorar y te suplique que pares. Así sellaremos nuestro pacto. Y después haremos un par de cosas que nos harán recordarlo. Una follada exótica, Perino; no lo de todos los días.

Ella volvió la cabeza y se rio después de recibir su primer azote. Se estremeció tras el segundo y apretó los dientes y arrugó el gesto después. Al rato comenzó a llorar pero él no paró de azotarla hasta que ella se lo suplicó. Estaba todavía sollozando cuando se puso de rodillas delante de él y comenzó a chupársela. Le hizo el trabajito con tal vigor, que no estaba seguro de poder cumplir con su parte de lo que le había prometido que vendría a continuación.

En la cama, debajo de él, gimió y soltó pequeños gritos encelados.

—¡Oh! —rugió guturalmente—. Este Angelo tiene una polla como un pistón.



Al día siguiente se despertó con el sonido del teléfono. Era la secretaria de la casa Hardeman, para decirle que el señor Hardeman quería verlo antes de que cogiera su avión de vuelta a Nueva York. ¿Le sería posible?

El avión no salía hasta las diez, así que tenía tiempo suficiente para ir hasta la playa para ver al viejo una vez más.

No fue el anciano quien lo recibió sino Loren. Lo estaba esperando en la terraza con un desayuno de café, bollos y fruta.

El tiempo había mejorado y el sol de la mañana brillaba sobre unas olas que azotaban la playa suavemente mientras cientos de medusas varadas en la arena agonizaban fuera del alcance de las olas en retirada.

—Número Uno está durmiendo —dijo Loren.

—A su edad es normal.

—Iré directamente al grano, Angelo —continuó Loren—. A Número Uno y a mí nos gustaría creer que tus ideas sobre el nuevo coche son disparatadas pero sabemos que no es así. No tenemos más remedio que reconocer que tienes razón cuando argumentas la necesidad de negociar un acuerdo con Shizoka. Como es obvio, Número Uno no está en condiciones de negociar acuerdos o de diseñar el coche. Mis puntos fuertes no son precisamente negociar con los japoneses o la ingeniería de automóviles. Te necesitamos a ti para eso. Así están las cosas. ¿Pensaste alguna vez que me oirías decir esto?

—Yo no os necesito, Loren.

—¡Diablos!, nunca lo hiciste. Eres el tipo de persona que tiene éxito en cualquier cosa que se propone hacer, pero me imagino que lo que realmente enciende tus fuegos es diseñar un coche, algo que sea totalmente diferente. Lee Iacocca fue el verdadero promotor del Mustang pero no lleva su nombre; es un Ford no un Iacocca, pero todo el mundo sabe quién fue el responsable de su diseño.

Eran casi las mismas palabras que había utilizado Roberta la noche anterior, pensó Angelo. De vuelta a casa, ayer, debió de despertar a Loren y se lo había dicho todo, o quizá ya lo tenía convencido antes de ir a verlo. Fuera lo que fuese, Loren estaba repitiendo sus palabras como si fuera un muñeco de ventrilocuo.

—Lo que a mí me interesa es que la compañía sobreviva y prospere —continuó Loren—. Angelo, ya sé que tienes buenas razones para odiarme. Y qué diablos, yo también tengo algunas razones para hacerlo, pero vamos a olvidar todo eso y dejarlo atrás, ¿no te parece? Tú quieres fabricar el coche en el que crees y ni GM, ni Ford, ni Chrysler te van a dar esa oportunidad. Nosotros lo haremos. Número Uno y yo necesitamos a una persona que pueda diseñar un coche que saque a flote la compañía. Escucha, esto no es nada fácil para mí, pero te estoy pidiendo que vuelvas. Vuelve y construye ese coche.

—Quiero el título de vicepresidente para Investigación y Desarrollo —contestó Angelo—, y en calidad de consultor autónomo, no como empleado. Un contrato de cinco años, y una opción de compra sobre un paquete de acciones. Si el proyecto no sale adelante, me tendréis que pagar de cualquier forma esos cinco años en su totalidad. Y lo quiero todo por escrito. Además quiero tu compromiso, Loren, de que no te entrometerás en el proyecto. Tú obtendrás el reconocimiento de haber sido lo

bastante listo como para haber contratado a Angelo Perino y yo el de haber construido un buen coche.

—No te andas por las ramas —contestó Loren.

—¿Tienes alguna objeción a mi propuesta?

—No, aceptada. ¿De qué honorarios estamos hablando?

—Digamos medio millón al año. ¿Cómo lo va a tomar Número Uno?

—Angelo, la manera en que lo tome Número Uno no va a importar mucho dentro de poco. ¿Cuánto tiempo más puede vivir? E incluso antes de eso, ¿cuánto tiempo puede aguantar antes de entrar en coma? Angelo, esto es entre tú y yo. Así van a ser las cosas. No necesitamos más a Número Uno.

ocho

1977

Después de realizar cinco viajes a Japón durante 1976, a Angelo acabó por gustarle el país mucho más que en su primera visita. Cindy lo acompañó un par de veces y aprovechó esos viajes para negociar un acuerdo con un marchante japonés para celebrar en su galería de Nueva York una exposición de Cho Seichi, un escultor de exquisitas piezas de pájaros, animales y flores de bronce.

Cindy no pudo acompañarlo en su primera visita de 1977; pocas semanas después daría a luz a su tercer hijo. El primero, John, había nacido en 1973, la segunda, Anna, en 1975. Durante los últimos meses de su embarazo se había apartado del día a día de la galería y había empezado a buscar casa por la comarca de Westchester y en el estado de Connecticut. Angelo sabía que tan pronto como volviera de Japón, tendría que ir con ella a visitar las casas que le habían gustado.

Aunque disponía de una oficina en Detroit, no pasaba allí más de dos días a la semana. El resto del tiempo trabajaba desde su oficina de Nueva York. Formaba parte de su trato con Loren no tener que estar todo el tiempo en Detroit ni que su familia tuviese que residir allí.

Cada vez que iba solo a Tokio se preguntaba si una vez más Betsy no acabaría llamando a su puerta. Le seguía la pista por ludas partes: unas veces aparecía en su habitación de Chicago, otras por su hotel de Dallas.

Las negociaciones con Shizoka habían ido mucho más despacio de lo que había anticipado pero finalmente habían confluído y el trato estaba totalmente perfilado. Los problemas que ahora quedaban por resolver en Japón tenían que ver con las modificaciones que se debían realizar en la transmisión para que encajara en el nuevo coche, y construir un chasis y una carrocería que aceptara la transmisión modificada era un tema que debía solucionarse desde Estados Unidos.

Había intentado aprender japonés pero desistió al descubrir que sus nuevos socios preferían que hablara inglés si no era capaz de hacerlo en un japonés perfecto. Cada vez entendía mejor lo que ellos decían entre sí, pero tenía cuidado de que no se dieran cuenta.

Keijo Shigeto, un ingeniero mecánico de treinta y nueve años, era uno de los que más había contribuido al diseño de los motores de Shizoka. Era un hombre atractivo con sienes prematuramente plateadas. Estaba orgulloso de su inglés y agradecía que le corrigieran, pero cuando Angelo ensayaba unas cuantas sentencias en japonés no podía contener la risa.

Con siete años de edad, el seis de agosto de 1945, estaba viviendo en la ciudad de Matsuyama en la isla de Shikoku, distante unos cincuenta kilómetros de Hiroshima en la ribera opuesta, y recordaba perfectamente un prolongado e intenso destello de

luz rosada y una extraña nube surgiendo hacia el norte, no en forma de hongo, sino como una gigantesca palmera. A sus ojos de niño su interior aparecía encendido con relámpagos como si en su centro anidara una enorme tormenta. Su madre se apresuró a hacerlo entrar en casa y cuando volvió a mirar a la nube, se estaba empezando a deshacer alejándose hacia el este.

Durante uno de sus viajes, Keijo invitó a Angelo a cenar a su casa. Angelo no estaba seguro de si la cena era formal o informal, pero cuando llegó aceptó la propuesta de desvestirse, quedándose en ropa interior, para después ponerse un kimono de seda; también se quitó los calcetines y se puso unos blancos que le entregaron.

Keijo y su mujer Toshiko, su hijo y su hija se sentaron con su invitado alrededor de una mesa baja sobre el suelo. Los dos jóvenes de doce y trece años de edad hablaban un inglés-americano perfecto. Toshiko, una diminuta y bellísima mujer, vestía el tradicional vestido japonés y, aunque no hablaba inglés, tenía un sinfín de preguntas sobre América y sus costumbres. Keijo hacía de traductor y cada pregunta comenzaba: «La señora Keijo quisiera saber...», y cada respuesta era recibida con una risita nerviosa. Angelo sabía que la risita era la manera cortés de acoger su respuesta y de agradecérselo.

La cena estaba deliciosa y les fue servida por una muchacha que no paraba de hacer reverencias cada vez que entraba.

Varios meses más tarde, Keijo llevó a Angelo a una casa de *geishas*. La cena en esa ocasión fue mucho más formal: las *geishas* tocaron extraños instrumentos de cuerda cantando con voces impostadas y dando conversación de circunstancias. La que le tocó a Angelo hablaba un inglés muy rudimentario. Era muy hermosa, por supuesto, pero en ese estilo tan artificial propio de las *geishas* y que a Angelo le resultaba muy poco atractivo.

—¿Te gusta Jack Kerouac? —le preguntó animadamente.

—No he leído ningún libro suyo.

Ella frunció el entrecejo sorprendida, pero se recuperó rápidamente y añadió con una sonrisa:

—Sí, no muy bueno, ¿cuál ser favorito?

—A decir verdad, estoy lo suficientemente pasado de moda para que me guste Mark Twain más que cualquier otro escritor norteamericano.

—¡Ah! ¡Sí!, ¡sí! Ser favorito en Japón. ¿Te gusta *beisuboru*?

Quería decir *baseball*. Sí, le gustaba.

—¡Ah! Gusto, Sander Kewfack.

—Sandy Koufax. Sí.

Su sonrisa cortés se iluminó.

—¿Has visto teatro *kabuki*?

—No, pero me gustaría.

—Debes hacer —contestó—, ser maravilloso.

Cuando terminaron de cenar él y Keijo se marcharon. Las *geishas*, estas *geishas* en particular, no continuaban entreteniendo más allá de la cena y unas tazas de *sake*. Después, en el taxi, Keijo le preguntó si le apetecía compañía femenina para esa noche y Angelo le dijo que no.



No la necesitaba porque sabía que Betsy lo estaba esperando en el hotel. Betsy se había convertido en un problema para él y en otro para su propia familia. Liberada de su matrimonio con Max Van Ludwige, desdeñando completamente a su padre y despreciando igualmente a su abuelo, parecía que su única ambición era convertirse en un miembro más de la llamada gente guapa. Además de algún dinero de los Hardeman heredado de su abuela Sally, y una cantidad mensual que le pasaba Número Uno, contaba también con una generosa pensión de divorcio de Max Van Ludwige. Se consideraba por lo tanto independiente y con solo mirar un poco sus gastos podía continuar siendo independiente indefinidamente.

Truman Capote había escrito sobre ella:

Mucho más hermosa de lo que Doris Duke ha soñado, pero menos elegante y menos rica, parece que aspira a hacerse un nombre saliendo con gente por debajo de su categoría. Algunos de ellos o ellas, incluso por debajo de cualquier categoría. Ha sido vista, por ejemplo, en compañía de El Gran Drogata Seboso (Elvis Presley, como todo el mundo podía adivinar). Solo un poco mejor fue lo que ha resultado ser un breve romance con William Holden. La dama bebe mucho, viaja más y tiene la reputación de tener menos escrúpulos que Lucrecia Borgia. Todo eso la convierte en un interesante espécimen de veinticuatro años. Si logra mantenerse apartada de los círculos de bebedores de litronas que en ocasiones le gusta frecuentar, podría tener un fascinante futuro.

Tenía casa en Londres, donde su hijo de cinco años, Loren Van Ludwige, la veía con sorprendente frecuencia, considerando el estilo de vida descrito por Capote. Viajaba, eso era verdad, pero iba a casa y se quedaba allí semanas enteras dedicándose exclusivamente a él. Casi nunca salía por la noche hasta que no lo había acostado y durante el día daban largos paseos juntos por el parque o recorrían el río Támesis en barco. Incluso cuando fue invitada al yate de Richard Burton y Elizabeth Taylor, anclado en el Támesis un poco más arriba de la Torre de Londres, lo llevó con ella. Se refería siempre a su hijo como Loren Cuarto y continuamente estaba dejando caer en sus entrevistas que sería el futuro sucesor de su abuelo en la presidencia de Bethlehem Motors.

Era una presencia constante en la prensa sensacionalista, a la cual le encantaban sus escotes exagerados, sus faldas demasiado cortas, sus exiguos bikinis y su disponibilidad para hacer una pausa y dedicar una sonrisa a las cámaras. Jugaba al *blackjack* e irritaba a la dirección del casino ganando. En una ocasión acabó delante

de un juez por conducir en estado de embriaguez y le retiraron el permiso de conducir; a raíz de ese suceso decidió vender su coche.

Número Uno no se enteraba de gran cosa pero lo poco que le llegaba le ponía furioso. Loren se quedaba lívido cada vez que tenía noticias de sus andanzas por Londres.

En otras ocasiones desaparecía por completo. En este momento había conseguido esa hazaña y ni la prensa del corazón ni los Hardeman sabían dónde estaba. Y estaba en Tokio.



—¿Las *geishas* te la ponen contenta? —preguntó al entrar en la *suite*. Estaba sentada en el sofá del cuarto de estar, totalmente desnuda excepto por un tanga de color blanco tachonado con apliques de bisutería.

—No parece ser parte del servicio —contestó.

—He oído decir que se meten cuchillas de afeitar en sus coños, así que si un tío intenta entrar...

—¡Betsy!

—Probablemente no sea verdad.

Angelo se sirvió un whisky y quitándose la chaqueta y la corbata se sentó al lado de Betsy para poder acariciarle los pechos.

—¿Vienes realmente de viaje de negocios? —preguntó Betsy—, ¿o solo vienes a pasártelo bien y tener la ocasión de estar juntos?

—Vengo a hacer negocios. Ya lo sabes —contestó.

—Cuéntame —pidió—. No quiero ser tan ignorante sobre los asuntos de la empresa como mi madre o como Anne.

—Bueno —accedió—. Una de las primeras cosas que tenemos que hacer es convertir Bethlehem Motors al sistema métrico. En su momento pensé que era posible encajar las transmisiones dentro de un chasis diseñado en pulgadas pero ha resultado demasiado complejo y poco práctico. Shizoka no quería ni oír hablar de cambiar a pulgadas. No valía la pena discutir por ello, así que hemos adoptado para el coche el sistema métrico decimal. Afortunadamente no tendremos que cambiar toda la maquinaria en Detroit porque el motor y el resto de las piezas movientes se fabricarán en Japón, pero tendremos que modificar la maquinaria que utilizaremos para fabricar los chasis y la carrocería. ¿La próxima pregunta es de dónde hemos sacado el dinero necesario?

—¿De dónde?

—He invertido algún dinero propio a cambio de más acciones. Loren y Número Uno se resistieron, pero ¿qué pensaban, que iba simplemente a regalárselo? Y conseguí convencer a un banco de Nueva York para que aportaran el resto. La compañía anda algo escasa de fondos. Para decirlo en términos domésticos, tenemos que apretarnos el cinturón.

—¿Qué aspecto tendrá el coche? —preguntó.

—No se va a parecer a ningún otro. Va a ser un coche compacto pero no como el Falcon o el Corvair. El énfasis tradicional por las líneas curvas va a ser reemplazado por una silueta basada en ángulos y líneas rectas. El capó del coche bajará en ángulo hasta el parachoques, y los asientos traseros se podrán plegar para aumentar el maletero, de manera que el espacio de carga llegue hasta los asientos delanteros. ¡Ya verás! Será un coche diferente.

—¿Cómo están reaccionando el viejo y mi padre?

—Número Uno no hace otra cosa que devolver los bocetos. Continúa utilizando sus plantillas de curvas francesas y se dedica a redondear todos los ángulos.

—¿Y mi padre?

—No se entromete como prometió, pero me imagino que está furioso. Por eso no dejo de mirar por encima de mi hombro.

—No confíes en él, Angelo. Recuerda sus maniobras. No olvides lo que te hizo. Te odia: ten eso muy presente. Y además está ahora esa mujer, Roberta. Es mucho más lista que él y mucho más dura. Lo tiene completamente dominado.

Él sonrió.

—Me parece adivinar que no te gusta.

—Hay una herencia en juego, Angelo. La mía, la de Anne y la de mi hijo. Mi abuelo ha estado hablando de dejar todas sus acciones de Bethlehem Motors y toda su fortuna a una fundación familiar. Mi padre sería uno de los consejeros y contaría con suficientes marionetas suyas en el consejo para hacerse con el control, incluso si Anne y yo pudiéramos formar parte de él. No me sorprendería que Roberta también consiguiera ser nombrada consejera.

—A mí lo único que me interesa es fabricar automóviles. Los problemas de la familia Hardeman no me afectan.

—No podrás seguir proyectando tus coches si mi padre consigue hacerse con el control de la compañía —replicó con astucia Betsy.

—No creo que permita que la compañía vaya a la quiebra —dijo Angelo—, y eso es lo que pasaría si se echara atrás en su acuerdo conmigo. El banco solo accedió a financiarnos porque yo estaba al frente del proyecto.

—Su capacidad para la intriga se ha multiplicado desde su matrimonio con Roberta —replicó Betsy—. No estoy tan segura de que no prefiera hundir la compañía si puede arrastrarte a ti con ella. Podría parecer un fracaso a los demás, pero a sus ojos...

—No echaré en saco roto lo que me dices —contestó Angelo para acabar con el tema.

—Y ahora me vas a hacer el amor —dispuso ella.

—Sí. Me gustaría poder resistirme, pero no puedo.

—¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque sabes que te amo. Ya sé que tengo un cuerpo hermoso pero también lo tienen los cientos de mujeres que has tenido y otras tantas que tendrás, pero sabes que te amo, y por eso no me puedes alejar de tu lado.

Él suspiró e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Tienes razón. No puedo hacerlo pero tampoco puedo dejar a mi mujer y a mis hijos y...

—No hablemos otra vez de eso —contestó ella—. No pasamos bastante tiempo juntos para poder perder el tiempo hablando sobre eso. Vamos a tomar una ducha. Hay algo que quiero hacer.

Él se levantó y la cogió entre sus brazos para besarla.

—¿Qué es lo que quieres hacer? —le susurró al oído.

Ella comenzó a desabrocharle la camisa.

—Cuando solo eras un adolescente caliente, ¿no oíste hablar de una cosa que se llama el gran sorbete? ¿Nunca tuviste la fantasía de que una chica te lamiera cada centímetro del cuerpo por delante y por detrás, desde tus orejas a los dedos de tus pies? Pues eso es lo que te voy a hacer. Nunca lo he intentado antes y a lo mejor se me seca la boca antes de terminar pero lo haré todo el tiempo que pueda. Y recuerda también dónde me gusta meterte la lengua algunas veces. Me pregunto cómo resultaría si mojo mi lengua primero en coñac.

—Ya mojé mi polla en coñac una vez y puedo asegurarte que escuece mucho.

—Pero en tu culo puede que queme de una manera gustosa. Vamos a averiguarlo.

Él cabeceó consintiendo.

—Vamos a probarlo.



El último día de su viaje a Japón, Angelo viajó a Nagoya con Keijo Shigeto en un tren bala disfrutando del confort de un compartimento de primera. Keijo se había ofrecido para enseñarle algo que él estaba deseando ver.

—No podemos utilizarlo por ahora en el coche que estamos proyectando —le dijo Keijo—, pero en un futuro modelo... Creo que te va a impresionar.

El chófer los recogió en la estación y los llevó a las afueras de la ciudad hasta la pista donde Shizoka probaba los coches. Era un lugar escondido, rodeado por altos muros vigilados por guardias y con un perímetro interior formado por espesos matorrales de afilados espinos.

Un coche, aparentemente un Chiisai de serie, estaba dando vueltas alrededor de la pista. Angelo había visto cientos de Chiisais antes pero este estaba lleno de sensores que enviaban su información a los instrumentos de grabación situados en el garaje. No pudo identificar la mayoría de los instrumentos al estar en japonés pero pudo ver y entender lo suficiente para darse cuenta de que el coche se estaba moviendo a más de doscientos kilómetros por hora. Parecía que estaba entrando en las curvas demasiado rápido y Angelo se preguntó qué estaría probando el piloto.

Keijo llamó al coche para que se detuviera en *boxes* y el conductor aprovechó la ocasión para ir al lavabo.

—¿Ves? No tiene una apariencia tan diferente —observó Keijo.

Angelo caminó hasta el coche y golpeó la carrocería con los nudillos y después tocó su superficie. Podía decir, por la textura y el sonido, que la carrocería no estaba hecha de acero sino de resina de epoxy. Cada componente de la carrocería había sido fabricado extendiendo un tejido de soporte sobre un molde y aplicando después varias capas de resina de epoxy. Cuando la pieza estaba terminada se la sacaba del molde y este podía ser reutilizado cuantas veces fuera necesario.

Keijo se acercó al coche y dio un fuerte golpe en una puerta con un martillo de bola. El panel se abombó bajo el golpe pero inmediatamente recuperó su forma.

—Las partes fundamentales de la carrocería están hechas del mismo material —dijo Keijo— pero reforzadas con una estructura de acero. Este material se puede taladrar, lo que permite montar las diferentes piezas utilizando remaches o tornillos pero generalmente la mayoría de las partes simplemente van pegadas con cemento de epoxy.

—¿Qué pruebas estáis haciendo ahora? —preguntó Angelo.

—Creo que ya te lo puedes imaginar —contestó Keijo con una amplia sonrisa.

—Pruebas de esfuerzo —contestó Angelo—, entrando en las curvas a gran velocidad para someter a esfuerzo el chasis y la carrocería.

Keijo hizo un gesto afirmativo con todo el cuerpo que parecía más una reverencia.

—Te enseñaré uno al que hemos realizado una prueba de choque —dijo.

En un rincón del garaje estaba el coche que habían estrellado contra una pared y estaba tan entero como cabría esperar de cualquier coche que hubiera sido sometido a una prueba similar.

Keijo cogió un destornillador e hizo una profunda raya en el parachoques trasero. La rozadura era casi invisible ya que el material era del mismo color. Cogió el parachoques delantero que estaba suelto y se lo entregó a Angelo. Era muy ligero.

—Resulta demasiado caro por ahora —observó Keijo—, pero podemos desarrollar la tecnología necesaria para abaratarlo. Esperamos que nuestro socio americano nos ayude con la inversión.

Angelo prefirió no decirle que Bethlehem Motors sería incapaz de invertir en nada, a menos de que el coche que estaban diseñando fuera capaz de conquistar una cuota importante de mercado y producir buenos beneficios.

No fue fácil para la familia Hardeman decidir si era oportuno celebrar los cien años de Loren Hardeman Primero, Número Uno. Estaba muy débil y era evidente que poco a poco se estaba hundiendo en su sueño eterno. Pero todavía era capaz de enfadarse y podía descargarla contra cualquiera que en su opinión no hubiese sido lo suficientemente deferente con él o que no le demostrase el debido interés en su centenario.

Roberta tomó una decisión: celebrarían el aniversario en una cena íntima a la que solo la familia más próxima sería invitada: Loren y ella, la princesa Anne Alekhine, Betsy y su hijo Loren Van Ludwige. La princesa Anne no se dignó responder a la invitación, pero Betsy voló desde Londres sin el pequeño Loren, que tenía el sarampión. El grupo familiar que aquella tarde se reunió alrededor de la mesa estaba compuesto por Número Uno, Número Tres, Roberta y Betsy.

El anciano se sentó a la mesa vistiendo un serio traje gris, camisa blanca y una corbata a rayas rojas y azules, con un sombrero de panamá cubriendo su cabeza. Betsy, que hacía poco había estado jugando al tenis, continuaba de blanco. Roberta vestía sus pantalones favoritos de punto con estribos, de color crema, y un top de *lamé* de manga larga. Loren, como era habitual, estaba fuera de lugar dentro de una chaqueta azul cruzada y unos pantalones de algodón blancos.

Bethlehem Motors había enviado una nota a la prensa informando de que Loren Hardeman Primero, el fundador de la compañía, cumpliría cien años el próximo martes. Cerca de la mesa habían colocado dos grandes cestas, llenas a rebosar, con telegramas y cartas de felicitación. Número Uno se encogió de hombros al verlas y no demostró el menor interés por su contenido.

Loren le leyó una. Era de la Casa Blanca, de Jimmy y Rosalyn Carter, y Número Uno la escuchó cabeceando atentamente pero cuando Loren le quiso enseñar la tarjeta grabada agitó la mano impacientemente y la rechazó diciendo:

—¡Cacahuetes!

No permitió que Loren le leyera otros telegramas de los grandes de la industria del automóvil.

—Frases vacías —murmuró—, por cumplido. He enterrado a sus abuelos.

Bebió su whisky canadiense como en los viejos tiempos.

—¿Qué diferencia hay? ¿No habéis preparado una cena especial? —preguntó.

La cena de cumpleaños había sido preparada por una empresa de *catering*. Seguía una dieta tan estricta que no tenía cocinero desde hacía años; solo comía las papillas que su enfermera le preparaba. Esta noche, sin embargo, como plato especial tenía corazones de palmito y palometas con vino del Rin bien frío.

Cuando terminaron de cenar y retiraron los platos se sirvió el brandy y fue entonces cuando Número Uno pidió con un gesto de la mano que retiraran la botella, exigiendo la atención de los presentes.

—Hay algo que quiero decir —les comunicó. Empujó hacia atrás su silla de ruedas y miró a su alrededor dejando que sus ojos se posaran brevemente en cada miembro de la familia—. Creo que fue Maurice Chevalier quien dijo que solo hay una cosa peor que ser viejo, y es la alternativa. Si alguno de vosotros tiene la ambición de vivir hasta mi edad, no se lo aconsejo. No merece la pena.

»Loren, ese coche que Perino está construyendo es una auténtica mierda. Tiene el aspecto de una caja de zapatos. Igual que el primer Ford. Quizá funcione bien, todo lo que leo acerca de él alaba esos motores japoneses, pero no se venderá porque no tiene un diseño moderno. Recuerda esto: hoy en día no se puede comprar un Studebaker o un Packard o un Hudson, pero se puede comprar un Sundancer. Y eso es así porque siempre he sabido mantener a todos los listillos bien sujetos por la correa. Yo ya estaba construyendo coches antes de que la familia Perino existiera.

»Roberta, asegúrate de que Loren se mantenga erguido y no se deje avasallar. Ya sé que mantienes otras partes de su anatomía bien tiasas, pero ahora me estoy refiriendo a su espinazo.

»Betsy, también tengo algo que decirte a ti, pero en privado. Concédele cinco minutos a la enfermera para que pueda meterme en la cama y entonces sube a verme. Quiero hablar contigo.

Loren miró a la enfermera llevarse a Número Uno en su silla de ruedas y después se dirigió a Betsy:

—Te va a echar una buena bronca.

Betsy dio un trago a su copa.

—Quizá no sea eso.



Número Uno estaba en la cama recostado contra cuatro almohadas, vestido con un pijama de franela a rayas azules y blancas. Betsy podía ver ahora por qué siempre llevaba un sombrero de panamá. Solo le quedaba una corona de cabello raída alrededor de un cráneo afeado con manchas hepáticas que le hacían parecer mucho más frágil y viejo.

Con su falda corta de tenis y sus zapatos blancos, Betsy estaba fuera de lugar en el dormitorio de un anciano obviamente a las puertas de la muerte, pero cuadró sus hombros, respiró profundamente y se puso en jarras delante de él.

Número Uno señaló en dirección a un aparato de vídeo al lado de la televisión.

—¿Crees que sabrás encenderlo?

Betsy se acercó a la máquina e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Muy bien. Saca ese diccionario de aquel estante.

Eso hizo y descubrió detrás del libro una cinta de vídeo.

—Ponla.

Apareció la imagen de una cama vacía mientras se escuchaban unas voces fuera del encuadre.

—Maldita sea, no debías haber venido. Sabes que no debías haber venido. —Era la voz de Angelo.

—¿Por qué no? Ese viejo pellejo está roncando, mi padre está durmiendo la mona y Roberta duerme también. ¡Te deseo! No sabes cuánto. —Era su voz.

Ahora entraron los dos en cuadro, ella quitándose urgentemente la ropa. La iluminación era mortecina y el enfoque no muy claro, pero nadie podía dudar de la identidad de los protagonistas ni de lo que hacían. Ella se tiró sobre la cama y se abrió de piernas. Angelo se bajó los calzoncillos y, sin quitarse la camiseta, la montó.

—Hace cuatro años de esto. He mirado la cinta muchas veces —murmuró Número Uno—. Eres una auténtica puta, Betsy. Me hubiera gustado conocerte hace cincuenta años.

—¿Era Sally mejor que yo? —preguntó.

—Tu abuela Sally era una señora.

—Ya, y tú todo un caballero —completó ella con sarcasmo.

El anciano sacudió la cabeza con disgusto.

—¡Con ese Angelo Perino! —bufó.

—Tú y yo hacemos una pareja perfecta —susurró roncamente Betsy en el vídeo, dando un trago a su brandy y pasándole después la copa a Perino—. Pero tiene que haber algo más que todo esto. Algo más que deslizarme de noche por toda la casa como una ladrona para meterme en tu cama. ¡Por el amor de Dios, Angelo! ¡Abandónala! Pásale una buena pensión y vente a vivir conmigo.

—Lo mejor está todavía por llegar —interrumpió Número Uno.

Y así era. Después de un minuto o dos de urgentes murmullos, Angelo se puso a cuatro patas ofreciendo su culo a Betsy, que hundió su cara entre sus nalgas, y aunque la cámara solo podía ver la parte posterior de su cabeza era evidente que su lengua estaba explorando su ano tan profundamente como le era posible. Sus gruñidos no dejaban lugar a dudas de lo que estaba sucediendo.

—Ya puedes apagarlo. Esa era la parte más interesante. Me hubiera gustado conocer una zorra de tu calaña hace cuarenta años. Nadie me ha hecho nunca algo parecido.

—No me lo puedo creer.

—¿Te gustaría ver a tu padre con Roberta? —le preguntó Número Uno—. ¿Te gustaría ver cómo le pone morado el culo con el cinturón? Se lo llena de señales. ¿Quieres oírle decir cómo le gusta y suplicar que le continúe pegando? ¿No pensarás que iba a permitir que la gente intrigara, conspirara, follara y chupara culos en mi casa sin grabarlo? ¡Ese no soy yo! ¿Cómo coño crees que he llegado a vivir cien años y he logrado joder a cualquier hijo de puta que...?

—Iba a llamarte viejo diabólico —dijo Betsy—, pero ya eras maligno antes de

que fueras un anciano. ¿Cuándo te convertiste en un auténtico demonio, abuelo? ¿Cuándo te tiraste a la mujer de tu hijo y engendraste a Anne? ¿O ya eras así desde siempre?

—He tenido una buena descendencia, ¿no es verdad? Mi hijo era un maricón y acabó suicidándose. Mi nieto... bueno, todavía tengo esperanzas: es retorcido y sabe odiar.

—¿Para qué me lo has enseñado? —preguntó señalando con la cabeza el vídeo.

—Lo utilizaré contra ti si intentas impugnar el nuevo testamento que están redactando mis abogados y que pienso firmar este fin de semana. Has estado hablando de tu hijo como Número Cuatro, ¡pues sigue soñando, puta de tres al cuarto! Tu hijo nunca tendrá nada que ver con Bethlehem Motors. Lo estoy dejando todo a mi fundación. Tú y Anne seréis miembros del consejo pero no tendréis los votos necesarios para imponeros a Loren y al resto de sus consejeros.

—Tendrás que enfrentarte con Roberta.

—He hecho un trato con ella. He adoptado las disposiciones necesarias para que se coloque una buena cantidad de dinero a su nombre, y me estoy librando de ella. Manipula a Loren como si fuera un titiritero y él su títere. Lo va a convencer de que es necesario que tenga un heredero que ella no puede darle. Buscará una chica apropiada y se divorciará de él para que pueda casarse y dejarla embarazada. Entonces sí que tendremos el auténtico Loren Cuarto, ¡un verdadero Hardeman! Cuando cumpla con su parte la fundación le pagará a Roberta la cantidad acordada.

—Lo tienes todo bien planeado, ¡eh!, montón de mierda.

Número Uno hizo una mueca irónica.

—Me he fijado que hace cuatro años le suplicaste a Angelo que dejara a su mujer y se fuera contigo, pero mira por dónde desde entonces ha tenido dos hijos más con ella.

—Has pensado en todo, ¿verdad?

—Creo que sí. Los abogados me traerán los documentos este fin de semana.

—Has pasado algo por alto, abuelo —contestó Betsy.

—¿Sí? ¿Qué?

—A mí —contestó.

Y cogiendo una de las almohadas donde se recostaba se la aplastó contra la cara ahogándolo. Intentó resistirse pero era un viejo de cien años y ella tenía veintiséis y estaba en suficiente buena forma como para haber jugado esa misma tarde tres sets seguidos de tenis sin cansarse.

Algo oportuno sucedió, al menos para ella. Sintió cómo se ponía rígido y pensó que le estaba dando un infarto. Quizá no moriría ahogado a causa de la almohada. Quizá... De todas maneras continuó presionando la almohada sobre su cara durante cinco minutos más. Cuando finalmente la apartó se estaba poniendo azulado y sus ojos vacíos miraban el techo. Quiso asegurarse de que realmente estaba muerto y se sentó a su lado otros diez minutos asfixiándolo suavemente con la almohada para no dejar marcas en su cara.



Después sacó la cinta de vídeo de la máquina limpiándola para borrar todas sus huellas de los controles.

Él no había podido filmar ese vídeo personalmente; alguien de la casa o de fuera lo había hecho. No sería bueno que la policía descubriera que la única cinta que faltaba era la suya con Angelo. Buscó detrás de los libros y, tal como esperaba, encontró unos doce vídeos más. Le hubiera gustado ver el vídeo de Roberta zurrando el culo de su padre pero no podía quedarse allí mirando las cintas y tampoco podía arriesgarse a guardarlas.

Salió al balcón del dormitorio de Número Uno. La casa estaba silenciosa y casi totalmente a oscuras. Se quedó unos momentos atenta para ver si había alguien allí fuera y al no detectar a nadie lanzó todas las cintas al césped.

Unos minutos después estaba en el jardín recogiéndolas. Se dirigió hacia la orilla de la playa, pero se detuvo en un momento de inspiración para quitarse el traje de tenis y las bragas y caminó por la arena totalmente desnuda abrazada a las cintas de vídeo. En caso de que alguien la viese y se preguntara por qué se movía tan furtivamente siempre podría poner la excusa de que había decidido dar un paseo desnuda por la playa.

Si no podía encontrar los restos de una fogata dejada por los pescadores, sacaría las cintas de sus carcacas, las rompería en trozos y las arrojaría al mar.

Pero a menos de cien metros encontró lo que esperaba encontrar: los tizones todavía encendidos de una hoguera y cerca de la línea de la marea encontró restos de madera y hojas de palmera. Recogió un poco de combustible y, manteniendo un fuego bajo, sacó las cintas de sus carcacas, la suya la primera, y las depositó sobre las brasas. Quemaron con rapidez, pero con más llama de lo que le hubiese gustado. Cuando todas las cintas estuvieron quemadas, dejó que el fuego derritiera las carcacas. Cubrió los restos fundidos con arena para que se enfriaran y unos minutos después entró en el mar y los arrojó tan lejos como pudo. Solo entonces salió del agua y volvió a la casa.



Ningún grito turbó la noche. A la mañana siguiente, cuando bajó y se dirigía a la terraza, Roberta la paró y le comunicó la muerte de Número Uno mientras dormía a

causa de un infarto.

—Bueno, cumplió con su deseo de llegar a los cien años —fue el comentario de Betsy. No tenía nada más que decir.

Eran las doce cuando terminaron todas las formalidades legales, pero la noticia se había propagado ya por todas las agencias de prensa.

Llegó un telegrama de Nueva York:

Ha sido un doloroso golpe enterarme de la muerte de Loren Hardeman y quisiera expresar mis condolencias a todos los miembros de la familia y a sus muchos amigos entre los que me honro considerarme. Era un gigante de la industria del automóvil y su pérdida dejará un vacío difícil de llenar.

Angelo Perino

diez
1978

Amanda Finch bajaba al volante de su coche, acompañada por Cindy, por la empinada calle principal de Greenwich, en Connecticut. Hacía solo unos meses que había terminado de pintar su desnudo.

—No sé por qué, pero creo que me he enamorado de esta ciudad —dijo—. Hay un montón de artistas viviendo aquí. Algunas celebridades, deportistas famosos y gente del espectáculo. El pueblo es tranquilo y es fácil acostumbrarse a vivir en él. Te gustará.

Cindy había decidido que tenían que mudarse de Nueva York y, aunque a los dos les encantaba su apartamento en Manhattan, estaban de acuerdo en que no era el lugar más apropiado para criar a los niños. El pequeño John tenía ya cinco años, necesitaba tomar el aire, estar en contacto con la naturaleza y no limitarse a sus paseos por los parques de la ciudad. Anna tenía tres años y era muy inquieta, mientras que Morris era un bebé alborotador y lleno de energía que pronto empezaría a sentirse agobiado en el espacio cerrado de un apartamento. Cindy había estado buscando casa en Westchester County y en New Jersey y esta era su primera visita a Connecticut.

—Puedes encontrar cualquier cosa por aquí: desde un apartamento o una casa en la ciudad, hasta una pequeña casa de madera con un pequeño jardín, pasando incluso por una finca de varias hectáreas a partir de un millón de dólares —dijo Amanda.

Ella vivía en un edificio de apartamentos de cinco pisos, en una calle de casas de estilo eduardiano agradablemente arbolada. Condujo a Cindy hasta allí y cogieron el ascensor hasta su ático. El cuarto principal era un invernadero en la terraza del edificio que Amanda utilizaba como estudio. Había dos habitaciones más, una de las cuales usaba como cuarto de estar, una pequeña cocina y un cuarto de baño. Puso en marcha la cafetera y después llevó a Cindy hasta el estudio y le ofreció asiento en el sofá.

El techo era de cristal, igual que las paredes que daban al norte, este y sur, y proporcionaba una luz perfecta para pintar. Amanda había puesto unas cortinas casi transparentes en la cristalera que daba al este, para impedir que la gente en los edificios más altos pudiera ver posar a sus modelos. Las ventanas que daban al sur ofrecían una magnífica vista del estrecho de Long Island. El estudio estaba lleno de caballetes, paletas, brochas, cajas llenas de tubos de pintura, latas atestadas de trapos para limpieza, revistas, periódicos, y más cajas vacías de *pizzas* y hamburguesas.

Amanda levantó su cara ofreciéndosela a Cindy y esta la besó.

—Me encantaría que te mudases aquí, Cindy. De verdad que me encantaría.

Cindy se acercó al caballete para ver qué estaba pintando: un adolescente desnudo en el estilo descarnadamente realista de Amanda.

—Es Greg, vendrá en cualquier momento. Es un estudiante del instituto de Enseñanza Media de Greenwich y tan pronto como acaban las clases...

—Parece muy joven —dijo Cindy.

—Tiene dieciséis años. Sus padres me dieron permiso escrito para pintarlo. Su madre lo acompaña algunas veces y se sienta a mirar mientras trabajo. Prefiere que se gane su dinero de bolsillo como modelo, mejor que repartiendo periódicos o ayudando con las bolsas en un supermercado. Pero no quiere posar para las clases de dibujo y a mí no creo que me interese pintar más de dos o tres cuadros de él.

Amanda se colocó detrás de Cindy rodeándola con los brazos para acariciarle los pechos.

—Si vinieras a vivir aquí podrías servirme de modelo. Cambiaríamos tu cara para que nadie te reconociera.

En la galería se habían vendido otros seis autorretratos de Amanda desnuda y eso la había convertido probablemente en la modelo de artistas más famosa de la actualidad; era más conocida como modelo que como artista. En una esquina del estudio, sobre un caballete, había un espejo de cuerpo entero.

—No estoy muy segura de querer desnudarme otra vez delante tuyo —contestó Cindy—, te pones cachonda incluso cuando estoy vestida.

Amanda le besó la nuca.

—Te amo —dijo sencillamente.

Continuaron charlando, pero Cindy estaba segura de que Amanda no hablaba en serio. No acababa de creerse eso de que estuviera románticamente enamorada de ella. Pensó que solo se sentía atraída, considerándola no solo su mecenas, sino también su mejor amiga. Cuando posó para ella le había permitido que le besara los pechos y el estómago, pero no le había dejado meter la lengua en su surco, ni tampoco ella lo había intentado. Cuando estaban solas le devolvía los besos, incluso esos otros besos húmedos en los pezones que Amanda le daba, pero nunca habían llegado más allá.

La cafetera hizo ruido indicando que el café estaba listo y Amanda se dirigió a la cocina volviendo con dos cuencos de café fuerte y humeante.

—He visto en las noticias que el señor Hardeman ha muerto, me refiero al Hardeman original.

—Es lo mejor que podía haber pasado —contestó Cindy.

—Un infarto —dijo Amanda—, me imagino que a su edad era de esperar.

—Sí, pero se tomó su tiempo.

—Me acuerdo que una vez dijiste que la única manera de matarlo era dispararle en el corazón con una bala de plata.

—Su muerte nos da más posibilidades de que podamos sacar adelante el proyecto del nuevo coche —contestó Cindy—. Nos prometió que no se iba a inmiscuir en él, pero no hizo otra cosa todo el tiempo. Quería que el nuevo modelo tuviera el aspecto que a él le gustaba; un diseño de hace treinta años. Creo que si hubiera podido incluso le hubiese añadido un par de aletas traseras.

—Tan pronto como ese coche aparezca me compraré uno —dijo Amanda ingenuamente—. Yo...

El timbre de la puerta sonó y ella se dirigió al interfono y apretó el botón para abrir la puerta.

—Ese debe de ser Greg.

—No debemos hablar de los Hardeman o del coche o de cualquier cosa parecida delante de él —dijo Cindy—. Me marcharé en unos minutos porque no querrá posar estando yo delante.

—No creo que haya ningún problema, Greg no es de los vergonzosos.

Lo presentó como Gregory Hammersmith. El joven modelo le estrechó la mano diciéndole que estaba encantado de conocerla.

—Amanda me dijo que era amiga tuya. He oído hablar del señor Perino, aunque nunca lo he visto conducir, ni siquiera por televisión.

—Greg —le preguntó Amanda—. ¿Te importa posar mientras la señora Perino está aquí?

—En absoluto.

Habló tan despreocupadamente que por un momento Cindy pensó que iba a añadir «cuanta más gente haya, mejor», pero sin decir nada más comenzó a desvestirse. Se quitó los zapatos apoyándose en la punta del pie, se agachó para quitarse los calcetines, se sacó por la cabeza el jersey y se bajó los tejanos. Sin la menor vacilación se quitó los calzoncillos. Desnudo se subió a una pequeña plataforma y asumió la pose del cuadro a medio terminar. Estaba solemne, pero relajado.

Cindy intentó no mirar demasiado intensamente, pero realmente no importaba mucho, ya que la pose lo mantenía con la cara en otra dirección. Todavía era un adolescente con un pecho y unos hombros sin desarrollar, aunque los sólidos músculos de sus brazos y piernas sugerían una complexión atlética. Su piel era pálida y no tenía nada de vello en el cuerpo, salvo una pequeña mata de arisco pelo en su pubis. Desde donde estaba no podía distinguir si su órgano estaba flácido o semierecto. Era notablemente largo aunque aniñadamente fino y colgaba en una tensa curva sobre su escroto.

—Me gusta como pinta Amanda —dijo—. Saber que estás posando para una auténtica artista resulta más fácil.

—Sí, lo sé. Yo también posé para ella.

—¿Así?

—Sí, así.

El miembro del chico se levantó ligeramente como si la imagen mental de ella desnuda le generase una incipiente erección.

—Greg —preguntó Amanda—, tú vives en el campo, ¿verdad?

—Bueno, hay campo y campo. No vivo en una de esas grandes propiedades.

—Los Perino están pensando en venirse a vivir a Greenwich.

—Mi tío es agente inmobiliario.

—Bueno, pues dale su teléfono —dijo Amanda.

—Las escuelas son muy buenas por aquí —comentó Greg reflexivamente.

Cindy fue a la cocina y volvió a llenar las tazas de café. Desde la puerta se detuvo para mirar la escena de la artista trabajando intensamente en la tela y el joven desnudo posando tranquilamente con permiso de sus padres, y decidió que si esta escena, de alguna manera, caracterizaba al lugar, Greenwich era el sitio donde quería vivir.



No fue tan fácil y dos semanas después Cindy cambió de opinión y decidió que ya no quería ir a vivir a Greenwich, aunque Angelo estaba empeñado en que, costase lo que costase, terminarían fijando su residencia en ese lugar.

El tío de Greg, David Schroeder, había recibido a los Perino en su oficina donde les enseñó su portafolios de propiedades. Las casas en Greenwich eran caras y pronto se dieron cuenta de que tendrían que gastarse como mínimo un cuarto de millón de dólares para poder comprar la casa que necesitaban.

Después de haber mirado las casas les sugirió ir a ver un par de ellas. Era un hombre alto y bien parecido, con la tez rubicunda y el cabello blanco. Era extremadamente cortés con Cindy, y siempre sujetaba la puerta trasera del Mercedes plateado que conducía cuando entraba y le daba su mano para ayudarla.

Los llevó a una zona de la ciudad llamada Cos Cob y, después de cruzar por varias calles comerciales poco atractivas, entraron en un barrio residencial. Las casas que les enseñó eran bonitas pero nada del otro mundo. El vecindario tenía céspedes bien cuidados y casas bien mantenidas pero Cindy notó que muchas de ellas tenían hasta cinco coches repartidos entre el garaje, el vado de acceso y la calle. Algunos de esos coches eran viejos y no estaban en muy buen estado y también vieron varias camionetas aparcadas en los accesos.

—No puedo creerme que todo Greenwich sea así —dijo Cindy—. He oído hablar de Riverside y de algunos lugares en el campo. Quiero ver casas en esos vecindarios.

David Schroeder se acercó al bordillo y paró el motor. Se volvió de tal manera que pudiera mirar a Angelo en el asiento delantero y a Cindy en la parte de atrás simultáneamente.

—Para serles absolutamente franco, señor y señora Perino, me temo que podría haber un problema.

—¿Cuál es el problema? —exigió Angelo.

Schroeder respiró profundamente.

—Me siento muy incómodo teniendo que hablarles de ello y me gustaría no tener que hacerlo, pero existe el propósito decidido en Greenwich —aunque el éxito no es total— de mantener a la gente de ascendencia mediterránea exclusivamente en el área de Cos Cob.

—Quiere decir a los italianos —dijo Angelo.

Schroeder hizo un gesto afirmativo.

—Y también hispanos, incluso franceses. Lo siento muchísimo. No me gusta esta situación, y no estoy de acuerdo con ella, pero no tengo más remedio que aceptarla.

—¿Qué quiere decir?

—Mi primer problema —dijo Schroeder— sería encontrar un propietario que estuviese dispuesto a vender, y el segundo sería que la Asociación de agentes inmobiliarios local me haría el boicot si yo les vendiera una casa fuera del área de Cos Cob. En cualquier caso los bancos terminarían por encontrar algún problema con su solicitud de préstamo hipotecario y no se lo concederían.

Angelo se volvió a Cindy y sonrió.

—Bien, bien, bien —dijo—. Hasta ahora me importaba un pito si vivíamos en esta ciudad o no. Pero ¡por supuesto que lo haremos! ¿Quiere apostarse algo?



El hermano mayor de Cindy, Henry Morris, era el presidente de la compañía minera Morris. Después de casarse y antes de marcharse a Europa, Angelo y Cindy lo habían visitado en su casa de Pittsburgh y desde entonces se habían visto una docena de veces. Los Morris nunca se olvidaban de enviar regalos a los hijos de los Perino en sus cumpleaños, y por Navidad enviaban regalos cuidadosamente elegidos para toda la familia.

Henry poseía un agudo sentido del humor.

—Me encanta tu nueva cara —le dijo una vez a Angelo—; espero que no sea otro boceto previo.

Henry heredó su posición en la vida, pero cumplía con su papel de una forma mucho más digna que Loren Hardeman Tercero. Sirvió en Vietnam con rango de teniente y tenía el título de ingeniero de minas por la Universidad de Colorado. Durante la época en que Cindy rodaba por los circuitos de cama en cama, dejó muy claro su disgusto pero supo olvidar. Tenía treinta y nueve años y había tenido que aceptar que su hermana pequeña se hubiera casado con un hombre nueve años mayor que él.

Angelo estaba seguro de que hubiera preferido otro tipo de cuñado pero había acabado por aceptarlo y ahora gozaba de su respeto. De hecho los dos hombres se parecían mucho. Ambos tenían la misma altura y peso, aunque Henry Morris era mucho más estirado que Angelo y siempre vestía con traje excepto cuando jugaba al golf. Todavía fumaba de vez en cuando pero había bajado de dos paquetes de cigarrillos al día, a menos de medio paquete. Le gustaban el vino y la cerveza pero no probaba las bebidas más fuertes. Angelo lo encontraba demasiado serio, pero si ese era el único defecto que podía encontrar en un cuñado se consideraba una persona afortunada.

Durante una cena en su apartamento de Nueva York, Angelo dejó que Cindy le

contara a su hermano la experiencia que habían tenido en Greenwich.

—Es trágico —comentó Henry— que todavía haya gente que piense de esa manera. Si estás decidido a vivir allí, hay leyes federales contra la discriminación en cuestión de vivienda. Puedes presentar una demanda en una corte federal...

—Pensaba abordar el problema de forma más directa —contestó Angelo—. Tienes que disculparme, pero he hecho algunas investigaciones y me he enterado de que la compañía minera Morris realiza todas sus operaciones bancarias con el Itálico Consolidated Pennsylvania. Consolidated tiene en su cartera trece millones de dólares de letras vencidas y renovadas de Byram Digital Equipment que están pagando con dificultades. El presidente de Byram es un tal Roger Murdoch, que da la casualidad de que es, a su vez, el presidente de la asociación del partido republicano local, presidente de la sociedad histórica de Greenwich, presidente de la campaña Greenwich United Way, etc. Bueno, creo que ciertas palabras susurradas al oído del presidente del banco, que resulten a su vez unas palabras susurradas en el oído del presidente de Byram Digital, podrían provocar una llamada alarmada de este al presidente de la Asociación de Agentes Inmobiliarios local. ¿Me estás siguiendo? ¡Claro que les llevaría ante un tribunal federal!, pero prefiero métodos más expeditivos.

Henry Morris se rio.

—No me gustaría encontrarte en el terreno opuesto, Angelo. Creo que el presidente de la Asociación de Agentes Inmobiliarios va a recibir además una llamada de la gobernadora Ella Grasso.

Angelo levantó su copa.

—Si los Morris y los Perino no podemos hacer pasar por el aro a una pequeña Asociación de Agentes Inmobiliarios, ¿de qué servimos? Especialmente cuando nuestra causa es justa.



—*Mille grazie signor Di Costanzo* —dijo Angelo—. *Questo é per Lei*. —Y entregó al anciano al otro extremo de la mesa un pequeño estuche. Cuando este lo abrió encontró dentro un reloj de oro.

Estaban en un pequeño restaurante en el barrio de Cos Cob de Greenwich y toda la conversación se desarrollaba en italiano.

El señor Di Costanzo sonrió, pero devolvió el reloj.

—No es necesario —dijo—. Eres un hombre de honor, haciendo un trabajo honorable.

Angelo volvió a empujar el estuche de nuevo hacia el anciano.

—Es un honor para mí el reconocer su asistencia —contestó Angelo.

—Ahora nuestra gente puede vivir en cualquier parte de esta ciudad —dijo el *signor* Di Costanzo, y con una risita añadió—: la Asociación de Agentes Inmobiliarios pusieron ellos solos sus pelotas sobre un yunque y nosotros se las

hemos machacado con un martillo. —Levantó un vaso de vino—. Nosotros seguimos sus sugerencias.

Angelo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y bebió a su vez.

—Eso fue lo que pensé. Los anglosajones toman un tren a Nueva York todos los días mientras los demás se quedan en esta ciudad haciendo el trabajo ingrato. Cuando le denegaron el permiso de construcción por enésima vez...

—¡La cuarta vez que presentaba la solicitud para un permiso de construcción! —contestó Di Costanzo—, pero esa basura de reglas son tan complejas y prolijas, que es imposible cumplimentar una en la que todo esté en orden y no tengan más remedio que aprobarla. —Se rio—. Ahora que lo pienso, deberíamos enterrarlos en su propia basura; para algo tenemos la concesión para su recogida.

—*Signor* —dijo Angelo—, estoy comprando una casa en la calle Norte. Mi mujer y yo estaríamos encantados si usted y su familia y los amigos que usted considere oportuno vinieran en su día a nuestra casa para la fiesta de inauguración.

El anciano sonrió.

—Angelo, tal vez deberías pensártelo bien antes.

—Mi abuelo era un contrabandista, *signor*. Le vendía su whisky a Loren Hardeman Primero, y ahora soy el vicepresidente de Bethlehem Motors; el nieto de un contrabandista controla la compañía de Número Uno. Tan pronto como hayamos terminado de comprar la casa, daremos una gran fiesta. Yo valoro la amistad, *signor* Di Costanzo, y no vuelvo mi espalda a los amigos después de haber disfrutado de los beneficios de esa amistad, lo mismo que usted.



Cindy se había dado cuenta de que Greg no se tapaba durante los descansos; en ellos se dirigía al caballete para ver lo que Amanda estaba pintando. Como en otras ocasiones, aceptó el ofrecimiento de Cindy de un vaso de Coca-Cola.

Se encontraba trastornada al darse cuenta de que estaba más perturbada por la visión de un chico de dieciséis años que él por la mirada de una mujer de treinta. Un par de días antes se había sentido terriblemente azorada cuando la había pillado mirándole sus partes. No parecía que le hubiera importado y le devolvió la mirada con una pequeña sonrisa.

—Cindy —dijo ahora (ella le había insistido en que se tutearan)—, me gustaría saber qué es lo que le hicisteis a mi tío, aunque te adelanto que estoy de acuerdo con los resultados.

—No hicimos nada —contestó—. Solo le retorcimos el brazo a la gente que le estaba presionando.

—Dice que Greenwich nunca será lo mismo.

—Eso es lo que todos deseamos —añadió Amanda.

Greg se marchó a las cinco.

—Tengo que dejar de mirar a tu modelo adolescente —dijo Cindy—, me está

empezando a revolucionar.

—A mí también me pone cachonda —reconoció Amanda sencillamente.

—¡Por Dios...!

—¡No seamos hipócritas!

Cuando a las seis sonó el timbre de la puerta, Cindy salió corriendo al cuarto de baño para vestirse y retocar su maquillaje antes de que el ascensor llegara con Angelo.

Angelo aceptó el ofrecimiento de un brandy y estudió el cuadro en el caballete.

—Interesante —dijo.

—Creo que voy a comprarlo —contestó Cindy.

once
1978

Una semana antes de Navidad, Angelo fue a Londres para reunirse con un grupo de banqueros británicos y concesionarios de automóviles interesados en vender el nuevo modelo de Bethlehem Motors a través de una cadena de establecimientos franquiciados en Inglaterra y Escocia. Las negociaciones fueron prolongadas, pero finalmente se comenzaron a perfilar las líneas generales de un acuerdo.

—Dígame —preguntó uno de ellos durante un almuerzo en el café Royale—. ¿Cómo se llamará el nuevo modelo? Y por favor, espero que no sea Sundancer.

—No se llamará Sundancer, eso se lo puedo prometer.

—¿Cómo se llamará entonces?

—Tenemos a un grupo de publicistas trabajando en eso.

Efectivamente tenían a un grupo de gente trabajando en el lema. A Loren le gustaba trabajar con comités. Reconocía que sabía muy poco sobre la industria del automóvil, pero le gustaba pensar que era un experto en *marketing* y había formado un comité para buscar un nombre para el nuevo modelo; eso si el coche llegaba a fabricarse, algo que todavía estaba por ver.

La decisión era ahora de Loren. Después de la muerte de Numero Uno, era él quien controlaba la compañía. Angelo había oído decir que el anciano había querido desheredar a Betsy y a su hijo, Loren Cuarto, para dejar el control firmemente en las manos de Loren Tercero, pero cuando se leyó el testamento no había nada de eso. Betsy continuaba como heredera, lo mismo que la princesa Anne Alekhine. El control, de todas formas, continuaba en manos de Loren, gracias a los votos que le otorgaban sus propias acciones más los correspondientes a las acciones de la fundación en la que la mayoría de sus consejeros votaban siguiendo sus directrices.

Eso significaba que Loren controlaba también el consejo, reducido ahora a cinco miembros de los seis originales. O sea: él, Roberta, el congresista Briley, y los consejeros de la fundación Randolph y Mueller. Eso le permitía (si era lo suficientemente estúpido para hacerlo) liquidar el proyecto del nuevo modelo para concentrar la compañía, como siempre había querido, en la fabricación de electrodomésticos; o mejor todavía: podía vender la compañía y retirarse. Siempre podría decir —mejor dicho, diría con toda seguridad— que Número Uno le había dejado una compañía al borde de la quiebra, imposible de salvar, y que lo único que podía hacer, para acabar con las pérdidas y preservar el patrimonio familiar, era vender y rescatar lo que se pudiera del naufragio.

Angelo se daba perfecta cuenta de que la muerte de Número Uno le había dejado sin el recurso de poder apelar a una instancia superior, si a Número Tres se le ocurría abandonar el proyecto.

Después de comer en el café Royale, Angelo salió con los dos banqueros hacia la City a otra reunión. Cuando finalizó, poco después de las cinco, cogió un taxi hasta Regent Street y una vez allí decidió caminar hasta su próxima cita. Tenía que ser un hombre muy peculiar aquel cuyo espíritu no se alegraba con la visión de la decoración navideña de Regent Street. En Londres, en diciembre, ya es de noche a las cinco y las decoraciones navideñas brillaban como piedras preciosas contra el cielo nocturno.

Dejó Regent Street y se encaminó hacia el este, subiendo por la calle Picadilly. Cuando llegó al pasaje de Burlington entró y comenzó a mirar el interior de la tienda hasta localizar a Roberta. Estaba en un establecimiento especializado en prendas de cachemir y lana escocesa. Le había dicho que estaría en la galería, de compras, esperando a que llegase.

Sabía que no debía continuar viéndola pero tenía sus razones. Era retorcida y mentirosa, pero también era ambiciosa y eso quizá le podía servir para sus propósitos, siempre que ella no le tomase antes las medidas.



Roberta se alojaba en el Hilton y tenía que estar de vuelta temprano para atender la llamada que todas las tardes a las seis se producía desde Detroit. Le había dicho a Loren que iba a Londres a hacer algunas compras de Navidad y al teatro. Quizá supiese, o quizá no, que Angelo estaba también en Londres, en cualquier caso ella siempre le contaba lo mismo: que había estado de compras todo el día, que después iría al teatro, cenaría algo ligero y estaría en la cama antes de la una. Eso ocurriría a las ocho de la tarde en Detroit, y ella confiaba que a esa hora ya estaría demasiado borracho para llamar otra vez.

Angelo se alojaba en el tradicional hotel Duke, en St. James Place, un antiguo y pequeño hotel que le había recomendado Anne, princesa Alekhine. Llegó el lunes, una semana antes de Navidad, y cogería el avión de vuelta a casa el jueves. Roberta había llegado el viernes y volaría de vuelta el viernes siguiente. Disponían de tres noches para estar juntos.

—Te he comprado un regalo —le dijo mientras salían del pasaje y le entregó una caja. Se pararon a la entrada mientras él la abría: una gabardina Burberry. No sabía su precio exacto, pero sabía que una Burberry no costaba menos de 500 dólares. ¡Un buen regalo de Navidad!

—Tengo que estar de vuelta para atender la llamada de mi pequeño bobo —dijo—. Cenaremos temprano, ¿verdad? Tenemos que discutir algunos asuntos de negocios y quiero hacerlo durante la cena para poder follarse el resto de la noche.

Ya habían hablado antes de eso y Angelo se limitó a cabecear afirmativamente.

—Toda la noche —afirmó.

Mientras ella iba hasta el Hilton para atender la llamada de Loren, Angelo se dirigió al bar de Harry, en el sótano del hotel Park Lane, y se tomó un whisky

escocés. Se probó la gabardina; tendría que declararla en la aduana del aeropuerto Kennedy y después contar en casa que le había apetecido darse ese capricho.

No acababa de gustarle su relación con Roberta. Lo que tenía con Betsy era algo totalmente diferente. Roberta solo era un buen culo, vigoroso y gritón. Y el escándalo que podía armar si decidía dejarla era algo que le preocupaba. No se podía confiar en ella.

Mientras tomaba su copa pensó en llamar a Cindy. Sabía que se estaba acostando con Von Keyserling, pero ¿qué podía decir él?... Betsy, Roberta...

Roberta era un buen culo y podía serle útil. ¡No!, lo que era útil era no enemistarse con ella. Betsy era... ¡Dios mío!, ella era otra cosa. ¿Cómo podía un hombre decir no a Betsy? Pero Cindy, por el amor de Dios, era la madre de sus hijos, era más que todo eso, la amaba. ¡Maldita sea, la amaba!, de eso estaba seguro y ella lo amaba a él y, si en ocasiones se distraía con Dietz, era solamente un juego y nada más. La dejaba sola demasiadas veces. ¿Qué otra cosa podía esperar?

Roberta se había cambiado y seguramente también se había bañado. Entró en el bar arrolladoramente, como si le perteneciera. Parecía que había comprado dos Burberry, ya que llevaba puesta la versión femenina de la gabardina que le había regalado. Cuando se la quitó para sentarse, dejándola sobre una silla, se descubrió enfundada en un ceñido traje negro de punto, tan solo se había puesto como adorno una cadena de oro al cuello. La cogió entre los dedos y sonrió maliciosamente a Angelo.

—Mi difunto marido me la regaló. Tenía una cruz colgando —se rio—, ¿te imaginas?

Se sentó cerca de él, apoyando la cadera en la suya.

—¿Glenfiddich? —le preguntó.

—Lo que Harry recomienda.

No había mucha gente a esa hora en el bar. La mayoría de los turistas estaban cenando o de camino al teatro. Angelo hizo una seña al camarero.

—¿Sabes? —dijo Roberta—, me estoy muriendo de hambre.

—¿Cómo está tu espíritu de aventura?

Ella soltó una carcajada ronca.

—Prueba a ver.

—¿A que no te atreves a comer testículos de cordero?

—Si tú te los comes, compañero, yo también —contestó ella.

Cuando el camarero trajo las copas, Angelo le pidió que llamara a un restaurante libanés en Sepherd Market y reservara una mesa para dos.



Angelo pidió un plato de testículos de cordero como entrante. Los occidentales que comían ese plato lo hacían más por la novedad que por su sabor. No eran nauseabundos, pero tenían un sabor peculiar. Después pidieron cordero como plato

principal.

Acompañaron la comida con *Hummus* sobre un crujiente pan libanés y un buen montón de aceitunas griegas verdes y negras, además de tomates, rábanos y zanahorias, regado todo con dos excelentes botellas de vino tinto libanés.

—Hablemos de negocios —dijo Roberta después de comerse dos testículos de cordero y de limpiarse la garganta con aceitunas y vino—. A Loren le encantaría poderte dar una palada en el culo.

Angelo miró a los dos hombres con aspecto árabe que estaban sentados cerca de ellos y que probablemente podían escuchar todo lo que hablaban. Conversaban entre ellos en árabe y si entendieron lo de dar una patada en el culo no hicieron la menor señal.

—A mí me gustaría darle una patada a él, pero dime, ¿qué es lo que está sucediendo concretamente?

—Está pensando en suspender el proyecto del nuevo modelo, más por fastidiarte que por cualquier otra cosa.

—Bueno, me iré a otra empresa. No necesito a Bethlehem Motors para eso.

Roberta le cogió la mano y se la apretó con fuerza.

—No necesito a dos carneros embistiéndose para ver quién es el más fuerte. Llegado el caso, ya sé quién sería el ganador. Pero solo después de un montón de mierda. Querido, tú puedes burlar a Loren. Puedes conseguir lo que quieres y utilizar su compañía para hacerlo. Usa tu cabeza y no tu machismo.

Angelo echó una mirada a su alrededor.

—Este es un lugar un poco indiscreto para hablar de eso.

El restaurante estaba profusamente iluminado y lleno de gente. Los camareros se apresuraban de un lado para otro mientras el sumiller, con apurada eficiencia, abría botella tras botella de vino. Dos terceras partes de la clientela eran del Medio Oriente, el resto eran turistas. Los grandes ventanales daban a una calle donde se exhibían las putas más descaradas de todo Londres.

—Ya sabes que tú acabarías ganando —contestó—. La única cuestión es si te importo lo suficiente como para dejarme algo más que un marido roto, lamiéndose las heridas.

—Concreta de una vez, Roberta.

—Está bien. La clave de todo es hacerle creer que es importante. ¿Cómo se va a llamar el nuevo modelo? Si él pudiera escoger el nombre...

Angelo sonrió.

—Yo sé cómo me gustaría llamarlo —dijo—. ¡De acuerdo, dejemos que sea Loren quien proponga el nombre! Estoy cansado, y creo que el público también lo está de nombres rimbombantes como Mustang, Tornado, Starfire, Impala. Mira, una vez tuve que escuchar decir a un vendedor: «Esto no es un Chevrolet, esto es *todo* un Impala.» Tornado, Regal, Roadmaster, ¡Dios, suena todo tan hueco! Me gustaría llamar al nuevo modelo el... mil ochocientos. El motor cubica mil ochocientos

centímetros cúbicos.

Roberta frunció el entrecejo.

—¿El qué... mil ochocientos?

—El BM 1800 ¡Bethlehem! ¡Vaya nombre! A Número Uno se le ocurrió bautizar a su compañía con el nombre de su ciudad natal en Pennsylvania, y hemos tenido que arrastrar ese maldito nombre como si fueran grilletes. ¿Loren quiere aparentar que dirige la compañía?, bueno, pues deja que sea él quien proponga a los miembros del consejo que la compañía cambie su nombre a BM, y que el nuevo modelo se llame el BM 1800.

—Ni hablar, puede que a él tampoco le gusten los nombres rimbombantes, pero yo no creo que el público americano esté listo para un coche que se llame simplemente el mil ochocientos. Tiene que tener un nombre excitante.

—¿Como qué?

Ella le sonrió, primero divertida y luego con una abierta sonrisa cargada de malicia.

—¡Hey! Ya lo tengo: Corcel. En honor tuyo, mi corcel italiano. Haré que Loren proponga ese nombre y nunca tendrá ni idea de lo que realmente significa. Es el tipo de cosa que le pone duro el ego. En apariencia será él quien proponga el nombre del nuevo modelo y quien tome la decisión de cambiar el nombre a la compañía. Créeme, es ese tipo de persona que necesita sentirse importante.

—No parece que necesite mucho para sentirse importante.

—No te vayas a creer que Loren es totalmente idiota.

—Solo al cincuenta por ciento —contestó Angelo—. ¡Ni eso! Solo es un tipo al que su abuelo, un auténtico experto en fastidiar a las personas, lo fastidió bien.



En su pequeño y elegante cuarto del hotel Duke, la chimenea tenía el fuego preparado. Todo lo que Angelo tenía que hacer era encender con una cerilla las astillas para que prendieran los troncos.

Mientras se dedicaba a ello, Roberta se despojó del vestido negro, arrojándolo a un lado, y se quitó el sujetador y las bragas, quedándose solamente con el liguero y las medias negras.

—Me gustaría hacer algo que no hayamos hecho nunca —dijo—. ¿Qué podría ser, Angelo? ¿Hay algo con lo que hayas soñado y que no hayas hecho?

—Me temo que soy un tipo más bien conservador —contestó—. Lo que más me gusta es lo normal.

—¿Te acuerdas de la noche en que me azotaste? —preguntó—. ¿Te gustó aquello?

—Bueno...

—No me digas bueno, bastardo. Me dejaste el culo morado. Más te vale que te gustara. Así que contéstame, ¿te gustó, sí o no?

—Roberta...

Ella sonrió maliciosamente.

—Si no fuera porque las marcas durarían y tendría que explicárselo a Loren, te dejaría azotarme otra vez el culo... pero esta vez con el cinturón.

—Prefiero follarte, Roberta.

—Y más te vale. Pero estaba pensando en los preliminares, para ponerte bien duro y cachondo.

—Ya estoy duro y cachondo.

—Y todavía vestido. ¡Veamos! —dijo agarrándolo y comenzando a abrirle sus ropas—. ¡Oh!, vaya, vaya; sí que lo estás.

Le ayudó a desvestirse hasta que él acabó desnudo con su pene congestionado en posición casi horizontal.

Querido, ¿te gustaría meterme eso en el culo?

—¿Has hecho eso alguna vez, Roberta?

Ella sacudió la cabeza negativamente. Su cara estaba enrojecida por la excitación y el sudor perlaba su frente. Negó con la cabeza.

—Entonces, mejor no —contestó él.

—¿Por qué no? ¿Piensas que no puedo tomarlo?

—Estoy seguro de que puedes tomar hasta un extintor de incendios, pero esa no es la razón. Si hacemos eso no podremos follar después.

—Oh... quieres decir...

—Quiero decir que las bacterias que crecen en ese lugar no son las más adecuadas para las otras partes del cuerpo en las que estoy pensando. Podría causarte una infección vaginal. Mi padre es médico y me solía decir: «Angelo, haz todo lo que te guste pero olvídate de eso.» A mi madre le hubiera gustado que fuese sacerdote, pero mi padre sabía que eso no sucedería y me dio buenos consejos.

Roberta soltó una risotada.

—Tumbate sobre tu espalda, querido. Me voy a sentar encima para metérmela hasta el fondo. Quiero que me llegue hasta el ombligo. Después te la voy a chupar hasta dejarte tan seco que me pidas misericordia, aunque para eso tenga que hacerte correr catorce veces. Te vas a acordar de Roberta como el mejor culo que hayas tenido en tu vida, aunque no sé por qué, sospecho que no soy la primera mujer que lleva el apellido Hardeman que te has tirado.

—Se declara abierto este consejo de dirección de Bethlehem Motors —dijo Loren sonoramente.

Angelo había calculado mentalmente los votos, sabiendo que era un ejercicio innecesario. El consejo estaba compuesto por Loren, su esposa Roberta, su hermanatía la princesa Anne Alekhine, el director de la fundación Hardeman James Randolph, y su director administrativo el profesor William Mueller, además del congresista retirado Alexander Briley y Myron Goldman, vicepresidente del banco Continental de Detroit, que tenía en su poder suficientes pagarés de la compañía como para poder provocar su quiebra el día en que optase por no renovarlos.

Loren controlaba el consejo. Además de su voto podía contar con los de Randolph y Mueller. Briley era un mercenario de la política que vivía de su jubilación como congresista y de los honorarios como consejero de una docena de empresas y votaría de acuerdo con las directrices de Loren. Eso le daba mi total de cuatro votos a favor, es decir la mayoría. Quizá habría un día en que Roberta acabaría votando en contra de su marido pero desde luego eso no sería hoy. Anne podía votar en contra si le daba la vena y lo que votaría el banquero era algo difícil de adivinar. Por lo tanto, Loren podía contar con cinco votos seguros. Si hoy había venido dispuesto a liquidar el proyecto del nuevo automóvil podía hacerlo sin mayores problemas.

Era evidente que había pensado cuidadosamente cómo colocar a los asistentes. Mientras los consejeros ocupaban sus lugares alrededor de la mesa, Angelo y el abogado de la compañía se sentaban detrás, en unas sillas colocadas contra la pared, al lado de la secretaria encargada de transcribir la reunión.

—Ya han recibido todos ustedes una copia del acta de la última reunión de este consejo —dijo Loren— y, si no hay objeciones, la daremos por aprobada. También tienen copia del informe financiero y si tampoco hay nada en contra también lo daremos por bueno. Esta es la primera reunión del consejo que se celebra desde la muerte de mi abuelo y debemos tomar algunas decisiones de importancia. A no ser que alguien desee introducir algún punto previo, me gustaría empezar la reunión escuchando el informe de nuestro consultor y vicepresidente el señor Angelo Perino, que presenta a propuesta la fabricación de un nuevo automóvil. ¿No hay objeciones? Señor Perino.

Angelo se puso en pie y habló sin notas.

—Junto a las actas y el informe financiero, han recibido ustedes copias de mi informe y de mis recomendaciones. Antes de su muerte, el señor Hardeman Primero llegó a la conclusión (debo admitir que con cierta reticencia) de que esta compañía no tendría viabilidad en el sector del automóvil si continuaba fabricando lo que se

conoce como el típico coche americano. Es más, me atrevo a decir que la industria americana del automóvil, tal como la conocemos hoy en día, no podrá sobrevivir si continúa fabricando el mismo tipo de coches que hasta ahora.

»Corre el chiste, señoras y señores, de que desde el momento en que un coche americano sale por la puerta del concesionario se ha depreciado ya un cincuenta por ciento. No es una cifra tan alejada de la realidad como parece, pero eso no pasa con un Volkswagen o un Mercedes. Diez días después de su compra solo vale unos cuantos dólares menos de lo que se pagó por él y eso mismo pasa con los coches japoneses.

»La razón es que los coches extranjeros están mejor contruidos y diseñados. No todos los coches extranjeros, es verdad. Los coches ingleses... bueno, intenten vender un Jaguar con solo dos semanas y verán lo que les dan. No hace mucho examiné un Jaguar en el salón del concesionario y ya se estaba oxidando. Mi coche es un Riviera del 76 y el parabrisas tiene goteras por los bordes, y cuando llueve el agua que entra me moja las piernas. El concesionario no es capaz de arreglarlo.

»Un amigo mío conduce un Mercury. Las ventanas eléctricas no siempre funcionan; algunas veces se quedan abiertas, y otras no hay manera de cerrarlas. Si está lloviendo puedes apostar a que no se cerrarán; por el contrario, cuando te acercas a un peaje puedes estar seguro de que no habrá manera de abrirlas. No tengo que seguir poniendo más ejemplos, simplemente piensen en su coche.

—¿Y qué le pasa al Sundancer? —preguntó Roberta con una sonrisa contenida.

Estaba sentada lejos de Loren, en un extremo de la mesa, como dando a entender que no se encontraba allí solamente por ser su esposa. Sus ojos se encontraron con los de Angelo al hacerle la pregunta y este pensó que habían tenido mucha suerte de que Loren no hubiese notado la mirada llena de maliciosa complicidad que le había dirigido.

La princesa Alekhine sí la notó y dirigió una mirada cargada de curiosidad en dirección a Angelo. En ese aspecto era como Betsy. Tenía que haber avisado a Roberta de que la princesa era muy perspicaz y se le escapaban pocas cosas. Vestida con un jersey de cachemir naranja tostado, representaba con soltura su recién adoptado *personaje* aristocrático.

—La compañía no me puede pagar lo suficiente para obligarme a conducir un Sundancer —contestó Angelo—. Pero tampoco GM me podría pagar lo suficiente para que condujera un Plymouth. Fueron buenos coches en su día, pero hoy el avance tecnológico los ha dejado atrás. Cuando conduces un Shizoka no se te deprecia un cincuenta por ciento nada más dejar el concesionario y eso tampoco le pasa a un Toyota o a un Honda. ¿Por qué?, porque esos coches no empiezan a caerse a pedazos en cuanto metes por primera vez la marcha y aprietas el acelerador.

—Control de calidad —observó Loren secamente—. El señor Perino es un fanático del control de calidad.

—Control de calidad, efectivamente —continuó Angelo—, pero también algo

más: nuevas ideas. GM sacó el Corvair. Era un buen coche con un diseño innovador pero América no estaba lista todavía para motores traseros refrigerados por aire y Nader^[1] y sus fanáticos consiguieron acabar con él montando un escándalo sobre los supuestos problemas de seguridad que presentaba. Bueno, muy bien; nada de motores traseros, ni refrigeración por aire de momento, pero ya conocen nuestro diseño: motor transversal, consumo reducido de carburante y una carrocería robusta construida según los criterios de calidad más exigentes. Señoras y señores, quiero fabricar un coche que solo necesite ir al taller dos veces al año para reponer niveles y cambiar los filtros.

—Todos nuestros concesionarios cuentan con grandes talleres de reparaciones —observó Randolph.

—Que son subvencionados por la empresa, debido a que la mayoría de las reparaciones que se realizan están cubiertas por nuestra garantía —contestó Angelo.

El congresista Briley se levantó y descubrió un dibujo colocado en un caballete.

—Este es el coche que el señor Hardeman Primero quería fabricar —anunció.

Era el mismo coche diseñado por el equipo de Angelo, suavizado por el empleo de una serie de curvas de plantilla francesa.

La princesa Anne Alekhine suspiró ruidosamente.

—Lo único bueno que se puede decir sobre Número Uno —dijo— es que está muerto. ¡Demos gracias a Dios de que así sea! Tenía que haber un punto final a sus nefastas intromisiones en el negocio y en nuestras vidas.

—¡Anne! —exclamó Loren.

—¿No estás de acuerdo, *sobrino*?

Muy pocos en la sala sabían a qué se refería cuando utilizó el término de sobrino y los consejeros se miraron entre ellos extrañados.

Loren miró a Roberta nerviosamente, tamborileando con sus dedos sobre la mesa.

—Uh... la presidencia presenta a votación la propuesta de que el diseño y el plan de fabricación recomendado por el señor Perino sea aceptado.

—A favor —dijo Anne.

—Apoyo la propuesta —dijo Roberta.

Loren se sonrojó visiblemente.

—¿Podemos considerarla aprobada por unanimidad?

Myron Goldman, el banquero, alzó la mano.

—¿Puede la compañía financiar el proyecto?

—La financiación ya está negociada —dijo Angelo—, una parte del capital saldrá de Nueva York y otra de Londres.

—Me gustaría examinar los planes de financiación con usted, señor Perino.

—Estaré encantado de revisar todos los detalles, señor Goldman.

—¿Entonces tenemos un voto unánime a favor? —preguntó Loren.

Lo tenían.

Loren hizo un gesto afirmativo con la cabeza, tan pronunciado que más bien

parecía una reverencia.

—Bien —anunció—, nuestra compañía comienza una nueva etapa. Me gustaría celebrarlo con una copa de champán pero primero hay otros asuntos que quisiera presentar ante esta junta.

—Antes de seguir —intervino la princesa Anne—, ¿no sería apropiado que este consejo incluyera en el acta una resolución de agradecimiento al señor Angelo Perino por haber impulsado el desarrollo de un nuevo modelo que bien puede representar la salvación de Bethlehem Motors?

—Creo que eso será más apropiado —respondió Loren— cuando el coche del señor Perino haya salvado la compañía. De momento creo que una simple mención de gracias es suficiente.

Esta vez a la princesa Anne tampoco se le escapó la mirada maliciosa y rebosante de sexualidad que la esposa de Loren dirigió a Angelo Perino.

—Me imagino que la propuesta está secundada por la señora Hardeman —dijo Loren—. ¿Podemos tener un voto unánime a favor?

Lo tuvieron.

—Ahora —continuó Loren— me gustaría proponer ciertos cambios en... bueno, algunos asuntos básicos. Mi padre construyó su primer coche en un taller de reparaciones de bicicletas en Bethlehem, Pennsylvania. Todos conocemos la historia. Era un artilugio diferente, pero se lo trajo a Detroit y lo convirtió en un éxito. Llamó a la compañía que fundó Bethlehem Motors, en honor de su ciudad natal. Podía haberla llamado Hardeman Motors de la misma manera que Henry Ford o Walter Chrysler pusieron sus nombres a las compañías que fundaron, pero no lo hizo. El nombre que escogió, Bethlehem, tiene unas connotaciones que en mi opinión se han convertido en un auténtico lastre. Me gustaría cambiar el nombre a BM pero... —hizo una pausa y sonrió maliciosamente—, está claro que no es recomendable. BM: Bastante Mierda.

Esta vez Roberta sonrió divertida a Angelo, como diciéndole: te he cogido en un error estúpido. BM era el nombre que él había propuesto en Londres y no pudo contener una carcajada. Loren le correspondió con una sonrisa tan genuinamente divertida, que durante un segundo Angelo se preguntó si Roberta no le había contado que había sido él quien había propuesto el nombre.

—Por eso me he decidido a contratar los servicios de una agencia de consultores que se especializa en buscar nombres para compañías y productos. Han tenido también grandes éxitos creando logos. Tienen la idea de que la X es una letra excitante. Exxon, Lexus, etc. Que Dios nos libre de un nombre como Unisys, así que, señoras y señores, este es el nombre que nos han propuesto.

El abogado de la empresa retiró el paño que cubría otro caballete.

Loren rebosaba de satisfacción.

—Señoras y señores, nuevo nombre para la compañía, ¡XB Motors!, y nuevo nombre para nuestro coche, ¡XB Corcel!

Los consejeros, sonriendo, sacudieron sus cabezas mostrando su aprobación.

—¿Pueden imaginarse la desfachatez de una compañía que tiene el descaro de llamar a sus coches Edsel o Henry J. para hacer la pelota a sus presidentes? Un par de personas sugirieron que llamáramos al nuevo coche Loren —hizo una pausa y sonrió—, pero incluso mi abuelo se resistió a esa tentación.

—Un cambio bastante radical, ¿no les parece? —preguntó Goldman—, tirar por la borda el nombre de Bethlehem Motors que se ha ganado el respeto de...

—Ruego me disculpe, señor Goldman —interrumpió Angelo—, pero opino que el señor Hardeman tiene razón y creo que su propuesta constituye una gran contribución a esta compañía.



El consejo tomó unas copas de champán antes de disgregarse. Loren buscó una oportunidad para hablar con Angelo, a solas, antes de marcharse.

—Bueno —dijo—, hemos apostado hasta la camisa. Todo lo que puedo decir, Angelo, es que no vayas a pensar que si nos hundimos, me hundiré yo solo y tú te irás de rositas. Si yo me hundo, tú vienes conmigo.

—Y viceversa, Loren —contestó Angelo—. No me gustaría que fuese de otra manera.

Roberta se acercó y cogió a Loren del brazo mientras Angelo se alejaba.

—Tómatelo con calma, querido.

—Cuánto tiempo voy a tener que tragarme toda esta mierda —dijo con la voz quebrándose—. ¡Maldito espaguetti hijo de puta!

Los desnudos del joven Greg que pintó Amanda causaron sensación en el mundo artístico y consolidaron su reputación como nuevo talento del realismo, cotizándose entre 20 000 y 27 000 dólares. El cuarto cuadro de la serie se lo regaló a Cindy y estuvo expuesto en la galería VKP una buena temporada antes de que se lo llevara a casa.

Los padres del chico se negaron a dejarle posar si no le aumentaban sus honorarios. Argüían que la reproducción de los retratos en revistas y catálogos le había creado una situación muy embarazosa con sus compañeros de colegio y proponían que lo correcto era fijar un porcentaje sobre el precio de venta de cualquier futuro cuadro. Amanda se limitó a encogerse de hombros y les contestó que no volvería a precisar más de los servicios de Greg como modelo.

Sus cuadros de flores no se vendieron tan bien: estaba establecida como retratista de desnudos en los que desplegaba una precisión casi fotográfica y los que se apartaban de la representación humana no eran bien recibidos. Un crítico escribió: «Ninguno de los grandes fotógrafos —Wetson, Steichen, Outerbridge— ha conseguido capturar con tanto éxito las sutilezas del alma humana como lo ha hecho la señorita Finch, una de las herederas con más talento de una de las tradiciones más antiguas del arte pictórico.»

Su carrera tomó un sesgo inusitado cuando Abraham y Corsica Alambert, dos agentes de bolsa de Wall Street, le encargaron un retrato de ambos, cogidos de la mano, desnudos y mirándose a los ojos. Amanda introdujo un dinamismo especial en el retrato haciendo que el marido estuviera sobre una plataforma y se inclinara, alargando la mano, para ayudar a subir a su mujer. La pareja quería un recuerdo de sus primeros años de su matrimonio celebrado en la edad madura y estaban dispuestos a pagar 50.000 dólares por ese capricho.

Ese cuadro todavía se encontraba en un caballete en el estudio cuando Dietz von Keyserling comenzó a posar para Amanda. En su retrato Dietz leía un libro, tumbado sobre un colchón cubierto por una manta azul. Planeaba exhibirlo en un lugar destacado de su galería, pero sin ponerlo a la venta.

Dietz y Amanda se convirtieron en amantes. Ella no fue capaz de verlo desnudo hora tras hora sin sentirse atraída, y por su parte, los autorretratos de ella habían suscitado un interés similar en él. Estaba sobreentendido que su *affaire* era simplemente una cuestión física y que no implicaba otro tipo de compromiso. De hecho, si con alguien se sentía comprometido era con Cindy, pero no podía estar con ella muy a menudo y no era el tipo de hombre que podía pasarse mucho tiempo sin hacer el amor.

Amanda era una mujer joven de escasa experiencia que se contentaba con tumbarse de espaldas, abrir sus piernas y recibirlo, sacando todo el placer que podía de un acto que no acababa de satisfacerla plenamente. Cindy la satisfacía mucho más, su lengua era mucho más sutil y más dúctil. Pero lo que Amanda realmente deseaba era poder tenerlos a ambos al mismo tiempo. Y una tarde de julio lo consiguió.



Tímidamente se lo propuso a Cindy en la cocina. Dietz estaba tumbado, desnudo sobre la plataforma, leyendo el libro con el que estaba siendo retratado. De no ser así —había dicho—, las muchas horas posando que su realismo exigía le hubieran resultado insoportables.

Cindy sacudió la cabeza negándose.

—Nunca pensé que escucharía una proposición como esa —contestó.

—Espero no haberte ofendido.

—No...

Ella miró a través de la puerta abierta a Dietz. Amanda había pintado su pene tal como era, pequeño y sin circuncidar, y Cindy se preguntó si realmente iba a querer mostrar eso en público. Sabía que aumentaba cuando se empinaba, pero de todas maneras... Amanda la vio mirar a Dietz, y enfocó sus ojos ligeramente miopes en Cindy. Era una tarde calurosa, estaban en el invernadero que hacía las veces de estudio y Amanda solo llevaba un top con unos tejanos cortados manchados de pintura. Cindy se inclinó y besó a Amanda. Últimamente se habían comenzado a besar con la lengua.

Dietz levantó la vista en ese momento.

—Chicas —dijo con una sonrisa—, ¡no tenía ni idea!

—Eres tan observador como un marchante de arte —bromeó Cindy—. Se nota que no eres un artista.

—Si lo que a mí se me ha pasado por alto puede adivinarlo cualquiera que sea un artista —contestó—: tenéis un problema. Nunca se sabe quién puede serlo.

—Ya veo que de solo pensarlo estás teniendo una erección, Dietz —le dijo Cindy bromeando—. Te felicito. La necesitas. Amanda debería ponerte vídeos porno mientras posas para que...

—No seas puñetera, Cindy —contestó él—. Si lo que quieres es quejarte de que no doy la talla, lo has dejado para un poco tarde.

—Le había sugerido a Cindy que probáramos a hacer un trío —interrumpió Amanda.

—¿Cómo...?

—Utiliza tu imaginación, Dietz —contestó Cindy.

Y a continuación, Cindy, siguiendo los caprichos de su imaginación, que no la de él, se tumbó desnuda sobre el colchón cubierto por la manta mientras Amanda sentada sobre su cara recibía las atenciones de su lengua. Dietz mientras tanto la

cabalgaba vigorosamente. Al cabo de un rato cambiaron posiciones y Amanda le dio su ración de lengua a Cindy mientras esta, a su vez, tomaba la miniatura de Dietz en la boca.

Para su sorpresa, la experiencia no fue muy satisfactoria para Cindy. Su placer fue escaso y por primera vez se avergonzó de algo que había hecho. Decidió reservar todo su fuego sexual para Angelo. Tres meses más tarde se dio cuenta de que estaba embarazada de su cuarto hijo.



Cuando Keijo Shigeto hacía un gesto de afirmación con la cabeza, frecuentemente lo iniciaba desde la cintura y, a menudo, Angelo lo confundía con una reverencia. Por mucho que lo intentara todavía no había logrado dominar todos los matices de la etiqueta japonesa.

—Todavía no te he contado —le dijo un día Keijo— que mi abuelo fue general de brigada del ejército japonés. Sirvió durante la toma de Singapur y más tarde en Burma. Sobrevivió a la guerra y no fue acusado de ningún crimen de guerra. Nunca habló mucho conmigo, solo era un simple nieto, pero en una ocasión me dijo algo que siempre recordaré: «Sé siempre discreto, ser discreto es importantísimo.»

—Te entiendo perfectamente —contestó Angelo secamente.

Con ese comentario sabía lo que Keijo le estaba dando a entender de una manera oblicua: que no debía preocuparse de su encuentro fortuito la otra noche en un restaurante. Keijo había pasado cerca de la mesa de Angelo y Betsy sin mostrar la menor señal de haberlos visto. Angelo había estado seguro de que Keijo no solo lo había reconocido, sino que, con toda seguridad, había adivinado la identidad de su joven acompañante.

Betsy tenía la habilidad de averiguar adonde viajaba y cuándo. De tal modo llegó a controlarlo que se preguntaba si no habría sobornado a su agente de viajes o si no tendría comprados a algunos de los encargados de las reservas en las compañías aéreas que utilizaba normalmente. Nunca podía estar seguro de cuándo aparecería o cuándo llamaría a la puerta de su habitación en cualquier hotel, especialmente cuando se encontraba en Tokio.

—Me gustaría enseñarte un cuestionario, creo que así es como lo llamáis, que nos ha enviado una compañía de auditores que trabaja para XB Motors. —Keijo empujó en su dirección un mazo de cuarenta páginas de preguntas, que cubrían diferentes aspectos de la situación financiera de Shizoka Motors—. Tardaríamos un montón de tiempo en reunir toda la información que se nos pide y alguna es incluso confidencial.

Angelo dio un rápido vistazo al cuestionario. Sacudió la cabeza con una sonrisa y se lo devolvió a Keijo.

—Contéstales que toda la información que estáis dispuestos a dar es la que consta en los estados de cuentas que publicáis y de los que disponen.

—Podría preparar algunos informes y...

—Deja que se las arreglen solos —contestó Angelo—, que hagan su trabajo. Malditos contables. Me ponen enfermo.

—También he recibido una llamada del señor Beacon. Quiere un informe detallado de todas las modificaciones que se han realizado en el sistema de transmisión.

Angelo punzó la mesa con su índice.

—¡No! —dijo—. Cuando vea a Peter Beacon le diré que cualquier información que quiera sobre el Corcel tiene que pedírmela a mí primero y que deje de importunar con sus peticiones a nuestros socios japoneses. No le hagáis caso. Si te vuelve a llamar dile que hable conmigo, o mejor aún, ignora sus llamadas. Tengo que verlo la próxima semana y le diré que se ocupe de sus asuntos.

—Me dijo que llamaba de parte del señor Hardeman.

—¡Como si habla en nombre de Dios Padre! Dile que se vaya a hacer puñetas. ¿Sabes lo que quiere decir esa expresión?

Por primera vez vio a su colega japonés, tan competente y seguro de sí mismo, sentirse incómodo.

—Sí, lo sé —contestó con una risita.

—Bueno, probablemente no querrás utilizarla, pero seguro que tenéis otra igual de buena en vuestro idioma. Utilízala.

La oficina de Keijo era muy parecida a la de Angelo en Nueva York aunque no tan grande. Estaba en un edificio cercano a la planta de Shizoka Motors. La oficina estaba sobriamente amueblada y muy ordenada. Cualquier papel que no se necesitaba inmediatamente era archivado en algún lugar. Jóvenes secretarias corrían solícitas de aquí para allá trayendo y llevando los archivos. Los únicos detalles personales que había en la oficina eran una fotografía de la familia de Keijo y un vaso de flores, que en esta época del año eran crisantemos.

—De haber informado de algo al señor Beacon —dijo Keijo— hubiera sido que todas las modificaciones se están llevando a cabo según el presupuesto y el cronograma, excepto una cosa: el coste por unidad va a salir aproximadamente 125 dólares más caro de lo que habíamos calculado inicialmente.

Angelo sacudió la cabeza.

—Eso podría suponer perder nuestro mercado —contestó—. Tenemos que poder competir. Tienes que rebajarlo. Puedo aceptar cincuenta dólares extras. Esos ciento veinticinco dólares de sobrecoste pueden suponer la diferencia entre el éxito y el fracaso.

Otra vez Keijo hizo el gesto afirmativo con la cabeza que podía confundirse con una reverencia.

—¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Será capaz tu compañía de cumplir con su presupuesto de costes?

—Buena pregunta —contestó Angelo—. Me estoy rompiendo la cabeza contra esa pared. Me paso los días luchando contra una demanda incesante de más informes

y proyecciones de gasto que solo hace perder el tiempo a mi equipo. Esa forma tan americana de hacer las cosas es una auténtica maldición. Los malditos contables insisten en saber cuánto costará esto y aquello en 1982, cuando no tengo ni idea de lo que va a costar en 1980.

—Eso es producto de la inseguridad —dijo Keijo—. Las personas timoratas necesitan saber cómo serán las cosas el año que viene y el año después, cuando todo lo que deberían hacer es concentrarse en el presente.

—Esa es la batalla que estoy librando —contestó Angelo—. Tú, por tu parte, procura rebajar todo lo que puedas esos ciento veinticinco dólares.

—Haremos todo lo que podamos.

—Enviaremos un prototipo del chasis y de la carrocería a Japón el próximo mes. Está hecho a mano. Lo embarcaré en un 747 de carga en vuelo Detroit-Tokio. Volveré por aquí para ver la instalación del motor. ¿Lo tienes ya listo?

—Estará listo cuando llegue el momento.

—Primero lo probaremos tú y yo en la pista de pruebas... siempre que podamos montarlo sin problemas.

—No habrá ningún problema de acoplamiento.

—Lo sé. Bueno... creo que ayer noche me viste en el restaurante y que también viste a la chica con la que estaba. Sabes quién es, ¿no es así?

—No tengo necesidad de saberlo.

Me imagino que no, pero creo que lo sabes. Si yo te viera con una mujer en Estados Unidos, sabría quién era o intentaría saberlo. Son los negocios. Pero podrías confiar en que no diría nada; yo también confío en ti. Somos amigos.

Keijo cabeceó afirmativamente.

—Somos amigos.



—¿Te hizo algún comentario?

—Sí, pero solo para asegurarme de que no necesitaba preocuparme sobre su discreción.

—A pesar de ser un cabrón tan listo a veces eres increíblemente inocente.

—Confío en esa persona —contestó Angelo sencillamente.

—No me refiero a eso. Estoy hablando de mi padre. Parece que crees que se ha dado por vencido y se ha ido a la playa a tumbarse al sol. Te está vigilando, esperando el momento en que te hagas la picha un lío.

—En eso tiene él gran experiencia, no yo.

—¿No? Hace siete años bien que lo hiciste. Número Uno te engañó y tú lo creíste. Sacrificaste todo para conseguir lo que te dijo que quería y cuando se lo estabas entregando aprovechó para cortarte los brazos por el codo. Mi padre no está en la misma división que mi abuelo, pero no olvides que es un Hardeman.

—Pienso arrebatarte el control de esa maldita compañía, Betsy —dijo Angelo

escuetamente.

—Y yo te ayudaré —contestó ella—, pero no confíes en mi padre, y más importante aún, no te fíes de Roberta. Mi padre preferiría hundir la compañía antes de dejar que se la arrebatase. Pero lo que realmente desea es destruirte.

Encargaron la cena al servicio de habitaciones. El plato más caro que se sirve en Japón: carne. No era sorprendente que fuera tan cara, pensó Angelo, el ganado debía de ser alimentado con leche o algo parecido porque la carne era especialmente tierna y jugosa. La mantequilla en el puré de patatas tenía un sabor parecido a la mantequilla inglesa debido a que su contenido graso, más elevado que en la americana, le daba mayor sabor. El vino australiano era excelente. Finalizaron con un brandy, mientras el café burbujeaba esperándoles en una enorme cafetera eléctrica.

Betsy estaba como le gustaba estar con él; desnuda excepto por unos pantis sin entrepierna blancos y un minúsculo tanga de color azul.

Al día siguiente iban a pasar la noche en el campo, en una posada que Keijo le había recomendado, donde vivirían según el modo japonés: bañándose en un baño común, comiendo exquisiteces y durmiendo en un cuarto con solo un delgado tabique de bambú separándolos del resto de sus vecinos de hospedaje.

Pero esta noche...

—¿Me darás una respuesta directa a una pregunta directa? —preguntó Betsy.

—Por supuesto.

—¿Te has tirado a Roberta?

Él frunció el entrecejo y cabeceó negativamente.

—¿Estás bromeando?

Ella le cogió la mano.

—Número Uno tenía cámaras de vídeo escondidas en los dormitorios de invitados de su casa de Palm Beach y grabó todas las idas y venidas que tuvieron lugar en esos cuartos. La noche en que murió cogí todas esas cintas y me las llevé a la playa para quemarlas en los restos de una fogata que había dejado un pescador y después lancé los restos carbonizados al mar. En una de esas cintas aparecíamos tú y yo.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo va ser? ¿O es que no sabes lo maligno que podía ser ese anciano? Me enseñó la cinta de nosotros dos.

—¿Y?

—Quizá volver a mirar la cinta, conmigo presente, le causó un infarto; eso si no fue que Dios, por fin, se decidió a hacer justicia.

—¿Estás segura de que cogiste todas las cintas?

—Todas las que estaban en la habitación. Dudo que hubiera otras.

—¿Qué tiene que ver eso con Roberta? Eso fue el tema inicial de...

—Angelo, no tuve tiempo de revisar su colección, pero, si había una cinta de Roberta contigo, estoy segura de que se la enseñó a mi padre. Hubiera sido típico de él hacer eso, para poder implantar en Loren un odio profundo hacia ti. ¡Angelo, ese

anciano era peor que el diablo!

—No podía haber ninguna grabación de Roberta conmigo —contestó Angelo.

—Está bien. Roberta tiene la misma mentalidad que mi abuelo. Si alguna vez lo has hecho con ella, pregúntate si no lo ha grabado. Esa mujer es capaz de...

—No conozco mucho a Roberta —contestó Angelo— y no tengo el menor deseo de conocerla más.

—Otra cosa que me preocupa —continuó Betsy— es que Número Uno no pudo haber hecho esas grabaciones él solo. Me pregunto quién lo hizo y cuándo tendremos noticias tuyas. Me parece que vamos a sufrir un chantaje en el futuro, mi amor.

—Solamente hay dos maneras de tratar con un chantajista. Pagarle o acabar con él.

—Angelo...

—Si alguien se pone en contacto contigo para hacerte chantaje, avísame.



—Te he traído algo —dijo Betsy un poco más tarde—. Mientras tú estabas haciendo negocios yo me he dedicado a pasear y explorar la ciudad.

Él ya había notado un pequeño paquete que había dejado sobre la mesita de café y esperaba que en algún momento se decidiera a abrirlo. Se lo dio para que él lo hiciera y le quitó el papel descubriendo una pequeña caja de madera con una tapa que se abría deslizándola. Dentro de la caja, forrada de seda rosa, había tres correas de cuero con hebillas, una docena de anillos de goma, e instrucciones en japonés, inglés, alemán y francés. «EL MUNDIALMENTE FAMOSO ARNÉS ÁRABE PARA MONTAR A SU AMADA DE UNA MANERA MÁS PLACENTERA».

Betsy le ayudó con las instrucciones. El arnés era de cuero blando con unas tiras de dos centímetros de ancho que se ajustaban con hebillas de acero. Betsy leyó las instrucciones y no pudo contener la risa, pero no se perdió detalle mientras él se lo colocaba. Se quitó sus calzoncillos y procedió a pasar primero la correa más larga a través de los bucles de las otras dos correas más cortas, para después pasarla bajo su escroto y sobre la raíz de su erección apretando luego la correa.

—Me excita la manera en que aprieta tus pelotas —dijo Betsy—, ya me está gustando y todavía no hemos empezado.

Los anillos venían en tres tamaños diferentes. Angelo se deslizó dentro de uno de tamaño medio y estiró el anillo para poder pasarlo por encima de las dos correas más cortas a cada lado. Finalmente las instrucciones decían que debía apretar las correas más cortas con las hebillas. Su pene, que ya estaba erecto, se puso aún más duro y grande. Saludaba a Betsy derecho como un poste, rojo de excitación.

—¿Te duele? —preguntó Betsy.

Angelo rio.

—No, en absoluto.

—Las instrucciones dicen que si no te la aprietas demasiado puedes andar con eso

puesto todo el día presumiendo de paquete.

—Como una mujer con el sostén —bromeó él.

—Ponte los calzoncillos, quiero ver cómo te queda.

—No estoy seguro de caber en ellos.

Lo intentó con éxito llenando sus calzoncillos con un bulto de gran tonelaje. Se dirigió al espejo y se echó un vistazo. Se quitó los calzoncillos y volvió a mirarse.

Betsy señaló a su extraordinaria erección.

—Quiero eso —dijo mientras se bajaba las bragas.

Emitió un quejido cuando él la penetró, pero dos minutos más tarde estaba gimiendo y contorsionándose de placer. El arnés le causó una eyaculación prematura, pero lo mantuvo erecto y él continuó en la brecha sin retirarse hasta que se hubo corrido tres veces y ella, a su vez, le correspondió con otros tantos orgasmos.

Betsy se apresuró al cuarto de baño para lavarse. Cuando volvió se sirvió dos whiskies.

—¿Te ha gustado el regalo? —preguntó mimosa.

Angelo sonrió.

—Ha sido el mejor que he tenido nunca.

—Déjame que te ayude a quitártelo. No quiero que te hagas daño. —Abrió las hebillas y soltó las correas—. Es tu regalo —dijo—, pero se queda conmigo. No quiero que lo uses con otra mujer.

Él la besó.

—Y yo no quiero que se lo pongas a otro hombre.

—No conozco a otro hombre que esté dispuesto a usarlo —contestó— y quizá tú tampoco conozcas a otra mujer que esté dispuesta a tomarte con eso puesto. Nosotros dos estamos hechos un buen par, Angelo, siempre te lo he dicho.

catorce

1979

Después de contestar al teléfono en la cocina, Cindy volvió al comedor donde ella y Angelo estaban cenando la comida china que habían encargado a una empresa de *catering* de Post Road. La comida era deliciosa aunque el servicio no era muy elegante; comían directamente de las cajas de cartón en las que se la habían traído.

—Es Roberta —dijo—, te pide disculpas por llamar tan tarde.

Angelo sacudió con reprobación la cabeza.

—¡Dios!, está empezando a actuar igual que los Hardeman. No sé dónde ha aprendido esa mala costumbre de Número Uno de llamar a cualquier hora del día o de la noche.

—Le dije que estábamos cenando y me dijo que solo sería un minuto.

Se levantó de la mesa para ir a la cocina y a través de la ventana contempló la nevada que había comenzado a caer hacía una hora y que estaba empezando a cuajar.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó a Roberta.

—Loren ha convocado una reunión del consejo para el jueves —contestó—. Tú también vas a ser citado.

—¿Qué? ¿Dos días después de Navidad? ¿Qué diablos le pasa?

—No le pasa nada. Solo está siendo Loren. Se imagina que haciéndote venir a Detroit dos días después de Navidad te pondrá furioso y un hombre furioso siempre será menos efectivo.

—¿Qué está intentando hacer?

—Hacerte perder los estribos. ¡Está furioso, Angelo! Cuando se enteró que le habías dicho a Beacon que no podía hablar directamente con los japoneses y que tenía que realizar todas sus preguntas a través tuyo, se subió por las paredes. También piensa que tú tienes la culpa de que en Shizoka se estén ignorando todas las peticiones de información de nuestros contables. Su ego está sangrando. Dice que todavía es el presidente ejecutivo y tú su subordinado y tiene la intención de hacértelo ver con toda claridad.

—¿Y tú me has llamado para avisarme?

—Sí, eso es: he llamado para avisarte. Mañana por la mañana recibirás por correo certificado la notificación de la convocatoria.

Cuando Angelo volvió, Cindy estaba picoteando comida sin entusiasmo. Estaba embarazada de nuevo y había sido idea suya pedir comida china. Ahora parecía que su antojo había pasado.

—¿Qué quería? —preguntó.

—Loren ha convocado una reunión del consejo para el jueves.

—¿En la semana entre Navidad y Año Nuevo? ¡Pero Angelo, esa es la semana en

que vienen tus padres a visitarnos!

—Mis padres estarán con nosotros diez días, si es que con tanta nieve no nos encontramos mañana cerrados los aeropuertos.

—¿Cómo vas a marcharte estando ellos aquí?

Angelo sonrió.

—Ya que quieren que vaya a Detroit en estas fechas, voy a dejar que la compañía me pague el desplazamiento en un jet privado. Puedo salir del aeropuerto de Westchester a primera hora, a tiempo para la reunión en Detroit a las diez y estar de vuelta a media tarde. Será como meterle un dedo en el ojo a Loren.



Los padres de Angelo habían estado en la casa de Greenwich en una ocasión cuando la acababan de comprar, pero no la habían visto después de que Cindy hubiese terminado de decorarla.

La residencia estaba situada en una propiedad de dos hectáreas y media, cubierta parcialmente por un espeso bosque, lindando con la calle Norte, una de las zonas residenciales campestres más selectas de todo Greenwich. La edificación de piedra sin labrar con tejado de pizarra y canalones de cobre había sido construida a principios de los años veinte y reformada posteriormente en un par de ocasiones. No era tan imponente como algunas de las mansiones de la vecindad pero era una casa sólida y hermosa con suficiente espacio para una familia que muy pronto tendría cuatro hijos.

Como en el apartamento, Cindy había pintado todas las paredes de blanco para poder exhibir mejor sus obras de arte. Instaló también rieles de iluminación excepto en las habitaciones principales, donde no hubieran quedado bien con la madera tallada y las ventanas emplomadas. Gran parte del mobiliario del apartamento había sido trasladado a los dormitorios y a los cuartos de estar del piso superior. El estilo típico de residencia campestre inglesa era lo más apropiado para las habitaciones de la planta baja y eso fue lo que Cindy había buscado: mullidos y cómodos sofás, sillas tapizadas con motivos florales y alfombras orientales cubriendo los suelos de roble.

La mayoría de las obras de arte que había exhibido en el apartamento no encajaban con la decoración de la planta baja. El espacioso vestíbulo del piso superior era ahora su galería, accesible solo a su familia y a sus amigos más cercanos. Allí colgaba el retrato que Amanda Finch le había pintado a Cindy cuando estaba embarazada. Los padres de Angelo cuando lo vieron por primera vez se detuvieron mirándolo un buen rato, pero ninguno de ellos hizo el menor comentario. Tampoco dijeron nada sobre el desnudo del adolescente. Los únicos cuadros de Amanda que colgaban en la planta baja eran sus composiciones florales, que los Perino no reconocieron como obra de la misma artista, hasta que Cindy les hizo notar la similitud del estilo al servicio de un tema diferente.

El correo del sábado trajo, en efecto, la notificación de la reunión del consejo y la

convocatoria a Angelo, solicitando su asistencia. Tenía que explicar a sus padres por qué debía ausentarse durante gran parte del día, precisamente cuando acababan de llegar, así que prefirió enseñarle la carta a su padre.

Aprovechó el momento en que se encontraban los dos sentados en el cuarto de estar y su padre estaba hojeando el catálogo del fondo de obras de la galería VKP, que momentáneamente dejó a un lado para leer la carta.

—Nunca he podido entender esa especie de fascinación fatal que parece sentir por los Hardeman —observó—. Pensaba que no se te ocurriría volver a mezclarte con ellos, después de lo que te hicieron en el 72.

—Te voy a decir el porqué —contestó Angelo—. Voy a arrebatárles su maldita compañía. Ese maldito hijo de puta piensa que va a acabar conmigo pero seré yo quien lo haga.



El domingo por la mañana, el día antes de Navidad, la niñera cogió el teléfono y pasó el recado a Cindy de que la señora Hardeman quería hablar con ella.

Roberta. ¿Qué podía querer Roberta ahora, y por qué quería hablar con ella en lugar de con Angelo? Cindy fue a la biblioteca y se sentó en la pequeña mesa de despacho con la superficie de cuero embutido para atender la llamada.

—Hola, soy Cindy.

—Me parece que no hemos tenido la oportunidad de saludarnos antes —dijo la voz al otro lado del hilo— y si lo hemos hecho le pido que me disculpe por no recordarlo. Soy Alicia Hardeman. ¿Le dice algo el nombre?

—Bueno... ¡Uh! Creo que...

—La primera mujer de Loren. La madre de Betsy: Alicia Grinwold Hardeman.

—¡Ah! ¡Sí!

—Vamos a juntarnos unos cuantos amigos para tomar una sopa de ostras el día de Año Nuevo en casa. Encenderemos las televisiones para que puedan verse los diferentes partidos de rugby y que todo el mundo pueda seguir a su equipo favorito. No estoy enviando invitaciones por escrito, prefiero llamar a la gente personalmente y me encantaría que tú y Angelo —no te importará si te tuteo— vinierais. Vivo en Greenwich, ¿sabes? Lamento que no nos hayamos podido encontrar antes.

—Bueno, te agradezco mucho la invitación —contestó Cindy—, pero hay un pequeño problema. Los padres de Angelo, el doctor Perino y su señora, han venido de Detroit para visitarnos y solo se quedarán unos cuantos días. Angelo no tiene más remedio que acudir a una reunión el jueves. Nosotros...

—El doctor y la señora Perino también están invitados, por supuesto. Será una reunión muy informal. Nada de corbatas. No hay hora para llegar o marcharse; entre la una y las siete. Mi hija Betsy estará aquí. Por favor, hacer todo lo posible por venir.

—Eres muy amable. Iremos, y si por cualquier razón no pudiéramos asistir te llamaría para avisarte.

—Si así fuera me gustaría encontrar otra ocasión para poder conocernos, pero intentad venir. Será una buena oportunidad para que conozcáis a gente interesante. Nos reuniremos un pequeño grupo de amigos, gente nada pretenciosa, así que estoy segura de que os encontraréis a gusto.

De vuelta al salón donde Angelo continuaba charlando con sus padres, Cindy dijo con una sonrisa:

—Querido, nos han invitado a todos a una fiesta. Y nunca te podrías imaginar quién ha sido.



—Llegas tarde —observó Loren secamente cuando Angelo hizo su entrada en la sala de juntas.

—Mi avión se retrasó debido al mal tiempo —replicó Angelo.

Su vuelo en un Learjet privado había llegado hacía media hora, pero se había tomado una copa tranquilamente en el bar antes de subir a la limusina alquilada. Si Loren quería enredarle en sus jueguecitos él también podía hacerlo. Venía vestido a propósito con una chaqueta azul con botones dorados encima de un jersey rosa de cachemir y una camisa blanca abierta y sin corbata. Al fin y al cabo era una semana de vacaciones.

—Podías haber cogido un vuelo más temprano.

—Este lo era.

No todos los directores se habían plegado al deseo de Loren de celebrar un consejo el 27 de diciembre. La princesa Anne no estaba y tampoco el banquero Myron Goldman. Peter Beacon, vicepresidente de ingeniería, ocupaba su lugar en una de las sillas detrás de los consejeros.

Roberta evitó cruzar su mirada con Angelo. Se sentaba algo retirada de la mesa vestida con un pesado suéter de nudos blanco y fumaba distraídamente un Chesterfield.

Loren se quedó observando a Angelo durante unos momentos como si estuviera tentado a hacer algún comentario sobre su forma de vestir pero finalmente optó por ignorarlo.

—¿Cuándo tendremos ese coche tuyo en la pista de pruebas? —preguntó abruptamente.

—Ya ha estado en la pista de pruebas en Japón.

—¿No estarás sugiriendo que tenemos que ir hasta Japón para poder verlo?

—No. Solo si quieres verlo antes de... digamos, marzo. Tendremos media docena de prototipos aquí en la pista en marzo.

—Pero enviados desde Japón —observó Beacon—. Ninguno de ellos habrá sido montado aquí.

Angelo se encogió de hombros.

—Cuando hayáis logrado implementar los nuevos sistemas de control de calidad,

entonces podremos empezar a montarlos aquí; pero solo en ese momento. Si seguís con el ritmo de progreso que tenéis ahora, calculo que Shizoka tendrá un millar de coches en la carretera antes de que cualquiera de nuestros distribuidores haya recibido uno nuestro.

—Eres como un camión sin frenos, Angelo —se quejó Loren—, pareces confiar más en los japoneses que en tu propia gente. Estás probando un coche que ninguno de nosotros ha visto, en una pista al otro lado del mundo. ¡Maldita sea! Por no tener, no tenemos ni una simple película.

—Vamos a esperar a que pase el Año Nuevo y entonces tú y yo podemos ir a Japón a ver el coche y tú mismo podrás probarlo. Está a tu disposición. Nadie ha estado escondiéndolo. Lo que no puedes hacer es quedarte aquí en Detroit, sentado sobre tu trasero y pretender verlo.

—¿No puedes montar un prototipo en nuestra planta?

—Cuesta dinero montar un prototipo y estamos intentando reducir costes —explicó Angelo—. Además, si montamos uno aquí y una puerta se cae en mitad de la prueba, puedes estar seguro de que todas las televisiones del país estarán dando las imágenes en las noticias de la tarde. No solo el control de calidad de XB es deficiente, también lo es su seguridad. Más adelante traeré seis o siete coches desde Japón y entonces podremos montar un buen espectáculo. Solo así estaremos seguros de que las puertas no se caerán.

—¿Y cómo podemos estar seguros de eso —preguntó Beacon— si Shizoka no responde a nuestras llamadas?

Shizoka *hablará* contigo, pero a través mío. Los japoneses son diferentes a ti y a mí, ¿sabes? He logrado establecer una buena relación con ellos y solo se necesitaría un malentendido entre uno de ellos y alguien de aquí para estropear las cosas. —Se dirigió a Loren—. Cuando tú y yo vayamos juntos, yo te diré lo que se puede decir y lo que no, y cómo decirlo.

Loren se encolerizó.

—¿Tú me vas a decir lo que yo tengo que decir? ¿Quién es el presidente ejecutivo de esta compañía?

—Esta compañía solo tiene una oportunidad para sobrevivir —contestó Angelo—: el XB Corcel. Por cierto, Loren, permíteme que te felicite por haber escogido un nombre tan acertado. Pero todo depende de una buena colaboración entre nosotros y Shizoka. Si alguien estropea esa relación terminarás siendo presidente ejecutivo de Nada S.A.

—No seré el presidente de ninguna cosa si el coche no sale al mercado por debajo de seis mil dólares —contestó Loren—, pero nuestros socios japoneses no responden a las preguntas de nuestros auditores sobre sus costes. ¿Cómo están yendo las cosas en relación a su proyección original?

—Unos cuarenta dólares por encima del total presupuestado —contestó Angelo—, puede que incluso lleguen a los cincuenta, pero nada más.

—Y ¿cómo podemos estar seguros, si no dejan que nuestros auditores examinen...?

—Lo sabrás —interrumpió Angelo— cuando empiecen a vendernos los motores y transmisiones a ese precio. ¿Y nosotros?, ¿podremos mantener los nuestros por lo que respecta a los chasis y la carrocería?

—No lo sabemos todavía. Todo el mundo está trabajando en esos números.

—Yo sí lo sé —afirmó Angelo—, tenéis en este momento unos sobrecostos de quinientos dólares sobre el presupuesto. Si el coche sale de aquí con esa losa encima, el modelo básico, sin ningún tipo de accesorios, tendrá un precio de seis mil quinientos dólares. Eso serán unos doscientos cincuenta dólares más que el modelo X de GM, y quinientos dólares más que el modelo K de Chrysler. Lo que nos deja fuera de juego.

—Es más caro hacer las cosas en Estados Unidos —observó Beacon.

—¿Más caro de lo que le cuesta a GM o a Chrysler? —contestó Angelo.

—Bueno, los tres grandes tienen unas economías de escala que nosotros no podemos igualar —dijo Roberta.

—Sí que podemos, si hacemos lo que hay que hacer —contestó Angelo y se levantó—. Caballeros..., señora, tenemos que cortar la nómina de esta compañía en un cincuenta por ciento.

—Lo primero que conseguiríamos sería una huelga.

—No, no la habrá, porque los salarios que tenemos que reducir no corresponden a mano de obra de fabricación sindicada. Esta compañía está demasiado cargada en la superestructura. Hay demasiados contables y administrativos y es necesario disminuir drásticamente su número. Eso es todo.

El profesor Mueller, director administrativo de la Fundación Hardeman, sacudió la cabeza en desacuerdo.

—La proporción de trabajadores productivos en relación con los de administración en Bethlehem Motors, quiero decir en XB Motors, es exactamente igual a la de otros fabricantes de automóviles del país.

—Exactamente —contestó Angelo—, y esa proporción es espantosa. Están sobrecargados. La diferencia es que ellos tienen una economía de escala con la que nosotros no contamos.

—Bueno, ¿y por dónde empezarías? —preguntó Loren.

—Para comenzar despediría a todos esos contables que Número Uno contrató para que le taparan sus trapos sucios. No se les ha ocurrido otra cosa que enviar a Shizoka un cuestionario de cuarenta páginas mecanografiadas a un espacio que les he dicho que podían ignorar. Aparte de que los japoneses lo consideran un insulto, se hubiera necesitado más de mil horas de trabajo para reunir todos los datos que esos ratones de oficina estaban exigiendo sin que fuera realmente necesario.

»No tengo las estadísticas para demostrarlo, pero me juego algo a que más del veinte por ciento de las horas de nuestros administrativos se malgastan elaborando

proyecciones de costes. Me enviaron un cuestionario el otro día. Entre otras cosas querían saber cuánto iba a gastar en viajes, suministros de oficina y otra media docena de cosas igualmente inútiles ¡en el tercer trimestre de 1982! ¡Por el amor de Dios! No sé si habrá una corporación XB en 1982, y, mucho menos, lo que estaré gastando en clips de oficina ese año.

»¿Cuántos masters de empresas tenemos? ¿Cuántos licenciados de Harvard? Despidamos primero a todos los licenciados de Harvard y al 75 por ciento de los restantes y continuemos después con todos los que pierden el tiempo redactando informes y estadísticas para ellos. Lo que se necesita en este lugar es gente que sepa cómo construir un buen coche... y cómo hacer electrodomésticos ya que vamos a continuar en ese mercado. Enséñame a una persona en una mesa de despacho que no sepa la diferencia entre una llave de tuercas y un martillo de bola y se va de patitas a la calle.

—Una reestructuración radical —observó el profesor Mueller.

—De reestructuración radical nada —contestó Angelo—. Estoy hablando de eliminar la grasa, de reducir costes, de los costes de los chasis y las carrocerías que vamos a incluir en los XB. En definitiva, estoy hablando de supervivencia.

Angelo finalmente se sentó y, para sorpresa de todos, Roberta se levantó a su vez.

—No estoy segura de si el señor Perino tiene o no razón —dijo—, pero tengo algo de experiencia en el mundo de los negocios, como todos ustedes saben, y he observado una cosa. Durante estos últimos años Número Uno ha interferido continuamente en la dirección de esta compañía y ha torpedeado todos los esfuerzos que mi marido ha efectuado para conseguir algunos de los cambios que se han propuesto. Me refiero a sus intentos de introducir métodos de dirección modernos. Bueno, Número Uno ya no está con nosotros y por fin ha llegado el día en que su sucesor —al que algunos conocen como Número Tres— tiene por fin las manos libres para introducir los cambios que esta empresa ha estado necesitando desde hace tiempo. Me consta que ha estado estudiando exhaustivamente algunos de los temas que el señor Perino acaba de mencionar y me imagino que encontrará que el señor Perino tiene razón en algunas cosas y en otras no. En cualquier caso, ese tipo de decisiones solo corresponden al presidente. No estoy muy segura de si mi marido conoce la diferencia entre una llave de tuercas y un martillo de bola, pero, desde luego, desconoce cómo funcionan los robots en una cadena de soldadura, y esa es la razón por la que el señor Perino está con nosotros. Y también el señor Beacon. Por el bien de la compañía sugiero que investigación y desarrollo deje al departamento de ingeniería hacer su trabajo y que a su vez ingeniería deje a investigación y desarrollo hacer el suyo.

Se sentó y durante un buen rato Loren se quedó en silencio como si le hubiesen dado con un mazo. Finalmente sonrió y dijo:

—Bueno, ya ven por qué me he casado con ella. ¡Una de las razones! —Y volviéndose a Angelo—. Quiero ir a Japón contigo a ver ese coche y probarlo tal

como has propuesto.

»Afina ese control de calidad, Pete —dijo dirigiéndose a Beacon—, no podemos tener puertas que se caen o parabrisas con fugas.

Loren continuó ahuecándose en su papel de árbitro ejecutivo.

—Siento haber tenido que convocaros en un día como este, pero como podéis comprobar tenemos problemas que no pueden esperar.



Roberta encontró un momento a solas para hablar con Angelo.

—Prepara algo que pueda modificar en el coche —susurró urgentemente—, dímelo a mí y yo se lo venderé sin que se dé cuenta. Tiene que poder pensar que su contribución ha sido importante.

Angelo hizo un gesto de asentimiento.

—¿Dónde te alojas? —preguntó.

—Calle Norte. Greenwich. Connecticut —contestó—. Mis hijos estaban durmiendo cuando los dejé, pero estarán despiertos cuando su padre esté de regreso. Además, tengo a mis padres de visita.

—¿Cómo vas a volver a tiempo?

Angelo sonrió maliciosamente.

—He reducido costes. He alquilado una limusina y un jet privado.

Ella dio una risotada.

—Menudo hijo de puta. Busca tiempo para mí, querido. Tenemos que pasar un rato juntos.



Si había un grupo al que se pudiese denominar como «la mejor sociedad de Greenwich», Alicia Hardeman indudablemente pertenecía a él. Su hogar en la calle Round Hill era una casa blanca, construida en 1870, que en su día había sido la residencia señorial de una finca de varios cientos de hectáreas de la mejor tierra de cultivo. El propietario original de la casa, un hombre llamado Mead, había hecho su fortuna en el negocio marítimo y la mitad de la ciudad estaba poblada por sus descendientes. Su retrato todavía colgaba encima de la chimenea.

Alicia, la primera mujer de Loren Hardeman Tercero y madre de su única descendiente, Betsy, otorgaba una distinción a la casa que probablemente no había conocido antes. Con cuarenta y siete años de edad era más alta y más esbelta que la mayoría de las mujeres y tenía una vida apacible derivada de su matrimonio con un miembro de la familia Hardeman y de los generosos términos en los que había conseguido el divorcio de su marido. Como resultado era propietaria del 5 por ciento de lo que ahora se llamaba XB Motors. Además, para cubrir la eventualidad de que la compañía fuese a la quiebra se había establecido un fondo de inversión fiduciario que aseguraba que su estilo de vida pudiese continuar sin menoscabo. Aquellos eran días

en que tanto Número Uno como Número Tres disponían de una posición más holgada que la actual. Desde entonces algunas astutas inversiones habían incrementado y mejorado su seguridad financiera y su estilo de vida. En resumen, era una mujer que no tenía razones para preocuparse económicamente de su futuro.

En su fiesta de Navidad, lucía un ceñido vestido de brocado que combinaba dorado, verde y rojo con beige. Fumaba un Camel sin filtro y bebía ginebra seca con solo un par de cubitos de hielo.

—¡Angelo! ¡Y tú debes ser Cindy! Estoy encantada de que hayáis podido venir. Y también ustedes, señor y señora Perino. Bienvenidos. Les presento a mi hija Betsy Hardeman..., o Van Ludwige, como prefieran.

—Gracias, madre —contestó Betsy—. Muchas gracias por tu *amable* presentación. Ya conozco a Angelo y a Cindy. Señor y señora Perino, encantada de conocerles. Cualquier cosa que hayan oído rumorear sobre mí probablemente es cierta.

—No hemos escuchado nada que no sea elogioso —contestó el doctor Perino.

Betsy llevaba un vestido de punto de color naranja con finas rayas verdes y azules que se ajustaba a su figura como un guante.

—Te ofrecería una bebida, Cindy —dijo—, si no fueras a dar a luz antes de...

—Abril —contestó Cindy.

—Felicidades —dijo Betsy dirigiéndose a Angelo y a Cindy.

—Tenemos unos nietos adorables —dijo Jenny Perino.

—Y yo tengo un hijo al que adoro —contestó Betsy mirando a Angelo y a Cindy—, y cuento con Angelo y mi madre para asegurarme de que hereda lo que le pertenece.

—No estoy seguro de poder influir sobre eso —contestó Angelo.

—Sí que puedes —contestó Betsy con una mirada dura—. Cuento contigo para que mi padre se muera pronto.

—Betsy siempre ha sido una niña algo difícil —intervino Alicia con furia contenida.

Betsy intentó arreglar las cosas.

—Estaba hablando de manera figurada.

El doctor Perino sonrió.

—Ya nos hemos dado cuenta. Todos hablamos en un momento u otro de una manera figurada, metafóricamente. ¿Por qué será? Yo pude ir a la universidad a estudiar medicina porque el señor Hardeman era uno de los muchos clientes a los que mi padre vendía whisky de contrabando durante la Ley Seca. ¿Quién rompía más la ley, el comprador o el vendedor? No nos gusta hablar sobre esas cosas. No se nos ocurre, por ejemplo, hablar sobre quién mató a Joe Warren. Joe Warren era el Harry Bennet^[2] de Bethlehem Motors y murió en el momento oportuno, muy convenientemente; no como el pobre Henry Ford Tercero que las pasó moradas intentando librarse de ese matón a sueldo que había heredado de su padre. Número

Uno lo tuvo más fácil; Joe Warren murió en una extraña explosión, accidental por supuesto, que nunca pudo ser explicada. Hay una larga tradición de alianzas entre la familia de los Perino y los Hardeman y no creo que mi hijo necesite subordinarse a los Hardeman. Sin los Perino no habría Hardeman.

El grupo de gente que le escuchaba: Angelo, Cindy, Betsy, Alicia y Jenny Perino se quedaron boquiabiertos, sin entender adonde quería ir a parar. El doctor Perino continuó:

—Loren Tercero arregló todo para que le dieran una paliza a mi hijo que casi lo mata y yo podía haber hecho que mataran a Loren al día siguiente y no hubiera sido una muerte agradable, pero los problemas no se solucionan de esa manera. Mi hijo podía haber pedido ese tipo de venganza y se le hubiera hecho justicia, pero no lo pidió. Mi hijo es todo un hombre —acabó significativamente.

—Mi padre simplifica demasiado —dijo Angelo para quitar hierro a la situación—. Vamos a sacar un nuevo modelo de coche que va a ser un auténtico éxito, le guste o no le guste a un tal Hardeman.



—Tu padre ha dicho cosas muy interesantes —le dijo Betsy a Angelo un poco más tarde.

Estaban los dos solos en el comedor contemplando a la luz de las velas el elaborado bufé que ocupaba toda la mesa principal y se desbordaba por otras tres mesitas auxiliares.

—Apunta al mentón y golpea con fuerza.

—Lo mismo que los matones que envió tu padre —contestó Angelo—. Y ya que has tocado el tema, tú estuviste demasiado directa.

—Lo que quería decir es que lo quería ver destruido, no muerto.

—Por lo menos sabemos cuáles son nuestras metas. No olvides que la mía es fabricar un automóvil.

—Eres igual que Número Uno en ese aspecto, ¿verdad? ¿Acaso piensas dedicar al XB Corcel el resto de tu vida?

—El Corcel es solo el principio —contestó—. Tengo otros planes. Cuando el Corcel se convierta en el éxito que todos esperamos y sitúe otra vez a la compañía firmemente dentro de la industria, lo utilizaré como punto de partida para otros proyectos.

—Angelo —preguntó sonriendo traviesamente—. ¿Es que vas a sacar por fin el Betsy? ¡Ya va siendo hora!

Él sonrió.

—¿Por qué no? Cuando el coche familiar tenga el éxito que esperamos quizá podamos sacar el coche deportivo con el que sueñas.

—Lo tomo como una promesa —contestó Betsy y miró hacia la sala—. Vamos. Hay alguien a quien quiero que conozcas: el amigo de mi madre.

El hombre hacia el que se dirigían era el prototipo al que aspira todo residente de la parte alta de Greenwich: mandíbula cuadrada partida por un hoyuelo, buena forma física, emanando confianza en sí mismo, vestimenta impecable con una chaqueta cruzada azul, camisa de rayas azules y blancas, corbata de seda, pantalones grises de franela y mocasines Gucci.

—Déjame que te ponga en antecedentes —dijo Betsy—. He oído decir que querías despedir a todos los que han hecho un máster, especialmente a los que lo han hecho en Harvard. El hombre que te voy a presentar ha estudiado allí y trabaja en un banco de negocios. Estuvo con los marines en Vietnam, con rango de capitán, juega al tenis y es propietario de un magnífico barco de vela. Es cinco años más joven que mi madre, así que la única explicación que se me ocurre es que ella le debe de echar unos polvos de cine. Se llama William Warren Adams.

Betsy le presentó a Adams, que le propuso el tuteo pidiéndole que le llamara Bill.

—Me han interesado mucho tus análisis sobre la industria del automóvil —le dijo a Angelo—. A decir verdad, sentí saber que habías vuelto a la compañía. Estaba empezando a contar con ellos para tomar decisiones.

—Cuando llevas en la sangre el diseño de automóviles es difícil hacer otra cosa —contestó Angelo.

—Me gustaría comentarte algo —dijo Adams—. Hay un auténtico artista en hacer opas en New Jersey, un tal Froelich, que parece que está intentando hacerse con el control de XB.

—Las acciones están en manos de la familia. Le será difícil.

—Difícil sí, pero no imposible. Pero ya hablaremos de eso más adelante. Acabo de conocer a tu encantadora esposa y le he sugerido que cuando dé a luz podríamos salir a navegar juntos por el estrecho. A Alicia y a mí nos encanta la vela. ¿Navegas también?

—Me temo que no.

—Bueno, solías hacer algo que me fascina. Carreras de automóviles. Me encontraba en Europa en 1964 y te vi conducir en él el circuito de Targa Florio. Lo que no recuerdo es qué coche conducías.

—Era un Porsche 904 —contestó Angelo.

—Bueno, conducir y la vela son dos deportes bien diferentes. Hace tiempo que me he retirado de la competición. Alicia se ha convertido en una tripulante muy competente. Maneja el barco muy bien y estoy seguro de que tú y Cindy también seréis unos excelentes marineros.

—Me encantará probarlo.

—Cindy dice que espera el nacimiento para abril. Los mejores meses para navegar son julio y agosto, pero espero que nos volvamos a ver antes.

—Desde luego —contestó Angelo.

Había sido la primera vez que alguien de la zona alta de Greenwich les había ofrecido su amistad.

quince

1980

Roberta estaba cómodamente sentada en un mullido sillón de su cuarto de estar, fumando un Chesterfield mientras esperaba. Era un desapacible día de invierno y estaba abrigada con una bata acolchada de color verde. Loren entró en el cuarto. Iba totalmente desnudo, llevando una bandeja cargada con una botella de whisky escocés, soda y una cubitera de hielo, la dejó sobre la mesita y empezó a prepararle una copa.

—¿Por qué has tardado tanto tiempo? —se quejó.

—Tuve que abrir una botella nueva —contestó humildemente.

—¡Date prisa de una puñetera vez y trae los malditos aperitivos! —ordenó.

Él se apresuró de vuelta a la cocina y volvió con una bandeja de canapés que la doncella había dejado preparados. Se arrodilló cerca de la mesita y comentó a servirlos en un plato utilizando una espátula de plata. En dos pequeños recipientes de cristal había mostaza Gray Poupon y mayonesa. Utilizando un pequeño cuchillo untó varios canapés con mostaza y otros con mayonesa.

Roberta apagó su cigarrillo en el cenicero. Sin levantarse, Loren recogió el cenicero y lo volcó dentro de un recogedor de plata, cerró su tapa y después limpió el cenicero con un Kleenex que arrojó a la chimenea.

Roberta fumaba pero no toleraba el olor de colillas mientras comía.

—Sírreme unos palitos de zanahorias y de pepino —exigió.

Él cogió unas pinzas e hizo lo que le pedía.

—Y ahora escucha con atención —le dijo—, que mamá te va a decir lo que tienes que hacer cuando vayamos a Japón.

Mientras ella hablaba él se entretuvo chupándole los dedos de los pies.

—Todo indica que Angelo y los japoneses han diseñado un buen coche —dijo—, pero no será perfecto. Así que tú y yo vamos a encontrar un defecto. No puede ser nada que implique cambios costosos de maquinaria, pero buscaremos algo que cambiar. Será una buena cosa que la gente de Shizoka vean cómo puedes hacer a Angelo andar de cabeza detrás tuyo. ¿Está claro, papaíto?

Loren suspiró acongojado.

—No estoy seguro de ser capaz de ver algo que necesite modificarse. Me gustaría que Beacon pudiese venir con nosotros.

—¿Y dejar que los japoneses piensen que es Beacon y no tú quien da las órdenes? No te preocupes. Ya encontraremos algo. Mientras volamos podrías echar un vistazo a ese par de libros que te he traído; yo ya lo he hecho. Están llenos de buenas ideas. Actuaste como un auténtico presidente en el consejo del 27 de diciembre y volverás a estar a la altura una vez más.

Loren se incorporó, pero solo para ponerse de rodillas.

—Come algo —dijo ella—. Y prepárate una copa.

Él cogió unos cuantos canapés y vegetales y se sirvió un whisky muy cargado.

—Estoy contento de que vengas conmigo.

—Tienes que comportarte como un hombre, querido.

Loren la miró desde abajo y sonrió.

—¿Y piensas que ahora no me estoy comportando como tal? Bueno... hay muchas formas de comportarse como un hombre. Cuando tengo mi cara en tu surco estoy siendo todo un hombre y...

—¡Compórtate como un hombre con Angelo Perino! —cortó ella secamente—, y eso no quiere decir...

—¡Déjale que se divierta con el Corcel! Quizá incluso logre salvar la compañía, pero ten por seguro que después le voy a dar una buena patada en el culo a ese espagueti. Ya lo verás, Roberta. No será nada agradable para Perino. Voy a quitarle el coche y sus pelotas. Solo espera y verás.



Loren y Roberta habían planeado volar a Japón el martes 22 de enero. Angelo había salido el 15 de enero, una semana antes. Cuatro veces, en la semana previa a su viaje, Angelo recibió diferentes llamadas de Roberta. Durante su llamada del 10 de enero le anunció por primera vez que ella también iría y le insistió en que tenía que verlo para hablar de negocios además de otras cuestiones personales.

—No hemos planeado las cosas. —Y él pudo detectar una nota de preocupación en su voz que rozaba el pánico.

—Está bien. Pensaba tomar el vuelo a Japón de la Northwest Orient desde Detroit. Si puedo arreglar las cosas pasaré la noche del martes en Anne Arbor y cogeré el vuelo del miércoles. Eso querrá decir que llegaré un día tarde a Tokio, pero tengo la suficiente amistad con Keijo para que no se moleste.

El martes voló a Detroit, alquiló un Ford en el aeropuerto de Metro y se dirigió a Anne Arbor alojándose en el Holiday Inn. Tomó un par de copas y un *sandwich* y se quedó tumbado sobre la cama leyendo hasta las dos, cuando apareció Roberta.

Se despojó de su abrigo y se sentó en el sofá, frente a la cama, para quitarse sus botas altas. Vestía una falda larga hasta media pierna de lana gris con un amplio suéter blanco crema.

Angelo sirvió dos whiskies.

—Los negocios primero —dijo ella—. Todavía no me has dicho cuáles son los fallos que Loren va a encontrar en el Corcel.

—Voy una semana antes, precisamente para prepararlos —contestó—. Es una farsa estúpida, Roberta, y solo estoy colaborando porque...

—¿Qué harías si vendiera sus acciones en XB y si la fundación hiciera lo mismo?

—¿Quién las iba a comprar?

—Hay un tiburón financiero de New Jersey, maniobrando por detrás, que ha

hablado con Loren un par de veces.

—Número Uno lo mataría.

—Número Uno está muerto. Piensa en ello desde su punto de vista. La compañía solo le da problemas: domina su vida, y tú eres para él una fuente continua de humillaciones. Así que vende su compañía y con diez o doce millones de dólares en el banco, abandona Detroit y se instala... digamos en París.

—¿Irías con él, Roberta?

Ella dudó.

—No lo he decidido todavía. No se iría sin mí. ¡Escúchame!, va a cumplir cincuenta y un años dentro de poco y ha sido derrotado demasiadas veces. Yo tengo mi propia fortuna y él puede conseguir un buen montón de dinero. Nos instalamos en París y decimos adiós a Detroit y a los automóviles.

—¿Y tirar por la borda todo lo que ha sido tan importante para esa familia durante tanto tiempo? —preguntó Angelo con incredulidad.

—Tirar por la borda algo más. ¡Tú! Esta vez perderías, Angelo. Los nuevos propietarios venderían los activos de la compañía —saquearían es más exacto— y no tendrían el menor interés en continuar con la fabricación del Corcel.

—Ya he oído hablar de esos tipos —contestó Angelo— y podrían tener dificultades para reunir el capital necesario.

—Loren no venderá si piensa que puede ser otro Hank Ford^[3]. Lee Iacocca proyectó un coche que lo salvó del desastre, pero Hank nunca pudo digerir su éxito. Loren en cambio te lo perdonará si le haces creer que él contribuyó significativamente al desarrollo del Corcel. Y si haces que el resto de la gente también se lo crea.

—Ya te he dicho que estoy dispuesto a colaborar en esa farsa. —Angelo abrió su cartera y sacó unos dibujos del salpicadero del Corcel—. Observa cómo la parte superior, que es plana, tiene unos resaltes que forman una pequeña bandeja. Se puede utilizar para llevar los mapas, lápices o simplemente el cambio para los peajes; incluso una taza de café. Keijo los está eliminando en el prototipo y los va a sustituir por otro que está inclinado. Cualquier cosa que pongas en él se caerá al suelo. Y algo peor todavía; este es de color gris oscuro pero el nuevo será de color beige claro y reflejará la luz del sol en el cristal del parabrisas reduciendo la visibilidad.

Roberta aprobó con un gesto de cabeza.

—De acuerdo, pero todo eso es solo estética. ¿No hay nada que puedas introducir que sea más fundamental?

—Si es eso lo que quieres, podemos hacer que el coche acuse un problema grave de estabilidad. Supongamos que con Loren al volante el coche inicia un derrapaje espectacular de esos que hacen chirriar los neumáticos y que incluso le haga volcar.

—Podría matarse —dijo ella sin demasiada emoción.

—Estará sujeto por un cinturón de seguridad de competición y llevará casco. Además el coche está equipado con barras de seguridad. De esa forma tendrá la

oportunidad de hacer un gesto dramático y será una excusa perfecta para ponerse furioso.

Roberta sonrió y cabeceó aprobando sus palabras.

—Angelo, eres un cielo —ronroneó como un gato—. Y Roberta te va a mostrar lo agradecida que está. —Se desvistió rápidamente—. Basta ya de hablar de negocios. Vamos a lo importante. No he estado pensando en otra cosa durante estas dos semanas.

—¿Y en qué has estado pensando? —preguntó él.

—Algo que sé que te va a gustar. Pero primero quiero que tomemos una de nuestras duchas juntos, igual que en Londres. ¡Dios santo! Sabes que ya ha pasado más de un año de eso y desde entonces solamente lo hemos hecho cuatro veces. ¡No te estás preocupando de mí como deberías, Angelo!

—Estoy intentando salvar la empresa.

—Yo diría que un hombre que no lo hace regularmente es incapaz de salvar nada. Pero seguro de que tú lo haces con frecuencia.

—Lo mismo que tú —contestó él.

—Pero es muy diferente —contestó ella—. Contigo es distinto, Angelo. Tú eres... tú eres *competente*.

—Los italianos sabemos cómo hacer bien dos cosas: arte y amor —contestó él.

—Eso dímelos cuando hayamos terminado —repuso ella.

Al salir de la ducha, ella lo cogió de la mano y lo llevó a la cama.

—Ahora, querido —dijo—, te voy a hacer gozar utilizando exclusivamente la boca y mi lengua. No te voy a tocar con las manos... de hecho podrías atártelas a la espalda con tu cinturón.

Angelo se negó con un gesto.

—Voy a tardar un rato —dijo ella— pero, cuando te corras, le vas a enterar de lo que es una corrida sin toreros. —Sonrió—. Así no habrá peligro de una eyaculación prematura cuando me la metas.

Tenía razón cuando dijo que llevaría tiempo. Normalmente utilizaba su mano hacia el final para añadir más fricción y vigor y llevarlo al clímax más rápidamente. En esta ocasión, Roberta evitó tocarlo con las manos tal como le había anticipado. Primero lo lamió y después lo chupó como si fuera un polo de su sabor preferido. Sujetando su polla entre los labios, lo masajeó con la punta de la lengua. Volvió a lamerlo a lo largo repetidamente y después bajó hasta su escroto. Ahora cogió su bebida y dejó que su lengua entrara en contacto con el hielo para que se enfriara y volvió a lamerlo una vez más con la lengua fría. Sus sensaciones al principio no eran intensas, pero poco a poco su excitación aumentó, embargándolo completamente, y comenzó a jadear sintiendo como si algo dentro de él fuera a explotar.

De vez en cuando Roberta levantaba la cabeza y lo miraba con una ceja arqueada sonriendo. Su cara estaba roja por el esfuerzo, la transpiración se reflejaba en su frente, sus mejillas y sus pechos. Hacer lo que estaba haciendo no era un trabajo fácil:

hundiendo su cabeza para lamerle las pelotas, sin cogerlas con las manos, para después volver a subir recorriéndole todo a lo largo para chuparlo de nuevo tragándose tan a fondo como le era posible.

—¿Estás a punto? —jadeó.

Él gimió y cabeceó afirmativamente. Su cuerpo se tensó y sus piernas se pusieron rígidas cuando comenzaron sus violentos espasmos. Ella lo aprisionó con sus labios y continuó chupándolo con fuerza, mientras él se derramaba en fuertes contracciones. Se tragó todo y solo después de su último espasmo, cuando él comenzó a ponerse blando, levantó la cabeza y lo dejó ir para volver a bajar y chuparle hasta la última gota.

Después, cogió el vaso y se bebió de un solo trago todo el whisky.

Angelo se inclinó. Estaba empezando a sentir agujetas en las piernas y todavía estaba duro y erecto aunque le parecía imposible.

—Dime, si eres capaz, que alguien te lo ha hecho mejor que yo —dijo Roberta.

Eso era algo que no podía decir por mucho que le hubiese gustado.

—Es un gusto adquirido y una habilidad que no es fácil aprender —dijo ella.

—Me ha parecido notar que disfrutabas haciéndolo.

—Claro, un montón —contestó.

—Un gusto adquirido y una habilidad que no es fácil aprender —repitió Angelo —, ¿y cómo adquiriste ambos?

—¿Sabes? Las chicas hoy en día lo hacen y de esa manera no se quedan embarazadas, pero cuando yo era una adolescente... —dijo sacudiendo la cabeza.

—Tenemos más o menos la misma edad. Cuando éramos jóvenes las chicas decentes no le comían la polla a su chico y si lo hacían dejaban de ser chicas decentes y adquirirían una mala reputación. La gente las llamaba cosas desagradables.

—Hay un viejo chiste que dice que fue un hombre valiente el primero que se atrevió a comerse una ostra. Bueno, pues fui una Roberta valiente cuando me atreví a comerme una polla por primera vez.

—Fui un Angelo valiente la primera vez que le comí el coño a una chica.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó.

—Para seducirla. No estaba consiguiendo nada, así que...

—¿Cuántos años tenías?

—Veintiséis o veintisiete.

—¿Y te gustó?

—Lo puedo hacer —respondió— pero no me entusiasma.

—No te preocupes. No voy a pedir que me lo hagas. Lo que quiero es otra cosa. Tenía treinta y cuatro años la primera vez que hice una mamada. Mi marido quería que se la hiciera. Me lo suplicó. Estaba segura de que me iba a atragantar y quizá vomitaría pero lo hice y gradualmente me acostumbré e incluso comenzó a gustarme. A él le gustaba tanto que cuando dejábamos la oficina por la tarde, y estaba oscuro, me hacía que le diera una mamada mientras conducía. ¿Puedes imaginártelo? Me

apuesto a que por lo menos se la he chupado a Harold unas ciento cincuenta veces en la avenida Jefferson. Si nos quedábamos parados en un semáforo, tenía que levantarme y volver a bajarme para empezar otra vez cuando se ponía en marcha. Algunas veces continuaba conduciendo cuando llegábamos a casa porque quería que terminara la faena, antes de llegar. Por eso aprendí a tragármelo; por temor a mancharme si se escapaba algo al escupirlo en un Kleenex.

Angelo la besó. Sus labios estaban un poco hinchados y magullados.

—Eres una mujer estupenda. Espero que Loren sepa apreciar lo que tiene.

—No tienes ni idea de lo mucho que me aprecia —dijo suspirando ruidosamente—. Tomemos otro trago y después quiero que me montes un par de veces por detrás, como los perros. Cuando terminemos tendré que irme a casa. Te veré en Tokio.



Cuando Angelo llegó al laboratorio de investigación y desarrollo de Shizoka, se encontró con un desconcertado Keijo Shigeto, que no obstante, había hecho instalar el salpicadero defectuoso en el prototipo del Corcel tal como Angelo le había pedido. Angelo le había explicado por teléfono el motivo de las modificaciones pero resultó casi imposible hacerle entender los tejemanejes y el politiqueo que, en ocasiones, había que practicar en la empresa americana.

O quizá no fuera así. Se le había pasado por la cabeza que quizá Keijo entendía perfectamente la situación, pero estaba inhibido por los estándares japoneses de cortesía para reconocerlo abiertamente.

Durante el vuelo entre Detroit y Tokio, había estudiado la mejor manera de modificar la estabilidad del coche para hacer que se cerrara repentinamente al tomar una curva. Keijo había revisado las modificaciones propuestas y estuvo de acuerdo en que era posible hacerlo fácilmente y después devolver el coche a su configuración estable anterior.

En esta ocasión, y solo en esta ocasión, Angelo fue testigo de una fuerte discusión entre dos japoneses. No podía entender lo que estaban diciendo pero era obvio que uno de los ayudantes de Keijo no quería introducir esos cambios. Su voz subió de tono en señal de protesta. De repente, Keijo habló con gran brusquedad y era evidente que le había dado una orden terminante. El otro hizo una reverencia muy breve y poco profunda y abandonó el despacho.

Dos días más tarde, Angelo probó el Corcel modificado que había sido transportado en tren hasta la pista de pruebas.

El problema de la dirección era muy sutil. No se hacía evidente en las curvas abiertas de la pista, ni siquiera a gran velocidad, pero en las curvas cerradas de noventa grados, como las que se dan al tomar un cruce, el coche se cerraba inesperadamente desplazando su morro hacia el interior y era difícil enderezarlo. Un conductor que no anticipara el giro, o que no tuviera la experiencia suficiente para corregirlo, podía encontrarse embistiendo contra el bordillo.

Angelo se aseguró de que el coche no pudiera poner en peligro a Loren. No tendría que tomar una curva cerrada hasta que abandonara la pista y atravesara el portón dando un giro de noventa grados para dirigirse al taller, y sería allí donde, a menos que fuera un excelente conductor, perdería el control del coche. Para entonces iría muy despacio y no correría el menor peligro.

Ese sería su gran momento: podría montar un espectáculo, ponerse como una fiera y Angelo tendría que prometerle que arreglaría inmediatamente el problema.

¡Lo que había que hacer para poder sacar las cosas adelante!



Loren necesitaba que le dieran algunos consejos sobre cómo tratar a los japoneses, pero eso era un lujo para él, que no iba a tener tiempo. Su vuelo de Detroit llegaba a media mañana y solo disponía de unas horas para descansar antes de acudir esa tarde a una cena dada en su honor por el señor Tadashi Komatsu, presidente ejecutivo de Shizoka Motors.

La invitación para Angelo escrita en japonés y acompañada de una copia traducida escrita a máquina llegó esa mañana con la bandeja del desayuno. Telefonó a Keijo un poco más tarde y se enteró de que el señor Tadashi estaba encantado de invitar a sus huéspedes americanos a una cena de estilo occidental. Una limusina recogería a Angelo y los Hardeman para llevarlos a un club de campo a poca distancia de la ciudad. La cena no sería de etiqueta.

Loren llamó a Angelo tan pronto como llegó al hotel y este le aconsejó que durmiera todo lo que pudiese, porque la tarde iba a ser muy intensa.

Sobre las dos de la tarde, Roberta vino a la *suite* de Angelo. Quería asegurarse de que Loren no se mataría si el XB Corcel se estrellaba. También quería un polvo rápido y cuando se marchó los dos temas habían sido satisfactoriamente resueltos.



Ser socio de un club de campo en Japón es un lujo reservado a unos pocos privilegiados. Dedicar la escasa tierra disponible a usos recreativos está considerado un arrogante derroche de un valioso recurso. No obstante, unos cuantos acaudalados hombres de negocios habían comprado los terrenos para crear un club de golf con lujosas instalaciones. La cuota de entrada para los miembros del club que Angelo y los Hardeman visitaron esa noche valía exactamente un millón de dólares.

Los jugadores de golf no se cambiaban las ropas en un simple vestuario. Cada miembro disponía de una *suite* que daba directamente al campo. Los socios contaban, además, con pistas cubiertas o al aire libre para jugar al tenis y al balonmano. Había gimnasios con entrenadores profesionales, salas de juegos, baños turcos y cuartos de masajes.

Muchos miembros disfrutaban adicionalmente de otra *suite* en los pisos superiores, dispuesta de tal manera que la compañía pudiera entrar y salir

discretamente. Había una docena de jóvenes prostitutas viviendo en pequeños *bungalows*, discretamente separadas del complejo del club por un pequeño bosquecillo, que podían acceder al mismo mediante un túnel para después subir a los pisos utilizando un ascensor privado.

El club era decididamente de estilo occidental y solo hacía dos concesiones a sus miembros más tradicionales: un baño común, en el cual los miembros y sus amigos podían remojarse en agua casi hirviendo, y un pequeño restaurante que servía comida japonesa.

Las *suites* de invitados habían sido preparadas para Angelo y los Hardeman para que pudieran, como les dijo el chófer que los había acompañado, *aliviarse* hasta que llegara la hora de la recepción y la cena. Una diminuta doncella con minifalda, un pequeño delantal y cofia blanca estaba esperándolos con bebidas y unos diminutos canapés.

Keijo Shigeto pasó por la *suite* de Angelo acompañado por su mujer, la exquisita Toshiko. La última vez que la había visto iba vestida al estilo japonés y era evidente que vestida con tacones altos y enfundada en un vestido negro de cóctel corto y ceñido, se encontraba incómoda.

—El señor Tadashi sugirió que, ya que la señora Hardeman asistiría a la cena, sería conveniente que mi esposa viniese también. Se sentará a su lado, con un intérprete, para que puedan conversar.

—Muy bien pensado —contestó Angelo.

Iba a ser una odisea para la pequeña japonesa y probablemente también para Roberta, que se vería obligada a mantener una conversación de circunstancias en vez de participar en la conversación de los hombres como le hubiese gustado.

A la siete dejaron sus habitaciones para dirigirse a la *suite* del señor Tadashi, que les esperaba rodeado por toda una pequeña corte de sus ejecutivos.

Tadashi Komatsu hizo una profunda reverencia a Loren, una inclinación menos acentuada a Roberta y a Angelo y una todavía más ligera a Keijo, quien le había saludado a su vez con una profunda reverencia. La estricta etiqueta japonesa *gobernaba* sus saludos de cortesía y también dominaba la forma de hablarse. Aunque Angelo no podía distinguir los matices, sabía que Tadashi al dirigirse a Keijo utilizaría expresiones diferentes de las que Keijo usaría para expresar lo mismo a su superior, Tadashi.

Angelo había prevenido a Loren y Roberta de que no intentasen imitar o entender a sus huéspedes. Lo mejor era ser corteses de acuerdo con las normas americanas; los japoneses lo preferían a los intentos poco afortunados de intentar imitarlos.

Tadashi era el arquetipo de un presidente de empresa japonesa. Alrededor de un metro setenta, unos sesenta años, pelo gris, gafas de gruesos cristales graduados y un traje elegante. Detrás de una sonrisa eternamente desplegada no se ocultaba una claridad de intenciones que hacía evidente que se tomaba muy en serio quién era, dónde estaba y lo que se traía entre manos.

Angelo se había encontrado con Tadashi en otras ocasiones y sabía que su inglés era muy particular:

—Encontrarles es divertido y me hace gozar —dijo gravemente a Loren y Roberta.

El resto de la tarde continuó hablando a través de un intérprete, bien fuera Keijo, o un hombre joven que revoloteaba a su lado y se sentó detrás de él durante toda la cena. Otro joven intérprete atendía a Roberta y a Toshiko.

Durante la cena Tadashi conversó la mayoría del tiempo con Loren por mediación del intérprete. Angelo intentó escuchar lo que decían esperando que Loren no metiera la pata, pero Keijo le daba conversación casi todo el tiempo. Tadashi le hizo a Loren muchas preguntas, cada una de las cuales iba precedida por el ritual: «El señor Tadashi quisiera saber...» No preguntó nada sobre XB Motors o sobre el Corcel. Quería saber quién pensaba Loren que sería el presidente de Estados Unidos en 1980. También le preguntó quién ganaría la Liga Nacional y la Americana, la World Series y la Super Bowl. Se interesó, asimismo, por cuál había sido su película favorita ese año y qué autores americanos le gustaban.

Angelo pudo oír algo de esto último y se sonrió. Sabía que Loren estaba pasando por un tormento. Loren no estaba interesado en deportes, no iba al cine y leía muy poco. Su idea de diversión era beber, mirar televisión y jugar de vez en cuando al golf.

—El señor Hardeman juega al golf —le dijo Angelo a Tadashi.

—¡Ah! Qué interesante, yo también gozo golpeando mis pelotas en el prado —dijo el señor Tadashi y esto le hizo lanzarse a través de su intérprete a una serie de preguntas acerca de los jugadores, clubes y los campos de golf en Norteamérica.

Loren dirigió a Angelo una mirada sombría y se esforzó en responder como mejor pudo a sus preguntas.

Angelo se sentó relajadamente y disfrutó de una de las mejores cenas que había probado en mucho tiempo. Las costillas de ternera eran de las más tiernas y sabrosas que jamás había comido y el vino era Château Lafite Rothschild.

Keijo le dijo discretamente a Angelo:

—He persuadido al señor Tadashi para que no venga a Nagoya mañana. No debe ver...

—Estoy de acuerdo —concordó Angelo.

—Yo iré a Nagoya con los Hardeman en tren. Un helicóptero te recogerá aquí a las nueve.

—¿Aquí? Pero si estoy hospedado en Tokio.

Keijo cabeceó negativamente.

—Eso ofendería al señor Tadashi, que ha dispuesto todas las cosas para que seas su huésped aquí.

Angelo frunció el entrecejo extrañado.

—¿Uh...?

—Así es —dijo Keijo.

No le dieron explicaciones sobre esos preparativos a Loren y Roberta. Si tenían alguna objeción tampoco tuvieron la oportunidad para plantearla; todo estaba organizado de antemano. Antes de que se dieran cuenta de que Angelo no les estaba acompañando de regreso, Keijo y un par de sonrientes ejecutivos de Shizoka lo habían hecho desaparecer.

Tadashi acompañó a Loren y a Roberta a su limusina y se despidió.

—Adiós. Antes de que salgan volando, debemos gozar todos juntos otra vez.



Keijo acompañó a Angelo hasta la entrada del ascensor privado y allí le entregó una llave que abría el ascensor y la puerta de la *suite* 3B. El desayuno se lo servirían a las ocho y media y el piloto del helicóptero lo estaría esperando en el vestíbulo a las nueve.

Sin demasiado entusiasmo por lo que le pudiera haber preparado el señor Tadashi, pero con alguna curiosidad, Angelo cogió el ascensor al tercer piso y utilizó la llave para entrar en la *suite* 3B. Detrás de la puerta se encontró un segundo vestíbulo, donde probablemente el servicio de habitaciones dejaría el desayuno sin que tuvieran que ver a los ocupantes de la *suite*. Volvió a utilizar la llave en la cerradura de la segunda puerta.

—Hola, Angelo.

—¡Betsy! ¿Qué diablos estás haciendo? ¿Cómo lograste entrar aquí?

No le contestó; primero se despojó de su bata de seda quedándose totalmente desnuda en sus brazos y lo besó antes de contestar.

—Pensé que me convenía, y probablemente también a ti, conocer personalmente al señor Tadashi. Ahora lo conozco mucho mejor de lo que tú puedes hacerlo. Tenemos muchas cosas de las que hablar además de cosas que hacer, Angelo.

dieciséis

1980

El piloto japonés del helicóptero estaba esperándolo en el vestíbulo del ascensor a las nueve. No hablaba inglés pero reconoció inmediatamente a Angelo Perino. En un carrito eléctrico lo condujo hasta la pista del helicóptero al lado del primer *fairway* todavía húmedo por el rocío. El helicóptero era una pequeña máquina de solo dos plazas. Angelo se sentó al lado del piloto dentro de la burbuja de plástico.

El helicóptero era ruidoso pero daba lo mismo: no podía conversar con el piloto y este tampoco se quitó los auriculares durante todo el vuelo. Habló primero utilizando un micrófono de contacto que tenía puesto al cuello con el control de tráfico y después levantó el vuelo en dirección sur, sobrevolando las afueras de Tokio y Yokohama.

La niebla arropaba el paisaje y por encima colgaban nubes dispersas a seis o siete mil pies.

Angelo sabía que había montañas entre Tokio y Nagoya y que el monte Fuji se alzaba no muy lejos del rumbo directo entre las dos ciudades. El piloto se desvió adentrándose en el océano hasta perder de vista la costa, oculta por la niebla matinal, para después poner rumbo este, pasando por encima de una estrecha península. Volvieron a volar sobre el agua y tomaron altitud para sobrevolar un banco de niebla pero manteniéndose por debajo de la capa de nubes, y continuaron por encima de un paisaje de colinas, cruzando ríos, aldeas y pueblos hasta llegar a Nagoya una hora y media más tarde y aterrizar en el helipuerto de la pista de pruebas de Shizoka Motors.

Todo había sido calculado al minuto. Loren, Roberta y Keijo habían llegado solo unos momentos antes y estaban dando vueltas alrededor del Corcel examinándolo mientras tomaban una taza de café.

—Confío en que hayas dormido bien —le saludó Roberta con sarcasmo.

—No te puedes imaginar cómo —le contestó Angelo.



—No necesito todo esto —protestó Loren equipado con un casco y un mono ininflamable, mientras un técnico le colocaba el cinturón de seguridad de competición—. No es necesario que dramaticemos tanto las cosas.

—Este coche es solo un prototipo —contestó Angelo— y voy a exprimirlo al máximo. Vamos a probarlo y tenemos que llevar el equipo que utilizan los pilotos de pruebas.

Roberta se inclinó para hablarles a través de la ventanilla.

—¿Te acuerdas de lo que acordamos? Dejaríamos que los ingenieros hicieran su trabajo. Si Angelo dice que se necesita ir sujeto y vestido como un piloto de pruebas

será que es necesario. Al fin y al cabo él ha sido piloto.

—Se supone que esto es un coche familiar —se quejó Loren.

—Lo vamos a llevar al límite.

Loren puso cara de preocupación.

—Nada de exageraciones.

—De acuerdo, te daré un par de vueltas y después cambiaremos de lugar, o si prefieres puedes conducirlo tú solo.

El Corcel era más pequeño que el Sundancer del 80 o que un Chevy o un Ford, pero algo más grande que un Mustang. Nada en su aspecto sugería que era mucho más ligero que cualquiera de esos coches. Su línea cuadrada le daba una imagen de solidez y estabilidad. El modelo de la prueba estaba pintado de color gris plata y no llevaba asiento trasero para dejar sitio a los cajetines de instrumentos y transmisores que enviaban un flujo continuo de datos al puesto de control.

—La tapicería será algo más alegre —explicó Angelo—, y el panel de instrumentos parecido a los dibujos que has visto. Dispondrá de una instrumentación completa incluyendo un tacómetro. Este está equipado con un cambio manual de cuatro marchas.

Angelo lo llevó hasta la pista y allí aceleró rápidamente. El Corcel aceptó los cambios de marchas y aceleró con suavidad, sin sonar forzado ya que el motor no tenía que arrastrar un peso excesivo. Angelo lo pisó hasta los ciento treinta por hora.

La pista no era oval sino que su trazado estaba lleno de curvas en todas direcciones, unas cerradas y otra más abiertas. El Corcel tomó las curvas con estabilidad, sin un amago de derrape o balanceo.

Loren miró al velocímetro.

—¿Es esta su velocidad máxima? —preguntó.

—Puede ir más de prisa y yo podría hacerlo, pero no te aconsejo que tú tomes las curvas a más velocidad. Recuerda que es un coche familiar y que normalmente su conductor no entrará en las curvas a más de 130 kilómetros por hora.

—¿Y qué pasa si lo hace?

—Podría perder el control, pero el coche le avisará antes. Puedo enseñártelo.

—No hace falta. Me gustaría conducirlo yo mismo.

—De acuerdo. Pero no podemos parar en la pista. Volveremos y cambiaremos de lugar cuando estemos en los talleres.

Angelo bajó hasta treinta y cinco kilómetros por hora antes de tomar la curva de noventa grados después del portón. Incluso a esa velocidad pudo notar cómo el coche se le cerraba.

Bajaron del coche.

—¿Quieres que vaya contigo o prefieres conducirlo solo? —preguntó Angelo.

—Iré solo —contestó Loren, y volviéndose a Roberta—: ¿Quieres ponerte uno de esos estúpidos monos y subir conmigo?

—Prefiero esperar hasta que no sea necesario ponerme uno de esos monos, ni

sujetarme con esos cinturones de competición —contestó.

Mientras le estaban colocando el cinturón de seguridad a Loren, Angelo se acercó a la ventanilla para avisarle.

—Es totalmente seguro en las curvas, pero no entres muy fuerte en las que sean muy cerradas. Tiene una ligera tendencia a cerrarse.

—Entendido.

Condujo hasta la pista y aceleró en la larga recta que pasaba enfrente de los talleres donde estaban los instrumentos de seguimiento. Cuando el Corcel estaba fuera de la vista, Angelo y Roberta siguieron desde el taller la velocidad que registraba su velocímetro. Loren no conducía tan rápido como Angelo. Entraba en las curvas a unos noventa kilómetros, y aceleraba al salir; a medida que se iba familiarizando con el coche, empezó a ser más atrevido.

—¿Estás seguro de que no se puede matar? —le preguntó Roberta a Angelo en un susurro.

—Sí, a menos de que haga un auténtico disparate.

Salieron a la pista para verlo pasar por la recta y una vez más lo saludaron con la mano, aunque no alcanzaron a ver si les había devuelto el saludo.

En su segunda vuelta a la pista Loren aumentó su velocidad un poco y los instrumentos indicaron que estaba tomando las curvas más fuerte. Angelo empezó a preocuparse de que pudiera manifestarse el problema y que el coche se le cerrase en una curva más de lo previsto. Pensó en prevenirle por radio para que aflojara.

—¿Cómo va? —preguntó Roberta cuando Loren estaba a punto de pasar por la recta.

—Por el momento sin problemas —contestó Angelo—, salgamos fuera. Me imagino que entrará después de esta vuelta.

—¿Cuándo perderá el control? —preguntó por lo bajo.

—Ahora o nunca —contestó Angelo.

La entrada a la zona de talleres, lo que se llamaría en un circuito de carreras los *boxes*, era un portón y el conductor tenía que tomar una curva de noventa grados después de atravesarla. Para Loren sería igual que tomar un cruce a la derecha en cualquier ciudad. El portón estaba flanqueado con dos postes de unos dos metros pintados de blanco y toda el área de talleres estaba a su vez circundada por una valla de estacas de madera blanca.

Loren frenó y bajó la velocidad del Corcel hasta sesenta kilómetros, frenó otra vez bajando a cincuenta o quizá menos y giró el volante para coger la curva cerrada del portón.

El Corcel tomó la curva pero continuó cerrándose, las ruedas traseras patinaron hacia la izquierda y la parte frontal se estrelló contra la valla. Las estacas de madera volaron por los aires mientras el coche avanzaba arrasando la cerca. Deslizándose fuera de control de lado a lado el coche hizo trizas su rueda izquierda trasera y continuó sobre la llanta hasta romper el eje, hundiéndose y perdiendo el parachoques

trasero antes de detenerse finalmente.

—¡Dios santo! —chilló Loren.

—¡Fantástico! —murmuró Angelo entre dientes.



—¡Tu coche no solo es una jodida mierda, sino que además constituye un peligro!

Loren no esperó hasta estar en un lugar donde los japoneses no pudiesen oírlo. Comenzó a gritar a Angelo antes de salir del Corcel destrozado, mientras luchaba por quitarse el cinturón de seguridad.

—¡Calma, Loren!, ¡calma! Ya te avisé de que había un problema; que el coche tendía a cerrarse en las curvas pronunciadas. Es solo un pequeño problema del que ya estábamos al tanto y que sabemos cómo arreglar. Ya te lo avisé.

—¿Arreglarlo? No te preocupes en arreglarlo. ¡El proyecto está muerto, acabado! ¡No pienso gastar ni un dólar más!

Loren tiró furioso su casco al suelo.

—Loren —dijo Roberta—, tienes demasiado invertido como para...

—¿Para sacar un jodido coche que es un auténtico peligro en la calle?

—Me parece —dijo Angelo— que no es el primer prototipo que ya has visto con problemas. Me acuerdo de uno en concreto que fue sabotado deliberadamente para que unas ratas filmaran sus fallos, ¿te acuerdas?

Loren palideció.

—Tienes que recordármelo, ¿verdad? Pensé que habíamos dicho que íbamos a enterrar el pasado.

Angelo señaló en dirección al coche accidentado.

—Te avisé de que no cogieras una curva cerrada a demasiada velocidad. Te dije que teníamos un pequeño problema de estabilidad en las curvas que había que resolver.

—¿Pequeño problema? Ni el mismísimo Nicky Lauda podría conducir este coche de manera segura.

—Danos un par de días —dijo Angelo— y podrás conducir ese coche a través del portón a setenta kilómetros. Podrás dar un volantazo y...

—¡Nunca más volveré a sentarme en esa mierda! ¡Se acabó! ¡Ni un solo dólar más! ¡Ni un maldito dólar!

—Muy bien —dijo Angelo fríamente—. ¿Qué precio quieres por la maquinaria y las plantillas para fabricar el chasis y la carrocería? ¿Quieres vendérmelas?

—¿De qué diablos estás hablando?

Angelo miró en dirección a Roberta.

—El señor Tadashi y yo vamos a fabricar ese coche —contestó—. Con XB o sin XB. Contigo o sin ti.

—¿Con qué dinero?

—¿Te da la impresión que el señor Tadashi es un hombre que carece de los

recursos financieros necesarios? —preguntó Angelo—. ¿O yo mismo? Para empezar puedo vender mis acciones de XB y puedes estar seguro de una cosa: tan pronto como anunciemos que seguimos adelante con el proyecto pero sin la participación de XB tus acciones valdrán menos que nada. Hay una gran diferencia entre tú y yo, Loren. Tú quieres dinero, poder, prestigio. Yo lo único que quiero es construir un automóvil. Eso mismo era lo que motivaba a Número Uno.

Loren suspiró pesadamente y miró a Roberta como pidiéndole una sugerencia; una sugerencia que ella no podía ofrecerle.

—¿Puedes tenerlo arreglado en dos días? —preguntó—. ¿Es eso cierto?

—Sí lo es.

—Bueno, es mejor que no perdamos la calma. ¡Por Dios! Es comprensible que una persona pierda los nervios después...

—Siento lo que ha pasado, Loren, pero ese coche se va a fabricar de una forma u otra.

—Está bien. Volveré para ver cómo tomas esa curva del portón a setenta por hora —contestó Loren— y si tú puedes hacerlo, ¡maldita sea!, yo también lo haré.

Loren entró en los talleres para quitarse el mono de piloto. Fuera de la vista de Loren, Roberta cogió a Angelo por el codo.

—Esa no era la manera en que tenían que pasar las cosas.

—Ha sido incluso mejor —contestó Angelo—. Cuando lo lleve a setenta en esa curva el...

—Estabas echándote un farol —le interrumpió—. Tú y Tadashi...

—Yo y el señor Tadashi vamos a fabricar ese coche —contestó Angelo— de una forma u otra.



Betsy estaba sentada a horcajadas encima de él. Acababa de vaciarse y todavía estaba dentro de ella, sintiendo cómo trabajaba con los músculos de su vagina.

—¿Qué es lo que hubieras hecho si te hubiera forzado a enseñar tu farol? —le preguntó.

—No me dio ocasión de planteármelo —contestó Angelo.

diecisiete

1980

Cindy dio a luz a su cuarto hijo en abril; una niña a la que llamaron Valerie. John, al que le habían dado el nombre de su abuelo, tenía ya siete años, Anna cinco y Morris tres.

Los antiguos propietarios habían dejado que la piscina que había detrás de la casa se deteriorase y luego la habían convertido en un estanque con peces y nenúfares. Aquella primavera, Angelo contrató una empresa local para que excavasen y construyeran en su lugar una piscina de contorno irregular, más decorativa. Instaló también un calefactor, para que el agua estuviese lo suficientemente caliente para poder bañarse en mayo, cuando todavía hacía demasiado frío para meterse en el mar. Colocó, además un detector de movimiento que disparaba una alarma si un niño o el perro entraba en el agua sin que estuviese presente un adulto.

El perro resultó ser un problema peor que los niños. Cindy había comprado un labrador negro, el perro de moda en Greenwich, y le había puesto el nombre de Número Uno. «Porque siempre se mea encima de todo lo que no se aparta de su camino.» Al perro le encantaba la piscina, más que a cualquier otro miembro de la familia, y hacía sonar la alarma diariamente, a cuyo reclamo generalmente acudía la *au pair*, que, harta, pidió que se instalara una valla alrededor de la piscina. En julio sus deseos fueron cumplidos y pudo descansar.

Durante meses, los Perino habían sido ignorados por la buena sociedad de Greenwich, pero una vez que fueron vistos en compañía de Alicia Hardeman y Bill Adams se les abrieron las puertas en casi todos los sitios. Ofrecieron una recepción en su casa e invitaron a todos sus vecinos y empezaron a recibir más invitaciones de las que podían atender.

Angelo entró en una rutina. Volaba a Detroit los lunes por la mañana, se quedaba en un estudio cerca de la fábrica hasta el jueves por la noche, trabajaba el viernes por la mañana en la oficina, y por la tarde volaba de regreso a Nueva York.

Solo interrumpió esa rutina por dos viajes que realizó a Japón y tres largos fines de semana que él y Cindy pasaron navegando con Alicia y Bill.

En abril, Shizoka les remitió dos mil transmisiones y motores del Corcel y en mayo XB Motors envió a su vez a Japón mil chasis y carrocerías. Se tomó la decisión de que el Corcel sería lanzado el martes siete de octubre. En esa fecha cada concesionario tenía que disponer de un mínimo de diez Corceles en su exposición. El plan era muy ambicioso y Angelo trabajó intensamente para poder cumplirlo.



—Nunca lo hemos hecho así —protestó Peter Beacon.

—Pete, me importa un bledo cómo lo hayáis estado haciendo hasta ahora. —Un día, Angelo se prometió a sí mismo que escribiría un artículo donde detallaría las excusas más habituales para no hacer algo. Entre las que había tenido que oír las últimas semanas «Nunca lo hemos hecho antes así» era la más frecuente. Otras eran: «Número Uno no lo hubiera aprobado», «no dice nada en el plan sobre esto», «no podemos hacerlo hasta que el encargado...» y «el comité no lo ha estudiado todavía».

Había llegado a la conclusión de que Peter Beacon no quería que se fabricara el Corcel, y esperaba un futuro sin Angelo Perino. Beacon era vicepresidente de ingeniería y Angelo vicepresidente de investigación y desarrollo. Desde el punto de vista jerárquico, Beacon podía rehusar poner en marcha cualquier procedimiento de fabricación propuesto por investigación y desarrollo hasta que hubiese sido aprobado por Loren y, en algunos casos, por todo el consejo. Pero la posición política de Angelo dentro de la empresa era fuerte y normalmente conseguía lo que quería.

Por el momento Loren estaba contento. Su humor había mejorado después de realizar una segunda prueba con el prototipo del Corcel al que le habían corregido la suspensión y repuesto el parachoques trasero. Había visto a Angelo dispararlo a través del portón a setenta y él mismo lo había hecho a cincuenta. El Corcel era un coche estable, con una línea atractiva y por el momento Loren estaba plenamente comprometido con la lubricación del automóvil.

—Nos va a costar dieciocho dólares la unidad —dijo Beacon sacudiendo su cabeza en señal de disgusto.

—No, no lo hará. Si tú no puedes lograrlo por siete cincuenta lo compraré a Merckel y haré que lo instalen allí.

—Bethlehem Motors nunca ha producido un coche con piezas que no fueran de fabricación propia.

—Y esa es precisamente una de las razones por las que el Sundancer sale tan caro y está a punto de enviar esta compañía a la quiebra —contestó Angelo—. Si no te sientes capaz de hacerlo, preséntame tu dimisión.

—¿Presentarte mi dimisión?

—Me importa un pepino a quién se la presentas. Pero, o empiezas a funcionar o es mejor que te largues. Y no me vuelvas a decir que Número Uno nunca lo hubiera hecho de esa forma. ¡Número Uno está muerto y enterrado!



La reputación de Amanda aumentó, lo mismo que la cotización de sus cuadros. Empezó a experimentar con un nuevo estilo, todavía decididamente realista pero con una pincelada más suelta y pictórica. A unos cuantos metros del cuadro, el espectador contemplaba una reproducción casi fotográfica de un dedo, pero, cuando se acercaba, la reproducción, aparentemente tan realista, no era otra cosa que cuatro pinceladas maestras.

Angelo finalmente encontró tiempo para posar vestido para su retrato —rechazó

con firmeza, pero amablemente, hacerlo desnudo—. Amanda se quejaba de que la pintura se le secaba entre las espaciadas ocasiones en las que aparecía por su estudio, pero finalmente pudo terminar el cuadro y entregárselo a Cindy. El retrato era mucho más que una reproducción fiel; como Angelo reconoció, no se paraba en la epidermis, capturaba lo que latía debajo de su superficie.

Alicia Grinwold no se amilanó y posó desnuda pagando a Amanda 20 000 dólares por el suyo.

Como Alicia era una de las accionistas de XB Motors, ella y Angelo habían desarrollado una buena amistad, y él tenía la costumbre de mantenerla informada sobre todo lo que pasaba en Detroit.

Un sábado por la tarde del mes de agosto, de vuelta a casa desde la barbería, Angelo pasó por su casa en Round Hill para enseñarle las fotos del Corcel que iban a ser utilizadas en la campaña de publicidad.

Se sorprendió de no encontrar a Bill Adams como era habitual. Alicia le invitó a pasar. Había estado tomando el sol en la piscina y solo llevaba un corto albornoz de toalla, que supuso cubría un bikini.

—Me parece —le dijo mientras le hacía entrar— que eres un auténtico entendido en Martinis. ¿Cuándo lo dejaste por el whisky?

—No lo hice. Un buen whisky es fácil de conseguir pero un Martini bien mezclado es un auténtico arte.

—Ponme a prueba —dijo mientras entraba en la cocina.

Cogió una botella de ginebra Beefeater y machacó unos cubitos de hielo sobre la palma de su mano con un pequeño martillo que tenía un fleje flexible en el mango. En un agitador alto de fino cristal puso hielo, ginebra y un toque de vermut y lo agitó con una varilla de cristal. Con gestos expertos cortó una serpentina de peladura de limón y la introdujo en un largo vaso de cristal para, a continuación, servir la bebida. Él le dio un sorbo.

—Un Martini bien mezclado —anunció Alicia.

—Bien mezclado —coincidió Angelo, saludando con la copa en alto.

Cortó otra peladura de limón y se sirvió otro para ella.

—Cuando no puedes fabricar automóviles, o sacar compañías a bolsa, o presentarte al Congreso solo te resta cultivar pequeños refinamientos; como mezclar un buen Martini.

Una vez más Angelo levantó su copa en homenaje.

—Las carreteras están atestadas de coches, la mayoría horribles, pero los buenos Martinis son toda una proeza.

—Demasiados americanos —dijo ella— se contentan con Bud Lite por toda cerveza y se creen que el café descafeinado instantáneo tiene algo que ver con el verdadero café.

—Qué se puede esperar de una generación que se ha alimentado a base de McDonald's y Burger King.

—Angelo, ¿has visto ya el retrato que Amanda me ha hecho?

—No, creo que estás...

—Sí, por supuesto. Estoy desnuda y es maravilloso. Algún día, cuando yo ya no esté, colgará en un museo. Ven, quiero enseñártelo. Está en el piso de arriba. No se lo enseño a todo el mundo, aunque si el Museo Bruce me lo pidiera para exhibirlo no me importaría en absoluto.

La siguió escaleras arriba hasta la antecámara de su dormitorio donde el cuadro ocupaba toda una pared de la habitación.

Se había imaginado a Alicia desnuda pero mirando el cuadro se dio cuenta que la mujer que le miraba indolentemente desde el cuadro era más auténtica que la Alicia real.

Estaba en el estudio de Amanda, sentada en una silla de estilo Victoriano tapizada con un tejido negro de pelo de caballo. Igual que la *Olympia* de Manet, llevaba una cinta negra con un camafeo alrededor del cuello. Con un lazo había recogido su oscuro pelo castaño y su cara estaba animada por una leve sonrisa, quizá desafiante. Sentada con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y plegadas hacia la izquierda, la pose solo revelaba su vientre hasta el nacimiento del vello púbico donde Amanda había pintado algunos mechones indiscretos.

Alicia tenía cuarenta y ocho años y Amanda no había intentado hacerla más joven. Sus pechos estaban caídos y blandos. Era esbelta pero tenía una ligera barriga y Amanda no había ocultado las estrías en su piel, que le había dejado el embarazo de su única hija, Betsy.

—No está mal para una mujer de mi edad, ¿eh?

—Estás muy hermosa, Alicia —contestó Angelo.

Ella suspiró.

—Quería tener un retrato mío antes de que tuviera que empezar a engañarme a mí misma —dijo—. También le he pedido a Bill que me saque unas Polaroids. Cuando de verdad sea vieja, quiero tener la evidencia de que no siempre fue así. ¿*Capisco*?

Angelo cabeceó afirmativamente.

—*Capisco*.

Ella se acercó a la ventana de la habitación y abrió los visillos para mirar fuera.

—A medida que pasan los años, te vas dando cuenta con mayor fuerza de que no has vivido todo lo que podías y a veces piensas en las oportunidades que no aprovechaste.

—Te entiendo.

—Tú no puedes entenderlo —contestó—, piloto de carreras... y todo lo demás. Todavía estás en activo y me parece que no te pierdes nada, ¿me equivoco? ¿Tienes idea de cuánto te envidia la gente?

—Alicia...

—Bill, por ejemplo. Bill Adams. ¡Un excelente muchacho! Pero tú vas detrás de lo que quieres.

—Alicia...

—Sí... ¿No puedes adivinar lo que estoy deseando ahora?

—Alicia...

—Quiero que me lleves a la cama y me hagas el amor, Angelo. Puede que sea la última oportunidad que tenga de...

—Podría ser un gran error... —contestó él.

Ella sonrió negando con la cabeza.

—No estropees esa imagen del romántico e intrépido Angelo Perino. No te vuelvas el señor «como es debido». Tal como eres ahora, es perfecto. Nadie se va a enterar. Quizá tengamos otra oportunidad, quizá no. No soy una histérica, Angelo: sé que no tenemos futuro, pero ¡por todos los santos!, tenemos el ahora. Una vez y quizá no más, Angelo.

Llevaba un minúsculo bikini debajo de su albornoz. Se lo arrancó de un solo movimiento y se quedó con los brazos en jarras dejando que él la contemplara desnuda. Después se ofreció en la posición del misionero y gimió y murmuró su pasión todo el tiempo que él estuvo dentro.

Era una experiencia poco habitual para Angelo. Alicia no era una bomba sexual como su hija, y tampoco era una mujer de apetitos poco habituales como Roberta. Era el tipo de persona que disfrutaba con una copulación sin fantasías y que gozaba sintiendo un pene duro y grande golpeándola con fuerza hasta el fondo. Cuando él se vació en ella, lo abrazó con las piernas para clavárselo bien dentro y evitar que saliera. Durante un buen rato lo mantuvo de esta manera mientras poco a poco abatía su pasión.

—Tiene que haber otra vez, Angelo —susurró—. Cuando estemos totalmente seguros. No te preocupes: no te pondré en evidencia. No correremos riesgos, solo lo haremos cuando sea posible.

Mientras conducía hacia casa, se le ocurrió un pensamiento indigno de la excelente mujer con la que acababa de estar. Ahora se había tirado a todas las mujeres de Loren, incluida su hija.



El lunes seis de octubre, por la tarde, guardaron el Porsche de Cindy en el garaje y cerraron la puerta. Les entregaron dos XB Corceles, uno de color blanco y el otro azul metalizado, y los aparcaron en el camino de entrada a la casa. Sus conductores se llevaron el Sundancer de Angelo.

Toda la familia salió a mirarlos. De todos los niños, solo John, de siete años, entendió lo que significaban y declaró con seriedad que eran estupendos. Un poco más tarde llegó Alicia acompañada por Bill Adams al volante de un Corcel rojo.

—Me parece que tienes el éxito asegurado —le dijo a Angelo.

—Solo tengo una pregunta, Angelo —le murmuró por lo bajo Cindy—. ¿Cuánto tiempo he de conducir este maldito utilitario antes de que pueda usar de nuevo mi

Porsche?

—Una semana —contestó—. En lo que a mí respecta, estoy encantado. No tendré que volver a conducir ese ruidoso trasto del Sundancer.

Varios vecinos pasaron a verlos y comentaron lo bonitos que eran, opinando que sería un auténtico éxito de ventas.

Al rato, todo el mundo entró en la casa donde se había preparado un bufé frío. Iban a anunciar el Corcel a toda América por primera vez durante el programa *El Lunes Fútbol*.

El teléfono comenzó a sonar. Loren llamó para decir que el coche le gustaba y Roberta añadió unas cuantas frases de felicitación. Llamó también el doctor Perino. Desde Japón el señor Tadashi le telefoneó para decirle que les deseaba «lo mejor a él y a Loren».

Poco después llegó Dietz von Keyserling en compañía de Amanda Finch.

Angelo fue a la biblioteca para sintonizar en la televisión el canal de la WABC. Alicia le siguió; estaban solos en ese momento.

—Me gustaría hablar contigo un momento.

—Claro.

—No sé lo que hacer con Betsy —dijo Alicia sombríamente.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—Se ha quedado embarazada otra vez.

—Bueno, puede suceder. ¿Quién es el afortunado padre?

—Su psiquiatra. O eso dice ella. Ha estado yendo a la consulta de este médico en Londres y aparentemente le ha administrado su terapia favorita.

—Imagino que está casado.

—Con tres niños. Quiere que venga a los Estados Unidos para abortar, pero ella quiere tenerlo. Dice que puede cuidar perfectamente de otro. Tiene un hogar y una niñera que la ayude. Además, dentro de poco, el pequeño Loren irá interno a un colegio inglés de los más exclusivos, así que la niñera podrá dedicar todo su tiempo al nuevo bebé. Lo realmente extraño es que, a pesar de esa vida tan poco convencional y de sus constantes viajes, ha sido una buena madre. Dice que el ser madre le da un propósito en la vida.

Angelo cogió una mano de Alicia entre las suyas.

—Comenzaste esta conversación diciendo que no sabías qué hacer con Betsy y creo que no vas a tener más remedio que dejarla hacer lo que quiera. Aparte de darle tus mejores consejos, no sé de qué otra manera puedes ayudarla.

—Supongo que no. De lo que sí estoy segura es de que su maldito padre no puede. Creo que ese psiquiatra se ha aprovechado de ella.

—¡Oh, al fin os he encontrado! —interrumpió Bill Adams—. El partido está a punto de comenzar. ¿Cuándo sale la publicidad, Angelo?

—Un par de veces en la primera parte y dos veces más en la segunda. Cada uno de los cuatro anuncios es diferente.

En el descanso fueron hasta el bufé para tomar algo y después al bar para coger unas bebidas.

—Los anuncios son fantásticos —dijo Amanda.

Angelo pensaba lo mismo. Había encargado los anuncios a una agencia de Nueva York, llevándose la cuenta de la agencia publicitaria que había realizado las campañas del Sundancer desde 1966. El Corcel tenía que ser presentado por una estrella y no solo eso, tenía que ser una estrella que no hubiera hecho muchos anuncios antes. La agencia había logrado convencer a Natalie Wood para que presentara el nuevo automóvil. Sus honorarios eran astronómicos pero la mitad de ellos se destinarían a obras benéficas que ella misma había escogido; algo que había sido ampliamente difundido por las tres cadenas principales de televisión durante las últimas tres semanas.

Eso aseguraba que por lo menos algunos espectadores se quedaran en sus butacas, en el descanso del partido, para echar un vistazo a Natalie Wood.

Estuvo magnífica. Angelo había autorizado el texto: «No es mi coche porque vivo en Europa donde las carreteras son estrechas y no hay límite de velocidad. Allí conduzco un Lamborghini. Pero cuando vuelva a casa y alquile un coche espero que sea un XB Corcel. Para nuestra manera americana de conducir es, con toda seguridad, el mejor coche que se puede encontrar: seguro, económico y sólidamente construido.»



La secretaria de Angelo en Nueva York llamó a la puerta antes de entrar.

—Tengo una llamada extraña al teléfono. Un hombre insiste en hablar con usted pero no quiere darme su nombre. Me dice que a usted le conviene recibir su llamada.

—Le voy a enviar a tomar viento —dijo cogiendo el teléfono—. ¡Diga!

—¿Nos conocemos, señor Perino?

—No lo podría decir, ya que se niega a dar su nombre.

—Mi nombre no le diría nada. Tengo algo que le va a interesar. Puedo hacer que se lo entreguen a cambio de una muestra de su gratitud.

—No me diga. ¿Y de qué se trata?

—Es una cinta de vídeo, señor Perino. Fue rodada en 1974, en la residencia del señor Hardeman en Palm Beach. Puede que recuerde a mi madre, la secretaria del señor Hardeman.

—La señora Craddock —contestó Angelo.

—Ya veo que la recuerda. Bueno, yo también trabajaba para el señor Hardeman cuidando sus perros y manteniendo los sistemas de alarma. En aquella época el señor Hardeman me pidió que instalara cámaras ocultas y micrófonos por la casa, y que grabara ciertos acontecimientos que tenían lugar en los dormitorios. Hay una cinta en particular que era una de sus favoritas. Usted y Elizabeth Hardeman son los protagonistas. ¿Quiere que se la describa?

Por unos segundos Angelo se preguntó si ese hombre no habría copiado las cintas de Número Uno, pero solo fueron unos momentos. Número Uno era demasiado listo para permitirlo y en todo caso ¿por qué había esperado este idiota más de dos años para intentar chantajearle? No, Betsy las había destruido todas como le había dicho y la persona al otro lado del teléfono solo las había visto.

—¿En qué está pensando? —preguntó Angelo fríamente.

—Estos últimos años, desde la muerte del señor Hardeman, no nos han ido muy bien las cosas a mi madre y a mí. No fue muy generoso con nosotros en su testamento. Pensé que quizá unos cuantos miles de dólares servirían para aliviar nuestra situación.

—Déjeme que le diga algo, Craddock. En primer lugar no hay ninguna cinta. Todas han sido destruidas.

—¿Es eso lo que piensa? No sabe lo fácil que es copiar una cinta, señor Perino.

—Y en segundo lugar, solo conozco dos formas de tratar a un chantajista, una es pagarle y la otra es matarlo. ¿De cuál de las dos maneras cree que me voy a ocupar de usted?



El XB Corcel no fue un éxito instantáneo. Un analista de Wall Street recordó a sus lectores que el nuevo modelo era el producto de una compañía que en los cinco últimos años había estado al borde de la quiebra porque se había empeñado en fabricar durante demasiado tiempo un coche desfasado como el Sundancer, y que todavía estaba por ver si la compañía lograba remontar la crisis. Pero a pesar de todo, los concesionarios vendieron todas sus existencias antes de Navidad y pidieron más coches. A comienzos de febrero estaban vendiendo una media de cuatro Corceles a la semana y al finalizar marzo la media era de seis.

El coche estaba bien construido, tenía una gran estabilidad y no consumía mucha gasolina. La gente que lo había comprado estaba satisfecha con él, y el boca a boca surtía el efecto deseado para incrementar las ventas.

En junio de 1981 XB Motors anunció que no ofrecería un nuevo modelo en el 82. El coche original no necesitaba modificaciones y de esa manera los actuales propietarios continuarían conduciendo el último modelo de la compañía un año más. Se habían introducido pequeños cambios y habría otros, pero por razones de *marketing*, ninguno sería simplemente cosmético.

En la reunión del consejo en la que Angelo propuso que no se sacara un nuevo modelo en el 82 también se recomendó que el Sundancer se retirara de la producción. Loren respaldó la propuesta y la venerable antigualla diseñada por Número Uno murió discretamente. Los concesionarios habían dejado de pedirlo; querían dedicar todo su espacio de exposición al Corcel.

dieciocho

1981

En marzo de 1981 Betsy dio a luz a una niña a la que llamó Sally, igual que su abuela. Llevaría el apellido Hardeman ya que no podía adoptar el de su padre, el psiquiatra.

Max Van Ludwige, que tenía un sentido del honor muy acusado, voló a Londres y le rompió la mandíbula al doctor y este no tuvo más remedio que andar contándole a todo el mundo que había sufrido un accidente y se había caído bajando las escaleras.

Esa primavera, Loren Van Ludwige ingresó en el internado de St. George. Su padre había realizado todos los trámites para su ingreso y se estaba también haciendo cargo de todos los gastos de su educación, aunque Betsy había insistido en que ella los podía pagar perfectamente. Los dos estuvieron de acuerdo en que el chico, durante secundaria, debería recibir su educación en Francia, para después ir a la universidad en Estados Unidos. Su educación tenía que ser cosmopolita.



En junio Angelo voló a Londres para reunirse con algunos financieros británicos que estaban interesados en importar el XB Corcel. Acordaron que el coche se montaría en una planta en las inmediaciones de Manchester. XB exportaría a Gran Bretaña las versiones de chasis y carrocería con volante a la derecha mientras los motores y las tracciones vendrían directamente de Japón.

Como era habitual se alojó en el hotel Duke y después de registrarse subió a su habitación donde se encontró un ramo de flores con una nota de Betsy; y, lo que era peor, recibió una llamada de Roberta, que estaba alojada en el Hilton.

Se disculpó con Betsy con el pretexto de que esa tarde tenía ya una invitación para cenar con sus socios británicos y quedó con Roberta.

—Tenemos que preparar cuidadosamente una excusa —le dijo cuando se encontraron en el bar de Harry—. La hija de Loren vive en Londres. Yo soy bastante conocido, si alguien me viera contigo y me reconoce... bueno, ya te puedes imaginar lo que puede pasar.

—A mí no me conoce nadie —contestó Roberta.

—De cualquier forma...

—No tenemos por qué vernos en público, querido; basta con que lo podamos hacer en privado.

—De acuerdo, pero no esta noche. He quedado en ir al teatro y después a cenar.

—Podrías pasar a verme a las tres de la mañana.

—¿Y levantarme para trabajar al día siguiente? Oye...

—Necesitamos echar un polvo y hablar, Angelo —contestó severamente—. Las

dos cosas.

Él asintió con la cabeza.

—Estoy seguro que disfrutaré con lo primero, pero me inquieta la segunda parte.

—¿Qué apuestas a que ninguno de los conocidos de Betsy conoce ese pequeño restaurante libanés donde sirven testículos de cordero? Me apetecería comer algunos.

Caminaron el corto trecho que les separaba del restaurante a través de calles estrechas y, mientras saboreaban los testículos de cordero y unas deliciosas aceitunas del Oriente Medio con vino libanés, Roberta comenzó a hablar de Loren.

—Hank Ford tuvo que librarse de Lee Iacocca —dijo ella—. No tenía otra salida. Como le gustaba recordar a todo el mundo, a todas horas, el nombre en la fachada del edificio era lord, aunque si hubiera tenido que buscar trabajo de acuerdo con su capacidad, creo que hubiese tenido mucha suerte si le hubieran contratado como encargado en la sección de verduras del supermercado de la esquina. Loren sabe que con él pasa algo parecido.

—Yo no sería tan exagerado —contestó Angelo—, creo que podría dirigir un *Todo a cien*.

Roberta sonrió con amargura.

—En cada artículo que aparece sobre el Corcel, ya sea en el *Wall Street Journal*, *Newsweek*, *Forbes*, *Business Week* o en cualquier otro siempre se refieren constantemente a ti, como el hombre que creó el Corcel y salvó de la quiebra a la compañía. ¿Cómo no va a odiarte Loren?

—No lo sé. Imagino que podría estarme agradecido.

—Le has hecho quedar otra vez como un incapaz. Él es el presidente de la compañía y todo el mundo se refiere a ella como si fuera *tu* empresa. Yo puedo humillarlo, pero lo hago en privado. Tú lo haces a la vista de todo el mundo.

Angelo se encogió de hombros.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Tumbarme en el suelo y fingir que estoy muerto para preservar la virilidad de tu Loren? Para serte franco me importa un bledo; por mí, se le pueden secar y caer sus pelotas. Cada vez me cuesta más aguantarlo y cada día lo encuentro más difícil.

—No tendrías que dejar tan de manifiesto que no lo tragas.

—Me imagino que lo único que quiere es librarse de mí.

Ella cabeceó afirmativamente.

—De la forma que sea.

—No sé por qué no seguí el consejo de mi padre —contestó Angelo—. Y mira que me lo repitió más de cien veces, «deja de sacar las castañas del fuego a los Hardeman, no se lo merecen. Dedícate a tu carrera». Me pregunto por qué no le hice caso.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque me apasionan los coches. Antes pilotarlos, ahora construirlos. El Corcel es *mi* automóvil y solo ha sido el primero. La única razón por la que he aguantado a

los Hardeman es porque es la única compañía de la que puedo apropiarme para aplicar mis ideas y construir mis coches.

—¿Apropiarte?

—¿Y no lo he hecho? Ya lo hice otra vez, o es que no te acuerdas.

—Loren preferirá dejar que la compañía se hunda antes de que se la arrebatén.

—Estoy dispuesto a dejarle salir a saludar, cuando bajen el telón —contestó Angelo—. Pondremos su nombre en el edificio, alimentaremos su vanidad, pero siempre que yo tenga las manos libres para proyectar automóviles. Mis colegas, la gente que yo respeto y que me respeta, sabrán de sobra quién ha sido el verdadero responsable.

Roberta jugó con la comida de su plato.

—¿No te parece irónico —observó— que estemos planeando hacer con las pelotas de Loren lo mismo que con las que tenemos en el plato?

Angelo miró con preocupación a su alrededor. No podía librarse del temor de que Betsy apareciera inesperadamente en el restaurante.

—Angelo...

—Cuando las cartas estén sobre el tapete, ¿de qué lado te pondrás?

Ella suspiró pesadamente dando vueltas a su pregunta antes de responder.

—No lo sé —contestó suavemente.

—Esperemos que no llegue ese momento.

Los testículos de cordero eran solo un aperitivo y Roberta cogió otra vez el menú para elegir el resto de los platos.

—Mi querido corcel —preguntó—, ¿qué piensas hacer conmigo cuando lleguemos al hotel?

—¿Qué quieres que hagamos?

—Quiero que me calientes el culo. ¡Quiero que lo hagas, Angelo! Ya te lo he pedido otras veces antes. No tengo que volver a Detroit hasta dentro de ocho días y para entonces las señales habrán desaparecido.

Él bajó los ojos y sacudió la cabeza negándose.

—Eso no me va.

—Te lo estoy suplicando. ¡Porque eso es lo que estoy haciendo! Te diré un secreto: eso es lo que hago con Loren, pero nunca le dejaría que me lo hiciese a mí. Esa es otra diferencia más entre vosotros.

Angelo volvió a sacudir la cabeza negándose.

—Piensas que soy un poco rara, ¿verdad? Bueno, pues no desprecies lo que no has probado.

—*De gustibus non est disputandum* —contestó Angelo.

—*Chacun à son goût* —añadió Roberta—. Oye, yo voy a ser la única que va a recibirlo. ¡Mira lo que me obligas a hacer! Suplicarte para que me des una buena zurra. ¡Angelo, me muero por eso!

Él terminó por sonreír encogiéndose de hombros.

—Bueno, al fin y al cabo, recuerdo que mi padre decía que siempre que fuera posible había que ser complaciente con las damas.



El espléndido piso de Betsy en Chester Terrace gozaba de una magnífica vista sobre Regent's Park. Angelo esperaba que Roberta no tuviera ningún motivo para pasar por ese barrio y rezaba para que Betsy aceptara su propuesta de cenar en un restaurante cercano y no pretendiera ir a Mayfair donde se encontraba el Hilton.

Por suerte, ella quiso enseñarle un pequeño restaurante checo que conocía cerca de la calle Marylebone. Era una buena clienta y les dieron una mesa cerca del ventanal desde donde podían ver la calle y los transeúntes.

Betsy estaba hermosísima como siempre. Esa noche vestía un sencillo traje blanco de corte griego clásico, ribeteado con una franja dorada, con la falda hasta la rodilla y un escote espectacular. A sus veintiocho años se mantenía joven y fresca; su vida agitada todavía no había dejado huellas. Angelo sabía que no debía verla y mucho menos continuar manteniendo relaciones, pero era incapaz de resistirse. Para justificarse, se decía a sí mismo que, si rompía con ella, quizá intentaría vengarse contando todo lo que sabía.

—¿Qué me cuentas de tu psiquiatra? —le preguntó.

—Me sedujo —contestó con tal expresión de inocencia que estuvo a punto de creerla—. Max es un hombre anticuado. Vino desde Ámsterdam y le dio una paliza.

—Eso oí.

—¿Sabes que Roberta está en Londres? —preguntó Betsy.

—Sí. Lo sé.

—Hemos quedado para comer juntas mañana. Vendrá a ver a la pequeña Sally y después iremos a comer por ahí. A algún sitio elegante y caro. Ella invita.

—¿Qué tal te cae? —pregunté.

Betsy hizo una pausa durante unos momentos.

—Te voy a decir algo sobre ella y mi padre que deberías saber. Mi abuelo, el llamado Número Dos, no funcionaba muy bien sexualmente, ya lo sabes. Bueno, pues a mi padre le pasa algo parecido.

—¿Quieres decir que es homosexual?

—No tiene esa suerte. No, él es masoquista y ella sádica. De vez en cuando le da una buena zurra.

Durante un momento Angelo sintió una punzada de aprensión. ¿Cómo se habría enterado Betsy?, pero logró calmarse y se lo preguntó:

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué te hace pensar eso?

Betsy contempló a Angelo con los ojos entornados mientras se pasaba la lengua por los dientes superiores.

—Número Uno me lo contó poco antes de morir.

—¿Y cuánto tiempo hace que lo sabía?

—Angelo, ¡él lo sabía todo! Ya te conté lo de la cinta de vídeo que tenía de nosotros. Bueno, pues también tenía otra de Roberta y mi padre. No me la enseñó, pero sí me dijo que la tenía. Era una de las cintas que quemé esa noche en la playa.

Angelo le cogió la mano.

—Llevamos un gran peso sobre nuestras espaldas, ¿verdad, Betsy?

—Cada vez que pienso en esas cintas de vídeo me preocupo —contestó—. Número Uno no grabó esas cintas de vídeo él solo. Alguien le ayudó. Me pregunto por qué la persona que las grabó nunca ha dado señales de vida y ha intentado chantajearnos. Va a hacer ya tres años...

Angelo decidió no contarle nada sobre la llamada de Craddock. No había vuelto a saber de él.

—Probablemente no podía hacerlo. Cuando fue a buscar las cintas no las pudo encontrar y no se atrevió a preguntar por ellas.

—Pero lo sabe todo. Vaya si lo sabe.

—Y no se atreve a hablar. Sería su palabra contra la nuestra. Si hubiera habido otras personas o tuviera otras pruebas, después de tanto tiempo, ya hubiéramos sabido algo. Número Uno tenía muchos criados, pero no confiaba en ninguno. Para él no pasaban de ser otra cosa que simples empleados.

—Eso fue lo que tú siempre fuiste.

—¡Claro!, nunca he sido un Hardeman.

—Tampoco lo soy yo. ¿No es verdad, Angelo?

—Bueno, señorita Elizabeth, usted es *la* auténtica Hardeman.

—¡Vete al diablo, Angelo!

—Tú eres la auténtica heredera de Número Uno. Tienes su coraje y su astucia.

—Pero él me odiaba.

—Claro.

—Era una persona maligna —contestó Betsy—. Sin escrúpulos, sádica. ¿También he heredado eso, Angelo?

—Eso queda por ver —contestó diplomáticamente, pero sabía que una respuesta sincera solo podía ser afirmativa: desde luego que tenía esas tendencias. Ella era la auténtica heredera y sería siempre un adversario mucho más peligroso que su padre—. Tú todavía no has mostrado el lado oscuro de los Hardeman —mintió.

Estaban compartiendo una botella de vino tinto húngaro con unos entrantes de pequeños pasteles de hojaldre rellenos de carne adobada con misteriosas especias. Betsy se inclinó para coger la botella y rellenar los vasos; al hacerlo le permitió ver sus pechos perfectos enmarcados por el generoso escote de su vestido.

Mañana iba a comer con Roberta y eso sí que sería un duelo de alta esgrima, pensó Angelo. Loren era insignificante en comparación con ellas dos juntas.

—Quiero que me hagas un favor —dijo.

—De acuerdo, y fíjate que digo que sí antes de saber qué me vas a pedir.

—Todavía no has construido *mi* coche. El Corcel ha sido un éxito pero no

conduciría uno ni muerta. ¿Qué es lo que pasó con los planes para el Betsy?

—He estado demasiado ocupado salvando la compañía —contestó— y vigilándome la espalda para que tu padre no me clavara un cuchillo por detrás.

—Quiero *mi* coche. Quizá no puedas llamarlo Betsy, pero quiero que construyas un coche del que estés orgulloso y del que yo también pueda estarlo. Para eso es para lo que sirve el Corcel: para generar los fondos necesarios para que puedas construir mi coche.

—Estoy muy orgulloso del Corcel, Betsy.

—Por supuesto, y tienes razones para ello. Pero no es el tipo de coche en el que a una le guste ser vista. Salió una noticia en el *Financial Times*, diciendo que Cindy solo condujo su Corcel durante dos semanas y después no quiso saber nada más de él. Prefiere su Porsche. ¿Dónde está nuestro Porsche, *Herr Doktor Ingeniero Perino*?

—No puedo hacerles tragar un coche deportivo a ese consejo ni con un embudo.

—Lo que Angelo quiere. Angelo lo consigue —contestó—. Y lo mismo le pasa a Betsy. Quiero conducir un coche por las carreteras europeas y poder decir: «¡Eh, desgraciados, mirad lo que mi compañía puede hacer! ¡*Mi* compañía y *mi* amante han construido esto!» Como solían poner en las antiguas obras de arte: *AP fecit*. Lo que quiere decir, Angelo Perino hizo esto. ¿Eh?

—Es tentador —dijo—. Shizoka está trabajando con nuevo material; resina de epoxy que permite construir una carrocería extraordinariamente ligera pero muy resistente. Un coche con músculo no necesita tener un motor grande si no tiene que mover las toneladas que pesa una carrocería de acero.

—Quiero que sea capaz de sobrepasar a un Porsche, o a un Ferrari o a un Corniche. ¿Puedes hacerlo?

Angelo asintió con un gesto de la cabeza.

—Puedo hacerlo.

—¡Pues hazlo!

Él suspiró.

—¡Dios mío! Justo cuando acabo de tener un poco de éxito y puedo sentarme a descansar un rato.

—Esa es la historia de tu vida, mi querido y maravilloso hombre. No es propio de ti sentarse a descansar rebosando satisfacción. Te gusta hacer cosas. Eso es lo tuyo, hacer cosas, y Betsy va a estar respaldándote a cada paso, Angelo. Incluso si tengo que asesinar a mi padre para despejar el camino.

—¡Betsy, por el amor de Dios!

—Bueno, tú sabes lo que quiero decir y lo que no quiero decir.

—¡Betsy!

—Mi hijo será Número Cuatro —sentenció—. Y tendrá la capacidad para ocupar ese lugar. Pero también tendrá la inteligencia para apreciar tus ideas y te dejará proyectar automóviles sin interferencias. Todo lo que tengo que hacer es empujar a Número Tres fuera del camino. Eso, para gente como nosotros, no debería ser más

difícil que aplastar a una mosca. Puede que no nos casemos nunca, pero tú y yo vamos a apoderarnos de esa compañía y la vamos a dirigir. Y si tus escrúpulos te lo impiden, yo lo haré. Ya he hecho algo muy gordo y puedo volver a hacerlo otra vez.

—¡Por el amor de Dios, Betsy!, ¿de qué estás hablando?

—El amor de Dios no tuvo nada que ver con eso. Olvídalo.

Sus ojos se volvieron duros y brillantes como dos trozos de hielo.

—¡Olvídale! —susurró entre dientes.

Angelo suspiró y sacudió la cabeza. De algo estaba seguro: había estado a punto de hacerle una confesión muy comprometida.

Ella sonrió con malicia.

—¿Te acuerdas de nuestro arnés árabe? Nos está esperando en el dormitorio. Terminemos de comer de una vez y vayamos a lo nuestro.

diecinueve 1982

La reunión anual de los concesionarios de XB se celebró a primeros de abril, en Detroit.

Betsy también asistió y, para poder recibir a sus invitados, alquiló una *suite* en el Reinaissance Center. Era la perfecta anfitriona, desbordando hospitalidad y simpatía, elegantemente vestida. Toda una personalidad que lo mismo podía intercambiar chistes con el encargado de un concesionario de provincias, que mantener una conversación sobre incunables con un anticuario de Londres. Sus recepciones eran mucho más populares que las de Loren.

En su *suite*, detrás del bar, colgó un cartel enmarcado con una ilustración de un coche deportivo de líneas estilizadas, amarillo, que parecía querer pegarse al asfalto. Su logo lo identificaba como XB 2000.

—Hola Tom, ¿crees que podrías venderlo?

Hizo esa misma pregunta a todos los directores de concesionarios. Algunos de ellos no estaban seguros, pero la gran mayoría estaban convencidos de que no tendrían la menor dificultad.

—Seguro que sí, si tuviese una vendedora como usted, señorita Hardeman —contestó Tom Mason.

Ella sonrió agradeciendo el cumplido.

—¿Y cómo vendería el coche sin mí?

—Para serle franco, su mercado será reducido; pero creo que podré vender unos cuantos. El problema sería...

—¡Espera un minuto! —le interrumpió—, allí está Angelo y quiero que se entere de cuáles pueden ser los problemas.

Hizo un gesto a Angelo para que se acercara y él lo hizo atravesando la habitación para reunirse con ellos.

—Tom Mason, Angelo Perino. Tom estaba a punto de contarme qué problemas podría haber para vender el 2000 y pensé que te gustaría escuchar sus comentarios.

Angelo conocía a la mayoría de los directores de concesionarios, incluyendo a Tom. Tom Mason era un hombre de cara ancha y rubicunda lleno de simpatía. En su agencia de Louisville, en Kentucky, vendía además Chiisais y BMW. Era una persona franca, llena de sentido común, que había vendido Sundancers en el pasado y que estuvo encantado cuando finalmente fueron sustituidos por el Corcel. Angelo tenía muy claro que lo mismo que el resto de los directores de concesionarios no sentía ninguna lealtad especial por XB Motors y abandonaría la marca en cuanto dejara de ser un buen negocio. El trabajo de Angelo era hacer coches y el de Mason venderlos; y eso, no había duda, sabía cómo hacerlo. Había continuado vendiendo Sundancers

incluso en su última época cuando el mercado había caído vertiginosamente. Solía decir que la gente venía a su agencia porque confiaban en él, y que lo importante no era tanto la marca que vendía, como el hecho de que fuera él quien la vendía.

—¿Cuáles son los problemas que prevés, Tom?

—¿Tendríamos que aumentar nuestras existencias de repuestos? —preguntó Mason—. No es un coche que se vaya a vender masivamente.

—Te voy a contar un pequeño secreto —respondió Angelo—. Debajo de la carrocería del 2000 estará el motor y el chasis del Corcel. Rectificaremos los cilindros para conseguir unos 200 cc extras y pondremos inyección directa en vez de carburadores. Los únicos repuestos adicionales que se necesitarán serán los del sistema de inyección y el panel de instrumentos. La carrocería será de resina de epoxy así que no habrá que atender a las reparaciones de carrocería tradicionales. Este material es extremadamente resistente. Las pequeñas abolladuras simplemente desaparecen dándoles un golpe desde dentro, en el sentido contrario, y si son agujeros se reparan con un parche. En las reparaciones más importantes simplemente se reemplaza la pieza. No hay que pintarla, porque el material del que está compuesta es del mismo color.

—¿Quiere decir eso que tendremos que tener la misma pieza en varios colores? —preguntó Mason.

—Al principio solo sacaremos un color: amarillo. Si el coche se vende espectacularmente bien quizá tengamos otra versión en rojo.

—¿De qué precio estamos hablando?

—No estamos seguros. Calcula un 150 por ciento sobre el precio del Corcel.

—Mira el diseño —dijo Betsy—, ¿no te parece maravilloso?

El coche del boceto tenía un frontal en cuña que se afilaba entre los parachoques. Los faros estaban encastrados en el capó mientras el parabrisas se entregaba en un ángulo cerrado al techo. El coche era tan bajo que el diámetro de las ruedas correspondía a la mitad de su altura total.

—¿Cuándo tendremos los primeros coches?

Angelo se encogió de hombros.

—Todavía no ha pasado del tablero de dibujo, Tom. Hemos hecho algunos estudios previos de ingeniería pero la compañía todavía no ha tomado la decisión en firme de construirlo.

—¿El señor Hardeman apoya el proyecto? —preguntó Mason a Betsy.

Ella sonrió.

—Mi padre va a fabricarlo, le guste o no.



Era más de media noche cuando Angelo se despidió del último de los directores de concesionarios y volvió a la *suite* de Betsy. Había recogido el bar y cerrado la puerta. Cuando llamó estaba vaciando los ceniceros y tirando las colillas por el retrete. El

servicio del hotel limpiaría la *suite* por la mañana pero no podía aguantar ni un minuto más el repugnante olor de los ceniceros llenos.

Ella preguntó quién era antes de abrir la puerta.

—Sirve unas copas —le dijo mientras cerraba la puerta y pasaba la cadena—, terminaré lo que estoy haciendo en un minuto.

Decidió esperarla preparando unos Martinis. Mientras los mezclaba y los servía, Betsy se dirigió al dormitorio, donde se desnudó completamente. Cuando volvió, él continuaba detrás del bar y ella se acercó para mirar el diseño del XB 2000 que colgaba detrás. Se cogió los pechos masajeándolos para aliviarlos de la presión del sostén donde habían estado confinados todo el día.

—¡Ese sí que va a ser un coche! —exclamó.

—Si es que alguna vez se fabrica —contestó Angelo.

—Conseguiremos que se fabrique —dijo ella con plena confianza. Cogió el Martini que le ofrecía y le dio un sorbo—. No hay quién nos pueda detener a ti y a mí.

—Eso espero...

Unos violentos golpes llamando a la puerta los interrumpieron.

—¡Betsy!, ¡necesito hablar contigo!

—Justo lo que necesitaba —dijo por lo bajo a Angelo—. Mi padre.

Angelo se dio cuenta de que no había otra salida de la *suite*, excepto a través de la puerta a la que estaba llamando Loren. Betsy le empujó hacia el dormitorio.

—No estoy vestida, papá.

—Bueno, pues vístete y déjame entrar.

—Está bien. Solo un momento.

Y se dirigió al dormitorio para ponerse un kimono de seda negra.

—Quizá sea bueno que escuches lo que va a pasar —dijo y salió dejando la puerta del dormitorio entornada.

—¿Qué es lo que quieres en mitad de la noche, papá?

Loren entró como una tromba en la *suite*, borracho. Señaló el boceto del 2000.

—¿De dónde has sacado eso? ¿Quién diablos te crees que eres para decirle a los directores de los concesionarios que vamos a construir un trasto como ese?

—Y vamos a construirlo, papá. Es el Betsy que Número Uno me prometió que iba a construir para mí.

—Número Uno está muerto. ¡Ese es el coche que Angelo Perino te prometió! ¿Te crees que soy un completo estúpido?

—El bisabuelo me prometió un coche del que me sentiría orgullosa.

—Y cuántos millones de dólares propones que tiremos en tu juguete.

—Los que hagan falta —contestó.

Loren miró a su alrededor.

—¿Quién está en el dormitorio? —preguntó.

—Quienquiera que sea te romperá la cara en cuanto abras esa puerta.

Loren se tambaleó y se sentó abruptamente en el sofá.

—Tu bisabuelo me dijo que eras una puta barata. Me lo dijo en la cara. Tu hija es una mala puta.

—¿Y sabes qué es lo que te llamó a ti?

—No quiero saberlo. Era un auténtico cabrón.

Betsy se acercó al bar y cogió el Martini que Angelo le había preparado.

—No tienes ni idea de lo cabronazo que era. Decía de ti que eras un masoquista; que te gustaba que Roberta te zurrara con el cinturón. ¿De dónde podía haber sacado una idea parecida?

Loren palideció.

—Estaba... desvariando.

—¿Lo estaba? ¡Tenía un vídeo tuyo! Y también otro mío. La casa Hardeman estaba llena de cámaras.

—¿Dónde están ahora esas cintas?

—Las tengo yo. Me las enseñó en su habitación aquella noche; la noche en que murió. Ya sabes que estaba allí cuando ocurrió. Me pidió que fuera a su cuarto. Había estado mirando mi cinta y quería que le hiciera lo mismo que me había visto hacer, algo especial. Él...

—¿Quieres decir que Número Uno quería acostarse contigo?

—¿Por qué crees que me pidió que fuera a su cuarto? Me enseñó la cinta donde salía yo y después me enseñó la tuya y me ordenó que le hiciera lo que me había visto hacer en el vídeo.

—¿A quién se lo hacías?

—¿Y a ti qué te importa? Déjame enseñarte lo que le mató, papá —dijo abriéndose el kimono—. Cuando me vio desnuda le dio un ahogo.

—¿Y no pediste ayuda?

—No la necesitaba. Se murió él solo muy oportunamente. Pero por suerte para nosotros dos, había visto antes las cintas y pude recogerlas todas.

—¿Dónde están ahora?

Ella se cerró el kimono antes de responder.

—Eso no te importa. Están donde no puedes cogerlas.

Loren se puso en pie con dificultad.

—¿Por qué tendría que creerme nada de lo que has dicho?

Betsy se encogió de hombros.

—¿Qué pretendes decir? ¿Qué es mentira que Roberta te llena el culo de señales con el cinturón, mientras tú gimoteas cuánto te gusta pidiéndole que no pare? ¿O es que acaso no dejaste que te zurrara en el cuarto de invitados en Palm Beach? Recapacita, papá, ¿cómo si no podría saberlo?

Loren se tambaleó buscando la salida pero se paró a medio camino y mirando hacia la puerta del dormitorio murmuró:

—Me apuesto algo a que tienes a ese espagueti escondido ahí.

—No, a quien tengo es al encargado de la limpieza que va a comenzar su faena tan pronto como hayamos echado un polvo.

Loren se abalanzó sobre la puerta del dormitorio y la abrió de par en par de un golpe y estaba comenzando a entrar cuando se topó con el puño de Angelo que le dio de lleno en la cara, tumbándolo.

—Sal de aquí, Loren, y deja de llamarme espagueti. Quizá haya gente que pueda hacerlo, pero tú desde luego que no.

Loren se puso en pie a duras penas.

—Voy a llamar a Cindy —farfulló torpemente— tan pronto como vuelva a mi habitación para contárselo todo.

Betsy lo detuvo.

—¿Te gustaría que todo el mundo se enterase de tus prácticas amorosas con Roberta, *papá*? Podría enseñar esa cinta a todo el mundo, no solamente a Angelo.

Loren miró con furia primero a Betsy y después con un violento movimiento encaró a Angelo.

—Esto se acabó —dijo sombríamente—. Hemos terminado. Os vais a arrepentir de esta noche.



Mientras el personal del hotel limpiaba la sala de la *suite*, Betsy y Angelo tomaron una ducha juntos y disfrutaron el uno del otro una vez más, antes de que ella comenzara a recibir a los directores de los concesionarios y él se marchara a Cobol Hall para atender el local donde se exhibía el Corcel y encontrarse con los otros distribuidores.

Loren iba a ser el único que iba a pronunciar un discurso durante la cena esa noche. Junto a Roberta ocuparía la mesa de cabecera, en la que también estaba Betsy y el resto de los miembros del consejo. Los vicepresidentes y aquellos directores de concesionarios que habían conseguido un récord de ventas se sentaban en las mesas siguientes. Angelo estaría entre ellos, formando parte de un grupo al que Loren dedicaría una mención especial por haber contribuido de una manera destacada al desarrollo y éxito del Corcel.

—El próximo año será mejor —le había susurrado Betsy esa mañana en la cama, antes de levantarse—. El próximo año tú serás la estrella y él ni aparecerá en la cartelera.

Angelo sacudió la cabeza negativamente.

—Vamos a permitirle que tenga su momento de gloria. Lo mío no es hacer discursos, sino coches.

Ella volvió la cabeza sobre la almohada en su dirección y le sonrió afectuosamente.

—Podría ser que hayas hecho algo más esta noche.

—¿Hmm...?

—He dejado de tomar la píldora. Tenía que hacerlo durante una temporada. Eres el único hombre al que he tenido dentro desde...

—¡Betsy!

Ella se encogió de hombros y volvió la cabeza.

—Nuestro, mi amor. Nuestro coche. Nuestro hijo. ¡Eso es lo que deseo!



En Greenwich, Cindy y Amanda, tumbadas sobre el sofá en el salón de la casa de los Perino, se excitaban perezosamente acariciándose con dedos y lengua. No habían logrado satisfacerse y todo lo que habían conseguido hasta ahora era ponerse cada vez más nerviosas.

—¿Quieres hacerlo, sí o no?

Cindy miró su reloj.

—Los niños estarán de vuelta dentro de poco —contestó.

—Tenemos tiempo más que suficiente.

Cindy asintió, y se bajó las braguitas. Su cuerpo se envaró cuando Amanda encontró su clítoris y empezó a lamerlo con la punta de la lengua.

Ella estaba decidida a no entregarse a otro hombre más que a su marido. Angelo era lo suficientemente viril para satisfacer a cualquier mujer, ¡pero pasaba tanto tiempo fuera de casa! No podía remediar desear lo que cualquier mujer, y ella, lo mismo que Amanda, tenía necesidades más acuciantes que la mayoría de las mujeres. No era culpa suya.

De todas maneras, conocía sobradamente a Angelo. ¿Con quién se estaba acostando durante sus frecuentes y prolongados viajes? Apostaba que, para empezar, con Betsy, pero ¿con quién más?

Habían escogido ese estilo de vida. Angelo —se decía a sí misma— podía haber continuado como consultor y escritor, viajando todos los días desde Greenwich a su oficina de Nueva York, labrándose una reputación y una fortuna, pero no hubiera podido proyectar coches y sin eso no hubiera sido feliz. Esa era su vida; todo lo que quería, y por eso era capaz de aguantar cualquier cosa: separaciones constantes de la familia y una casa que amaba, vivir en hoteles, cansancio agotador, riesgo, frustración y los Hardeman.

Pero ella no participaba de todo eso.

Amanda levantó la cabeza.

—Dietz está de vuelta —dijo—, ha estado de compras en Europa, pero las cosas que compró todavía no han llegado aunque me ha hablado de ellas.

—He tenido que hacerle otro préstamo —dijo Cindy.

—No quisiera entrometerme —dijo Amanda—, pero creo que en este momento tú eres la única propietaria de la galería. Él trabaja ahora para ti, ¿no es cierto?

—Sí, así es —contestó Cindy—. Tiene un contrato como consultor.

Amanda volvió a bajar su cabeza sobre el surco de Cindy, pero la levantó otra vez

para preguntar.

—Va a venir hoy a casa para cenar. ¿Te gustaría unirte a nosotros?

—¿A las siete?

—A las siete.

Cuando Amanda terminó de dar placer a Cindy era demasiado tarde para continuar y arriesgarse a que los niños o la *au pair* pudieran sorprenderlas.

—Me debes uno —dijo Amanda recogiendo sus ropas, y había dejado la casa antes de que el autobús escolar parase a la entrada de la calle.

John tenía nueve años, al llegar subió directamente a su habitación para dejar los libros antes de bajar a la cocina a tomar un vaso de leche y galletas. Cuando Cindy salió de su dormitorio lo encontró en el amplio pasillo del piso de arriba, mirando pensativamente el retrato que Amanda le había pintado cuando estaba embarazada de Anna. No era la primera vez que se lo había encontrado contemplándolo.

Los dos bajaron juntos a la cocina.

—¿Te gusta el cuadro? —preguntó.

—¿Qué cuadro?

—El mío en el que estoy desnuda y embarazada.

Él se sonrojó.

—Oh... —contestó—. Sí, es bonito.

—¿Hay algo que te preocupe de él?

Su sonrojo se acentuó y su labio inferior tembló ligeramente.

—Mamá, no puedo subir con mis amigos a mi cuarto.

Cindy frunció el entrecejo y sus labios se abrieron denotando sorpresa.

—No había pensado en eso —contestó.

—Mis amigos no lo entenderían.

—De acuerdo, colgaré el cuadro en mi habitación a partir de ahora.

El muchacho parpadeó para reabsorber sus lágrimas.

—Lo siento —susurró.

Ella se agachó y le acarició la mejilla.

—Está bien, John —dijo—. Sé que tus amigos no lo entenderían, pero me gustaría que tú sí lo hicieses. Miss Finch, Amanda, es una pintora con gran talento. Vende sus cuadros a galerías y a coleccionistas de todo el mundo y hace más dinero que muchos de los padres de tus amigos con sus negocios. Cuando posé para ese retrato estaba embarazada de tu hermana Anne. Tú estabas allí pero eras demasiado pequeño para poder recordarlo. Tu padre piensa que es uno de los cuadros más bonitos que ha visto en su vida, aunque preferimos no colgarlo en el piso de abajo. Solo se lo enseñamos a la gente que creemos que puede entenderlo. Tus amigos no están preparados; no a su edad. Lo pondré en otro sitio.

—Lo siento, ya sé que es bonito. Es que... los niños solo pensarán en lo que tuviste que hacer para quedarte de esa manera.

Cindy sonrió y volvió a acariciarle en la mejilla.

—Tu padre y yo hicimos lo mismo que hicieron sus padres y sus madres. Si no, no podrías tener esos amigos.

—Yo creo que...

—No es cuestión de lo que creas, John. Esa es la manera en que los niños se hacen y nacen. No hay otra manera. Cada hombre, mujer y niño en la tierra es el resultado de lo que tu padre y yo hicimos para tener a Anne, y a Morris, y a Valerie. Y puede que algún día tengas otra hermanita o hermanito.

—¿Quieres decir que todavía lo hacéis?

Ella no pudo contener una carcajada.

—Desde luego, ¿qué te habías pensado?

—Oh...

Cindy les contó más tarde, después de cenar, esa conversación a Dietz y Amanda.

—Eso me recuerda algo —contestó Amanda—. Llevo tiempo queriendo proponértelo. Deberíamos hacerte otro retrato. ¿Cuántos años tenías cuando te pinté?

—Veintiséis.

—Ha llegado la hora de hacerte otro.

—No me parece mal. Podría ser un buen regalo de Navidad para Angelo.

—Tan pronto como hayas terminado la cena, desnúdase y sube a la plataforma. Buscaremos una pose y haré un primer boceto esta misma noche.

Mientras Cindy posaba sobre la plataforma y Amanda bocetaba al carboncillo en un bloc enorme, Dietz tomaba una copa de brandy sentado en el sofá, estudiándola críticamente. Sabía que los días en que se acostaba con ella eran cosa del pasado. Iba a pasar la noche con Amanda, pero no volvería a acostarse con Cindy.

—Eres como el buen vino —dijo—, mejoras con la edad.

—Y tú eres como la Biblia —respondió ella—. Una colección de frases hechas.

—¡Oh, hermosa mujer! —contestó Dietz—. Tengo una propuesta de negocios que hacerte. ¿Has oído hablar de un marchante llamado Marcus Lincicombe?

—El nombre... me suena.

—Dice que le gustaría unirse a nosotros. Es un marchante muy importante. Tiene un ojo envidiable. Entre otras cosas es uno de los coleccionistas más importantes de *netsuke* del mundo. ¿Sabes lo que es un *netsuke*?

—Sí, una de esas pequeñas tallas japonesas de marfil —contestó Cindy.

—En Occidente Lincicombe está considerado como la máxima autoridad en ese tipo de obras. ¿Te gustaría conocerlo?

Cindy se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—Se ha pasado —dijo Loren a Peter Beacon—, el XB 2000 es una auténtica mierda.

—Y lo que es peor —añadió Beacon—. Pretende cerrar la planta de fabricación del Sundancer y abrir una nueva planta automatizada llena de robots. Robots para hacer soldaduras y toda esa clase de cosas. Y no solo eso: para poder producir esa resina epoxy que se ha empeñado en utilizar, tendremos que implantar una tecnología totalmente nueva. Nadie en la industria del automóvil está pensando en emplear ese material. Los coches acabarán costando 20 000 dólares cada uno, a menos que invirtamos decenas de millones de dólares en la maquinaria que se necesita para poder fabricar las enormes cantidades de resina de epoxy que vamos a precisar.

—¿Hay alguien que esté utilizando ese material en este momento?

—Bill^[4]. Antes de su muerte estaba planeando construir un nuevo avión privado llamado el Lear Fan. Lleva una gran hélice en la parte trasera del fuselaje movida por dos turbinas. Decía que podría volar casi tan rápido como un jet de negocios, pero a la mitad del coste. El secreto estaba en el fuselaje de resina de epoxy, fuerte como el aluminio pero tan ligera que una persona puede levantar una pieza grande, como por ejemplo un parachoques, sin el menor esfuerzo.

—Pero cuesta una fortuna.

—A menos de que se disponga de la tecnología para producirlas en masa —contestó Beacon.

—Estamos hablando de una inversión de decenas de millones de dólares.

—Más de cien millones —precisó Beacon.

—Todo el mundo me está presionando para que construya ese coche —dijo Loren—. Mi hija quiere hacerlo. Mi... Anne también. Y ¡por todos los santos!, hasta mi mujer parece estar a favor.

Beacon enarcó las cejas.

—Bueno, hay una posible repercusión que no deberíamos pasar por alto.

—¿Cuál?

—Si el XB 2000 fracasa, eso podría significar el fin de Angelo Perino.

—Mira, eso podría hacer que valiese la pena invertir todo ese dinero —consideró Loren—. Supongamos que llevamos a cabo el proyecto para fabricar esta resina de epoxy. ¿Podríamos venderla?

—Quizá —contestó Beacon—. Se puede utilizar para fabricar un montón de cosas. Aviones...

—O automóviles —añadió Loren.

—O automóviles. Admitámoslo. Podría revolucionar la industria. Pero no

olvidemos que Perino va demasiado de prisa. ¿Se acuerda de que quiso sacar un coche con un motor de turbina rotatoria?

—El Betsy.

—Y también comete errores. Quizá deberíamos dejar que asuma la total responsabilidad sobre este proyecto. Si su maldito proyecto funciona, tendremos un centro de beneficios, si falla...

—Pete, ¡está tirándose a mi hija! ¡Quiero romperle el culo! No sé qué es lo que prefiero, si un éxito de miles de millones de dólares o darle a ese Perino una patada en el culo, pero me conformaré con cualquiera de esas dos cosas.



Betsy insistió en acompañar a Angelo a la reunión con Marco Varallo, el diseñador italiano, autor del boceto del deportivo que había mostrado a los directores de concesionarios en abril.

Él voló primero a Londres y desde allí cogieron un vuelo a Turín donde reservaron dos habitaciones separadas para no dar la impresión de que estaban durmiendo juntos. Ahora que sabían que Loren estaba al tanto de su relación tenían que andarse con mucho cuidado. Una fotocopia del registro del hotel firmada señor y señora Perino se la podían enviar de forma anónima a Cindy y ninguno de los dos deseaba que eso pasase.

Varallo los recibió en su estudio, una sala enorme y soleada llena de maquetas de coches de arcilla, uno de ellos a escala natural, donde tenía su enorme tablero de dibujo.

—Va a montarse sobre una plataforma de Volkswagen —dijo Varallo señalando el modelo a tamaño natural.

Era un hombre cuadrado, de pequeña estatura, tez sonrosada y cabellos blancos. Estaba lleno de entusiasmo por todo lo que hacía y hablaba animadamente con una voz ligeramente chillona mientras gesticulaba exageradamente con sus manos. Su inglés era peculiar. Angelo podía haber hablado con él en italiano, pero Betsy no los hubiera entendido.

Varallo rebuscó entre los planos que se apilaban en una mesa, escogió uno y se lo llevó a la mesa de dibujo.

—Esta es la plataforma del XB Corcel, ¿no?

—Sí —contestó Angelo—. Es el Corcel sin carrocería. Lo utilizaremos con algunas modificaciones.

—He realizado mi diseño, pensando que así sería. ¿Les ha gustado el dibujo que les envié?

—Sí, mucho.

—Me pregunto —dijo Betsy— si tiene otros diseños.

—A las señoras les encanta ir de tiendas —contestó—. ¿No? No les gusta quedarse con la primera cosa que ven aunque les guste. Sí, tengo más bocetos.

Revisándolos Angelo y Betsy notaron que siempre se inclinaba por coches bajos con un frontal en forma de cuña. Las entradas de aire estaban situadas debajo de los parachoques delanteros. Eso no acabó de gustarle a Angelo.

—He conducido coches con los radiadores muy cerca del suelo y lo único que hacen es recoger polvo, cuando no agua y barro. ¿Por qué no abrimos una entrada estrecha sobre el capó del coche?

—¿Y arruinar la línea?

—No arruinará la línea, *signor*. Estoy seguro de que puede diseñarlo de tal manera que parezca que lo puso allí a propósito con el fin de mejorar la apariencia del coche.

—Y además —añadió Betsy—, nos podemos beneficiar de un buen flujo de aire a presión sobre el capó.

Varallo cogió un lápiz y dibujó una ranura de entrada que se extendía de lado a lado.

—La anchura final dependerá de las pruebas que realicemos —dijo—. Y el aire para el compartimento de los pasajeros puede venir de...

—Entradas laterales —interrumpió Angelo—, justo detrás de las puertas.

—Me gustaría que los faros se ocultasen —dijo Betsy.

—Demasiado caros —contestó Angelo.

—Entonces encájalos y cúbrelos con plexiglás para que sigan la línea del capó —dijo ella—. Tal como están rompen la línea de ataque.

—Esa es una buena idea —dijo Varallo.

—Me gusta este boceto —dijo señalando un diseño de un coche todavía más bajo del que habían mostrado de Detroit.

—En tres días tendré un modelo en arcilla.

—Puede tomarse tres semanas, *signor*, tengo que irme a Japón y no estaré de vuelta hasta entonces.



En el cuarto de Angelo, Betsy se quitó la ropa y se estiró en la cama. Angelo sirvió dos whiskies pero ella rehusó el suyo sacudiendo la cabeza.

—No puedo beber durante una temporada, querido —dijo suavemente.

—¿Por qué?

Betsy sonrió.

—Estoy embarazada —contestó— de nuestro hijo. ¿Qué prefieres, niño o niña?

No hubiera servido para nada preguntarle si estaba segura de que era suyo. Se sentó en la cama cerca de ella y le cogió la mano.

—Me alegro, Betsy —susurró. Hubiera sido cruel decir otra cosa.



Loren estaba tumbado boca abajo sobre la cama matrimonial, atado por las muñecas

y los tobillos a los cuatro postes de la cama. Acababa de comprar un látigo de los que se emplean en las calesas para que Roberta lo usara con él y lo había estrenado con seis espléndidas señales que le cruzaban el trasero.

Ella, totalmente desnuda excepto por un sostén de encaje negro, lo miraba sentada cómodamente en un mullido sillón tomando un whisky y fumando un cigarrillo.

—Esa puta barata está embarazada otra vez —dijo él—. Me ha llamado desde Londres esta mañana.

—¿Y qué? Esa es Betsy. ¿Quién se lo ha hecho esta vez?

—Esa es la peor parte. No me lo quiso decir —contestó—, pero casi estoy seguro de quién ha sido.

—¿Sí? ¿Quién?

—Angelo Perino —murmuró.

La cara de Roberta se endureció congestionada por la cólera. Se levantó de un golpe y agarró el látigo descargándolo con toda su furia sobre el trasero de Loren. El golpe le cortó la carne y la sangre comenzó a supurar de la roncha que se le había formado.

—¡Roberta! ¡Por Dios! No tan fuerte.

Ella volvió a darle y aún descargó un tercer zurriagazo que le arrancó un nuevo alarido.

No tuvieron más remedio que preguntarse si la persona que llamó a la puerta había escuchado el grito. Roberta desató la mano izquierda de Loren y dejó que él terminara de desatarse solo mientras iba a abrir la puerta.

—¿Quién diablos será? —murmuró mientras se ponía la bata.

Reconoció a la persona que estaba en los escalones de la entrada a la luz de la lámpara que colgaba sobre la puerta. Era Burt Craddock, el hombre para todo de Número Uno. El hijo de la obsequiosa y horrible secretaria a la que le gustaba espiar las conversaciones telefónicas del anciano.

Burt estaba parado como un boxeador, alerta sobre la punta de los pies. Llevaba unos zapatos de tenis blancos, un jersey de cuello alto azul y unos pantalones de algodón caquis. Tenía el pelo prematuramente gris y el rubor de su cara sugería que antes de visitar la residencia de los Hardeman había fortalecido su valor con un par de copas.

—¿Me recuerda, señora Hardeman?

Roberta asintió fríamente con un gesto de cabeza.

—¿Qué desea?

—He venido para hablar con ustedes sobre algo que estoy seguro les va a interesar.

Ella dudó un momento pero se hizo a un lado para dejarle entrar y lo llevó al cuarto de estar en la parte trasera de la casa.

—¡Oh! Daría mi vida por un *Steinway* como ese. ¿Le importa? —Y sin esperar la respuesta se sentó al gran piano y pulsó un acorde para después tocar toda una frase

musical.

—¿De qué me quería hablar?

—Bueno... creo que el señor Hardeman también debería estar presente.

Roberta encendió un Chesterfield.

—¿Quiere beber algo? —preguntó dirigiéndose al bar y cogiendo una botella de whisky etiqueta negra.

—¿Escocés? Sí. Gracias.

Loren entró en la habitación, bata y pijama, caminando ligeramente agarrotado.

—Craddock —preguntó—. ¿A qué debemos el placer de esta visita?

Craddock continuó sentado en el taburete del piano y antes de contestar le dio un sorbo al whisky que Roberta le había servido.

—Bueno... su abuelo era un hombre especial, ¿no le parece? Entre otras rarezas tenía la de poner micrófonos en todas las habitaciones de la casa de Palm Beach y, además, en unas cuantas puso cámaras de vídeo. Eso era parte de mi trabajo: instalar y mantener todo ese equipo. Resumiendo, señor y señora Hardeman: el finado señor Hardeman me pidió que grabara en la intimidad de sus dormitorios y eso hice. La cinta es muy interesante.

—Eso es un montón de basura. ¡Mentira!

Craddock levantó las cejas ladeando la cabeza y sonrió burlonamente.

—Al finado señor Hardeman le divertía saber que tenía un nieto masoquista felizmente emparejado con una sádica. Podría repetirles parte del diálogo de su bonita actuación aquella noche. ¿Quieren escucharlo?

—No hace falta —contestó Hardeman incómodo. Su cara se había puesto roja de vergüenza—. ¿Me está diciendo que tiene esa cinta?

Craddock cabeceó afirmativamente.

—Una copia. El señor Hardeman había instalado tres grabadoras. Fue muy fácil conectar dos de ellas para hacer una copia de las cintas.

—¿Cintas? —preguntó Roberta—. ¿Quiere decir que había grabado a más gente?

Craddock sonrió maliciosamente.

—Señor Hardeman, tiene usted una hija que es toda una atleta sexual.

—¿Con quién estaba?

—Con el señor Perino.

Loren suspiró.

—Me imagino que quiere dinero. —Se sirvió medio vaso de whisky puro y se lo bebió de un trago.

Craddock sonrió y se encogió de hombros.

—Eso sería lo justo, señor Hardeman. Su abuelo fue muy tacaño en su testamento. Solo le dejó una miseria a mi madre y no dejó nada para mí, después de años de haberle servido fiel y confidencialmente.

—¿Por una gratificación me entregaría las cintas?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Le parece razonable, digamos... doscientos mil dólares.

—Me parece una locura, pero suponga que le pago. ¿Dónde esconde las cintas y cuándo me las entregaría?

—Las cintas están en Florida, desde luego.

—¿Y me las entregará aquí?

—Si eso es lo que desea.

—Está bien.

—Por favor dese cuenta de que somos gente humilde. He tenido que coger un avión, alquilar un coche... —Se encogió de hombros y levantó las manos con las palmas hacia arriba—. ¿No podría adelantarme un poco de dinero?

—Creo que sí. No estoy seguro de cuánto tengo en la casa. Tendré que abrir la caja fuerte. Tardaré un par de minutos.

Roberta hizo un gesto con la cabeza a Craddock.

—Déjeme oírle algo que mi marido dijera en la cinta.

—Él decía: «Oh, cariño, eso es fantástico. Hazlo otra vez.» Otra vez dijo: «¡Eh! No tan fuerte que me haces daño» y usted le respondió: «Duele pero sé que te gusta. ¿Quieres que continúe?»

—Y Betsy. ¿Qué es lo que hacían Betsy y Perino?

—Bueno... quizá no debería decirlo.

Roberta aplastó su cigarrillo.

—¿Cómo podemos confiar en que no sacará otra copia de las cintas y volverá a pedirnos más dinero?

Craddock sonrió.

—Tendrán que confiar en mí.

—Y una mierda —dijo Loren desde el vano de la puerta empuñando un Smith & Wesson del 38 en su mano derecha.

Craddock se puso de pie de un salto.

—¡Eh! —chilló.

Loren disparó. Craddock se había dado la vuelta para huir por la puerta trasera y el disparo de Loren le dio en la nalga izquierda. Craddock gritó y dio un salto intentando alcanzar la puerta. Loren volvió a disparar pero no le acertó. La bala se estrelló en la pared. Loren tiritaba incontinentemente al apuntar el revólver por tercera vez. Sus manos estaban trémulas y su mandíbula castañeteaba.

Roberta le arrebató la pistola, apuntó con decisión y disparó, dándole a Craddock en medio del pecho. Ya no volvió a gritar más.

Loren se dirigió a tropezones hacia el bar.

—¡No! —gritó Roberta—. Tenemos que limpiarlo todo y tenemos que libramos del cuerpo y de su coche. Ni una sola gota más.

—Tuve que hacerlo —farfulló Loren.

—Tenías que hacerlo —concordó Roberta—, pero estuviste a punto de joderla.



No jodieron el resto. Cuando se descubrió el cuerpo, la policía les interrogó, ya que Burt Craddock había sido un antiguo empleado de Número Uno, pero la relación entre Craddock y los Hardeman era ahora tan lejana que los inspectores no insistieron en esa línea de investigación.

Llegaron a la misma conclusión respecto a una posible conexión entre Craddock y Angelo Perino. Por teléfono, Angelo les confirmó que conocía a Craddock, pero que no le había visto desde la última vez que había visitado la casa de los Hardeman en Palm Beach.

La señora Craddock lloró ruidosamente pero declaró no tener ni idea del motivo por el que su hijo había viajado a Detroit.



Tadashi Komatsu no tenía interés en fabricar el XB 2000 para el mercado japonés.

—Solamente se puede vender un coche como ese en Estados Unidos o en Europa —dijo— pero nada más. Si ustedes lo fabrican, nosotros también estaríamos compitiendo por el mismo mercado y no es lo suficientemente grande para ambos.

—Esperaba que pudiéramos ser socios —contestó Angelo.

El señor Tadashi hizo una reverencia y cabeceó negativamente.

—Otras compañías, además de la suya —dijo Angelo—, están desarrollando materiales basados en la resina de epoxy y poseen la tecnología necesaria para hacerlo a un coste razonable. Pero la mejor, con diferencia, es la suya. ¿Nos vendería una licencia de fabricación para poder usar su tecnología en Estados Unidos?

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí! No problema.

—¿Nos prestaría además a Keijo Shigeto durante una temporada? Él y su familia podrían pasar un año o dos en Estados Unidos. Tengo una gran admiración por su capacidad como ingeniero.

—Sí, no problema. Si él estar de acuerdo.



Cindy estaba encinta otra vez y quiso navegar por el estrecho antes de que progresara su embarazo y le resultara incómodo. Bill Adams les había enseñado a ella y Angelo cómo manejar las velas de su yola *Eva* de diez metros y, junto con Alicia, los cuatro formaban una competente tripulación que maniobraba el bote con facilidad.

Bill prefería evitar navegar los fines de semana, así que fue un martes de agosto cuando salieron rumbo este por el estrecho de Long Island para fondear en la bahía del Little Neck. Mientras Cindy y Alicia preparaban el almuerzo en la cabina, Angelo y Bill charlaron en el compartimento en el que estaba el timón.

—No me gusta hablar de negocios cuando salgo a navegar —dijo Bill— pero

corre por Wall Street el rumor de que estás planeando sacar un coche deportivo.

—Así es. Quiero aumentar nuestra línea de modelos. El Corcel es un éxito...

—Ha salvado a la compañía —interrumpió Bill.

—No me importa admitirlo —dijo saludando con su Martini en alto.

—Se dice que la carrocería será de resina de epoxy.

Angelo cabeceó afirmativamente.

—Es tan fuerte como el acero pero pesa la mitad. Podemos conseguir un coche rápido, potente y que tenga un consumo reducido de gasolina.

—Me gustaría hacerte una sugerencia. ¿Te molestarás si lo hago?

—No, en absoluto.

—Ya te comenté hace tiempo que un tiburón de las finanzas de New Jersey tenía el ojo puesto en XB. Su nombre es Herbert Froelich, presidente de Froelich & Green Inc. En los últimos ocho o nueve años, ha llevado a cabo más de media docena de opas^[5] hostiles contra compañías de tamaño medio. Ninguna de esas compañías existe en este momento. Venden sus activos más valiosos para realizar un beneficio y después las cierran. Ahora que XB tiene una posición más sólida que antes, están buscando financiación para comprar sus acciones.

—La mayor parte está en manos de la familia —dijo Angelo—, y otra gran parte pertenece a la Fundación Hardeman. No creo que ninguno de ellos quiera vender.

—Nunca se sabe —contestó Bill—. Hay veces en que el dinero rápido se hace irresistible. Loren Tercero está casado con una mujer que podría querer marcharse de Detroit. Podrían irse a cualquier parte del mundo y vivir mejor que el duque y la duquesa de Windsor.

Angelo sacudió la cabeza pensativamente.

—No sé qué puedo hacer para impedirlo.

—De eso es de lo que quería hablarte: de lo que se podría hacer. Estáis negociando con Shizoka la licencia de tecnología para elaborar la resina. Compra la licencia tú mismo, fabrica los componentes y véndeselos a XB.

—Puedo anticipar dos problemas —contestó Angelo—: el primero poder financiar la compra de la licencia...

—Podemos encontrar el dinero. Los Perino y los Morris no son precisamente pobres. Tú tienes una reputación, lo mismo que Shizoka. Si Tadashi Komatsu te cede a ti la licencia de fabricación seguramente lo hará en mejores condiciones que a XB.

—El segundo es el conflicto de intereses —continuó Angelo—. Como directivo de XB, no puedo...

—Lo que es esencial es que tu empresa esté en todo momento informada de todos tus pasos. El conflicto de intereses solo se produce cuando se opera en secreto. Además, siempre se podrían arreglar las cosas de tal manera que el señor Tadashi no le conceda la licencia de fabricación a XB.

—¿Arreglar?

—Tú déjame a mí. Tú no tienes que saber nada sobre ese asunto.



El consejo de dirección se reunió alrededor de la gran mesa de la sala del consejo. Como era habitual, Angelo Perino, vicepresidente para investigación y desarrollo, no se sentaba a la mesa sino en una de las sillas situadas contra la pared. Peter Beacon, vicepresidente de ingeniería, ocupaba un lugar idéntico.

Loren presidía, con Roberta sentada a su derecha. James Randolph, el profesor Mueller y Alexander Briley se sentaban a continuación a ambos lados. Como era habitual, la princesa Anne Alekhine había preferido quedarse en Europa y no asistir a la reunión. De estar presente hubiera sido el único voto con el que Loren no hubiera podido contar de antemano.

Angelo sintió una renovada hostilidad por parte de Loren. Bueno, ¿y por qué no iba a ser así? Había aumentado su rencor aquella noche en la *suite* de Betsy, cuando lo tumbó al suelo. Eso lo iba a tener que pagar tarde o temprano. Pero Roberta, ¿por qué estaba tan fría?

—El motivo de esta reunión —comenzó Loren— es decidir si la compañía debe continuar con el proyecto del XB 2000, después del serio tropiezo que hemos sufrido últimamente. Parece que uno de los elementos esenciales para el desarrollo del deportivo del señor Perino no estará disponible. Shizoka, la compañía japonesa que iba a darnos la licencia de su tecnología de resina de epoxy para fabricar la carrocería, se ha echado atrás. Sin ella, el coche pesará demasiado para poder desarrollar las prestaciones que planeábamos. Solo veo una salida: abandonar el proyecto.

Todo el mundo miró a Angelo para ver cómo iba a responder.

—Esa es una conclusión precipitada, señor presidente. Hay otras maneras de conseguir esa tecnología.

—Lo que me gustaría saber —intervino el profesor Mueller— es por qué Shizoka no nos ha querido vender su licencia.

—El señor Tadashi —dijo Loren— tiene la impresión de que nuestra compañía corre el peligro de ser adquirida por un notorio desguazador de empresas que tiene, en su opinión, una reputación más que dudosa, y no quiere que su tecnología pueda caer en manos de gente en la que no confía. Teniendo en cuenta que en este consejo la mayoría del accionariado está representada por mis acciones y las de la fundación, es obvio que sus temores son totalmente infundados.

—Él sí estaba dispuesto a negociar su licencia —aclaró Angelo—, pero a condición de que la compañía mantuviera su actual consejo directivo.

—Nuestros abogados nos avisaron de que eso era inaceptable —contestó Loren—. En América, de acuerdo con la ley de Sociedades Anónimas, no se puede limitar la facultad de una compañía para nombrar a sus directivos.

—¿Y no se puede construir el coche sin emplear ese material? —preguntó el

congresista retirado Briley.

—Todo el proyecto está cogido con pinzas. Depende de eso y de otras cosas parecidas que implican un alto nivel de riesgo —dijo Loren hoscamente.

—Yo sí puedo conseguir ese material —dijo Angelo.

—¡Oh! ¿Cómo?

—El señor Tadashi no está dispuesto a conceder la licencia de fabricación a la empresa, pero estaría dispuesto a concedérmela personalmente. Podría formar una compañía para su lubricación y venderle los componentes de resina a XB Motors.

—¿Y eso cuánto nos costaría?

—Ni un céntimo hasta que no haya entregado mi primera partida del producto —contestó Angelo—. Mi compañía puede fabricar la resina de epoxy para la carrocería del XB 2000 y lo hará, con toda seguridad, a un precio más bajo que si se hiciera en la propia fábrica de XB.

—No soy capaz de entender —objetó Randolph, director de la fundación— cómo uno de los directivos de la compañía puede legal y éticamente vender productos a su propia empresa.

Angelo se levantó y entregó unos papeles a Loren.

—Aquí está mi dimisión como vicepresidente de XB Motors —dijo—. Si XB no va a fabricar el modelo 2000, yo tengo cosas mejores que hacer. Si se fabrica puedo venderles la carrocería y, si así lo desean, continuar trabajando con ustedes como consultor. Mis abogados me informan de que no habría nada ilegal en ese acuerdo. Tampoco hay nada que pueda ser tachado de conducta poco ética ya que acabo de informar de mis otros intereses a esta mesa con toda claridad.

—¿Puedo preguntar cómo vas a conseguir la financiación para todo eso? —preguntó Loren.

Angelo sonrió.

—Tengo una fortuna propia como sabes, lo mismo que Cindy. Ella es una de las accionistas principales de la compañía minera Morris y bueno, puede que hipoteque mis acciones de XB Motors.

—La compañía tomó en su día la decisión de fabricar el 2000 —dijo Roberta— y el señor Perino ya nos ha embarcado irremediabilmente, con armas y bagajes, en esta travesía tan arriesgada. La única causa que nos hacía pensar en una posible modificación era este problema que surgió a última hora, pero si ahora tenemos asegurado el material...

—Entonces no hay motivo para plantearse de nuevo el proyecto —interrumpió Loren volviéndose a Roberta—. Tú crees que deberíamos continuar, ¿verdad? —le preguntó.

—No ha cambiado nada —contestó ella—. Nuestro recién dimitido vicepresidente nos ha comprometido demasiado en este proyecto como para abandonarlo ahora.

—Muy bien, me gustaría la aprobación de este consejo para negociar un contrato con el señor Perino tras aceptar su dimisión.



Roberta hizo un aparte con Angelo en el vestíbulo de la sala del consejo.

—Algún día te vas a pasar de listo —dijo—. Sospecho que la resina de epoxy es la única parte de todo este proyecto que vale algo. ¿Cómo lograste camelarte a los japoneses?

—Roberta, ¡te juro por Dios que no lo he hecho! Nunca le he dicho nada al señor Tadashi sobre ese rumor de una opa hostil. Tú me hablaste hace tiempo sobre ese tiburón financiero de New Jersey y sobre la posibilidad de que tú y Loren os marcharais a vivir a París, pero te juro que no se lo conté a nadie y mucho menos a alguien en Japón.

Ella suspiró.

—De acuerdo, si tú lo dices. Pero me sigue pareciendo que te vas a quedar con la mejor parte del proyecto.

—Quizá.

—Júrame otra cosa —le pidió sombríamente.

—¿Qué?

—Júrame que el niño que Betsy va a tener no es tuyo.

Angelo cabeceó afirmativamente.

—Lo juro.

Ella le miró sondeándole con ojos duros y fríos.

—No te creo —murmuró.

—Haces preguntas comprometidas y después no quieres creerte las respuestas. Bueno, yo también tengo una pregunta para ti y Loren. ¿Júrame que no tuvisteis nada que ver con la muerte de Burt Craddock?

—¿Quién es Burt Craddock?

—Gracias. Acabas de responder a mi pregunta.

El 28 de enero Betsy dio a luz a un niño. Angelo no pudo ir a Londres para estar con ella; eso hubiera dado mucho que hablar. Pero no estuvo sola, Max Van Ludwige vino desde Ámsterdam para acompañarla y la princesa Anne Alekhine acudió también desde el sur de Francia.

Cuando Angelo llegó el 3 de febrero para una reunión con los seis directores de los concesionarios británicos que estaban vendiendo el Corcel, la princesa Anne todavía se encontraba en Londres. Betsy le había contado quién era el padre y una mañana cuando los tres estaban sentados en la sala que daba a Regent's Park, ella le dijo, con confianza, delante de la princesa:

—Me hubiera gustado llamarle Angelo pero no me pareció conveniente, ¿no te parece? Así que le he llamado John, como tu padre. John Hardeman. Pero no sé si querrás decirle que ahora tiene otro nieto.

—Ya se lo he contado, ¿y sabes lo que hizo?, telefoneó a Arizona, a Jacob Weinstein, el tío Jake como le llamamos, la persona que maneja las finanzas de la familia Perino, y le dijo que constituyera un fideicomiso con medio millón de dólares para su nuevo nieto y que lo invirtiera de tal manera que el muchacho tenga un buen capital cuando sea mayor y pueda necesitarlo. El tío Jake también maneja los fideicomisos que yo he constituido y he puesto otro medio millón de dólares a su nombre, así que el pequeño John ya tiene su primer millón y tendrá muchos más cuando sea un hombre. El tío Jake es un genio de las finanzas.

El bebé estaba durmiendo en su cuna y, mientras tanto, la niñera había aprovechado para llevar a pasear por el parque a la pequeña Sally, que tenía dos años.

—Le estoy dando de mamar —dijo Betsy—, no lo hice con los otros dos pero el médico me convenció para que lo hiciera con el pequeño John. Es una ocupación continua, así que tendrás que venir aquí a cenar; yo no puedo salir. Me refiero a los dos, por supuesto. ¿Qué os parece a las siete?

—De acuerdo. Tengo una reunión con los directores de los concesionarios para almorzar y luego me reúno con nuestros banqueros, pero las siete es buena hora.

Betsy miró enternecida al pequeño John.

—Te dije que algún día tendría un hijo tuyo —dijo.



Angelo Perino y la princesa Anne compartieron un taxi después de cenar esa noche en casa de Betsy. Estaba hospedada en el Savoy y cuando llegaron le invitó a tomarse una copa.

—No quise sugerirlo antes, porque la pobre Betsy no puede beber todavía.

Fueron hasta un pequeño bar donde podían hablar sin molestias y pidieron un brandy. Incluso en el Savoy, donde la gente era poco común, la princesa Anne Alekhine llamaba la atención y era la destinataria de muchas miradas. Era una mujer alta, de cincuenta y tres años, con una figura esbelta impecable. Llevaba un abrigo de visón abierto sobre un vestido de cachemir rosa y un collar de perlas con dos vueltas. Indudablemente era toda una aristócrata. No había nacido como tal, pero había sido una buena observadora y había aprendido a la perfección su papel y ahora emanaba un aire de elegancia y sofisticación.

—No quiero parecer poco amable con tu esposa, pero es una pena que tú y Betsy no podáis casaros. Sois una pareja perfecta.

Angelo sonrió.

—¿En qué sentido?

—Los dos sois personas con iniciativa. Sabéis lo que queréis y no dudáis en ir detrás de ello hasta conseguirlo. No os asusta correr riesgos.

—No la debía haber dejado embarazada —dijo—, fue un accidente. Ella quería tenerlo y...

—Me lo ha contado todo.

—Me alegro de que tenga alguien a quien pueda hacer confidencias. Creo que está muy sola; yo no puedo estar con ella excepto en raras ocasiones.

—No tiene familia —dijo Anne— excepto la que está criando. Mi sobrino es un cero a la izquierda y esa mujer con la que está casado está más allá de cualquier consideración.

—Voy a ser padre otra vez dentro de un par de meses —dijo Angelo—. Será el quinto y último. Cindy tiene treinta y cinco años y ha llegado la hora de parar. Por cierto... esta Navidad me regaló un magnífico retrato suyo pintado por Amanda Finch. ¿Has oído hablar de ella?

—Sí, pintó un desnudo de Alicia —contestó Anne—, creo que es una gran artista.

—Hace tiempo pintó otro retrato de Cindy cuando estaba embarazada de nuestro segundo hijo. Un desnudo: tenía veintiséis años y estaba encinta de Anna. El año pasado, como te dije, la volvió a retratar. Amanda tiene un estilo realista que no hace concesiones; bueno, pues Cindy solo aparenta tener un par de años más que antes; ni uno más. Haber tenido cinco hijos no la ha estropeado.

—¿La amas?

—Desde luego.

—Tú vienes de una familia muy bien avenida que ha sido un buen modelo para ti. Me pregunto a menudo cómo seríamos Betsy y yo, si no hubiéramos sido unas Hardeman. Número Uno era un monstruo, Número Dos fue un débil y Número Tres es un miserable. Exceptuándome a mí, solo ha habido un descendiente en cada generación. Hasta ahora; porque aunque Betsy tiene tres, solo uno es legítimo. Loren la odia por ese motivo.

—El problema con Loren es que se odia a sí mismo.

Anne cogió su copa agitando en círculos su brandy mientras sonreía maliciosamente.

—Dime algo, Angelo, ¿con cuántas mujeres de los Hardeman te has acostado?

—No me gusta hablar de eso.

Ella le observó con la cabeza ligeramente ladeada.

—Bueno, es obvio que te acostaste con Betsy y también con Bobbie: *lady* Ayres.

—Antes de convertirse en una Hardeman.

—Alicia habla de ti con cariño, lo cual es muy sugerente y es una tremenda coincidencia que cuando viajas a Londres también lo haga Roberta. De hecho estoy sorprendida de que no se encuentre ya por aquí.

Angelo apuró su copa.

—Esta conversación se está poniendo demasiado...

—¿Personal? Bueno, Angelo, tengo curiosidad por saber el porqué de esa atracción tan irresistible. Para Betsy no estar casada contigo constituye una tragedia. Te engatusó para quedarse embarazada porque piensa que no la abandonarás si es madre de un hijo tuyo. —Anne hizo una pausa que subrayó enarcando las cejas—. Eso mismo piensan un montón de esposas.

—¿Abandonarla? No creo que esa sea la expresión más apropiada —contestó Angelo.

—Dejar de verla; privarla de tu cariño. Porque hay algo entre vosotros dos además de sexo, ¿no es así?

Él hizo un gesto de asentimiento.

—¡Claro!, por supuesto.

—Tú tienes... ¿qué?, veinte años más que ella.

—Veintiuno.

Anne hizo un gesto al camarero para que sirviera otros dos brandies.

—Loren está convencido de que tú eres el padre del niño.

—Le juré a Roberta que no.

—Bien hecho. Zorra entrometida. Me apuesto a que te lo preguntó directamente.

—Sí, me lo preguntó sin rodeos.

Anne se inclinó sobre la mesita y puso su dedo índice suavemente sobre la mano de Angelo.

—Sé que no te acostaste con mi madre —dijo—, pero sé que lo hiciste con una de las esposas de Loren y me apostaré cualquier cosa a que también has tenido a las otras dos. Además, también te has acostado con su hija. ¿Te gustaría tener la colección completa, Angelo?

—¿Por qué?

—Una vez me enfrenté a Número Uno y tuvimos una buena pelea. Quizá algún día me toque hacerlo con Número Tres y sería divertido reventarle diciéndole: Angelo Perino se ha acostado con todos los miembros femeninos de la familia Hardeman.

—No es un motivo suficiente, princesa. No me gusta esa clase de juegos.

—Está bien, te daré un motivo mejor. Aparte de las mujeres Hardeman, tu currículum es impresionante. Debes de tener algo muy especial y me gustaría probar lo que el resto de la familia ya ha hecho.

—Sería traicionar a Betsy, ¿no te parece?

Anne sonrió divertida.

—¿Te crees que eres el único hombre con el que se acuesta además de con su psiquiatra? Tú solo estás con ella unas pocas veces al año. ¿No pensarás que se mantiene casta mientras tanto? Angelo, si aplicamos tu lógica, o estás traicionando a tu mujer cada vez que te acuestas con Betsy, o estás traicionando a Betsy cada vez que te acuestas con tu mujer.

—Suponiendo que lo hagamos, ¿se lo contarías?

—Claro que no.

—¿Y no crees que vamos a estar los dos pensando en ella todo el tiempo?

—¿Y eso te va a impedir hacerlo?



En el vestíbulo de su *suite* se besaron. Ella abrió sus labios y él le introdujo la lengua, que se encontró con la suya. Se quedaron así un largo minuto saboreándose antes de que ella se soltara y lo llevara al cuarto de estar. Allí se quitó el collar de perlas poniéndolo sobre el escritorio antes de abrir la cremallera de su vestido para sacárselo por la cabeza.

Debajo de su vestido de cachemir solo llevaba una prenda: un *body* transparente con medias, todo de una pieza. Desvestirse no restó un ápice a la dignidad de la princesa Anne Alekhine. Cogió una botella y dos copas de una mesa cerca de la ventana y sirvió dos pequeñas dosis de brandy. Cuando ella se acercó con su copa él la cogió entre sus brazos y la volvió a besar.

Aunque estaba cubierta desde los hombros hasta los pies, el *body* era transparente y podía ver su cuerpo con claridad, sus piernas eran largas, los pechos pequeños. Las líneas del bikini que había llevado cuando tomaba el sol marcaban claros contrastes de moreno y blanco.

Ella abrió la puerta del dormitorio e hizo un gesto lleno de gracia invitándolo a entrar.

Él se desvistió mientras ella lo miraba. Le ayudó a bajarse los calzoncillos y cogió su pene apretándolo suavemente para arrodillarse y rozarlo con sus labios en un beso rápido y volverse a levantar. Se desprendió del *body* y sorprendentemente se volvió a poner los zapatos. A través de las transparencias le había parecido que su sexo estaba afeitado o quizá depilado y ahora pudo ver que así era. Acarició con los dedos sus labios externos: la piel era suave como solo un depilado a la cera podía conseguir.

—Angelo, no me vuelve demasiado loca la posición del misionero. ¿Y a ti? Y no me apetece hacerlo corriendo. Me imagino que ya sabes la manera en que me gustaría

hacerlo, ¿te apetece?

Él la dejó tomar la iniciativa. Nunca había hecho el amor de esa manera. Se sentaron cara a cara con las piernas abiertas y ella se acercó hasta que sus genitales estuvieron juntos y entonces se metió su erección. Después se recostó hacia atrás apoyándose sobre sus manos y le pidió que hiciera lo mismo. Cuando sus rodillas estaban debajo de sus axilas y las de ella estaban debajo de las suyas, le cogió de las manos tirando de ellas con fuerza para que le penetrara más profundamente. Durante media hora permanecieron de esa manera moviéndose lentamente, girando las caderas. De vez en cuando, soltaba las manos y volvía a recostarse hacia atrás para después volver a cogerse las manos y tirar de ellas.

Las sensaciones eran prolongadas y exquisitas. Los movimientos eran variados, lentos, cuidadosos. No se cansaron ni sudaron. Experimentaron con diversos movimientos sin prisas, saboreando cada una de las diferentes y fuertes emociones que estaban generando. Ninguno de los dos buscó el orgasmo; cada vez que Angelo pensaba que estaba a punto, hacía una pausa para poder continuar libando sus sensaciones.

Su perfume era una parte importante de esa experiencia. Al perfume que ya conocía se le había añadido una nota de almizcle tenue y excitante que exhalaba su cuerpo.

En su momento Anne levantó las piernas hasta la altura de los hombros de Angelo y juntó sus pies detrás de su cabeza.

—Ahora —susurró suavemente y entonces él la batió hasta el fondo y continuó en un *crescendo* hasta que los dos se disolvieron en un solo clímax.

Después, en la ducha ella lo besó y le dijo con voz ronca: Ahora entiendo esa atracción fatal que despiertas. Admítelo, todas las mujeres de los Hardeman han...

Angelo pensó que se podía confiar en ella y confirmó sus sospechas con un silencioso gesto de cabeza.



En marzo, Cindy dio a luz a una niña que se llamó Mary. Keijo Shigeto y su mujer llegaron a Greenwich la semana siguiente. Sus hijos se reunirían con ellos más tarde, cuando hubieran terminado el curso, y mientras tanto vivirían con sus abuelos en Tokio.

Angelo había decidido instalar a Keijo en Greenwich, donde estaba a mano para poder ayudarlo y consultar con él tan a menudo como fuera necesario. Le dio un despacho en las oficinas que Angelo Perino S.A. tenía en la Tercera Avenida y lo acompañó en sus primeros viajes en el tren de cercanías.

A Cindy le hubiese gustado ayudar a Toshiko a instalarse, pero su traslado había coincidido con las últimas semanas de su embarazo y la mudanza se había realizado justo la semana después del nacimiento de Mary. Afortunadamente, no hubo que preocuparse por buscarles una casa. Shizoka se encargó de ello utilizando los

servicios de una compañía inmobiliaria japonesa que operaba en Greenwich. Las compañías de ese país tenían la práctica de comprar las casas para poder alquilarlas a sus empleados o a los empleados de otras compañías japonesas durante su estancia en Estados Unidos. Keijo alquiló la suya en la zona de Cos Cob, amueblada y completamente lista para ser utilizada por la familia.

No era ese el lugar donde Cindy les hubiera aconsejado vivir. Keijo tenía que conducir cinco kilómetros para poder llegar a la estación y Toshiko estaba a dos kilómetros del supermercado más cercano o de la oficina de correos más próxima, pero, solo dos semanas después de su llegada, la familia había adquirido dos coches: un Buick y un Chrysler. Keijo usaba el Buick para ir a la estación y Toshiko conducía el Chrysler de aquí para allá. Ambos estaban fascinados con los grandes coches americanos y, aunque ninguno de los dos conducía muy bien, conducían de todos modos.

Angelo había localizado en Danbury una planta industrial en alquiler, y habían pensado en ella como uno de los posibles lugares donde instalar la maquinaria y el personal necesario para fabricar la resina de epoxy que se emplearía en la carrocería del 2000. El proceso de fabricación no requería maquinaria pesada. El material líquido se laminaba en finas placas que luego se moldeaban en caliente sobre matrices de fibra de vidrio para conseguir los parachoques, puertas, capós y el resto de las piezas necesarias. Se utilizaban hasta veinte capas diferentes que se pegaban unas a otras con pegamento de epoxy consiguiendo un compuesto laminado que resultaba extraordinariamente fuerte y resistente, y, sobre todo, muy ligero de peso.

Las capas individuales se podían cortar con tijeras, aunque en el proceso industrial se utilizaban unas cizallas eléctricas que realizaban el corte por medio de vibraciones en vez de aplicar una fuerza mecánica. En la fabricación no se utilizaba maquinaria peligrosa ni tampoco se necesitaba mover grandes pesos, pero había que tener cuidado con los materiales químicos, y enseñar a los trabajadores a trabajar según las normas más estrictas de seguridad. Una vez que la plancha se había endurecido, podían utilizarla con toda tranquilidad, incluso, como alguien dijo una vez, en la cuna de un niño.

La manufactura de las chapas de resina de epoxy crearía al principio unos cien puestos de trabajo y la mayoría de los trabajadores serían mujeres. La pequeña ciudad de Danbury dio una calurosa bienvenida a Angelo Perino y a Keijo Shigeto y les llovieron invitaciones para dar conferencias en la Cámara de Comercio local y en las asociaciones cívicas de los Rotarios, Leones y Kiwanis.

Angelo había planeado hacer la carrocería de los prototipos en Danbury y, solo después de que los prototipos hubieran sido probados, comenzaría a enviar las planchas de resina a XB Motors para que ellos mismos fabricaran las piezas.

La compañía que creó para que detentara los derechos de la licencia de tecnología y fabricara el material se llamó CINDY S.A.



Toshiko adoptó las costumbres de una mujer americana tan rápidamente como pudo y en la cena de los Perino apareció vestida con una falda escocesa con un jersey azul y una blusa blanca.

—*Estilo chica pija de Greenwich* —chismorreó Cindy cuando estaba a solas con Angelo en la cocina, preparando las bebidas.

El inglés continuaba siendo un desafío para ella, pero la pequeña japonesa se desenvolvía sin timideces y lograba hacerse entender en las tiendas locales.

—Ser ginebra —dijo probando su Martini—. Gusto esto. No gusto de isky.

—Whisky —le corrigió Keijo.

—Uisky...

—Whisky.

—Whisky. Sí. Bueno. Ginebra mayor bueno.

A medianoche Angelo y Cindy estaban acostados juntos rememorando con divertida benevolencia los intentos de Toshiko para hablar inglés mezclado con un sincero respeto por la manera en que estaba haciendo frente al desafío de amoldarse a un país tan diferente al suyo; pero eso no les privó de reírse regocijados mientras repetían algunas de las cosas que había dicho.

Ocasiones como esta, en las que podían estar acostados juntos en la cama, sin encontrarse exhaustos por las exigencias del día eran raras para ambos y habían aprendido a disfrutarlas. A los dos les gustaba acostarse desnudos y estaban abrazados placenteramente sintiendo el contacto de piel contra piel.

—Querido —dijo ella.

—¿Hmm?

—¿Estás cómodo?

Angelo cabeceó afirmativamente.

—Yo también, pero quizá no deberíamos. Puede que estemos demasiado acomodados. ¿Has pensado alguna vez en ello? No somos de esa clase de gente a la que le gusta apoltronarse, pero aquí estamos totalmente domésticos y satisfechos. Nunca pensé que terminaríamos de esta manera. En 1963 estabas en el segundo lugar en el *ranking* de pilotos del Grand Prix y si no hubieras sufrido ese accidente que te mantuvo alejado de las pistas durante tanto tiempo, te hubieras convertido en el número uno. Cuando te conocí todavía eras uno de los grandes. Yo tenía aquella pasión por las carreras y como entonces no permitían que las mujeres compitiesen me contrataste como piloto de pruebas. Solíamos vivir al límite, muchacho.

—No sé adónde quieres ir a parar.

—Yo tampoco lo sé, pero tengo la impresión de que en nuestra vida privada hemos caído en el tedio de la edad madura, aunque ya sé que tu vida profesional está llena de desafíos. Salimos con Bill, pero no le gusta competir en regatas y no hay mucha emoción en navegar con él. Me gustaría tomar lecciones para aprender a volar, pero eso es algo arriesgado para una madre de cinco hijos.

Angelo sonrió.

—Si tú volaras te daría por hacer acrobacias. Lo mismo que a mí. ¿Me estás diciendo que estás aburrida, Cindy?

Ella se encogió de hombros.

—¡Sería un estereotipo tan manido!

—¿Y la galería...?

—Debería dedicarle más tiempo. He dejado que Dietz lleve las cosas demasiado a su aire. Marcus Lincicombe es un magnífico marchante, demasiado bueno para que continúe como simple asociado.

—No hay ninguna razón para que no le dediques más tiempo a la galería. Tienes confianza en la *au pair*, ¿no es así?

—Sí; es de entera confianza.

—Bueno, pues entonces...

Cindy se pasó la mano por sus mejillas y luego por sus pechos elevándolos para aliviar su peso.

—Te acuerdas de aquella frase en *El Padrino* donde Mike le dice a Kelly que solo puede hacerle una pregunta sobre sus negocios, pero que deberá ser la última.

Angelo cabeceó afirmativamente.

—Ella le pregunta si fue él quien mató a su cuñado y él le miente y le contesta que no —dijo él.

—Eso es. ¿Puedo hacerte una pregunta sobre tu vida privada?

—Sí.

—¿Eres el padre del último hijo de Betsy?

Angelo no lo dudó ni un momento. Respiró profundamente y respondió.

—Sí.

—Eso pensaba —respondió tranquilamente—. No voy a perdonarte porque no creo que sea algo que pueda reprocharte. Es tan hermosa que te hace perder el aliento. Es lista, tiene vitalidad. Y estaba disponible todas esas veces que yo no estaba allí. Además es una Hardeman. Tirándotela es como si, metafóricamente, te estuvieras pasando por la piedra al resto del clan.

—Lo siento, Cindy.

—Te voy a demostrar cuánto te amo, Angelo. Podría hacerte pagar por ello, pero en vez de eso prefiero confesarte que yo también me he distraído un par de veces. Si fueras el típico profesional, con una rutina de nueve a cinco, no creo que ninguno de los dos hubiéramos buscado nada fuera de nuestro matrimonio, pero las cosas no son así en nuestras vidas. ¿La amas?

—Bueno...

—Más vale que la ames. Más vale que ames a la madre de tu hijo. Eso no me importa siempre que me ames más a mí.

—Te amo a ti mucho más, Cindy. Mucho más.

Ella sonrió y abrió sus brazos hacia él.

—Demuéstramelo.

ventidós

1984

Dos prototipos del XB 2000 fueron parcheados apresuradamente, según la expresión de Angelo, a finales de febrero de 1984. Había alquilado la planta de Danbury y había instalado allí todo el equipo necesario para obtener la resina epoxy y poder fabricar las láminas. Siguiendo los diseños de Varallo había encargado las matrices y logró acabar totalmente dos carrocerías que se enviaron por avión a Detroit, para que se montaran allí sobre sendos chasis del Corcel con motores trucados. La caja de cambios, el panel de instrumentos y otros componentes del habitáculo eran también de ese modelo, pero aun así el coche parecía totalmente nuevo y en la pista de pruebas los motores modificados propulsaron al ligero coche con unas prestaciones que lo convertían en uno radicalmente diferente.

Betsy vino a Detroit y pidió que le dejaran uno de los prototipos. Lo condujo primero por la pista de pruebas, y después por las calles y la autopista de Michigan donde se ganó una multa por exceso de velocidad, aunque en la segunda ocasión consiguió escapar del coche de policía que la perseguía.

La princesa Anne también se mostró interesada y ella e Igor viajaron hasta Detroit para probar uno de los prototipos. Cuando la policía la hizo detenerse en la cuneta, cerca de Goose Point, tuvo que enseñar indignada la fecha de entrada de su pasaporte para poder demostrar que ella no había sido la mujer que, al volante de un deportivo amarillo idéntico, había huido una noche con ese mismo coche de la policía.

Cuando llegó el día de la convención de abril no fue posible tener dos XB 2000 disponibles para cada concesionario, pero un par de ellos con los cambios de marcha, instrumentación y demás complementos interiores propios del XB 2000 se exponían en el centro de congresos de Cobol Hall.

Betsy era quien debía presentar el coche en la cena anual para los directores de los concesionarios. Era una figura muy popular, especialmente para aquellos que recordaban la hospitalidad que había desplegado en las recepciones en su *suite* hacía dos años. Cuando su padre la anunció, todos en la sala se pusieron de pie para recibirla con una calurosa ovación, de la misma forma que lo habían hecho antes con Angelo Perino.



Loren y Roberta se sentaban juntos en la mesa de cabecera, ella discretamente velada por un centro de mesa con claveles blancos.

—No debería haberme dejado convencer por ti —susurró Loren cuando Betsy, bellísima, vestida con un vestido de seda blanco, se acercó al micrófono y sonrió

cálidamente a todos los presentes.

—Mantén la cabeza fría, querido —contestó Roberta—. El 2000 va a ser un fracaso y ¿quién será el responsable? Deja que Betsy y Perino tengan su minuto de gloria. Ya verás cómo sus mieles se vuelven hieles dentro de muy poco. Y eso es lo mejor que podría pasar. Ese Perino se cree demasiado listo.

Betsy hizo un corto discurso repartiendo elogios a diestro y siniestro. «Era un proyecto de Angelo Perino.» Aplausos. «Basado en algo que yo le había estado insistiendo para que llevara a cabo.» Aplausos. «Algo que mi abuelo me había prometido que su empresa haría algún día.» Aplausos. «Y que había sido posible gracias al inestimable respaldo de mi padre.» Aplausos. «Magníficamente ayudado por su vicepresidente técnico, Peter Beacon.» Aplausos.

Y continuó:

—XB Motors, antiguamente Bethlehem Motors, se ha mantenido estable en un mercado y en una industria como la del automóvil, progresivamente dominada por los tres grandes y eso solo ha sido posible porque nuestra empresa ha sabido dar al consumidor americano lo que quería en cada momento. El Sundancer fue un gran coche en su tiempo. Y hoy, el XB Corcel es otro gran coche como las cifras de ventas que nos enviáis día tras día demuestran, y ahora... para esos americanos que buscan algo diferente...

Hizo una pausa dramática y en un aparte añadió:

—Yo ya lo he conducido, señoras y señores, como lo puede testificar ese magnífico oficial de policía de Goose Point que no me pudo dar caza... —Betsy se rio y cogió un micrófono portátil que le tenía preparado un técnico—. Le importaría al oficial Bill McIntosh levantarse por favor y subir al estrado.

Se acercó al borde del escenario y esperó a que el policía sorteara su camino entre las mesas. Había estado comiendo y bebiendo con los directores de los concesionarios y no se mantenía demasiado estable sobre sus pies.

—Bill tiene algo para mí —dijo Betsy.

El oficial vestido de paisano subió los escalones, se acercó a ella y le entregó un papel que sacó del bolsillo de su chaqueta. Betsy levantó su cara y le dio un beso. Agitó a continuación el trozo de papel en el aire.

—Es una multa por exceso de velocidad. Me la tengo muy bien merecida. Gracias, Bill, ¿te gustaría esposarme y llevarme contigo?

El oficial se sonrojó y cabeceó negativamente.

—Bueno, pues quédate haciéndome compañía y así podrás ver de cerca el coche que perseguiste la otra noche.

Las luces disminuyeron. Bajo el foco de una poderosa luminaria un XB 2000 cruzó el escenario y se paró delante de Betsy.

La audiencia se levantó y comenzó a aplaudir ruidosamente al coche que acababa de aparecer. Era más bajo y más aerodinámico que en el dibujo que se había expuesto en su *suite* en 1982. De color amarillo, parecía un gato agazapado listo para saltar.

Betsy y el policía, que estaban detrás, se elevaban por encima de su silueta claramente visibles para todos.

—¡Aquí está! —gritó Betsy—. El G. Corcel. El Gran Corcel. Lo recibiréis en octubre. ¿Cuántos vais a vender?



—Seis —dijo Tom Miller, el concesionario de Louisville, hablando por lo bajo a su mujer y a los otros concesionarios de su mesa—. Puedo vender un BMW con más facilidad de lo que podré vender eso. Un coche de dos plazas. Una tecnología radical. Carrocería de resina de epoxy. ¡Eso es un coche de competición! ¡Oh, sí, lo venderemos! Pero no muchos.

—Sabes lo que hará ese coche —dijo otro de los directores de concesionario, un hombre llamado Green de Albany—. Ese coche va a servir como reclamo. Los clientes vendrán a mirarlo. No lo comprarán, pero comprarán otro de los modelos que tengamos en la exposición. Nosotros podemos permitirnos tener un par de ellos en exhibición para atraer al público pero XB no es una compañía de gran tamaño para poder aguantar en el mercado un modelo que no funciona.

—Te diré una cosa —dijo Mason—. Lo que sí voy a hacer es conducirlo. Ese va a ser mi coche.

—De eso nada —intervino su mujer.

—¿Por qué no?

—En primer lugar, porque cada vez que entres o salgas tendrás que retorcerte como una anguila para poder sacar tu culo gordo por la puerta, y, en segundo lugar, porque si yo te acompaño, no habrá espacio para llevar ni una bolsa del supermercado. Ese coche es un juguete, Tom, y no hay muchas familias en Louisville que puedan permitirse el lujo de comprarse un coche para jugar. Especialmente cuando se den cuenta de que debajo de esa carrocería tan llamativa lo único que hay es el motor del Corcel y su chasis.

—Con una transmisión deportiva —puntualizó Mason.

—Pero con un precio —dijo otro de los concesionarios— de Porsche.

—No puedes conseguir un Porsche por ese precio —dijo Mason.

—Pero si te lo compras, bueno, tienes todo un Porsche.

—¡Hey! —dijo otro agente joven desde el otro lado de la mesa—. Estoy soltero y me encanta el Gran Corcel. Dondequiera que vaya seguro que llamará la atención.

—Quieres decir de las chicas —dijo la mujer de Mason con una mueca.

—Hablando de eso... —dijo Mason haciendo un gesto en dirección a Betsy.

—Corre un rumor —interrumpió Green—. Dicen que Angelo Perino es el padre del último hijo de Betsy Hardeman.

—Me alegro por él —dijo Mason—. Con ese hombre siempre se puede estar seguro de obtener resultados. El Corcel fue idea suya y consiguió salvar la empresa, sacándonos de apuros a todos los concesionarios de Bethlehem Motors. Yo hubiera

acabado con el Sundancer mucho antes. Fue un gran coche en su momento pero sus días habían pasado.

—Ha dejado la vicepresidencia —dijo Green—. La verdad es que no entiendo nada de lo que está pasando.

—Sin Perino no hay compañía. Así de simple —dijo Mason—. ¿Y sabéis por qué? Lleva los automóviles en sus venas. Igual que Número Uno y creo que igual que Betsy. Pero ese Loren Tercero... Si Perino se va, yo abandono.



Angelo y Cindy estaban sentados a una mesa fuera del estrado en compañía de Keijo, Toshiko, Alicia Hardeman y Bill Adams.

Cindy estudió a Betsy mientras el policía de Goose Point le entregaba la multa por exceso de velocidad y le dio un codazo a Angelo.

—Resulta fácil ser comprensiva —susurró—. Es realmente alguien especial.

Él le apretó la mano por debajo de la mesa.

—Gracias por ser tan comprensiva —murmuró—. ¿Puedes ver lo que está haciendo?

—Está restregándole todo a Loren en la cara —contestó Cindy hablando bajo.

—Así es.

Bill Adams se inclinó por encima de la mesa hacia Angelo.

—El coche es espectacular —dijo—. ¿Podrás vender suficientes unidades para que esa línea de producto sea viable?

—No.

—¿Qué dices?

—Es el coche de Betsy —dijo Angelo—. Satisface su ego. Ella y la princesa Anne Alekhine van a realizar una gira para promocionarlo por todo el país, pero ni aun así conseguirán que el coche se venda. El que lo compre estará encantado, a mí me gusta, pero el país no está listo todavía para esa clase de coche. No tiene un hueco en el mercado. El primer Thunderbird era una preciosidad de dos plazas y todo el mundo estaba enamorado de él pero no se vendía; solo cuando lo convirtieron en una bañera con ruedas comenzó a funcionar.

—¿Entonces por qué lo has hecho, Angelo?

Angelo dirigió una mirada a Cindy.

—Betsy puede ser muy persuasiva —dijo— y en cualquier caso he aprendido cosas muy importantes con esta experiencia. La resina epoxy ha resultado ser un completo éxito.

—Y eso ha sido obra tuya —observó Bill con una sonrisa.

—Eso ha sido obra nuestra —contestó Angelo—, CINDY S.A. tiene muchos padres.

Alicia añadió:

—¿Quién fue el que dijo que el éxito tiene muchos padres, pero que el fracaso es siempre huérfano?



Cindy condujo un Gran Corcel durante una temporada y dejó su Porsche en el garaje. Rápidamente descubrió sus defectos: la visión trasera estaba limitada por la ventana de atrás, que descendía en un ángulo demasiado acusado y obligaba al conductor a utilizar constantemente los retrovisores; el coche era tan bajo, que resultaba difícil que lo vieran los otros conductores, especialmente los camioneros. Todo ello le obligó a estar alerta y a acelerar rápidamente cuando estaba en paralelo con un camión; incluso, en un par de ocasiones, intentaron cambiar de carril y sin darse cuenta casi la sacan de la carretera.

Eso fue lo que sucedió con un conductor en Boston, que sufrió un accidente mortal ampliamente difundido en las noticias.

Pero a pesar de todo eso, Marcus Lincicombe estaba empeñado en tener un Gran Corcel y Cindy, después de haber conducido el suyo durante tres meses, obtuvo el permiso de Angelo para vendérselo. En una ocasión uno de los coches fue arrollado lateralmente por un taxi en la avenida Lexington, y mientras el parachoques del otro coche quedó totalmente abollado, la carrocería de epoxy se abolló primero y recuperó después su forma original. Este hecho fue ampliamente difundido a lo ancho y largo del país en todos los noticieros.

Marcus Lincicombe era un educado hombre de treinta y tres años. Estaba calvo, excepto por una corona de pelo castaño que le rodeaba el cráneo, usaba gafas de montura dorada y fumaba una pipa que, cuando no la utilizaba, guardaba en uno de los bolsillos de su chaqueta de *tweed*. Era un maniático de su pipa, que siempre estaba limpiando. También era algo maniático en lo que respecta a la manera en que debía colocar el tabaco aromático que fumaba. A decir verdad, más de uno pensaba que estaba lleno de manías.

Había sido una gran aportación a la galería. Como Dietz había dicho, tenía un ojo excepcional para las obras de arte y gracias a él habían conseguido exhibir y vender mayor variedad de obras que antes. Había comprado una participación en la galería VKP, pero sin embargo no había exigido que se cambiara el nombre para reflejar su entrada en la sociedad. Dietz continuaba como empleado mientras Marcus tenía una participación minoritaria.

Era uno de los más importantes coleccionistas y expertos en *netsukes*, esas tallas minúsculas de marfil utilizadas en los fajines de los caballeros japoneses como pasadores y de los cuales colgaban sus pequeños objetos personales. Los *netsukes* antiguos eran objetos muy valiosos para los coleccionistas. En el Japón actual constituían una pequeña industria artesana, e incluso algunas de estas tallas modernas merecían la pena coleccionarse. Los *netsukes* generalmente representaban hombres, mujeres, animales y pájaros. Algunos de los más preciados mostraban a hombres y

mujeres copulando.

Marcus exhibía parte de su colección en la galería, además de los cuadros que se encontraban a la venta, con un certificado de origen meticulosamente documentado. Cindy se había preguntado al principio si vender *netsukes* no convertiría la galería VKP en una especie de rastro más propio de la Quinta Avenida, donde abundaban las tiendas de artículos chinos y *bric a brac* oriental de marfil, pero rápidamente eludió sus temores y aprendió a apreciar el valor artístico de lo que Marcus coleccionaba y vendía.

Al igual que Cindy, Marcus era heredero de una fortuna familiar que le posibilitaba ser coleccionista y marchante de arte, además de vivir más allá de sus posibilidades gastando más de lo que ganaba con la galería.

Su sitio favorito para almorzar era el Bull & Bear en el Waldorf y un día invitó a Cindy a acompañarlo. Antes de ocupar su mesa habitual se la presentó al *maître*.

—Recuérdela bien. Es la señora Perino, Cindy Perino. Cuando venga sola no deje de darle la misma mesa que me daría a mí.

Los Martinis, tamaño familiar, eran la especialidad de la casa y liberada por fin de su embarazo y del período de lactancia, Cindy pidió un Martini con Beefeater, hielo y una corteza de limón.

Mientras bebían, charlaron sobre la exposición que estaban montando. Marcus utilizaba su apartamento igual que Cindy utilizaba su casa: como una galería íntima donde montar exposiciones reducidas para pequeños grupos de posibles clientes. No le apasionaba la obra de Amanda Finch, al menos no de la misma manera que a Cindy y a Dietz, y le comentó que no estaba pensando mostrar ninguno de sus cuadros en una cena que estaba preparando próximamente.

—Ya sé que no tenemos que enseñar su trabajo cada vez que invitamos a nuestros clientes a una exhibición privada —dijo Cindy—, pero tienes que admitir que nos hace ganar un montón de dinero.

—Lo que supone una importante consideración que hay que considerar cuidadosamente —dijo Marcus sesudamente.

Era difícil saber si Marcus estaba siendo sincero o simplemente irónico cuando soltaba ese tipo de frases. Cindy sonrió por toda respuesta.

No era una persona fácil de conocer. Era misterioso, probablemente de una manera deliberada. Sus pequeñas y puntuales sonrisas eran siempre intencionadas, pero no era fácil adivinar su significado.

En esta ocasión, sin embargo, le dedicó una sonrisa franca.

—Me gustaría hacerte un pequeño regalo —dijo—. ¿Lo aceptarías?

—Marcus, no sé qué decirte. ¿Qué es?

Él sacó del bolsillo de su chaqueta, el que no estaba deformado por la pipa, un saquito de terciopelo rojo cerrado con un cordón y se lo entregó.

Cindy lo abrió y sacó un *netsuke* espléndido. No medía más de cuatro centímetros, ni a lo alto ni a lo ancho, y estaba minuciosamente tallado mostrando,

con total precisión y exquisito detalle, lo que representaba: dos minúsculas figuras de marfil haciendo el amor. La mujer estaba acariciando con su lengua el lingam del hombre mientras este le introducía el dedo anular de su mano derecha en su surco. Estaba tan maravillosamente realizado que era evidente la tensión entre los cuerpos.

Cindy se dio cuenta de que la talla valía miles de dólares. Aceptar una pieza de tan alto contenido erótico significaba cambiar automáticamente la naturaleza de su relación.

—No sé qué decir, Marcus.

—Dime que te gusta.

Ella cabeceó afirmativamente.

—Creo que es preciosa.

—Tiene unos cien años y fue realizada por uno de los mejores talladores especializados en ese tipo de temas.

—No sé si debo aceptar ese tipo de regalo —contestó.

—¿Por su tema?

—Por su valor.

—Me gustaría que lo hicieses.

—¿Qué pretendes sugerir, Marcus? ¿Que esa pareja podríamos ser tú y yo?

Marcus se sonrojó.

—Oh, no... Aunque no habría nada que me gustara más. Pero no; es solo una de las mejores piezas de mi colección y quería dártela como muestra de mi respeto.

Ella sonrió.

—No estás siendo sincero —le contestó.

Él cogió el *netsuke* y comenzó a darle vueltas entre sus dedos nerviosamente.

—No voy a negar que me gustaría que llegáramos a ser buenos amigos —admitió, devolviendo el *netsuke* a la palma de su mano y dejando que sus dedos se demoraran en el contacto más de lo necesario.

Cindy puso el *netsuke* en su bolsa de terciopelo y la guardó en su bolso.

—Muchas gracias por tanta amabilidad.

Lo había aceptado; aceptándolo también como amigo íntimo.

—No sabe qué hacer: si ponerse a reír o a llorar —le dijo Roberta a Angelo.

Estaban cenando en la habitación del hotel y, como el camarero no volvería a aparecer hasta que se le llamara, Roberta había aprovechado para desnudarse quedándose solo con medias y liguero. Le gustaba exhibirse delante de él y había aprovechado la ocasión para quejarse de que últimamente no le daba suficientes oportunidades para hacerlo. Roberta no se había dado cuenta de que Angelo la empezaba a encontrar algo grotesca e, incluso, había dejado de gustarle. Su desagrado aumentaba con la sospecha de que ella y Loren habían matado a Burt Craddock, y no estaba seguro de los motivos que la impulsaban a continuar visitándolo.

Loren se encontraba en Florida reunido con los directores de los concesionarios de la zona sur y eso le daba la oportunidad de pasar la tarde (pero no la noche) con Angelo en su *suite* del hotel Renaissance Center. Angelo, en esos momentos, sentía la misma inquietud que en su día tuvo con Betsy, cuando pensó romper con ella: no estaba seguro de cómo reaccionaría o de lo que podría llegar a hacer.

No podía pedirle a Roberta que se vistiese, pero no encontraba el menor placer contemplándola. Sabía de sobras que ella solo pretendía utilizarlo, y ese era un juego al que él también podía jugar igual o incluso mejor que ella. Su única preocupación era ¿qué podía sacar él a su vez?

—Yo sí sé qué le hace feliz —contestó Angelo—, el Gran Corcel.

Ella se encogió de hombros.

—Me costó convencerlo de que no diera una fiesta con champán para celebrar su final.

—¡Un tipo estupendo ese Loren! Hay que reconocerle su magnífica contribución al fracaso del Gran Corcel.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que fue él quien difundió lo inseguro que era el coche por todos los periódicos y revistas que pudo. Y todo eso desde detrás de la escena, intentando que su nombre no apareciera. Hizo lo mismo que Nader.

—Te equivocas, Angelo.

—¡Desde luego que no! ¿Qué pensó, que no iba a enterarme algún día?

—Bueno, después de todo tiene muy buenas razones para odiarte.

—Me importa un pito.

—A mí tampoco me importa demasiado —contestó Roberta—, pero tengo que preocuparme por mí misma. En este momento la continuidad de XB Motors es más importante para mí que para él.

—Eso también me ha dejado de importar —dijo Angelo.

—No me tomes el pelo —contestó Roberta—. Me has dicho más de una vez que lo único importante en tu vida es construir coches. ¡Venga, hombre!, te gusta más diseñar coches a que te la chupen. Fabricar coches te la pone dura, eso es exactamente lo que te pasa.

Angelo suspiró profundamente.

—Y XB es la única compañía en la que puedo conseguir el control necesario para construir los coches como yo quiero.

—Cualquiera de los tres grandes estaría encantado de contratarte, pero tendrías que trabajar con...

—Con comités —interrumpió terminando su frase—. Como director en nómina.

—Y Angelo Perino no trabaja de esa manera —finalizó ella—. A Angelo Perino no le gustan las organizaciones o las jerarquías, o tener que llamar a alguien jefe. Eso es lo que me gusta de ti; yo tampoco llamo a nadie jefe. Nunca lo he hecho y nunca lo haré.

—He puesto mis pelotas sobre la mesa por el Gran Corcel y fíjate en lo que he conseguido. Puedo entender que Loren esté tan contento de que resultara un fracaso, ahora tiene la sartén por el mango para aplastármelas con ella.

—No fue un fracaso —le corrigió Roberta—. El mercado no estaba listo todavía para ese tipo de coche.

—No vale la pena intentar racionalizarlo —contestó Angelo—, eso no va a cambiar las cosas.

Roberta se levantó y se acercó a la ventana con un vaso de vino tinto en la mano y se quedó allí parada. La podía ver cualquiera de los cientos de personas que podían estar mirando desde otras tantas ventanas del gigantesco complejo del Renaissance Center. Angelo se acercó apresuradamente y tiró del cordón para cerrar las cortinas.

Roberta le sonrió con abandono, dando a entender que no le desagradaba la idea de haber sido observada y volvió a la mesa y a su plato.

—El Corcel tiene problemas —dijo sin otra introducción.

—Tiene ya cuatro años —contestó Angelo—. Fue mi idea continuar con el mismo modelo durante algunos años para que el comprador no tuviera que pensar, llegado el mes de octubre, que estaba conduciendo un modelo caducado. Hemos introducido algunos cambios puramente cosméticos, pero básicamente estamos ofreciendo el mismo coche que en el 81. Ha llegado la hora de sacar un coche totalmente diferente pero Loren y el consejo no quieren hacerlo.

—Cuestión de dinero —contestó ella.

—No hay ningún negocio que yo conozca en el que se pueda hacer dinero sin antes invertirlo.

—Están totalmente en contra de sacar otro coche con carrocería de resina de epoxy. Dicen que la única razón por la que tú quieres hacerlo es porque tienes la licencia de Shizoka del proceso de fabricación de ese material en Estados Unidos.

Angelo se encogió de hombros.

—Piensa el ladrón que todos son de su condición. Loren y su consejo de dirección están llenos de vueltas y piensan que los demás somos iguales.

—Aparte de eso —preguntó—, ¿qué crees que habría que hacer con el Corcel?

—Rediseñarlo —dijo Angelo— y hacerlo más pequeño. El mercado para el tradicional coche familiar americano con capacidad para transportar seis personas es muy limitado. En la actualidad, las familias que buscan un vehículo con espacio para seis personas se compran un monovolumen. Fíjate en los coches en la carretera; la mayoría solo están ocupados por una persona.

—Un modelo totalmente nuevo —dijo ella.

—Que nosotros no somos capaces de fabricar a un precio competitivo en la vieja factoría del Sundancer. Ya te he hablado de robots para hacer soldaduras y de otras tecnologías avanzadas. Eso es esencial, Roberta. ¿Dices que quieres que la empresa sobreviva? El año 2000 está a la vuelta de la esquina y XB tiene que prepararse para ser una compañía del siglo veintiuno.

—¿Volverías como vicepresidente si pudieras introducir los cambios de los que hablas?

—No. A Keijo y a mí nos va muy bien con la resina de epoxy. Este mes va a salir un nuevo avión que utiliza nuestro material. Además, continúo siendo un consultor, muy bien pagado por cierto, de XB Motors, a los que sigo aconsejando, aunque después no hagan nada con mis recomendaciones. Roberta, en XB estoy rodeado de inútiles. No consigo nada, excepto un montón de frustraciones. Eso sin contar con que a Loren y al resto del consejo les encantaría destruirme completamente, ya que no pueden pegarme un tiro. Tengo que andar mirando por encima de mi hombro todo el tiempo y ni me gusta ni lo necesito.

—¿Pero no estás proyectando coches? ¿Dónde está aquella pasión que tenías?

—Puede que me vaya a trabajar a Japón. Quizá las cosas pudieran ir mejor en Shizoka.

—No te engañes. Ninguna compañía japonesa te daría la autonomía que buscas.

—¿Y lo haría Loren?

—Loren solo tiene dos posibilidades —contesto—. La compañía vuelve a estar en una mala situación. O cambian las cosas o vende.

—¿Los tiburones continúan rondando?

—Se imaginan que la pueden comprar a buen precio y sacar algo de ella. —Sonrió—. Aunque probablemente lo primero que harían, si se apoderan de la compañía, sería ofrecerte la presidencia.

Angelo cabeceó negativamente.

—¿Y permitirme continuar proyectando los coches en los que creo? Lo dudo.

—Controla un poco tu orgullo, Angelo —dijo Roberta—. Si lucras un poco más listo podrías volver a ser vicepresidente, con más poder que antes.

Él cabeceó negativamente.

—Que se jodan, Roberta. ¿Por qué me iba a interesar volver a complicarme la

vida otra vez? Además, qué te hace pensar que Loren y sus lacayos lo...

—Te voy a decir qué es lo que me hace pensarlo, si es que no eres lo suficientemente listo para adivinarlo por tu cuenta. Mejor dicho, lo que me hace estar absolutamente segura. Los directores de los concesionarios, querido. Esos malditos están a favor tuyo y de Betsy. Si nos abandonan...

—Es el fin.

—Eso es. Sin ellos, no hay compañía. Estamos acabados.

Roberta estiró sus hombros y desentumeció su cuello mientras se frotaba los pechos con las manos dirigiendo una sonrisa a Angelo que daba a entender sin lugar a dudas lo que deseaba.

—Quiero autonomía —dijo él con firmeza—. Autonomía total.

—Te la puedo conseguir —dijo ella con cierta impaciencia—. Déjame que me ocupe de Loren como siempre lo he hecho, pero ahora ocúpate tú de mí. Te voy a echar un polvo que te voy a dejar bizco. Todavía sigo siendo el mejor polvo que has tenido en tu vida.

—En este aspecto, tienes uno de los mayores egos que he visto jamás.

Su comentario no consiguió desanimarla y se puso a trabajar. Por el momento no podía correr el riesgo de que se volviera contra él, así que tuvo que aguantarse y aceptar lo que ella le daba.



—Deja que yo me encargue de Angelo Perino —le dijo Roberta a Loren—. Y empieza a hacer lo que te he dicho. No es necesario que te desnudes: lo quiero ahora mismo.

Y sin más se subió la falda negra alrededor de sus caderas, se bajó las bragas y abrió las piernas. Loren se quitó la chaqueta y se arrodilló completamente vestido delante de ella, y acercando su cara a su monte de Venus comenzó a avivar sus fuegos.

Roberta se recostó en el sofá y encendió un Chesterfield.

Loren utilizó sus dedos para abrirla un poco más y continuó lamiendo sus labios hasta encontrar su clítoris al que hizo vibrar con la punta de su lengua antes de volver a hundir su cabeza y recorrer con su lengua arriba y abajo, repetidas veces, toda la extensión de su surco.

—Has mejorado mucho desde la primera vez que te enseñé a hacerlo —comentó ella con voz ronca.

—La práctica es lo que hace al maestro —contestó haciendo una pausa—. ¿Perino, eh? —preguntó—. ¿No hay otra salida?

—Eso, o ver cómo se hunde la empresa —contestó ella—. Vamos a tener que buscar financiación y Perino es indispensable para lograrla. Los bancos no nos darían un céntimo sin él. Ya vendrá el día en que lo podamos despedir con una patada en el culo.

—Darle una patada en el culo no sería suficiente. Quiero rompérselo.

—Lo harás.

Loren hizo un gesto afirmativo antes de volver a hundir la cabeza entre sus muslos, volviendo diligentemente a su trabajo, mientras ella le revolvía distraídamente el pelo.

—¿Sabes? —dijo ella—, me acuerdo de que al principio no te gustaba y solo lo hacías porque yo te lo pedía pero ahora, maldita sea, tengo la sensación de que te gusta.

—Umm-hummm —farfulló él—. ¡Mmmmm!

—Es una buena cosa que te guste lo que a mí, porque tú y yo estamos atados el uno al otro de por vida. Nos une un asesinato, querido, y la idea de pasarme el resto de mis días en una prisión de Michigan no me atrae mucho.



Hay una ventaja adicional en el hecho de que XB aumente su endeudamiento —dijo Bill Adams—, eso la hará menos apetecible a todos esos tiburones financieros. Froelich & Green se echarán atrás rápidamente cuando vean que la compañía se ha endeudado por valor de cuatrocientos setenta y cinco millones de dólares.

—No sé cómo agradecértelo —dijo Angelo.

Bill se rio.

—Págame mis honorarios.

Estaban tomando una copa en el bar del Club Náutico de Indian Harbor, mientras esperaban para cenar a Cindy y a Alicia que venían por separado.

—He adquirido una opción sobre aquel solar —comentó Angelo—. Me hubiera gustado construir la planta en algún otro lugar que no fuera Detroit pero el alcalde me convenció del grave perjuicio que causaríamos a la ciudad si trasladábamos la empresa a otro sitio. Además, todos nuestros proveedores están organizados para hacer sus entregas en Detroit. Eran demasiados cambios.

—¿Sabías que un grupo de residentes en Greenwich ha formado un club de propietarios del Gran Corcel?

—Sí. Me han pedido que les dé una conferencia, pero no sé cómo explicar el hecho de que ni Cindy ni yo conduzcamos uno desde hace tiempo.

—¿Vas a adelantar algo sobre cómo será el nuevo modelo del Corcel?

—Para empezar será más pequeño —contestó Angelo—. El concepto de un coche grande con capacidad para seis pasajeros no vende. He encontrado una fuerte oposición a utilizar resina de epoxy en la carrocería de un coche familiar, así que una vez más volveremos a usar acero. Continuaremos utilizando básicamente el mismo motor, no hay razón para cambiarlo, pero esta vez tendrá tracción delantera, y una nueva línea más estilizada. Voy a ir a Turín para reunirme con Marco Varallo. Creo que él puede diseñar lo que quiero: un coche americano de dos puertas con capacidad para cuatro personas que no sea ni un coche deportivo ni un mazacote cuadrado para transportar a toda la familia.



Cindy había insistido en que se detuviese en Londres, de camino hacia Turín, para que viera a su hijo y a Betsy.

El bebé se parecía a Perino. Señalando a Angelo, Betsy le dijo al bebé que ese hombre era su padre. Y debió de entenderlo porque dejó que Angelo lo cogiera sin protestar.

Betsy había querido desde el principio que el pequeño John supiera quién era su padre. Loren Van Ludwige, que ahora tenía once años, también conocía al suyo lo mismo que la pequeña Sally de tres años.

Después de que la niñera se hizo cargo del bebé, Betsy sirvió unos brandies y ella y Angelo se quedaron juntos mirando por la ventana que daba a Regent's Park. Betsy vestía unos suaves tejanos desteñidos y una camiseta blanca de algodón con mangas; no llevaba sujetador.

Cindy le había escrito a Betsy diciéndole que sabía que Angelo era el padre de uno de sus hijos y que esperaba que pudieran llegar a ser amigas. La invitaba a que trajese al pequeño John de visita a Estados Unidos para que conociera a sus abuelos mientras todavía vivían. Sería bien recibida en su casa de Greenwich donde el pequeño podría conocer al resto de los hijos de Perino y donde se le trataría como a un hermano.

—Le estoy muy agradecida a Cindy —dijo Betsy—, pero es todo demasiado civilizado para creérselo.

—Cindy también ha tenido sus aventuras, por lo menos una que yo sepa —contestó Angelo.

—Bueno, pues tengo noticias para ti —dijo Betsy—, si estabas pensando acostarte conmigo esta noche... lo siento.

—Me ha parecido que había novedades.

—Efectivamente —dijo ella—. Me caso otra vez. Dentro de uno o dos meses.

—Perdona, pero ¿estás...?

—¿Embarazada? No.

—¿Quién es el afortunado?

Ella suspiró.

—Bueno, no es un tal Angelo Perino. Esa es la tragedia de mi vida, ya lo sabes. No poder casarme con el hombre que amé, amo y amaré. Tengo treinta y dos años y nunca podré casarme con ese hombre. Soy una madre soltera con tres niños y paso demasiado tiempo sola. Ya sé que mi padre no es el único que piensa que soy una irresponsable. Pero no es así, estoy la mayoría del tiempo en mi casa con los niños.

—¿Quién es él, Betsy?

—Un hombre muy bueno —contestó—. Eso le condena, ¿no es así? Lo sabe todo sobre mí, incluyendo que lo dejaría si algo le pasara a Cindy y tú me llamaras. A pesar de todo eso está dispuesto a ayudarme a criar a mis hijos.

—¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica?

—Su nombre es George Neville. George, vizconde de Neville, lo que significa que cuando me haya casado seré vizcondesa de Neville. Su familia está escandalizada de que se case con una mujer divorciada con dos hijos ilegítimos pero no parecen escandalizarse tanto con el hecho de que él también tenga un hijo ilegítimo.

»Es abogado, especialista en legislación sobre patentes y derechos de autor. Tiene cuatro años más que yo. Me llevó en una ocasión a pescar a Escocia, justo el tipo de cosa que como te puedes imaginar me vuelve loca, y una tarde, mientras me encontraba chapoteando metida en unas enormes botas de agua, intentando lanzar el sedal, se encontró con un amigo y me lo presentó. Tengo la sospecha de que el encuentro no fue casual pero no me importa. Su amigo resultó ser el príncipe de Gales.

Angelo levantó su copa.

—Espero que te haga feliz.

—No puedo continuar sentada esperando a que aparezcas cada uno o dos meses. Tienes que conocerlo y tienes que continuar visitando a John tan a menudo como te sea posible.

Angelo cabeceó afirmativamente.

—Todavía te amo, ¿lo entiendes?

Él la besó.

—Yo también te amo, Betsy —contestó él suavemente.



Aquella noche cenó con Betsy en el piso para poder pasar todo el tiempo posible con su hijo. El pequeño se puso caprichoso después de que le dieran su cena y la niñera se lo llevó para bañarlo y acostarlo.

La conversación se prolongó durante la cena. Ya se habían dicho todo lo que tenían que decirse sobre su amor mutuo. Angelo le contó las novedades sobre la nueva factoría y el nuevo modelo del Corcel. Ella le dijo que todavía continuaba conduciendo su Gran Corcel y que todo el mundo que lo veía se paraba para admirarlo y él prefirió no decirle que Cindy lo encontraba inseguro y que estaba preocupado por las posibles demandas que se podían presentar por ese motivo.

A las ocho se marchó, no sin antes prometer que a su vuelta de Turín pararía otra vez en Londres, antes de regresar a América.

Cuando pidió su llave en el hotel Duke, le entregaron un pequeño sobre azul con un escudo grabado en relieve.

—Lo ha traído un mensajero señor, del Savoy.

No lo abrió hasta que llegó a su habitación. Adivinaba quién se lo había enviado aunque no reconoció el escudo. La nota decía:

Por casualidad me encuentro en Londres coincidiendo con tu visita. Sé que no te quedarás a pasar la noche con Betsy, así que quizá te gustaría reunirme conmigo para tomar una copa, y... lo que se tercie, telefonéame al Savoy. Estaré en mi suite después de las nueve.

Anne

Lo estaba esperando en su suite del Savoy. Cuando la abrazó y la besó en el vestíbulo llevaba un camisón negro que combinaba encaje y nailon transparente. Como en ocasiones anteriores, el olor de su perfume consiguió excitarlo; un aroma sutil, limpio y nada empalagoso. Tomaron una copa de brandy y después fueron al dormitorio.

Nunca había conocido a una mujer como ella. Nada la hacía perder su compostura.

Primero sacó de su bolso un pequeño vial con el que se ungió su sexo antes de que él comenzara a acariciárselo con la lengua. Tenía un sabor muy suave, parecido al brandy, aunque casi no contenía alcohol. Había leído en algún lugar, quizá a Philip Roth, que lamer el coño de una mujer era como lamer un trozo de hígado crudo: se podía hacer pero desde luego no se podía decir que el sabor fuera agradable. Era de agradecer que ella hubiera tenido el detalle de ponerse esa esencia.

Ella gozó un par de veces pero no gimió, solo se pudo dar cuenta cuando su cuerpo se tensó cerrando los ojos con desmayo.

Después, con un gesto delicado, se quitó el pintalabios con un pañuelo de papel y empezó a recorrerle el pene con la punta de la lengua. Lo mordisqueó. Lo chupó. Verla hacerlo era lo mismo que mirarla comer: toda elegancia y medida. Lo manipulaba con la misma gracia con la que cogía tenedor y cuchillo; con apurada habilidad, sin un solo movimiento brusco. Nunca se la habían chupado con tanta reposada destreza y el efecto era tremendamente erótico. Cuando se corrió lo hizo con violentos y profundos espasmos. Ella recibió toda su eyaculación en su boca y después la escupió sobre un montón de pañuelos antes de volver a libar con su boca y labios hasta la última gota y limpiarse una vez más.

Se sentaron delante de la chimenea apagada adornada con dos enormes cestas de flores amarillas, todavía desnudos, mientras bebían un brandy.

—¿Solo una vez al año, Angelo? —preguntó—. Para mí, la espera ha merecido la

pena. ¿Y para ti?

—Por supuesto.

—Una vez al año no es suficiente.

—Eso es algo que tendremos que mejorar —contestó—. La necesidad de ser discretos es algo que es...

—Una incomodidad, pero como tú dices, también una necesidad. Los dos tenemos buenos matrimonios, eso creo. Pero estos momentos contigo son memorables. Los revivo a menudo.

Era la primera vez que la veía encender un cigarro. Era un Gauloise; un áspero cigarrillo francés, sin filtro, demasiado fuerte para el gusto americano.

—Igor dice que haber cargado a XB Motors con cuatrocientos setenta y cinco millones de dólares de deuda es la jugada más brillante que has hecho últimamente.

—Si queremos competir tenemos que modernizarnos —contestó.

—Desde luego, pero Igor no se refiere a eso. Recibí una oferta por mis acciones. Pagaban ochocientos cincuenta y cinco dólares por acción, lo cual es bastante más que su valor de mercado. Estoy segura de que le han hecho la misma oferta a Betsy y a Alicia, aunque ninguna de las dos me ha dicho nada.

—Se la hicieron a Alicia —contestó—, pero dudo de que se la hicieran a Betsy, me lo hubiera dicho. Desde luego a mí no me la hicieron.

—Se la han debido de hacer también a Loren, y a la Fundación Hardeman con toda seguridad, pero hará cosa de dos semanas retiraron repentinamente la oferta.

—Es lo que se conoce como un bocado envenenado —dijo Angelo—. Al endeudarse de esa manera, XB dejó de ser un buen negocio para esos tiburones.

Anne apagó su cigarrillo después de solo tres o cuatro bocanadas, cerrando la tapa del cenicero cuidadosamente.

—Por el momento has sido más listo que ellos.

—No; por el momento estoy haciendo que la compañía tome el rumbo que tiene que tomar si de verdad pretende continuar compitiendo en el mercado del automóvil. Que las deudas tan importantes que tenemos que asumir constituyan además un bocado envenenado es solo una consecuencia añadida.

—Angelo... Loren va a vender. La fundación también lo hará. Por mucho que haya odiado a Número Uno me duele ver la empresa caer en manos de gente que lo único que quiere es desmembrarla para venderla por piezas y sacar todo lo que puedan de ella.

—Era un auténtico hijo de puta —dijo Angelo—, pero yo también deseo que su compañía sobreviva. Por ti, por mí, por Cindy, por Betsy y Alicia... y por Loren Cuarto. Tengo unas cuantas sorpresas más preparadas para esos tiburones.

Su sonrisa era mortal.

venticuatro

1985

La construcción de la nueva planta de XB Motors requería la presencia constante de Angelo. Aunque había vuelto a ser nombrado vicepresidente, con una autonomía casi total, sabía que sus órdenes explícitas no se ejecutarían si no estaba delante para supervisar su cumplimiento.

Los días en que no podía ir, Keijo Shigeto acudía en su lugar, pero todo lo que podía hacer era informar a Angelo de lo que no iba bien; nadie estaba dispuesto a obedecer sus órdenes.

Angelo había comprado en *leasing* un pequeño Learjet para que él y Keijo pudieran viajar regularmente entre Detroit y el aeropuerto de Westchester, así que en el caso de recibir una llamada urgente solo tardaban unas horas en llegar. Pero aun así, las circunstancias le obligaban a pasar más tiempo fuera de casa de lo que hubiese deseado o previsto. Había reservado cerca del trabajo dos *suites* en el Ramada Inn, una para él y otra para Keijo, y se veía obligado a pasar allí más noches de las que le hubiera gustado.



Los hijos de Perino se habían hecho a la idea de que su padre no era un hombre normal que tenía horarios normales, al igual que la mayoría de los padres de sus amigos. La zona alta de Greenwich no era un vecindario de hombres y mujeres que trabajasen exclusivamente de nueve a cinco.

John, que ya tenía casi trece años, iba a un colegio privado para chicos, mientras Anna iba a un colegio para niñas. Morris, con ocho años, era un buen estudiante y estaba contento asistiendo a una escuela primaria de la vecindad donde también estaba matriculada su hermana Valerie. Durante la semana solo Mary, con dos años, solía estar en casa, pero muy a menudo, por las tardes, salía a pasear con su *au pair* por el parque o la playa.

Y, tal y como se había prometido a sí misma, Cindy comenzó a dedicar más tiempo a la galería VKP.

Marcus Lincicombe había empezado a tener mucha influencia en el negocio. Convenció a Cindy de que debían alquilar el segundo piso, instalar una escalera en espiral, y ampliar la oferta de la galería comerciando con otras líneas de arte. En unas vitrinas del piso superior se exhibían *netsukes*, mientras en las otras dos salas se exponían pinturas inglesas de los siglos XVII y XVIII, principalmente caballos pero también estampas de granjas y establos y escenas de la caza del zorro.

—A mí no me vuelven loco y sé que a ti tampoco te gustan —le dijo Marcus a Cindy—, pero a un importante sector del público parece que le gustan, y hay que

tenerlo en cuenta porque tienen dinero para comprarlos. Los ves colgados por todas partes en las casas de tus vecinos de Greenwich, ¿no es así? Los ves en los apartamentos de Park Avenue. Los ricos se sienten cómodos con cuadros de caballos, finos, lustrosos y todo eso. Es algo que todo el mundo reconoce como arte. Además tienen más de cien años de antigüedad.

—Son muy aburridos.

—Bueno, bueno, Cindy; tus gustos en materia de arte son tan eclécticos que estoy seguro de que lo único que logras es desconcertar a los invitados que acuden a tus cenas. A la mayoría de la gente no le gusta sentirse desconcertado o cuestionado.

Tenía toda la razón. Las escenas tradicionales de caza y caballos se vendían muy bien. Por el contrario, una exposición de la llamada escuela americana de la Leica, es decir cuadros que eran tan fotográficamente realistas como los de Amanda Finch, no tuvieron demasiado éxito de ventas.

La obra de Amanda continuaba vendiéndose bien, pero era evidente, a medida que pasaban los años, que la mayor parte de su atractivo residía en el explícito erotismo de sus desnudos. Continuaba usando adolescentes como modelos, siempre con el permiso de sus padres, que a menudo estaban presentes durante las sesiones. Contrató a un chico de dieciséis años y a su hermana de doce a los que retrató desnudos en escenas en las que estaban juntos jugando inocentemente a cosas como las damas o el Monopoli pero sin que se pudiera entender muy bien por qué un adolescente y una niña encontraban necesario jugar desnudos a juegos de mesa. Ese equívoco invitaba a la fantasía, a especular, y, como resultado, sus cuadros se vendían rápidamente a precios elevados. Cindy se dio cuenta de que Amanda había desarrollado un acusado instinto comercial. Pintaba lo que se vendía y si eso suponía cambiar la libertad del artista por el dinero, a Amanda no le importaba: sabía que estaba siendo sensacionalista y le era indiferente.

De vez en cuando, Marcus venía a Greenwich, pero solo en raras ocasiones visitaba la casa. Lo más frecuente era que se diese un paseo desde la estación de ferrocarril hasta el estudio de Amanda, y que Cindy pasara después para reunirse con ellos. Salían juntos a comer. Alguna vez Cindy y Marcus regresaron al apartamento después de almorzar para pasar un par de horas en el dormitorio de Amanda. Pero lo corriente era que Cindy cogiera el tren a la ciudad, solucionara algunos asuntos en la galería y después saliera a almorzar con Marcus, aunque a menudo se les unía Dietz o algún artista, para después, en ocasiones, pasar una hora a media tarde en el apartamento de Marcus.

Era impensable que una mujer casada con alguien como Angelo Perino —se decía a sí misma Cindy— pudiera entregarse a alguien como Marcus Lincicombe. Angelo tenía todo lo que a Marcus le faltaba, excepto que Angelo pasaba la mayoría del tiempo fuera y Marcus, por el contrario, siempre estaba *allí*: tenía tiempo y lo utilizaba.

Aunque no conocía mucho a los niños, se interesaba por ellos y tenía paciencia

para escuchar las historias que le contaba Cindy de sus idas y venidas. La había llegado a convencer de que realmente estaba interesado por ellos y quizá fuera así. Con Angelo se comportaba correctamente y sus preguntas sobre XB eran penetrantes sin llegar a ser indiscretas.

Lo único que le desagradaba a Cindy era su pipa eternamente encendida. Y siempre le pedía que se lavara los dientes antes de acercarse a ella, pero el olor acre a tabaco impregnaba sus ropas e incluso su piel. Solo después de ducharse lograba librarse de él.

Era un amante que buscaba dar placer. Parecía como si estuviera inseguro de su capacidad de satisfacerla y trabajaba duro para conseguirlo. Aunque era un hombre pequeño, estaba sin embargo bien dotado y sabía cómo emplearlo. La montaba como un semental pero hacía pequeños ajustes en su postura y en la de ella para penetrarla tan profundamente como era posible y variar las sensaciones a las que se entregaban.

Como Cindy había dejado de tomar la píldora, utilizaban condones.



En el otoño de 1985, el nuevo modelo del Corcel se distribuyó a los concesionarios. Era un coche más bajo y más aerodinámico que su predecesor y esta vez Cindy no protestó al tener que conducir uno durante unas cuantas semanas. Tenía unos cuantos caballos más de potencia que el modelo antiguo, ya que la mayoría de los coches que se vendían tenían aire acondicionado y se necesitaba más potencia para que funcionara su compresor sin tener que acudir al cambio de marchas en las cuestas. El éxito fue inmediato.

Las revistas especializadas, e incluso las revistas de interés general, dedicaron varios artículos a la nueva planta de fabricación. Desde los concesionarios llegaron informes de que muchos compradores se habían interesado por el coche al saber que estaba manufacturado bajo los controles más exigentes de calidad en una de las fábricas más modernas y automatizadas del momento.

El nuevo Corcel fue ampliamente reconocido como otro gran acierto de Angelo Perino.



1986

Todo el mundo que conocía a John Perino pensaba que era un guapo chico de trece años: alto, musculoso, con el pelo y los ojos negros. Jugaba al tenis y al *lacrosse* y en natación había ganado varias medallas y una copa. Las chicas se empezaban a interesar por él y comenzaba a recibir llamadas que se alargaban durante horas mientras una o varias chicas se reían nerviosa y tontamente al otro lado de la línea. Recibió varias invitaciones para guateques, algunos de los cuales terminaron en campeonatos de besos.

Sondra Mead iba a cumplir quince años esa primavera y sus padres le prometieron una fiesta de chica mayor, es decir, un guateque donde no se quedarían vigilando. Lo único que exigieron es que no se bebiese alcohol pero, aparte de eso, tenían plena libertad para hacer lo que quisiesen.

Los Mead vivían en una enorme finca, y habían convertido unas antiguas caballerizas de piedra sin labrar en un salón para las frecuentes fiestas que los padres de Sondra celebraban. Tenían una mesa de billar, otra de ping-pong y una de ruleta, además de un bar que se podía cerrar con llave.

Sondra, a la que se conocía familiarmente como Buffy, invitó a John Perino a su fiesta. Aunque no era su novio —había invitado también a otros chicos— lo anunció triunfantemente a su clase.

—Adivinad quién vendrá a mi fiesta. ¡John Perino!

—¡Oooh!

La fiesta comenzó a las siete. Cindy había pensado pasar a recoger a John a las diez, pero la madre de Sondra le comentó que tenía que llevar de vuelta a su casa a una chica que vivía cerca y que no le importaba, aprovechando el viaje, llevar también a John.

Él se vistió para la ocasión con un jersey de cachemir marrón, una camisa blanca abierta y unos pantalones grises. Como regalo de cumpleaños llevaba un pañuelo de seda que Cindy le había ayudado a escoger.

John no era tímido, sabía desenvolverse y cuando le entregó a Sondra su regalo y ella lo besó, no se sonrojó de vergüenza.

Pero ninguno de esos adolescentes era tímido o se sentía cohibido en presencia de miembros del sexo opuesto. No formaron dos grupos con los chicos en un extremo del salón y las chicas en el lado opuesto cruzándose risitas nerviosas, sino que se mezclaron entre ellos charlando y al rato comenzaron a bailar. Buffy buscó a John y esperó a que la invitara a bailar.

Era una chica espectacularmente bonita, que acababa de madurar como mujer, con una tez dorada y suave. Su figura, a diferencia del resto de sus amigas de la misma edad, había alcanzado ya probablemente su pleno desarrollo. Para esta ocasión, se había pintado los labios de color rosa pálido y llevaba su pelo rubio peinado en una melena lisa que caía hasta sus hombros.

—¡Oye, tú, Perino! —dijo uno de los chicos que estaba bailando con su pareja cerca de John y Buffy—, el martes me diste un buen golpe con tu bastón de *lacrosse* en el entrenamiento.

—Lo siento, Ken. No fue intencionado; ya me disculpé contigo entonces.

—¿Estás seguro de que no lo hiciste a propósito?

—Si lo hubiera hecho con mala idea no estarías hoy de pie —contestó John.

Buffy se abrazó más estrechamente a John.

—¡Cómo eres! —exclamó Buffy.

A pesar de que Buffy había prometido a sus padres que no se bebería alcohol en

la fiesta, uno de los muchachos despertó una carcajada general entre los otros cuando se escondieron en el cuarto de baño y sacó un condón lleno de vodka que llevaba colgando en la pernera del pantalón. Cuando vació su contenido en dos vasos resultó contener más de medio litro de vodka.

El vodka era la bebida favorita porque no dejaba el menor rastro en el aliento de los jóvenes cuando volvían a sus casas. Además del medio litro transportado en el condón, otras cantidades similares hicieron su aparición en botellas metidas de contrabando y en petacas. La mayoría se lo tomó mezclado con Coca-Cola y soda, aunque también hubo quien se lo tomó seco.

John nunca lo había probado pero, por supuesto, no iba a rechazarlo. Ken se aseguró de que su bebida estuviera bien cargada de vodka.

Nadie rehusó beber, pero tampoco nadie pudo emborracharse. No habían conseguido introducir suficiente cantidad para eso, aunque, al cabo de una hora, todo el mundo estaba ligeramente alegre. Algunos de los chicos empezaron a entonar una cantinela.

—¡Tetas! ¡Tetas! ¡Tetas!

Era un juego. Los chicos bajaron al sótano de la sala, mientras las chicas se quitaban sus jerséis, blusas y sujetadores. Después, los chicos, con los ojos vendados, subieron uno a uno tropezando por las escaleras hasta que una de las chicas les cogía de la mano y les guiaba de chica en chica para que, tocándoles los pechos, intentaran identificar a sus propietarias.

Todos los chicos identificaron a Buffy sin problemas, al fin y al cabo ella era la que estaba más desarrollada. John también la reconoció y ella lo besó en la mejilla. Fue la única chica a la que pudo identificar. Algunos de los chicos ya habían jugado a este juego antes y sabían cómo eran algunas chicas; otros tenían novia y podían reconocer al tacto sin ninguna dificultad sus pechos. Todo el mundo se reía mientras cada chico intentaba adivinar a su propietaria.

Entonces se desató otra cantinela por parte de las chicas.

—¡Pollas! ¡Pollas! ¡Pollas!

Esta vez fueron las chicas las que bajaron al sótano, mientras los chicos se quitaban los pantalones y los calzoncillos y se agrupaban alrededor de la mesa de billar. Después las chicas dieron la vuelta a la mesa tocando penes y escrotos entre risitas, sonrojándose cada vez que pronunciaban un nombre.

Buffy cogió el pene erecto de John con una mano y lo recorrió con los dedos de su mano derecha.

—Es el de John —susurró.

Todos los chicos aplaudieron mientras ella le besaba en la boca antes de volver al sótano.

En la cocina, un poco más tarde, mientras mezclaban unas pequeñas dosis de vodka en sus vasos de Coca-Cola, ella le cogió de la mano y le dijo:

—Bueno, ahora quiero ver lo que he tocado.



Buffy no pudo contener su excitación y a la mañana siguiente se lo contó todo a su amiga Linda Falstaff por teléfono.

—Chica, ¡no te lo vas a creer!

—No me iras a decir que...

—¡Oh, sí! Y oye, fue perfecto. Mejor de lo que podía imaginarme. ¡Ay Dios, Lin! ¡Madre mía!

—¿Cómo pudiste...? Quiero decir, ¿cómo lograste estar a solas con él?

—De chiripa. Suerte que tiene una. ¿Te acuerdas de que tú y yo fuimos a ver *El honor de los Fizzis* hace una semana? Bueno, pues les conté a mis padres que era súper, sin pensar lo importante que iba a ser en mi vida. Fueron a verla para no estar en medio de la fiesta y yo me acordé de que no acababa hasta las once y cuarto. Los padres de mis amigos vinieron a recogerlos a las diez y tu madre...

—La pesada de mi madre me vino a buscar a las diez en punto, es peor que un despertador.

—Bueno, pues quince minutos más tarde no quedaba nadie excepto John, Muffy y yo. Mamá le había dicho a Muffy que la llevaría a casa, porque sus padres habían ido a Nueva York al teatro, y como vive cerca, iba a llevar también a John. Bueno, pues teníamos una hora...

—¿Y qué hiciste con Muffy?, ¿se sentó a mirar?

—¡Tonta! No; le dimos todo el vodka que quedaba y se sentó en uno de los bancos que hay fuera fumando y bebiendo. Además de dejarnos solos se quedó vigilando por si acaso. ¡Esa sí que es una buena amiga!

—Cuéntame lo que hicisteis.

—Bueno... ya sabes, lo que queríamos.

—¡Buffy Mead, si no me lo cuentas todo, detalle por detalle, dejamos de ser amigas! ¡Me lo habías prometido! Hicimos un pacto: la primera de las dos que lo hiciera se lo contaría todo a la otra, con todos los detalles, para que la otra supiera cómo hacerlo cuando le llegara su turno, y tú has sido la...

—Está bien; me muero por contarlo.

—Dime, ¿cómo fue?

—Tengo que confesar que cuando llegó la hora me dio miedo. Y oye, a él le pasó lo mismo. Me dijo que si no quería hacerlo estaba bien y yo le dije también lo mismo. Pero, cuando le pregunté si realmente quería hacerlo me dijo que sí. Y yo no quería que pensara que solo era una de esas calientapollas, así que le dije que sí... y lo hicimos.

—¡Como no me cuentes más cosas te mato!

—Bueno... tuvimos que quitarnos la ropa, claro. Y nos besamos, y él me tocó un poco las tetas, pero no te lo vas a creer... esto... estaba blando. No estaba dura como

cuando se la cogí jugando. Tenía tanto miedo como yo. Tuve que cogérsela con la mano y frotarla contra mi estómago y entonces sí que se puso dura y ¡tan grande!

—Yo las he tocado durante el juego, pero nunca he visto una.

—Lin, es *preciosa*. Quiero decir que es un símbolo perfecto del poder masculino. Lo intentamos en el sofá, pero no había espacio, así que me subí a la mesa de billar y... bueno... ya sabes...

—Sí, ya lo sé, pero cuéntamelo.

—Bueno... Lin... no es tan fácil como te piensas. Abrí las piernas y él se puso encima de mí e intentó entrar y... no podía... estaba toda contraída y entonces se volvió a quedar toda blanda y volví a acariciársela con la mano para ponérsela dura y lo intentó otra vez. Entonces... tuve que levantarme y mojársela con saliva para que estuviera más resbaladiza y sí que pudo meterla y... ¡Oh, Lin! Fue maravilloso. ¿Sabes?, me la metió *bien dentro* y estaba tan *dura*...

—¿No te dolió?

—Sí, un poco, pero era un dolor agradable. Te digo una cosa, Lin, si mi padre y mi madre hubieran entrado en ese momento, no hubiese parado hasta terminar. ¡Ya hablaríamos después!

—¿Mi madre! ¿Y no utilizaste un condón?

—Tendremos que pensar en eso la próxima vez.

—¿Buffy! ¿Qué suerte tienes, puñetera! ¿Y con John Perino!

—Lo amo, Lin, y él también me ama. Hemos hablado de casarnos tan pronto como terminemos la escuela.



Loren Van Ludwige tenía catorce años y tanto su padre como su madre estaban orgullosos de él. Tal como habían planeado, después de cursar sus estudios de primaria en una escuela pública inglesa había ingresado en la escuela de San François Xavier en París.

Si el joven Loren hubiese podido escoger no hubiera elegido ni esa escuela ni tampoco St. George, donde sus nalgas desnudas habían sido azotadas primero por los maestros y después por los chicos mayores cumplimentando la tradición de imponer su propia disciplina. Tampoco hubiera jugado al rugby o hecho carreras de campo a través o remado en un *scull*, pero había que hacerlo y después enfrentarse a una ducha con agua helada. Como sabía que más adelante tendría que ir a un colegio francés se había aplicado en el estudio del idioma y había sacado sobresaliente en esa asignatura además de en matemáticas. Sus maestros sin embargo le suspendieron en ética y economía.

En la escuela de San François Xavier no se azotaba a los alumnos, pero el aburrimiento era mucho peor. Sabía todo el francés que necesitaba saber y las sutilezas de la gramática de los siglos XVII y XVIII, las comedias de Racine, o los ensayos de Montesquieu no le interesaban. Educado en St. George para pensar que

Napoleón era un monstruo, se quedó sorprendido al descubrir que los franceses lo consideraban un gran héroe nacional. Sus maestros estaban impresionados por la facilidad que demostraba Loren con los números, pero en la escuela no ofrecían cursos de ciencias como parte del currículum académico y ponían todo su énfasis en las artes. Se esperaba de él que dibujara, pintara, compusiera música o escribiera una obra de teatro, todo en el estilo de algún artista francés del siglo pasado, y lo acompañara con notas precisas e identificando las distintas influencias que formaban parte de su trabajo.

Ninguno de los alumnos podía salir fuera del recinto de la escuela excepto en aquellas ocasiones en las que salían en grupo, acompañados por un maestro, para visitar el Louvre, Les Invalides o algún otro museo o monumento.

Loren era lo suficientemente inteligente para darse cuenta de que estaba recibiendo una buena educación, pero esperaba con impaciencia el día en que pudiera ir a la universidad en Estados Unidos y disfrutar de la misma libertad que había oído que disfrutaban los estudiantes americanos.

El internado que sus padres habían escogido le había dado algo más que él apreciaba. En St. George el nombre de Loren les gustaba a sus compañeros tan poco como a él y le habían llamado Ren. Los franceses lo pronunciaban «Loggan» y le hubieran llamado Ron si él no se hubiera opuesto y hubiera pedido que le llamaran Van, por Van Ludwige. Ese sobrenombre gustó; para los franceses, Van sonaba como *vin*, vino, así que todo el mundo le empezó a llamar Van. Algunos de sus maestros inocentemente incluso le conocían como Van Van Ludwige. Para disgusto de su padre empezó a escribir su nombre como Van Ludwige y, aunque a Betsy le pareció divertido que hubiese renunciado a su primer nombre (ella continuaba pensando en él como Loren Cuarto) no le contó a su padre que su nieto había renunciado a llevar su nombre.

Van había heredado lo mejor que se podía encontrar en los genes de los Hardeman y los que le tocaban por parte de Max Van Ludwige: era un muchacho excepcionalmente guapo, alto y bien proporcionado.

Con catorce años tenía el mismo problema que muchos de los chicos de su edad; había madurado sexualmente y no podía desahogarse. Su compañero de cuarto tenía el mismo problema, así que buscaron uno en el otro la solución a sus apremios diciéndose que no eran esa clase de personas y que tan pronto como pudieran se estrenarían con mujeres.

Sus encuentros sexuales estaban llenos de peligro. Los maestros patrullaban los pasillos de los dormitorios constantemente y podían entrar en cualquier momento, así que el primero que se despertaba a las tres o las cuatro de la mañana, generalmente para ir al lavabo, despertaba al otro. Hacían algo que era una tradición en la escuela de San François Xavier. En vez de atravesar el pasillo para ir a los lavabos de madrugada, seaban por la ventana. Era una costumbre tan extendida que a las ventanas se las llamaba *pissoirs*. El que se levantaba primero despertaba a su

compañero antes de ir a la ventana y el otro tenía una penalización: recoger en la boca las últimas gotas de orina que quedaban de la meada de su compañero. Después se la chupaban el uno al otro antes de amanecer. Rara vez perdían una noche. La mayoría de los compañeros emparejados en otros cuartos hacían lo mismo.

Como Van y Charles eran europeos, no estaban circuncidados. Ninguno de los dos podía imaginarse cómo un hombre podía disfrutar con el sexo cuando la parte más sensible de su anatomía le había sido cortada y arrojada a la basura. En sus mutuos escarceos se frotaban los prepucios y utilizaban lengua y labios para excitar más intensamente sus penes palpitantes.

No intentaron la penetración anal; no les apetecía como a otros chicos de la escuela de San François Xavier. Para variar se masturbaban: algunas veces frotándose el miembro el uno contra el otro, otras se masturbaban el uno al otro y otras cada uno por su cuenta.

Se proclamaron amigos para siempre que se querrían toda la vida, pero cada uno de ellos declaraba también que deseaba una chica a la que amaría mucho más.



La noche en que John Perino tomó la virginidad de Buffy Mead y entregó la suya, Van Ludwige y Charles Bizen se la estaban chupando probablemente por enésima vez. Podría haberse dado el caso de que debido a la diferencia horaria hubiera ocurrido incluso a la misma hora.

A esa hora, en el dormitorio de Amanda, Cindy estaba en la cama con Marcus. Betsy, que por aquel entonces ya había tenido una niña con el vizconde de Neville y acababa de saber que se había vuelto a quedar embarazada, despertó a Angelo y lo puso cachondo. Su marido estaba llevando un caso en la audiencia de Winchester y ella había sido incapaz de resistirse a la oportunidad que se le brindaba de estar con Angelo otra vez.

Loren y Roberta habían ido a comer con Betsy a su nuevo domicilio, la casa en Grosvenor Square que Neville poseía en la ciudad. Era una casa estilo regencia y, aunque no era tan elegante como la casa a la que Betsy había renunciado en Regent's Park, disponía de más espacio para los tres niños que todavía vivían en casa: John Hardeman, y Charlotte y George Neville. La madre del vizconde se había mudado a regañadientes, y solo después de enterarse de que los tres niños vendrían también a vivir con ellos, en vez de ir a un internado. Disgustada se llevó con ella la mayoría de los muebles, lo cual le pareció perfecto a Betsy, que siguiendo el consejo de Angelo (un secreto bien guardado) contrató a Marcus Lincicombe como decorador. Ella corrió con la mayoría de los gastos y juntos rebuscaron por todas las tiendas de Londres los muebles y objetos artísticos que convirtieron la casa en una referencia obligada en las revistas de decoración.

Betsy tenía ahora treinta y cinco años. Otro secreto, conocido solo por su marido y Angelo, era que después de ser madre de cinco hijos había decidido finalmente esterilizarse. No era ya aquella chica ligera y frívola de años atrás, pero tampoco se había convertido en una matrona. Seguía siendo extraordinariamente atractiva, con una belleza intemporal que prometía desafiar el paso del tiempo. No tenía la elegancia de la princesa Anne Alekhine, era demasiado vitalista para eso, pero la vizcondesa Neville había merecido que la presentaran a la reina a pesar de tener un hijo y una hija ilegítimos, y se desenvolvía con tal soltura que la prensa del corazón la había adoptado inmediatamente declarándola la nueva celebridad de la temporada.

El primer plato del almuerzo en familia consistía en sopa rusa de remolacha fría. El tercer whisky de Loren le hacía compañía cerca de su plato. Estaba con el típico humor de los Hardeman.

—¿Podrías jurarle a tu marido que sus hijos son realmente suyos y no son de Angelo Perino? —preguntó.

—¡Vete al diablo! —contestó Betsy—. ¿Puedes tú acaso jurar que soy hija tuya? Después de todo Anne tampoco es la hija de tu padre. A lo mejor Número Uno volvió a hacer una de las tuyas. ¿Quién me asegura que tú eres mi padre?

Loren enrojeció de cólera.

—¡Maldita sea! Has ido demasiado lejos.

Roberta agitó las manos.

—¡Basta ya! ¡Los dos! Betsy... Loren. Por favor.

Betsy suspiró.

—En la familia Hardeman nadie sabe quién es quién. ¿Cómo puede cualquiera de nosotros estar seguro de algo? De lo único que estoy segura es de una cosa: tú tienes

dos criaturas, padre, y las dos son de Angelo.

—¡Betsy! ¿Qué diablos...?

—Los dos XB Corceles que han hecho posible que la compañía sobreviva. Sin ellos...

—Nadie discute eso —interrumpió Roberta—, ya sabemos que ese hombre es genial diseñando automóviles.

—Ese hombre es solo un ladrón genial —saltó Loren—. Lo único que busca es robarnos todo lo que es nuestro. ¡Todo! ¿Es que sois incapaces de ver que ese Angelo Perino es solo un mafioso?

—Sin él no quedaría nada que robar —contestó Betsy tranquilamente—. Salvó en su momento a Número Uno y ahora te ha sacado a ti las castañas del fuego.

—Le estás dando demasiada importancia —dijo Roberta—, y tu padre se merece más reconocimiento del que le das.

—¿Por qué? —preguntó Betsy despreciativamente.

—Dices que no existiría la compañía si no fuera por el Corcel; pero tampoco hubiera habido un Corcel si no hubiera sido por tu padre. Angelo Perino es solo un ingeniero y sin un equipo directivo de reconocida capacidad no habiéramos conseguido la financiación necesaria para fabricar los automóviles.

—Fue el nombre de Angelo Perino, encabezando el proyecto, lo que decidió a los bancos a financiarnos con esos cuatrocientos setenta y cinco millones de dólares —contestó Betsy.

—Porque se me adelantó —contestó Loren—, hubiese podido conseguir el dinero yo solo.

—¿Dónde?

—Mi amigo Herbert Froelich me lo hubiera proporcionado.

Betsy sonrió sacudiendo la cabeza condescendentemente.

—Habrías tenido que darle en garantía todas tus acciones además de las de la fundación y cuando Froelich te hubiera exigido el pago —antes de que el Corcel hubiera comenzado a dar beneficios— y no hubieras podido hacerlo, te habría ejecutado la garantía, quedándose con la empresa.

—¿Y qué crees que está planeando hacer Perino?

—Convertirse en el presidente ejecutivo de la compañía —contestó brutalmente.

—Por encima de mi cadáver.

—De esa forma o de cualquier otra.

—Tengo una sorpresa para ti, putita. Cuando venda...

Betsy asintió con la cabeza.

—Sí, ya lo sé: no habrá una compañía de la que apoderarse. Pero no estés tan seguro de que vas a poder venderla. Puede que no sea así.

—Claro que puedo —replicó Loren obstinadamente—, ya lo verás.



Angelo y Betsy estaban acostados, abrazados, en una cama grandiosa en una *suite* de un hotel en Tokio. Angelo había ido a Japón para hablar con Tadashi Komatsu y, con su habitual habilidad, Betsy se había enterado de su viaje y de dónde se hospedaba. De alguna manera había convencido a su marido de que tenía que ir a Detroit, donde él pensaba que se encontraba ahora, pero allí se había limitado a hacer un transbordo de aviones.

—Tenía que verte cuanto antes —dijo ella—. Va a hacerlo. Va a vender la compañía.

—Bueno, él es quien tiene el control —contestó Angelo tranquilamente.

—Eso es. Número Uno le dio a mi padre y a Anne hace años un diez por ciento a cada uno en acciones de la compañía. Mi padre perdió la mitad de su participación cuando mi madre se divorció de él. Después de la muerte de Número Uno heredó otro veinticinco por ciento, lo que le da ahora un treinta por ciento, pero ha donado posteriormente un cinco por ciento a Roberta y yo tengo un quince por ciento. Número Uno repartió un tres por ciento entre un grupo de empleados que le eran leales y además fundó la Fundación Hardeman, a la que dotó con un treinta y cinco por ciento. La fundación siempre vota de acuerdo con lo que dice mi padre y esos votos son los que le otorgan el control.

—Tú y Anne también sois miembros de la junta directiva de la fundación —puntualizó Angelo—, pero estáis en minoría.

—Randolph y Mueller son simples hombres de paja de mi padre. Además, también ha nombrado a Roberta como miembro de la junta. Número Uno hizo una tontería permitiendo que mi padre nombrara a Randolph y a Mueller miembros de la junta directiva. En sus últimos años no estuvo tan alerta como debía.

—Así que tú tienes un quince por ciento, Anne diez, Alicia cinco y yo tengo un dos.

—Solo nos faltan unos cuantos votos para estar en mayoría.

—Ese treinta y dos por ciento puede ser más importante de lo que te crees. He estado hablando con Paul Burger. Los accionistas minoritarios tienen sus derechos. Si yo fuera tú hablaría con él, puede que consigamos nombrar por lo menos a un consejero y puede que incluso dos.

—¿Qué diferencia habría con eso respecto de la situación actual?

—Bueno, voy a plantear a Loren una nueva propuesta; esa es la razón por la que he venido a Japón. Un coche nuevo y revolucionario para el siglo veintiuno.

Betsy le mordisqueó la nuca.

—¿Cuántas veces podemos estar juntos, mi amor? —susurró—. ¡Al diablo con los coches! Siempre podremos hablar de eso en cualquier restaurante de Londres delante de George. ¡Quiero hacer el amor! ¿Para qué he hecho si no todo este viaje hasta Japón? Tenemos dos noches... tres en el mejor de los casos antes de que tenga que volver a casa. ¡Dime que me amas, Angelo Perino! ¡Dímelo y te lo recompensaré! Dímelo, y la vizcondesa Neville, la amiga de la reina, te chupará la polla hasta que seas incapaz de correrte una vez más.



—Cuando hayamos devuelto todos los préstamos, Froelich volverá a la carga —le dijo Angelo a Bill Adams, en el Four Seasons, mientras se servían un plato de cangrejos.

—Lo que de verdad le interesa es esa planta ultramoderna que construiste, donde se fabrica el nuevo Corcel —contestó Bill—. Se la podría vender a... bueno, de hecho se la podría vender a cualquier compañía que quisiese. Es una obra maestra de ingeniería. Cualquiera de los tres grandes fabricantes de coches estaría interesado en comprarla, por no hablar de los japoneses o los alemanes; incluso los rusos, si pudiesen encontrar el dinero para hacerlo. En cualquier caso, el...

—Todo lo que Froelich tiene que hacer es dejar de fabricar coches —dijo Angelo—. Liquidar el Corcel.

Bill Adams cabeceó concordando.

—Podría conseguir solo por la nueva planta lo mismo que está ofreciendo por todas las acciones. Después puede continuar liquidando el resto de la empresa y eso ya sería beneficio limpio.

—Betsy dice que Loren va a vender sus acciones. La fundación también lo hará, porque esos consejeros son sus marionetas. Eso significa cien millones de dólares para la fundación en dinero contante y sonante que es mejor que...

—Esa es la clave —dijo Bill.

—¿Clave?

—Dinero contante. Supón que Froelich & Green no pueden reunir suficiente efectivo para comprar las acciones de la Fundación Hardeman y las de Loren. Tendrán que ofrecer otra cosa: acciones de Froelich & Green, obligaciones, bonos, lo que sea. Loren Hardeman puede ser lo suficientemente estúpido para aceptar lo que le ofrezcan, pero la fundación está sujeta a las leyes de Michigan y estas establecen unas normas sobre la clase de bonos que una fundación caritativa puede incluir en su cartera. Los bonos basura que les ofrezcan Froelich & Green, tenlo por seguro, no van a reunir las condiciones necesarias para poder ser aceptados.

—¿Qué quieres decir?, ¿y si son capaces de reunir el dinero? —preguntó Angelo—, me imagino que tienen el músculo financiero para hacerlo. Han llevado a cabo anteriormente varias Opas con éxito.

Bill Adams sonrió.

—Lo dudo mucho —contestó—. Hoy en día, no gozan de muy buena reputación en el mercado.



Angelo descargó a Keijo Shigeto de todas las responsabilidades relacionadas con el Corcel. Convencido de que su socio japonés era un auténtico genio en ingeniería quería que se dedicara exclusivamente a su nuevo proyecto.

Estaban todos reunidos en el cuarto de estar de los Perino: Angelo, Cindy, Keijo y Toshiko. Ya se había abandonado la idea de que Keijo estaba en préstamo temporal con Angelo. La familia llevaba cinco años en Estados Unidos y ninguno de ellos expresaba el menor deseo de volver a Japón, excepto para visitar a sus respectivas familias.

Numerosos fabricantes de aviones utilizaban la resina de epoxy para fabricar las alas y los fuselajes. Shizoka les había renovado recientemente su licencia y CINDY S.A. estaba produciendo buenos ingresos y sustanciales beneficios. De hecho Tadashi Komatsu había reconocido las mejoras introducidas en el proceso de fabricación y el nuevo contrato constituía más un contrato de asociación que una concesión de licencia. Shizoka estaba convencido de que la resina de epoxy, debido a sus grandes ventajas, acabaría siendo empleada de forma generalizada en la manufactura de carrocerías y su utilización con pleno éxito en el Gran Corcel habría servido para reafirmar su viabilidad.

Los cuatro habían estado charlando sobre ese tema mientras tomaban unos Martinis antes de la cena. Angelo, sonriendo, comentó:

—Claro, pero ese no es el gran cambio que está en el horizonte. Ese cambio tiene que ser mucho más radical.

Keijo asintió con un cabeceo.

—El coche eléctrico —dictaminó.

—He leído dos artículos en las últimas semanas diciendo que no era posible. Incluso iban más allá y afirmaban que nunca sería posible —dijo Angelo—. Bueno, pues ¡maldita sea!, yo estoy convencido de que es posible y lo que es más, tiene que hacerse. No podemos continuar quemando eternamente combustibles fósiles; incluso si no se acabaran nunca —que lo harán más tarde o más temprano—, son ineficientes, caros y contaminantes.

—¿Has visto esa caricatura que muestra un coche arrastrando un remolque lleno de baterías? —preguntó Cindy.

—Baterías químicas con celdas de plomo llenas de ácido —contestó Angelo—. Pero la nueva tecnología supondrá una revolución tan grande como la que en su día fueron los ordenadores y los procesadores de texto respecto de la vieja máquina de escribir.

—Mayor todavía —añadió Keijo—, como el jet en relación al barco de vela.

—Energía enlatada —dijo Toshiko con una gran sonrisa.

—Es una posibilidad —contestó Angelo.

—¿Cómo vas a conseguir utilizar hidrógeno como combustible en los automóviles? —preguntó Cindy—. Es muy peligroso; se puede producir una explosión, como la que destrozó al dirigible *Hindenburg*. ¿Y cómo se va a manipular en las estaciones de servicio?

—Los experimentos que tienen más éxito en este momento —contestó Angelo— calientan metanol hasta que se disgrega en dióxido de carbono e hidrógeno. El hidrógeno pasa a un contenedor y el CO₂ se libera en el aire. Un contenedor, lo suficientemente pequeño como para caber debajo del capó de un coche, puede producir unos ochenta caballos de potencia. Desde luego, hay algunos inconvenientes, como por ejemplo su coste.

—Hay otras alternativas —añadió Keijo—: la batería que se recarga mediante un volante, que gira como una peonza dentro de un campo magnético, es otra de las posibilidades prometedoras.

—¿Realmente piensas que XB Motors sacará algún día un coche eléctrico? —preguntó Cindy—. Loren...

—Al diablo con Loren —repuso Angelo—, vamos a construir ese coche con o sin él.

—La diferencia —hizo notar Cindy— es que con él tenéis una importante capacidad de producción y sin él lo único que tendréis será una pequeña compañía que construye coches experimentales en un garaje.

—De una forma parecida a la que emplearon en sus inicios Apple y Microsoft —dijo Keijo con una sonrisa grave y mesurada.



—Es un chico muy guapo —dijo Amanda hablando bajo y señalando con un movimiento de la cabeza a John, que posaba desnudo sobre la plataforma.

—Creo que ha dejado de ser virgen —contestó Cindy hablando también en un susurro.

—¡Con catorce años!

—Si vosotras dos vais a estar hablando de mí todo el tiempo, no creo que vaya a poder continuar con esto —dijo John.

—Lo siento, John —contestó Cindy alejándose de Amanda y del caballete para sentarse en el sofá del estudio.

—¿Estás absolutamente seguro de que lo quieres hacer? —le preguntó Amanda mientras continuaba bocetándole al carboncillo sobre una tela—. No quiero que nadie pose para mí a menos de que esté absolutamente seguro.

—Es una tradición familiar —contestó John con una sonrisa divertida.

—Ya lo hemos hablado entre nosotros —intervino Cindy—. No quiero que pienses que lo he presionado para que lo haga.

—Me apuesto a que soy el único chico de mi clase al que van a pintar de esta

manera —dijo John—. No lo haría si no fueras una artista de talento y con renombre. Me gustaron los retratos que pintaste de mi madre y el que le hiciste a mi padre.

—Debo avisarte de que hace varios años, un chico que posó para mí se arrepintió después. Le avergonzaba que sus compañeros de clase vieran sus retratos en las galerías.

—No soy tímido —contestó con sencillez.

Cindy y Amanda intercambiaron miradas divertidas. No sabían por qué pero de pie, aguantando la pose, su miembro en vez de colgar flácido se elevaba de su escroto en una incipiente erección.

A los catorce años tenía los músculos y el órgano de un hombre. Su padre era muy peludo, y aparentemente John iba por el mismo camino a juzgar por el vello que le empezaba a nacer en el pecho además del que ya tenía en los sobacos y en el pubis. Su seguridad en sí mismo llamaba la atención.

Cindy estaba encantada con su decisión de trasladar la familia de la ciudad a Greenwich y de llevar a sus hijos a colegios privados. Los amigos de John eran inteligentes, bien educados y con buenos modales, igual que él. Lo mismo pasaba con las amigas de Anna. Su única preocupación era saber cuándo entrarían en contacto con las drogas y el alcohol y a qué edad comenzarían a tener relaciones sexuales. Amanda estaba pagando muy bien a John por su trabajo como modelo y le inquietaba qué iba a hacer con ese dinero. Era dinero que él se estaba ganando y por el que no tenía que rendir cuentas a su padre. Se preguntaba si esa había sido la razón que le había inducido a posar y no su admiración por el talento artístico de Amanda.

En cualquier caso, el cuadro para el que ahora estaba posando ya tenía destinatario: este sería para ella. Posaría para un total de cinco y los otros cuatro se pondrían a la venta en la galería VKP.



1988

En febrero, una tarde helada de un sábado John y Buffy fueron en tren a Nueva York. John la llevó a la galería VKP.

—¡John! ¡Madre mía!

Ella no había visto el primer cuadro que su madre se había quedado y que ahora colgaba en el dormitorio principal, a donde él no la había vuelto a llevar.

Una mujer que estaba mirando la exposición lo reconoció como el modelo de un par de cuadros y le dirigió una sonrisa significativa.

—¿Por qué no lo haces tú también? —le preguntó a Buffy—. Amanda paga muy bien por posar.

—Mis padres se pondrían furiosos.

Él se encogió de hombros.

—Bueno, mi madre es la dueña de la galería y creo que eso lo hace diferente.

Quiero decir que toda la familia está interesada en el arte.

—Me gustaría convencer a mis padres para que compraran uno de los tuyos — dijo Buffy.

—Ummm. Casi preferiría que no.

A las diez de la mañana Loren Hardeman Tercero golpeó la mesa con su bolígrafo y declaró abierta la junta general de accionistas de XB Motors S.A. Estaban presentes Betsy, Roberta, Angelo y James Randolph, director de la Fundación Hardeman.

—La presidencia toma nota —dijo Loren con una nota de amargo sarcasmo en su voz— de que Elizabeth, vizcondesa de Neville, tiene poderes para representar a su madre Alicia Hardeman, y a su tía Anne, la princesa Alekhine. Eso significa que mi hija Betsy está representando un total de trescientas mil acciones.

Betsy lo miró hoscamente.

—Eso no es del todo exacto —contestó—. Durante su vida, mi bisabuelo regaló a seis empleados suyos unas cuantas acciones como muestra de gratitud por su lealtad. Cinco de esos seis, o sus legítimos herederos, han delegado en mí sus votos. Los herederos del sexto no desean votar. Además el señor Perino también me ha delegado sus votos, por lo que represento un total de trescientas cuarenta y seis mil quinientas acciones. Les hago entrega de los poderes en cuestión.

Loren se volvió al abogado de la empresa, Ned Hogan, que se sentaba detrás de él incómodo, y le preguntó:

—¿Puede aparecer en el día de la junta, así por las buenas, con nuevos votos por delegación?

El abogado cabeceó afirmativamente.

—De acuerdo —dijo Loren despachando el tema con un gesto despectivo—. ¿Así que representas trescientas mil y pico acciones? Me pregunto por qué seis empleados o sus herederos te han dado sus votos.

Betsy sonrió.

—Pudiera ser porque yo se lo pedí y tú los ignoraste, o porque consideran que soy una sucesora más competente de Número Uno de lo que tú eres.

—Bueno, bueno. ¿Así que vas a votar en representación de aproximadamente dos terceras partes de todas las acciones suscritas?

Betsy sonrió e hizo un gesto afirmativo.

—La presidencia habrá tomado nota de la notificación que les envié hace diez días por conducto notarial.

—Sí, ha sido revisada por nuestro abogado —contestó Loren—. Esta... notificación de intención de votar como un solo bloque todas las acciones delegadas significa, según mi abogado, que un accionista que represente el treinta por ciento de los votos tiene derecho a elegir a un consejero.

—Ley de las Sociedades Anónimas —añadió Betsy—. Protección de los derechos de los accionistas minoritarios. Pero si se cuenta con más del treinta y cuatro por

ciento, y nosotros tenemos casi un treinta y cinco, la minoría tiene derecho a elegir dos de los cinco miembros del consejo.

Loren miró encolerizado en dirección a su abogado, que respondió subiendo las cejas y cabeceando afirmativamente al tiempo que se inclinaba sobre la oreja de Loren.

—No era posible con un treinta por ciento, pero ahora casi tienen un treinta y cinco...

Loren se volvió encarándose con Betsy, la cara roja de cólera.

—Bien, ¿de qué consejeros propones que prescindamos? ¿Y con quién propones reemplazarlos?

—Arroja tú mismo el lastre por la borda —contestó con una risita satisfecha—. Eso es cosa tuya. Yo, por mi parte, propongo como nuevos consejeros a Angelo Perino y a mí misma.

Roberta intervino:

—Sugiero que la junta haga un receso durante una hora.



Después del almuerzo el nuevo consejo se volvió a reunir alrededor de la mesa de juntas. Ahora estaba compuesto por Loren, Roberta, James Randolph, Betsy y Angelo. Se había prescindido del profesor Mueller y del congresista Richardson.

—Qué íntimo, ¿verdad? —dijo Loren.

Roberta le tocó levemente la mano por debajo de la mesa. Cuando finalizó la junta general de accionistas, durante la pausa para comer, había procurado tranquilizarlo en su despacho y le sirvió sexualmente en vez de ser servida por él como era habitual, pero cuando ni por esas había conseguido sosegarlo le había dado un vaso bien lleno de whisky.

—Propongo —dijo Betsy abruptamente— que el señor Loren Hardeman Tercero sea reelegido presidente del consejo y presidente de XB Motors S.A.

—Apoyo la propuesta —secundó Angelo.

—Todos aquellos que estén a favor —dijo Loren débilmente.

Todos los presentes levantaron la mano.

—Propongo —continuó Betsy— que el señor Angelo Perino sea elegido vicepresidente del consejo y vicepresidente ejecutivo de la sociedad.

La cara de Loren se congestionó intensamente, pero Roberta intervino rápidamente.

—Apoyo la propuesta.

Loren suspiró y preguntó.

—Todos aquellos que estén a favor. —Cuando vio levantarse la mano de su mujer él también alzó la suya.

Viendo eso, Randolph los imitó.



Betsy sonrió a Angelo mientras cenaban en el hotel Renaissance Center.

—Solo se necesitaba un voto. Francamente, Roberta me sorprendió; nunca pensé que ella votaría a favor. Bueno, por fin hemos roto ese control indiscutible que mi padre ejercía.

Angelo sacudió la cabeza.

—No estés tan segura. Roberta no es tonta y no se rinde tan fácilmente. Creo que pensó que todavía no había llegado la hora de presentar batalla y ha preferido darnos cuerda para ver si nos ahorcamos nosotros solos. Ha sido demasiado fácil. Cuando se decida a plantar cara no va a ser tan fácil.

—¿Cuándo vas a presentar tu propuesta para un coche eléctrico?

—No por ahora. Eso desencadenaría la guerra.

—Quizá tengamos guerra mucho antes de lo que piensas; en cuanto intente vender su paquete de acciones a Froelich.

Angelo sacudió la cabeza en desacuerdo.

—Froelich no le comprará sus acciones a menos que pueda adquirir también el paquete de la fundación para poder tener el control, y para eso necesitará dinero en efectivo.

Betsy sonrió suavemente.

—Espero que no te estés pasando de listo —respondió, y se acercó para cogerle la mano, que él apartó.

—Betsy, ¿te has dado cuenta de que nos están siguiendo?

—¿De qué estás hablando?

—No mires ahora al hombre y a la mujer que se encuentran a unos dos tercios del camino hacia la fuente. Un hombre grande con una cabeza de melón y una rubia desaliñada.

—¿Estás seguro?

Él se encogió de hombros.

—Es lo que voy a averiguar.

—¡Cristo! Eso es horrible.

—Voy a hacer una llamada. No los mires directamente. Echa un vistazo distraído a tu alrededor, e intenta que parezca que no te has dado cuenta. Estaré de vuelta en unos cuantos minutos.



Una hora más tarde, Angelo y Betsy se levantaron de la mesa y en vez de ir a sus habitaciones se dirigieron al *parking* y caminaron entre las filas de coches antes de dar la vuelta para regresar al hotel.

El hombre que los estaba siguiendo recibió un golpe con una porra en la nuca y se desmadejó silenciosamente contra un Volvo para caer después sobre sus rodillas y acabar derrumbado con la cara sobre el asfalto. La mujer recibió un golpe brutal en la cara, que le rompió la nariz y el hueso de la mejilla.

Diez minutos más tarde Angelo, en el piso dieciocho, oyó un discreto golpe en la puerta de su habitación. No se dirigió inmediatamente a la puerta. Sabía que era mejor esperarse un par de minutos, y solo entonces se levantó para recoger una tarjeta de visita que estaba sobre el suelo debajo de la puerta. Una de sus esquinas estaba manchada con sangre seca.

Dixon & Bragg
Detectives privados
Absoluta confidencialidad
Leonard Bragg
(333) 867-0500

Se acercó al teléfono y llamó al cuarto de Betsy.

—No hay moros en la costa —habló—. ¿En tu cuarto o en el mío?

—•••—

Cindy estaba acostada con Marcus en el dormitorio de Amanda mientras ella estaba fuera. Su contestador automático estaba en el dormitorio y se podían escuchar los mensajes entrando.

Dietz llamó para decir que cogía el tren de las 4.07 de Gran Central que llegaba a las 4.45; proponía hacer una reserva en un restaurante para salir juntos a cenar.

La madre de Buffy, Mama Mead, dejó otro mensaje; quería que Amanda le devolviera la llamada tan pronto como le fuera posible. Había visto los retratos de Greg Hammersmith, admiraba su trabajo y estaba interesada —a sugerencia de su hija Buffy— en comprar uno de los retratos de John. La llamada había llegado justo cuando Cindy le estaba poniendo el condón a Marcus. La voz de la grabación era eficiente y decidida. La señora Mead quería comprar uno de los retratos de John Perino y, si acaso estaban todos vendidos, le gustaría encargarle otro. Mientras escuchaban, Cindy se inclinó y le pasó la lengua por su oscuro y arrugado escroto, después levantó la cabeza sonriendo y terminó de desenrollar la goma a lo largo de su pene.

—¿Queda alguno por vender? —preguntó Marcus.

—No.

—¿Y posaría para otro?

—No.

—¿Se arrepiente de haberlo hecho?

—Tampoco.

En el juego sexual entre Cindy y Marcus no había grandes variaciones. Los dos tenían imaginación pero todavía no habían agotado todos los placeres del pistoneo básico. Para ella, una parte importante de su placer era la calidez del cariño que

acompañaba su ardor sexual: Marcus era cariñoso además de ardiente.

Le había dicho en más de una ocasión que lamentaba que estuviese casada y con cinco hijos, porque, evidentemente, no podía pedirle que abandonase por él a su familia. Y le dijo que la esperaría hasta que sus hijos hubieran crecido, y si entonces ella...

No, le había contestado. Eso no podía ser. Amaba a Angelo aunque también amaba a Marcus. Le había explicado que Angelo había tenido un hijo con Betsy. Betsy amaba a Angelo. Angelo amaba a Betsy. Angelo amaba a Cindy. Era todo un buen lío.

Lo que no le dijo, y él tampoco podía imaginarse, es que también amaba a Amanda. No de una forma tan apasionada, no había ningún compromiso, pero con la suficiente intensidad como para no querer perderla. Ella y Amanda hacían el amor de una manera espontánea, quizá una vez cada dos semanas, pero las dos conocían, de una manera misteriosa, cuándo su deseo las reclamaba y entonces procuraban encontrar el tiempo y el lugar para satisfacerlo.

Cindy tenía cuarenta años y necesitaba confirmarse que había madurado y la mejor ratificación era otro retrato de Amanda, retrato que en este momento se encontraba sobre el caballete y para el que posaría un rato cuando ella volviese. Sabía que podía confiar que la pintaría sin adulaciones, sin disimular nada y que su retrato tendría toda la desoladora honestidad de una foto de la policía.

El cuadro, todavía inacabado, la mostraba tal como era: una mujer con algunas estrías brillantes marcando un estómago lleno y redondo, los pechos un poco más blandos y menos firmes que quince años atrás, el trasero más flácido; pero todavía era una mujer que podía estar orgullosa de lo que veía, y que no había perdido nada de aquello que siempre se pierde con cierta amargura. Había observado a Buffy en la piscina y no pudo menos de sentir envidia por aquella silueta fresca y firme, pero la única manera de prolongar esa condición era no hacer nada, no preocuparse de otra cosa, para al final, de todos modos, acabar perdiendo la batalla.

Amanda iba a quedarse con ese retrato. Colgaría en su dormitorio.

Normalmente Marcus le hacía el amor sin precipitarse, terminando por delante de ella. En este aspecto, como en el resto de sus cosas, se conducía de una manera controlada y racional. Había veces en que ella ansiaba que él se desbocara incontinente y la cabalgara sin preocuparse de si iba a dejarla satisfecha. Pero no, en vez de eso la metía y la sacaba a un ritmo medido. Las sensaciones podían ser deliciosas, pero nunca arrolladoras.

Quizá tenía miedo de que se volviera a romper el condón. Una vez se había roto y cuando se retiró y se sentó sobre los talones allí quedó, como un collar alrededor de su órgano en decadencia, el rosa agrisado de su pene brillando con la eyaculación que acababa de descargar dentro de ella.

No había ducha, así que tuvo que llenar la bañera de agua y sentarse dentro para lavarse tan profundamente como le fue posible, sin demasiada confianza en el remedio.



Leonard Bragg, el hombre con cabeza de melón, estaba sentado en la posada del Red Fox con su socia, Patricia Warner, a una de las mesas.

Len Bragg era un hombre robusto, de hombros anchos, con una ligera barriga y calvo. Sus cejas, espesas y desordenadas, casi ocultaban sus ojos. El traje gris le caía mal, había aumentado algo de peso desde el día de su compra.

Trish Warner era una moza de aspecto duro. Quizá no había nada que hubiese podido hacer pero daba la impresión de que tampoco había intentado hacer nada para suavizar su imagen. Pelo rubio muy corto. Una cara cuadrada y una mandíbula más acusada que la mayoría de las mujeres. La nariz podía ser más recta y tenía una pequeña cicatriz en su mejilla derecha.

Loren entró y se sentó a su mesa.

—Tengo otra factura del médico —dijo Trish—. Dieciocho mil setenta y cinco dólares.

—No llevo esa cantidad en este momento —dijo Loren—, haré que te lo envíen.

—El médico me ha dicho que la cirugía puede hacer que desaparezca la cicatriz, pero que la nariz nunca quedará como antes.

—Yo todavía tengo dolores de cabeza —se quejó Len.

—Lo peor de todo es que estoy atemorizada —dijo Trish—, cogieron una tarjeta de Len. Saben dónde encontramos.

—No nos avisó del peligro —dijo Len sombríamente.

—Bueno, le dije que pagaría por la cirugía estética para reparar su cara —le contestó Loren a Trish—, y eso he hecho. No estoy seguro de que os lo debiera, pero de todos modos lo estoy pagando.

—¿Qué quiere decir con que no nos lo debe? —preguntó Len amenazadoramente.

—Estáis en un negocio peligroso. ¿Acaso pretendéis decirme que es la primera vez que os han dado un golpe?

—Todo lo que se suponía que debíamos hacer era seguir a Perino y a esa tía, y tomar algunas fotos si podíamos. Pero no me dijo quién era Perino.

—¿Y quién crees que es?

—No me dijo quién era su abuelo. A eso me refiero.

Loren llamó con la mirada al camarero y le pidió un whisky doble con un poco de soda; solo cuando el camarero se hubo marchado continuó:

—Bueno, bien, recibisteis algunos golpes. ¿Pero por qué ponerse furioso conmigo? Estabais haciendo un trabajo perfectamente legal: siguiendo a alguien para sacarle unas fotos. Perino fue quien os hizo dar esa paliza. Perino, no yo, y todo lo que habéis hecho durante estos últimos seis meses es quejaros de las heridas y

gimotear sobre lo injusto que son las cosas. ¿Queréis hacer algo sobre eso, sí o no?

—¿Como qué? —preguntó Trish recorriendo con la punta del dedo su nariz en lo que se había convertido en un tic nervioso—. ¿Qué es lo que quiere que hagamos? ¿Que lo matemos?

Loren levantó sus cejas.

—Digamos por... ¿medio millón de dólares?

Len sacudió la cabeza rechazando la idea.

—Nunca viviríamos para disfrutarlo.

—Lo haríais si fuerais listos. En primer lugar no sería en Detroit.

—Eso está bien.

—¡Pues claro! ¡Pensadlo bien! Os diré lo que haré. Os daré diez mil dólares para gastos. Yo os puedo decir dónde vive, cuándo viaja y dónde se hospeda, todos los detalles. Vosotros preparáis un plan.

—¿Y después?

—Solo preparáis el plan pero no deis ni un paso más hasta que yo os lo diga. Si de mí dependiera lo haría cuanto antes, pero hay que buscar el momento adecuado. Tenéis tantos motivos como yo para odiar a Angelo Perino, aunque no debéis dejar que eso os haga perder la cabeza. Sed fríos y preparad un plan. Os enviaré el dinero en un par de días, incluidos los dieciocho mil con setenta y cinco dólares del médico.



El doctor Perino murió el 6 de agosto de 1988 a los ochenta y dos años. La llamada telefónica se produjo a las dos de la mañana. Angelo no estaba en casa y Cindy contestó al teléfono. Le costó cuatro horas intentar ponerse en contacto con Angelo y, finalmente, con la ayuda de Keijo lo localizó en un club de campo a las afueras de Tokio donde se encontraba en compañía de Tadashi Komatsu estudiando las posibilidades de desarrollar conjuntamente un coche eléctrico.

Angelo cogió un vuelo de la Northwest de vuelta a Detroit y cuando llegó su *shock* inicial se había asentado en él una sensación de entumecimiento emocional. Cindy fue a recibirlo con John y Anna, mientras los tres niños más pequeños se quedaban en casa con la *au pair*.

El hermano de Angelo y su mujer acudieron al funeral en compañía de tres de sus hijos y cinco nietos desde Florida. Su hermana mayor vino sin su esposo pero con cuatro hijos y cuatro nietos. Su hermana menor apareció con su segundo marido y los hijos de las dos familias.

Jenny, la viuda, recibió a toda esa gente y a muchos más con grave dignidad, enjugándose a ratos los ojos con un pañuelo que estrujaba nerviosamente con su mano izquierda, llevando con serenidad su pena y escuchando las condolencias con amable interés. Saludó a la mayoría en inglés y a unos pocos en italiano.

El funeral se celebró en St. Jules y congregó a más de quinientas personas. Betsy vino desde Londres. Alicia Hardeman desde Greenwich y también asistieron Loren y

Roberta. Jacob Weinstein, a pesar de su avanzada edad, con un aspecto sumamente frágil se desplazó desde Arizona en un jet privado. Desde Palermo llegó una comitiva de cuatro sicilianos: dos ancianos y dos hombres de mediana edad con trajes negros y corbatas de seda igualmente negras, que fueron recibidos con muestras de respeto y *abbracci* por un grupo de hombres morenos que hablaban italiano. El gobernador de Michigan y el alcalde de Detroit también asistieron al igual que más de cincuenta médicos y cirujanos, compañeros del difunto.

—Veis —susurró Cindy a John y Anna—, vuestro abuelo era un gran hombre.

John asintió gravemente con la cabeza y Anna con los ojos llenos de lágrimas ocultó la cara entre las manos y lloró sin poder contenerse.

Una docena de cámaras de televisión enfocaban la escalinata de la iglesia mientras el féretro era transportado a hombros y las campanas tocaban a duelo. Cuatro coches transportaban las coronas mortuorias y otros sesenta formaban la comitiva que lo acompañó hasta el cementerio.

La casa no era lo suficientemente amplia para poder acoger la recepción posterior y esta tuvo lugar en el jardín de la Casa Italo-Americana, escenario de tantas otras recepciones de duelo, pero igualmente escenario también de muchas celebraciones festivas de bodas y bautizos.

De todos los hijos de John Perino, solo Angelo continuaba hablando italiano con fluidez. Él fue quien saludó a los visitantes de Italia en representación de la familia y les agradeció su asistencia.

—*Buongiorno, Signore Calabrese. Molte grazie, molte grazie. Questa è mia moglie, Cindy. Anche mio figlio e mia figlia, Giovanni ed Anna.*

Todos los hijos e hijas de Jenny la invitaron a que se mudara con ellos, pero ella insistió en quedarse en la misma casa donde habían vivido durante tantos años. Tenía muchos amigos en la vecindad y no estaría sola.

Cindy y Betsy se quedaron juntas bebiendo una copa de vino tinto. Desde que Betsy se enteró de que Cindy sabía quién era el padre de su hijo John y sin embargo no había armado un escándalo, se relacionó con ella.

—Siempre me he preguntado cómo sería eso de formar parte de una familia numerosa que estuviera unida y donde todo el mundo se quisiese.

—Puede ser algo sofocante —contestó Cindy—, claro que ellos nunca dominaron a Angelo...

—¿Quién podría dominar a Angelo?

—Me parece que yo también he comenzado una gran familia —comentó Cindy—. Espero que no se sofoquen unos a otros.

—Número Uno tuvo dos hijos —recontó Betsy—. Número Dos murió creyendo que también había tenido dos, pero resultó que Anne no era suya. Mi padre solo me tuvo a mí. Eso no le ha impedido decir algunas cosas despectivas sobre el hecho de que yo haya tenido cinco hijos y también se ha permitido hacer algunos comentarios sobre el hecho de que tú también hayas tenido cinco hijos.

Cindy sonrió y sacudió la cabeza. No le había dicho todavía a Angelo, y tampoco se lo dijo a Betsy, que estaba embarazada y esperando el sexto.

Cindy le hizo una confidencia a Amanda:

—No tengo miedo de lo que Angelo pueda decir —le dijo—, al fin y al cabo él también ha tenido un hijo fuera del matrimonio. Y bueno, podría creerse perfectamente que era suyo.

—Hasta que ese niño crezca y se quede prematuramente calvo —contestó Amanda—. No estoy tan segura de que seas capaz de guardar el secreto o de que quieras hacerlo por el resto de tu vida. ¿Cómo dejaste que te pasara una cosa así?

—Nada más casarme quise tener un hijo, así que el primer año tuvimos a John. Después tomé la píldora y descansé un par de años antes de tener a Anna. Hice lo mismo con Morris y Valerie. Entre Valerie y Mary pasaron cuatro años. Y desde entonces, hará cosa de cinco años, he estado tomando la píldora, hasta que mi ginecólogo me dijo que era hora de descansar durante una temporada, así que...

Cindy estaba posando sobre la plataforma para su tercer retrato. Amanda dejó el caballete y se acercó para besarla, primero en la boca y después en cada uno de los pezones, acariciándola y abrazándola cariñosamente antes de volver a su trabajo.

—Marcus quiere decírselo a Angelo. Quiere que tenga el niño.

—Él no va a tener que criarlo —contestó Amanda.

—No tengo mucho tiempo. Tengo que tomar una decisión.

—¿Te resulta difícil? —preguntó Amanda—, quiero decir, tener un aborto.

Cindy cabeceó afirmativamente.

—Cuando estuvimos en Detroit para el funeral, la madre de Angelo me preguntó si los niños habían sido bautizados y le tuve que decir que no. Me hizo prometer que lo haría. Quiere que los bauticemos pero el cura no lo hará a menos que me comprometa a educarlos como católicos. Todavía no he hecho nada. Yo he sido bautizada como presbiteriana y Angelo fue educado como católico. Por eso, si tengo un aborto no estoy segura de que pueda contárselo a Angelo. Creo que lo conozco pero...

—Déjame que te pregunte algo —dijo Amanda—. Él te confesó que había tenido un hijo con Betsy, ¿pero te ha dicho algo de si se ha estado acostando con otras mujeres además de con Betsy?

Cindy se encogió de hombros.

—Bueno, yo tampoco le he contado nada sobre Dietz y desde luego nada sobre nosotras dos, o sobre Marcus. No sé lo que pensará, pero si es una persona realista...

—¿Cómo se llama vuestra clase de matrimonio? ¿Matrimonio abierto?

Cindy sonrió.

—Pertenezco a la generación de los sesenta. Nunca he sido una *yuppie*. Cuando

llevé a Mary al parvulario me encontré con que era la madre de más edad. Fuimos a tomar un té y una de las jóvenes madres me soltó que seguramente yo no podía ser tan responsable como ella ya que la gente de mi generación no compartíamos la misma escala de valores que la suya.

Amanda soltó una carcajada.

—¡Valores! —dijo—, esa palabra me da náuseas.

—Bueno, voy a tener que tomar una decisión.

Amanda se acercó otra vez pero esta vez no subió a la plataforma y solo se inclinó para poder besar a Cindy en su surco.

—No puedo —susurró Cindy rompiendo a llorar—. No puedo tener otro niño.

Amanda la rodeó con sus brazos por las caderas y le cubrió el estómago con pequeños besos.

—Te ayudaré, querida. He tenido dos abortos. Conozco una clínica en New Haven. El médico es una mujer. Ella te cuidará bien y yo misma te llevaré hasta allí y te traeré de vuelta.

Una semana después, en una clínica de New Haven le quitaron el feto. La doctora le aconsejó que no volviera a tomar la píldora y le sugirió que se hiciera una ligadura de trompas.

La semana siguiente, aprovechando que Angelo se encontraba en Detroit camino de Japón, Cindy volvió a New Haven y se hizo la operación.

No avisó a Marcus y él, sin saberlo, visitó a un cirujano de Park Avenue South y se hizo una vasectomía. Más tarde él le contó su operación, antes de que ella pudiera decirle que se había ligado las trompas, y Cindy pensó que era mejor no decirle que, por lo menos con ella, lo que había hecho era totalmente innecesario.



Trish Warner no se alojó en ningún motel de Greenwich. Alquiló un coche en La Guardia y, desde allí, condujo hasta la posada Stouffer, situada en la autopista transversal de Westchester. Ella y Len habían decidido que era mejor que explorase sola Greenwich. Siempre le resultaba más sencillo como mujer modificar su apariencia, algo que a él no le era tan fácil.

Se había cortado el pelo al cero y de esa manera su excelente y costosa peluca de cabello castaño le encajaba perfectamente y era menos probable que alguien pudiera adivinar que estaba llevando un postizo. Perino nunca había visto lo que su matón había hecho con su cara, así que su disfraz resultaba perfecto.

Su coche alquilado era un Ford y pasaba desapercibido. Llevaba consigo una cámara Nikon y un teleobjetivo. Los negativos se los enviaría a Len, en Detroit, desde la oficina de correos en Rye, Nueva York.

En el transcurso de cuatro días fotografió la casa de los Perino desde diferentes ángulos e hizo varias fotografías de la gente que entraba y salía, identificando a su mujer y a los niños y familiarizándose con el terreno.

El trabajo se podía realizar con un rifle en cuanto Hardeman les diera el visto bueno.



1989

Herbert Froelich tenía sesenta y siete años. Su cabello era blanco y tenía un frondoso bigote. La piel de su cara colgaba flácida y estaba surcada por numerosas y profundas arrugas. Llevaba gafas de montura marrón y adoptaba permanentemente un aire de hombre sincero y honesto que, sin embargo, inexplicablemente, se veía obligado a andar protegiéndose de calumnias y ataques infundados todo el tiempo.

—He tratado a menudo —dijo con un solemne tono casi pontificio— con los herederos de hombres que en su día crearon auténticos imperios industriales. Su trabajo había sido tan interesante, tan lleno de satisfacciones y les había acaparado tanto que no necesitaban nada más para llenar sus vidas. Pero, para sus herederos, era distinto... la tarea de mantener lo que los antepasados construyeron no es muy divertida, no es algo a lo que merezca la pena dedicar toda una vida con exclusión de todo lo demás. Tienen derecho a cierta seguridad, a gozar de algunas comodidades.

Froelich estaba cenando con Loren y Roberta en su casa de Detroit. Loren había visitado el bar por segunda vez para servirse otro whisky después de que Roberta se hubiera negado a servirle una copa más porque ya estaba un poco bebido.

—Mi marido heredó el control de una compañía que estaba pasando un momento muy difícil —dijo Roberta—. El Sundancer estaba perdiendo cuota de mercado año tras año. Me temo que el primer Hardeman con los años había ido perdiendo el contacto con la realidad.

Froelich cabeceó comprensivamente y levantó su copa de vino en homenaje a Loren.

—Pero el señor Hardeman tuvo la perspicacia de emplear a Angelo Perino como su ingeniero a cargo de nuevos proyectos y asociarse con Shizoka para construir el XB Corcel. Con esas decisiones ha llegado a rescatar una empresa que estaba al borde del desastre.

—Eso hice exactamente —farfulló Loren.

Froelich sacudió la cabeza aprobadoramente y volvió a levantar su copa de vino un poco más alto. Vestía un terno gris pero el efecto quedaba arruinado por un paquete de Marlboro que asomaba por uno de los bolsillos del chaleco deformándolo.

—Mis socios y yo hemos analizado meticulosamente su compañía; como las acciones de la sociedad siempre se han negociado en privado, no es fácil valorarlas. Hubo un momento en que estábamos dispuestos a ofrecerle ochocientos cincuenta dólares por acción, pero eso fue antes de que el colapso del mercado bursátil de 1987 alterara radicalmente el valor de todas las acciones. Ahora estamos pensando en términos de seiscientos dólares por acción; pero quizá pueda convencer a mis

asociados para que subamos nuestra oferta hasta los seiscientos cincuenta dólares.

—Eso representa una importante reducción, señor Froelich —dijo Roberta con seriedad.

Froelich cabeceó apesadumbrado.

—Las circunstancias no son las mejores —contestó—. Y dudo que puedan encontrar a un comprador que les pague más de quinientos cincuenta dólares por acción. Aunque la compañía no está registrando pérdidas está, sin embargo, muy endeudada.

—Ese maldito Perino nos ha endeudado hasta las cejas para construir esa nueva y absurda planta de fabricación —rezongó Loren.

—Pero que a la vez constituye su mejor activo.

Roberta sacudió la cabeza desilusionada.

—Su nueva oferta es decepcionante.

—Mírenlo desde mi punto de vista —contestó Froelich—. En una coyuntura como la actual, donde la financiación escasea, si les ofrezco seiscientos cincuenta dólares por sus acciones tendré también que ofrecer otro tanto al resto de los accionistas. Si todos aceptaran, tendría que buscar financiación por un total de seiscientos cincuenta millones de dólares, y este es un momento difícil. Y ahora mírenlo desde su punto de vista: a seiscientos cincuenta dólares por acción su parte valdrá ciento sesenta y dos millones quinientos mil dólares. Indudablemente a ochocientos dólares tendrían cincuenta millones más, pero en cualquier caso tendrán una fortuna y serán gente rica. Y lo que es más importante: estarán finalmente libres del trabajo y de las preocupaciones de dirigir una empresa.

Loren cabeceó asintiendo.

—Me imagino que después de pagar todos los impuestos, todavía podré comprarme una casa de primera en París y amarrar un yate en St. Tropez.

—¿Nos hará una oferta por escrito? —le preguntó Roberta.

—Así es —contestó Froelich—, pero debo imponer ciertas condiciones. Es indispensable que pueda conseguir una participación que me dé el control, y eso quiere decir que debo comprar no solo sus acciones sino también las que posee la Fundación Hardeman. Y, claro está, no pretenderán que aparezca con seiscientos cincuenta millones al contado de los cuales, por cierto, les corresponden ciento sesenta y dos millones quinientos mil dólares. El trato que mis asociados y yo les ofrecemos contempla liquidarles parte en efectivo, parte en pagarés y otra parte con opciones de compra sobre acciones de nuestra compañía. Tanto unas como otras, estarán valoradas a un precio que les permita obtener unos buenos beneficios en el caso de que se decidan a ejercitarlas o venderlas. Como les he dicho antes este negocio los va a hacer extraordinariamente ricos. El piso en París y el yate en St. Tropez serán solo calderilla para ustedes.

Loren sonrió blandamente.

—Tendré que ver los documentos y dejar que mis abogados y mis contables revisen su propuesta —dijo—, pero me parece que podemos llegar a un acuerdo.



—No creo que esa oferta merezca la pena —dijo Roberta después de que Froelich se hubiese marchado.

Estaba sentada en la cocina bebiendo café mientras Loren, totalmente desnudo, pasaba los platos por agua y llenaba el lavavajillas. Últimamente le había pedido que no le azotase más porque no podía aguantar el dolor, pero ella no le hacía caso y a veces utilizaba la fusta para disciplinarlo. En ese preciso momento la tenía sobre la mesa y, desde que se había puesto a lavar los platos, le había fustigado un par de veces en las nalgas con un preciso golpe de muñeca que le hizo saltar y proferir un agudo chillido.

—¡Ven aquí! —Él se acercó y se arrodilló delante de ella—. Primero fueron ochocientos cincuenta dólares por acción —dijo— y ahora ha bajado hasta seiscientos cincuenta y no en efectivo sino en *papel promesas*. Seguro que continuará bajando su oferta.

—Este año cumpliré sesenta y cinco años —contestó Loren—, incluso si todo lo que conseguimos son veinte millones, podríamos retirarnos con eso y vivir como príncipes. No tiene que ser en París.

—¿Es eso lo que quieres?

—Quiero vivir un poco, Roberta. Quiero marcharme a un sitio donde no tenga que oír el nombre de Angelo Perino nunca más. Quiero joderle bien jodido con este negocio. Ni Número Uno consiguió joderle tan bien como yo voy a hacerlo.

—Es tu decisión —contestó ella.

Él levantó la cara y la miró a los ojos.

—Todo lo que quiero es vender y largarme —contestó.



Roberta estaba sentada en el sofá de la *suite* de Angelo en el hotel Hyatt Regency de Houston. Eran las diez de la mañana. La noche pasada cuando se registró lo había visto en el bar del vestíbulo con una mujer y había preferido no ir a su habitación hasta estar segura de que la otra, quienquiera que fuese, se había marchado. Cuando se lo mencionó a Angelo, se había reído y le explicó que la pelirroja era una experta en informática que le estaba ayudando con el proyecto del coche eléctrico y desde ese punto siguieron hablando de los problemas de la compañía y del nuevo coche.

—¿Para qué engañarme? —preguntó ella—. En estos momentos no sé a quién debo ser leal ni para qué. Estoy empezando a pasar de todo y no sé qué hacer.

—¿Dónde cree Loren que estás en este momento?

—Donde estoy, en Houston; mirando si es un buen sitio para retirarnos.

—¿Qué ha pasado con París?

—Que en París hablan francés y me imagino que piensa que nunca será capaz de aprenderlo.

—Conociéndole dudo mucho incluso que sea capaz de entender el acento tejano —contestó Angelo.

Ella sacudió la cabeza.

—No es tan tonto como piensas —dijo dando un sorbo al café que Angelo le había servido de la cafetera de su desayuno—, aunque en algunos casos es incluso más.

—En cierta manera me siento más el sucesor de Número Uno que él —dijo Angelo—, y no voy a dejar que liquide la compañía a precio de saldo.

—¿Cómo vas a impedirlo?

—No me hagas preguntas y no oirás mentiras. Ya que no sabes de qué lado están tus lealtades es mejor que no hablemos sobre eso.

Roberta meneó su cabeza confundida.

—Salvé otra empresa hace tiempo y ahora a quién le importa. Mi primer marido murió y...

—Le importa a la gente —le interrumpió Angelo—. Hay familias que han trabajado para Bethlehem Motors, ahora XB Motors, durante más de cincuenta años. Hay gente que ha estado conduciendo primero Sundancers y luego Corceles durante otros tantos y a la que le gustaría continuar conduciendo la misma marca.

Roberta lo cogió de la mano.

—¿Echamos un polvo? —preguntó.

Él sonrió maliciosamente.

—Vaya, ya veo que después de todo tienes muy claro dónde *residen* tus lealtades.

—No te rías de mí, Angelo —dijo melancólicamente inclinándose para besarlo en la nuca detrás de la oreja—, Betsy y yo compartimos la misma tragedia. Ella no se pudo casar contigo y yo tampoco.

—No sabía que pensabas de esa manera.

—No he pensado en ello; no seriamente. Mi tragedia no es tanto que no pude casarme contigo, como que no pude casarme con un hombre como tú. He dominado a dos maridos, he tenido que hacerlo, si no lo hubiera hecho...

—No me cuentes demasiado —le interrumpió Angelo.

Ella dejó la taza de café.

—Lo que me gustaría tomar ahora sería un whisky —dijo—. Eso dice algo sobre mi situación, ¿no te parece? Un whisky antes de las doce.

—¿Qué te parece un Martini bien frío? Un sabor limpio que no empalaga. Te acompañaré con otro.

Ella cabeceó asintiendo y él se dirigió al bar.

—¿Quieres que me desnude? —preguntó ella.

—No podemos follar a menos que lo hagas.

—Lo que planeo hacer, querido, lo podemos hacer sin quitarnos ni una sola prenda. Tráemelo aquí. Dime qué se siente cuando una mujer tiene húmedos los labios con un Martini bien frío.



La vizcondesa de Neville siempre se salía con la suya. Había querido que su primer hijo Loren Van Ludwige, conocido por todos como Van, fuera a la Universidad de Harvard y consiguió que lo admitieran para el curso que se iniciaba en el otoño de 1989.

Cuando se lo confirmaron llamó a Cindy para pedirle un favor: «¿Podía ir Van en junio a pasar unos meses en tu casa, antes de marcharse a Cambridge para ingresar en Harvard? Nunca había estado en los Estados Unidos y era importante que conociera las costumbres americanas antes de instalarse en su residencia de estudiantes.»

Cindy le sugirió a Betsy que viniera con Van y aprovechara el viaje para traer a John con ella, para que pudiera conocer a sus medio hermanos y hermanas.

Y en eso quedaron: llegarían el 3 de junio, Betsy con sus dos hijos, Van de diecisiete años y John de seis. Tres huéspedes habrían desbordado la casa, así que Betsy y John iban a quedarse en casa de Alicia y solo Van se alojaría en la casa de los Perino, para pasar el resto del verano y familiarizarse con los modos y costumbres americanos antes de ir a Harvard.



Len Bragg llevaba su mejor traje: un terno azul de corte diplomático con una camisa blanca de cuello con botones y corbata azul con minúsculos lunares blancos. Era una cálida tarde de primavera y no se necesitaba abrigo o gabardina. Trish vestía un traje de lino de color granate.

Sería ella quien conduciría: conocía bien la zona y él estaba un poco nervioso y no querían arriesgarse a cometer un error que pudiera atraer la atención de la policía.

Compartían la misma habitación en el Courtyard Inn en el condado de Westchester con el nombre de señor y señora Englehardt de Boston. Si hubieran pagado la cuenta en efectivo habrían llamado la atención del recepcionista, así que Len solicitó y consiguió una Visa a nombre de Englehardt. Solo la usaría en esta ocasión: la pagaría y nunca más volvería a utilizarla. Trish había alquilado un Chevrolet con la tarjeta de crédito de la agencia en Detroit pero el coche lo recogieron en el aeropuerto de La Guardia donde cada día se alquilaban miles de coches.

Hacía un año que Len había comprado un rifle en Indiana. Era un Remington de cerrojo con una magnífica mira telescópica con el que se podía tumbar a su hombre a noventa metros. No tenía que acercarse más, y podía hacer dos o tres disparos en menos de diez segundos. Una vez que su hombre estuviera en el suelo, sería un blanco más fácil que de pie y moviéndose. Desde noventa metros: no había necesidad

de acercarse más.

Trish había reconocido bien el terreno. En esta parte de Greenwich, Connecticut, la gente solía construir muros de piedra delante de las casas y eso les garantizaba que los vecinos no pudieran ver su coche aparcado cerca de la acera.

La forma en que iban a ejecutar el encargo era simple. Desde el *parking* del aeropuerto de Westchester podían identificar el jet de XB Motors cuando aterrizase por el logotipo que llevaba pintado en el fuselaje. Esperarían a que Perino dejase la terminal de vuelos privados y cogiera su coche. Dispararle allí era una posibilidad que Trish había considerado, pero nada más llegar descubrieron que había demasiada gente alrededor, además de la policía. No, lo mejor era dispararle en su casa cuando saliera del coche.

Trish había observado que Cindy aparcaba su Porsche dentro del garaje; la hija de los Perino, que conducía un Corcel, normalmente también lo dejaba dentro, mientras que Perino estacionaba el suyo fuera.

Todo lo que Trish tenía que hacer era salir del *parking* del aeropuerto antes que Perino, ponerse delante y mantenerse en esa posición sin dejar que se les acercara o los pasara. Tampoco quería llegar a la calle de los Perino con demasiada antelación porque si esperaban aparcados durante más de un par de minutos podrían llamar la atención y Greenwich era una ciudad bien vigilada por la policía, con frecuentes patrullas recorriendo sus calles.

Era jueves por la tarde y si Perino seguía su rutina habitual llegaría a Westchester con la puesta del sol, si no era así tendrían que volver a esperarlo al día siguiente por la noche. Normalmente siempre pasaba la mayoría de los fines de semana en casa. No hubo suerte esta vez; estuvieron esperando hasta las diez pero el jet de XB no apareció.

Len y Trish no eran amantes pero, obligados a compartir la misma habitación y la misma cama doble, se dieron placer el uno al otro sin pensarlo demasiado y sin demasiado entusiasmo. Cualquier otro compañero de cama les hubiera servido.

Por la mañana volvieron al aeropuerto de Westchester para ver si el jet había llegado durante la noche y estaba aparcado en el recinto, pero no fue así.

Durante todo el día del viernes no se acercaron a la casa. La calle de los Perino era residencial y un coche desconocido con matrícula de Nueva York podría llamar la atención si paseaba demasiado a menudo por la zona.

Pasaron el tiempo en el motel, nerviosos, mirando la televisión. Cada cinco minutos Len se asomaba a la ventana para mirar el coche, obsesionado con la idea de que alguien, no sabía cómo, pudiera descubrir el rifle escondido en el maletero. Comieron con desgana atenazados por los nervios y bebieron poco.

A las seis volvieron al aeropuerto.

Cuando la luz del día empezó a desaparecer se hizo más y más difícil identificar los jets privados que aterrizaban, pero entonces apareció el reactor Lear de la empresa. Fue fácil distinguir el logotipo de XB en su cola.

Al poco rato Perino salió de la terminal. Lo reconocieron sin dificultad, lo habían estado vigilando durante horas en el hotel Renaissance Center. Era más grande de lo que recordaban; pensando en su edad, sesenta años, lo habían visualizado menos robusto. Llevaba consigo una pequeña maleta y una gabardina doblada en el brazo.

Trish puso en marcha el coche alquilado y fue hasta la salida donde pagó el *parking* y después tomó la carretera hacia Greenwich. Ambos habían hecho anteriormente cosas despreciables: robos, asaltos, escuchas ilegales de teléfonos. Los dos podían haber acabado en la cárcel en varias ocasiones. Trish, de hecho, había cumplido treinta días de condena por una entrada ilegal, pero ninguno de los dos había matado antes, ni tampoco habían llegado a contemplar esa posibilidad.

Pero... odiaban a Perino. Él había sido el causante de que los aporrearan brutalmente. Trish llevaba en la cara las marcas que le había dejado el cruel golpe con la porra y estaba todavía reciente en su memoria todo el terror y dolor que le habían hecho sufrir. Además, Hardeman les estaba pagando medio millón por el trabajito. Habían cobrado ya la mitad y se rieron entonces mientras hablaban de cuál iba a ser su peor problema: qué hacer con el dinero que, evidentemente, no podían declarar a Hacienda.

Habían planeado toda su actuación cuidadosamente, pero sin pensar mucho en lo que eso suponía y ahora, de repente, la enormidad de su acto les estaba pesando. Iban a matar a un *hombre* y estaban silenciosos y pensativos.

Llegaron a la calle. Trish aparcó el coche en el lugar que había identificado en su reconocimiento previo como el más idóneo para sus propósitos y apagó las luces.

Len se inclinó, dándose la vuelta, para recoger el rifle que llevaba envuelto en una manta sobre el suelo del asiento trasero y lo desenrolló. El Remington era un rifle de caza mayor y su cargador montaba una munición larga y fina con balas de punta plana, que al impactar contra la carne y el hueso los aplastaba produciendo desgarros que eran mortales en un ciervo. Len había disparado a varios árboles y se había maravillado por el destrozo que esas balas eran capaces de producir, incluso en algo tan duro como la madera.

Bajó su ventanilla y corrió el cerrojo para trasladar una bala del cargador a la recámara y corrió el seguro del arma.

Perino pasó por su lado y entró en la calzada de su garaje. Len quitó el seguro del rifle y miró a través del visor telescópico. Angelo tendría que bajar del coche pasando por debajo de un brillante farol que colgaba del tejadillo del garaje. Aquel era uno de los lugares donde podía disparar; el otro era en la puerta de su casa, donde tendría que detenerse, dándoles la espalda, mientras buscaba la llave. Ese era el mejor momento: mientras estaba quieto, sin moverse, y allí era donde Len había decidido realizar su disparo.

Pudo comprobar que su decisión había sido correcta. Perino era un hombre de movimientos bruscos. Salió apresuradamente del coche, cogió su maleta y su gabardina y se dirigió rápidamente hacia la casa: un blanco difícil; pero quieto en el

umbral...

Inesperadamente, la puerta de la casa se abrió de golpe y dos niñas corrieron a recibirlo con los brazos abiertos, saltando de un lado para otro, mientras lo empujaban hacia la casa impacientemente. Después apareció alguien más: una atractiva adolescente que lo cogió de la mano. Se encontraba rodeado por su familia.

—Dios... —musitó Len.

—¡Ahora no! —susurró Trish histéricamente.

—No.

—Ya tendremos otra ocasión.

—Tendrá que haberla. Hemos cobrado a cuenta un cuarto de millón de dólares de Hardeman.



—Vamos a dejarlo por el momento —dijo Loren—. Tal como se están desarrollando las cosas me conviene que continúe con vida, pero no se os ocurra gastaros el dinero pensando que ya habéis cumplido. Os volveré a llamar un día de estos.



Pero la próxima oportunidad no llegó tan rápidamente. Angelo se quedó en casa esa semana para estar con el hijo al que tan pocas veces podía ver y pasar algún tiempo con toda la familia, aprovechando la oportunidad para visitar en Nueva York los lugares turísticos que los hijos de Betsy no conocían: la estatua de la Libertad, la vista desde la terraza del Empire State Building, y la isla de Manhattan desde los barcos del Circle Line.

Cindy le dio a Angelo la oportunidad de quedarse a solas con Betsy, pero él no la aprovechó. En la cama por la noche, el tercer día de la visita de Betsy, Angelo le susurró a Cindy:

—No merezco una esposa tan maravillosa como tú. ¡Haber aceptado a mi hijo con Betsy...!

—Angelo, yo tampoco soy una santa.

—Lo sé. Me lo he imaginado. ¿Dietz? ¿Marcus?

—Por favor. Yo no te hago a ti preguntas.

—Dios... no voy a pretender que no me importa, pero eso solo me hace quererte más, no menos.

Cindy le cogió el pene dándole un cariñoso apretón.

—No sé por qué, me parece... que todas las mujeres de la familia Hardeman, incluyendo Alicia... ¡Cristo! La madre y la hija, y... ¡Dios mío!, también Roberta, ¿uhm? Esa es la razón por la que en ocasiones te presta su ayuda...

Angelo sonrió y le dio un beso.

—Los negocios son los negocios —contestó.

—¿Pero me amas más a mí, que a todas las demás juntas?, ¿verdad? Yo te amo más que a todos los hombres con los que he estado.

—Te amo más que a todas las mujeres del mundo puestas juntas —contestó Angelo.

En ese momento de sinceridad mutua tan maravilloso, libre de cualquier recriminación, Cindy se sintió tentada de contarle lo del aborto. Le había hablado ya del ligamento de trompas diciéndole que su doctor le había recomendado que dejara la píldora, pero lo del aborto no, eso no se lo podía contar.



Para Van su aclimatación a América fue fascinante, pero no por deseada menos difícil. No podía acostumbrarse a llamar a la señora y al señor Perino, Angelo y Cindy. John y Anna Perino le presentaron a sus amigos y se quedó atónito al escucharles emplear de forma habitual expresiones como «polla», «coño» y, lo que era más increíble, «joder». No parecían tener el menor sentido del decoro o de la modestia.

Cuando John lo llevó al dormitorio de sus padres y le mostró su retrato y el de la señora Perino desnudos, Van se sonrojó avergonzado.

Al despedirse de su madre y de su medio hermano, John Hardeman, que regresaban a Londres, Van se preguntó por un instante si no lo estaban abandonando en una tierra de bárbaros con una familia igualmente bárbara.

Pero había un miembro de la familia con el que se encontraba muy a gusto: Anna Perino, de catorce años. Era la chica más preciosa que había visto nunca. No solo era atractiva, sino también dulce y cariñosa. Ella era la única persona que parecía entender su desconcierto y que simpatizaba con él. Solo hacía una semana que se habían conocido cuando descubrió que estaba profundamente enamorado de ella, pero no tenía la más remota idea de qué hacer con sus sentimientos.

Van estaba sorprendido de la libertad de la que gozaban los jóvenes norteamericanos. John lo llevó a guateques donde los jóvenes bebían, tomaban drogas, se metían mano y se desnudaban sin el menor recato. ¡Dios sabía qué otras cosas hacían! Aquella era la libertad con la que él y Charles habían soñado a menudo, pero que el pobre nunca llegaría a conocer porque se quedaría toda su vida en Francia. Los dos habían vivido aterrorizados pensando que alguien pudiera descubrir sus actividades nocturnas. Ahora no estaba muy seguro de que a los americanos les hubiera importado su comportamiento. La diferencia entre él y Charles y sus nuevos amigos era que ellos se avergonzaban de lo que hacían, pero estos americanos no parecían sentir la menor vergüenza. Eran como jóvenes animales que seguían sus instintos adonde estos les llevaban, sin pensárselo dos veces.

John salía con una chica llamada Buffy. Sus mejores amigos eran una pareja llamada Jeff y Kara. Buffy tenía dieciocho años y entraría en la Universidad de Wellesley el próximo otoño. Eso quería decir que era dos años mayor que John que

estaba a punto de comenzar sus estudios de bachillerato. Jeff y Kara tenían diecisiete años y estaban en segundo curso.

El padre de Kara, cirujano en el hospital de Greenwich, era propietario de un barco de motor de quince metros que amarraba en la marina de la bahía de Cos Cob. Jeff había demostrado tener la suficiente pericia y responsabilidad con el barco para que su padre le permitiera cogerlo las tardes en que él trabajaba. Un jueves del mes de agosto, las tres parejas, John y Buffy, Jeff y Kara y Van y Anna, subieron con cestas de *picnic* a bordo y navegaron rumbo este por el estrecho, sin ningún destino en particular, planeando echar el ancla en alguna cala, tomar un baño y comer.

Las chicas llevaban bikinis de colores vivos que, particularmente en el caso de Kara, amenazaban con desbordarse y los chicos vestían bañadores ceñidos White Stag Speedos que subrayaban sus orgullosos bultos.

El *Finisterre*, como se llamaba el barco, podía ser controlado desde un puente elevado o desde el puesto de mando de la cabina. Para salir del puerto Jeff se situó en el puente superior donde disfrutaba de mejor visibilidad y navegó a poca velocidad para no causar oleaje. Solo cuando estaban más allá de la bocana empujó el acelerador adelante lanzando el bote contra la marejadilla.

Los otros cinco se quedaron en la cabina sintiendo las vibraciones del motor bajo sus pies. John abrió una nevera portátil y empezó a repartir cervezas.

Cuando estuvieron a tres kilómetros de la costa, enfrente del cabo Shippan, en Stamford, Buffy se quitó el sujetador. Kara la imitó inmediatamente y Anna, a la que claramente no le agradaba la idea pero que no quería ser diferente, también se quitó el suyo, descubriendo unos pechos pequeños y en punta como correspondía a sus catorce años.

Kara subió al puente de mando superior para llevarle a Jeff una cerveza.

Van se dio cuenta de que nadie parecía incómodo. Aparentemente sus nuevos amigos estaban haciendo lo que siempre hacían en esas ocasiones. Se preguntó si no le llegaría también a los chicos el turno de quitarse los bañadores y quedarse desnudos. No estaba seguro de poder hacerlo si llegaba el momento.

Conforme navegaban por el estrecho, el cielo a popa se fue oscureciendo y el viento se hizo más fresco y frío. El estado del mar empeoró a marejada. Jeff conectó la radio del puente a la frecuencia de la guardia costera para escuchar los partes meteorológicos.

—No hay problema —les anunció a los otros—. Es solo un pequeño frente de tormenta que está pasando. Voy a poner rumbo a aquellas islas que tenemos enfrente y buscaré una cala donde fondear para que estemos resguardados.

Las tres chicas bajaron a la cabina mientras los chicos permanecieron en cubierta. John y Van se dirigieron a proa para estar listos para soltar el ancla en cuanto Jeff lo pidiese. Cuando, finalmente, se pusieron a resguardo en una cala, una lluvia siseante reducía la visibilidad a pocos metros. Después de anclar el bote, los muchachos se pusieron a cubierto en la cabina, totalmente empapados. Kara cogió unas toallas del

armario y los chicos se secaron. Los trajes de baño estaban húmedos y Jeff y John se quitaron los suyos, Van dudó pero temió que los otros pensarán que era tonto, así que terminó quitándose también el suyo. Jeff se arrodilló en la parte trasera de la cabina para abrir la escotilla y colgar los bañadores a secar al calor del compartimento de los motores.

Las chicas sirvieron los sándwiches y las patatas fritas mientras los chicos abrían más botellas de cerveza. El barco se balanceaba continuamente en las aguas agitadas, pero no había ningún peligro.

—Acogedor —dijo Kara arrebujándose contra Jeff, que puso su brazo izquierdo alrededor de ella para llenarse su mano con uno de sus pechos—. ¡Mmmm!, muy acogedor.

John se inclinó sobre Buffy y le chupó los dos pezones que quedaron brillantes con su saliva.

Van miró a Anna y vio una nota de aprensión en su mirada. Le puso su brazo alrededor y ella sonrió tímidamente antes de darle un beso fugaz en la mejilla.

Mientras comían, los que vivían en Greenwich hablaron de sus respectivas escuelas y de la próxima temporada de rugby americano, rompiendo a reír al intentar que Van entendiera las reglas del deporte.

Tan pronto como Jeff y Kara terminaron de comer sus sándwiches, bajaron a una cabina estrecha que se abría al final de unos empinados escalones mientras John y Buffy se tumbaron en el banco de babor y comenzaron a besarse y a meterse mano.

Van besó a Anna. Era la primera vez que la besaba en la boca y le embargó la emoción. Sus ojos oscuros le miraron solemnemente mientras adelantaba sus labios húmedos y sedosos para que se los volviera a besar. Él estaba deseando tocar sus pequeños pechos desnudos. ¡Pero su hermano estaba al otro extremo de la cabina!

John había bajado las braguitas del bikini a Buffy y estaba amasando con manos ávidas su duro y pequeño trasero.

Van puso delicadamente su mano derecha sobre el pecho izquierdo de Anna. Ella contuvo la respiración, pero no intentó apartarse o quitarse la mano; solo continuó mirándole intensamente a los ojos con renovada solemnidad. Él la volvió a besar y ahora los dos se relajaron, recostándose en el asiento, para continuar besándose.

La lluvia comenzó a amainar y la visibilidad alrededor del yate mejoró. Van y Anna podían distinguir ahora las islas a su alrededor y más allá la costa. Varios barcos estaban fondeados no muy lejos y Van se preguntó si sus tripulantes no estarían también haciendo lo mismo que ellos.

La puerta se abrió y Jeff y Kara subieron por la escalera con una sonrisa.

—¡Los siguientes!

John y Buffy descendieron a la cabina de popa y Jeff y Kara se sentaron a la mesa y abrieron otras dos latas de cerveza. Van y Anna dijeron que no querían más por ahora.

John sonrió traviesamente y preguntó:

—En Europa no circuncidan a todo el mundo, ¿verdad?

—No, solo si los padres lo piden.

—En este país tienen que hacerlo. Es la ley.

—No, no lo es —contestó Kara.

—Siempre he oído que lo era —repuso Jeff.

—Bueno, mi padre es médico. Y eso es lo que me ha dicho.

—Ahora que lo pienso, no todos los chicos en el colegio lo están. A ti tampoco te lo cortaron, ¿verdad, Van?

—No —contestó Van tímidamente. Los otros tres le estaban mirando su pene y él notaba que se estaba sonrojando. Era una situación muy incómoda, pero no había manera de escapar—. En Ámsterdam, donde nací, es solo un rito religioso.

—¿Solíais hacer deporte en vuestro colegio?

—¡Oh, sí! Especialmente rugby europeo.

—Ese es un juego duro, ¿no es así?

—Puede ser muy duro. ¿Conoces el chiste? Se dice que el rugby es un juego de rufianes que juegan los caballeros, el fútbol es un juego de caballeros al que juegan los rufianes, y el hockey sobre hielo es un juego de rufianes, jugado por rufianes.

Los otros se rieron y Van se alegró de haber podido desviar la atención del estado de su pene. Jeff reanudó su explicación sobre el rugby americano.

John y Buffy subieron y John hizo un gesto a Van.

—Uh... bueno, quizá... —musitó Van.

—No seas tímido —contestó John—. Anna no lo es.

Una pequeña lámpara de latón dorado en un mamparo iluminaba la cabina. Era minúscula y acogedora, pero hacía calor. Estaba equipada con dos literas estrechas y casi no había sitio para estar de pie entre ellas. Van y Anna se acostaron cara a cara. Él se sentía muy azorado al notar su miembro erecto presionando contra sus piernas. Ella no mostró ninguna señal de desagrado, solo lo miró con sus atractivos ojos oscuros y le ofreció la boca para que la besara.

Él la besó con cariño, con más cariño que pasión.

—Anna —le susurró—. No te voy a quitar la otra pieza de tu traje de baño.

—No —dijo ella—, no debemos.

—Pero puedes tocarme si quieres.

Ella empuñó su verga e instintivamente supo lo que había que hacer y en menos de un minuto se encontró eyaculando en su mano y contra sus muslos.

—Anna —dijo—, quiero que sepas que te amo. No voy a salir con otras chicas hasta que seamos mayores y podamos casarnos.

Alicia invitó a la familia Perino a su cena de Acción de Gracias. Su nieto Van Ludwige había venido de Harvard para pasar esos días con ella. Todo el mundo se sentó en la sala, alrededor de la chimenea de mármol donde crepitaba el fuego, para tomar unos canapés y beber unas copas.

Bill Adams y Angelo se sentaron aparte durante unos minutos para poder hablar en privado.

Froelich & Green habían realizado por fin una oferta. Seiscientos veinticinco dólares la acción, con la condición de que F&G pudiesen adquirir un mínimo del 51 por ciento del capital social de XB Motors. El precio por acción se abonaría de la siguiente forma: 150 dólares en efectivo; 400 con opciones de compra, por ese valor, de acciones de Froelich & Green, y los 75 dólares restantes en pagarés.

—Me estaba empezando a preguntar si no se habían echado atrás —comentó Angelo dando un sorbo a su Martini.

—Encontraron bastantes dificultades para poder reunir la financiación necesaria —contestó Bill—. Hice una serie de llamadas y eso no les facilitó nada las cosas.

—Sí, pero acabaron consiguiéndolo.

—Bueno, tienen gente muy profesional trabajando para ellos —repuso Bill—, y consiguieron reunir los ciento cincuenta millones de dólares que van a necesitar si todos los accionistas de XB terminan por aceptar su oferta. Además han logrado garantizar sus pagarés: han vendido suficientes bonos basura para respaldarlos. Son las opciones las que son dudosas. Están valorando sus acciones en cuatrocientos cincuenta dólares y ofrecen las opciones de compra a cuatrocientos, pero podría ser que esas opciones carecieran de valor cuando se vayan a ejercer. Cero. Nada.

—En cuanto la cotización baje a cuatrocientos dólares por acción.

—¡Exacto!

Angelo cabeceó desorientado.

—No acabo de entender cómo esos tipos continúan pudiendo conseguir financiación. Boesky^[6] acabó en la cárcel; Milken está de camino. El mundo debe de estar lleno de primos.

—Incluyendo a un tal Loren Hardeman Tercero —remató Bill Adams.



Ni Van ni Anna pudieron ocultar lo que sus miradas decían claramente a cualquiera que tuviera ojos para ver. La manera en que ella lo miraba y la forma en que él la seguía por todas partes, amoroso y solícito, era evidente para todos.

—¿Qué es lo que está pasando con esos dos? —le preguntó Angelo a Cindy,

cuando estuvieron solos en su dormitorio.

—Están enamorados.

—¡Cristo! Solo tiene catorce años.

—Él le ha prometido no salir con otras chicas y esperarla hasta que tengan edad para casarse —dijo Cindy— y ella le ha prometido otro tanto.

—¡Por el amor de Dios! ¡No me digas que ella...!

—No, ella jura que no, y yo la creo. Dice que tuvieron varias oportunidades el verano pasado pero que estuvieron de acuerdo en no hacerlo. Me gustaría poder decir lo mismo de John y Buffy. No me hace confidencias, pero no me engaña...

—Yo lo hice por primera vez cuando tenía dieciséis años —dijo Angelo.

—Bueno, nunca me pediste mi autobiografía íntima, pero yo perdí mi virginidad... ¿perdí?, mejor dicho, la entregué gozosa a los catorce.

Cindy estaba de pie, frente a un espejo de cuerpo entero, examinando críticamente las marcas rojas que le habían dejado los pantis que había llevado esa tarde y que tardarían horas en desaparecer. Los ligeros no dejaban marcas y decidió volver a usar medias. Generalmente evitaba llevar sujetador, pero si alguna vez no tenía más remedio que ponérselo, era tan ligero y transparente como le era posible y lo bastante flojo como para que no dejara señales.

—Quizá tenemos suerte después de todo —dijo ella—. Nuestros chicos parecen ser monógamos. En esta época de sida, eso es una buena cosa.

—Tampoco toman drogas, ¿verdad?

—Anna se toma de vez en cuando una cerveza. Eso me ha dicho. Me imagino que John va un poco más lejos, pero no veo ningún problema de momento.

Angelo estaba en la cama esperando a Cindy y sacudió la cabeza.

—Yo he hecho un montón de cosas pero nunca esnifé cocaína. Fumé un poco de hierba, pero eso fue todo.

—Lo mismo que yo —contestó Cindy—. En aquellos días, cuando me movía por los circuitos, fumaba porros. Era imposible estar en ese ambiente y no hacerlo, pero nunca he tomado nada más fuerte.

—¿Sabes? Somos un par de vejastorios. Dentro de un par de años cumpliré sesenta años.

Cindy lo miró y sonrió. Estaba tumbado sobre la espalda, y su pene surgiendo entre sus dos pelotas era como esa estaca que se levanta entre dos arcos al final de un recorrido de croquet.

—Todavía eres joven y atractivo, marido —dijo—. ¿Me harás un favor?

—¿Cuál?

—Deja que Amanda te pinte un retrato. Colgaré el de John en otro lugar y pondré el tuyo a mi lado.

Angelo se masajeó la cara.

—Si puedo encontrar el tiempo —gimoteó en broma.



—¡Treinta y siete millones de mierda! —gritó Roberta—. ¿Qué coño ha pasado con los doscientos doce millones?

—Ya hemos hablado de eso —protestó Loren con impaciencia—, hay otros diecinueve millones en pagarés. Eso suma cincuenta y seis millones. Las acciones de Froelich & Green valen cuatrocientos veinticinco dólares cada una. Cuando ejercite mis opciones de compra conseguiré ciento seis millones adicionales.

—Si eres capaz de creer en eso, también debes creer en los Reyes Magos —bufó despreciativamente Roberta.

—Incluso si todo lo que consiguiese fueran treinta y siete millones sería un hombre rico, que puede retirarse cómodamente con la mujer a la que ama, a algún lugar con una buena vista sobre el océano.

—¡Océano! ¡Una mierda! ¿Qué océano? ¡Íbamos a vivir en París!

Roberta estaba borracha. La había encontrado bebida al llegar a casa, vestida por alguna extraña razón con un par de tejanos, una prenda que casi nunca usaba, y un sostén blanco corriente. No es que estuviera borracha, es que estaba como una cuba. Él también se había pasado con el whisky camino de casa pero ella estaba totalmente fuera de control, gimoteando y maldiciendo, tropezando con los muebles.

No había manera de razonar con ella cuando estaba en esas condiciones. La había visto ebria en otras ocasiones pero nunca hasta ese extremo.

Nada de lo que ella pudiera decir iba a cambiar las cosas. Esa misma tarde había firmado la venta de sus doscientas cincuenta mil acciones de XB Motors a Froelich & Green. El cheque por treinta y siete millones quinientos mil dólares había sido depositado en una cuenta sujeta a fiducia del banco hasta el uno de marzo, lo mismo que las opciones y el pagaré.

El consejo de dirección de la fundación había sido consultado por teléfono y había autorizado la venta de sus acciones. Los cincuenta y dos millones de dólares resultantes se habían depositado en otra cuenta a nombre de la fundación.

El trato ya estaba cerrado y las condiciones de la fiducia habían sido cumplidas. Se había vendido el 60 por ciento de las acciones de XB Motors a Froelich & Green; una participación que claramente les daba el control. Ese era el motivo por el que Roberta estaba fuera de sí. Había estado acostumbrada a dominarlo completamente, pero una cosa era atarlo a la cama y azotarle con el cinturón y otra disponer de su fortuna.

—Ya está hecho, Roberta —contestó—. Siempre dices que tengo una buena cabeza para los negocios. Me lo has dicho muchas veces. Bueno, pues he seguido mi propio criterio.

—Solo lo has hecho porque odias a Angelo Perino, más de lo que amas la empresa que creó tu abuelo.

Loren sonrió satisfecho.

—Ese hijo de puta y su maldito coche eléctrico son historia. Ahora solo me falta poder hundirlo definitivamente.



Betsy cogió un taxi en el aeropuerto Kennedy hasta la casa de los Perino en Greenwich. Nada más llegar aceptó el Martini que le ofrecieron y se sentó en el cuarto de estar intentando controlar sus lágrimas.

—¡Lo ha hecho! ¡Ha vendido! Esos títeres suyos del consejo de la fundación...

—No está todo acabado todavía —contestó Angelo—. Aquí tienes el *Wall Street Journal* de ayer. La primera página. ¡Léela!

La noticia decía:

RECURSO CONTRA LA ADQUISICIÓN DE XB MOTORS PRESENTADO POR EL FISCAL GENERAL DE MICHIGAN

Exclusiva del *Wall Street Journal*
por Jane Loughlin

La venta de XB Motors por la Fundación Hardeman ha sido impugnada en un recurso presentado ayer por el fiscal general de Michigan Frank Fairfield. La suspensión temporal de la venta ha sido otorgada por el juez Homer Wilkinson de la audiencia de Detroit, con lo que, efectivamente, queda paralizada la venta a Froelich & Green del cuarto fabricante de automóviles del país.

La Fundación Hardeman —establecida por el primer Loren Hardeman, fundador de Bethlehem Motors y que posteriormente cambió su razón social a XB Motors— posee el 35 por ciento de las acciones de XB Motors que constituye su único activo. Las acciones, que rara vez se negocian en los mercados, tienen un valor estimado entre 800 y 550 dólares por acción. Froelich & Green han ofrecido 625 dólares, de los cuales solo 150 serían en efectivo; el resto se abonaría con opciones y pagarés.

El recurso del fiscal general describe los pagarés y las opciones ofrecidas por Froelich & Green como medios de pago de un valor extremadamente dudoso. En cualquier caso, el recurso argumenta que las fundaciones caritativas están limitadas por ley a invertir exclusivamente en determinadas clases de activos financieros y que las opciones y los pagarés no constituyen, precisamente, el tipo de activo que la ley del Estado de Michigan contempla como inversión autorizada a las fundaciones caritativas.

«La Fundación Hardeman es la principal fuente de financiación de maternidades, escuelas vocacionales y programas de capacitación profesional en varias ciudades de Michigan —dijo el fiscal general de ese estado—, y no podemos contemplar con indiferencia que sus activos puedan desaparecer.»

Loren Hardeman Tercero, nieto del fundador, ha declarado en varias ocasiones que la compañía de automóviles ha dejado de pagar dividendos o solo ha pagado los mínimos. «Esta venta supone a la fundación más de cincuenta y dos millones de dólares en efectivo —declaró— que podrán ser invertidos en los mejores y más sólidos activos financieros: acciones de renta y bonos del tesoro que le proveerán con una base mucho más sólida para financiar sus actividades caritativas.»

El abogado Paul Burger, antiguo juez de la corte suprema de Michigan, que actúa como representante de varios de los accionistas minoritarios, incluyendo al vicepresidente ejecutivo de XB Angelo Perino y a la propia hija de Loren Tercero, Elizabeth, vizcondesa de Neville, ha mostrado su disconformidad con la venta alegando que «coloca a la Fundación Hardeman en grave peligro».

—Pero ¿ganaremos el recurso? —preguntó Betsy—. Estoy segura de que Froelich & Green han debido estudiar su posición legal antes de buscar la financiación y de lanzar su oferta pública de adquisición.

—Creo que contaban con poder rematar todo este asunto antes de que nadie pudiera hacer nada para impedirlo —contestó Angelo—. Creo que a Loren no se le pasó por la cabeza que tú y yo pudiéramos llegar tan lejos y recurrir al fiscal general de Michigan.

Betsy sonrió maliciosamente.

—¿Cómo conseguiste poner eso en marcha, Angelo? —preguntó—. ¿Llamaste a viejos amigos de la familia?

—No. El fiscal general había trabajado como ayudante en el juzgado de Paul Burger, mi abogado, cuando este ejerció como juez. Algo que ni tu padre ni sus amigos sabían.

Betsy golpeó la página del periódico con el dedo.

—¿Pero este recurso está bien fundamentado en argumentos legales sólidos?

—Si Paul Burger ha decidido presentarlo, así debe de ser —repuso Angelo con total seguridad.



Loren estaba sentado detrás de su escritorio, en el edificio de oficinas de XB Motors. Había estado bebiendo y todavía continuaba con un vaso de whisky sobre la mesa. Con él se encontraban reunidos Herbert Froelich; James Randolph, director de la Fundación Hardeman, y Ned Hogan, el abogado de la empresa. Todos habían declinado su oferta de una copa.

—Cualquiera que sea el resultado, este recurso se alargará durante años —dijo Loren—, y mientras tanto el señor Froelich podrá votar mi veinticinco por ciento y Jim Randolph el treinta y cinco por ciento que corresponde a la fundación. Con ese

sesenta por ciento resultante y tres de los cinco consejeros, podemos librarnos de una vez por todas de un vicepresidente que ha tenido la desfachatez de presentar una demanda contra nosotros; de él y de ese estúpido proyecto de coche eléctrico.

—Me temo que no —dijo Randolph—. Aquí tengo una notificación del juzgado que me acaba de ser entregada ahora mismo. —Y procedió a pasarle los papeles a Hogan—. El Tribunal Supremo ha nombrado a un administrador judicial para velar por los activos de la fundación hasta que se falle el recurso presentado. El administrador es Benjamín Marple, adjunto al vicepresidente del Banco de Detroit. Hasta que se emita sentencia, él será el único que podrá votar en representación de las acciones de la fundación.

Luchando para enfocar sus ojos, Loren se volvió a su abogado.

—¿Es válida esa notificación? —preguntó.

—Es una notificación del juzgado competente —contestó Hogan y leyó a continuación—: Marple... deberá custodiar los activos de la fundación, etcétera, etcétera, e informar mensualmente por escrito al juez... no se puede vender ningún activo sin una autorización previa del juzgado y... además será el único representante de las acciones de la fundación en las votaciones.

La cara de Loren adquirió un color escarlata.

—¿Me estás diciendo que hemos perdido el control de XB Motors? —gritó.

Hogan cabeceó afirmativamente.

—Hasta que el juzgado revoque esa orden.

Loren miró a Froelich con aprensión.

—¿Qué piensas hacer?

Froelich sacudió la cabeza.

—Bueno, me temo que no tengo otro remedio que acogerme a la cláusula de salvaguardia de nuestro contrato, que especifica que este será considerado nulo si no existe la posibilidad de adquirir el número suficiente de acciones que nos otorguen el control de la sociedad.

—Bueno, eso es algo que no sabremos hasta que haya sentencia.

—No. Nuestra oferta tiene un tope: el 1 de marzo de 1990. Si para entonces Froelich & Green no han podido consolidar una posición mayoritaria que les otorgue el control, la oferta expira automáticamente. Recuerden que aunque les he entregado un cheque por treinta y siete millones, ese cheque está en fideicomiso del banco; si llegado el primero de marzo...

—¡Estoy jodido! ¡Bien jodido! —aulló Loren.

—•••—

Eso mismo fue lo que gritó a Roberta en cuanto cerró la puerta de su casa.

—¡Me han jodido bien jodido!

Ella sacudió la cabeza aburrida. Estaba sobria aunque tenía un vaso de whisky en una mano y un Chesterfield en la otra. Vestía pantalones blancos ajustados y un jersey

holgado.

—No te han jodido. Cálmate.

—¡Hoy me han robado treinta y siete millones quinientos mil dólares y tú me dices que no estoy jodido! ¡Ese maldito Angelo Perino! —rugió—, ha vuelto a darme por el culo.

—No te han jodido —contestó ella—. Has recuperado tus acciones que valen cuatro veces más que esos treinta y siete millones de mierda. En vez de conseguir la cuarta parte de lo que verdaderamente valía tu paquete de acciones y un montón de papel mojado de esa pandilla de timadores, ahora continúas siendo el propietario de un veinticinco por ciento de XB Motors. Si te digo la verdad, eso es algo que habría que agradecerle a Angelo Perino; tú inclusive.

Loren se quitó su abrigo de cachemir negro dejándolo caer sobre el suelo del vestíbulo.

—Ese tío, no solo está jodiendo a mi hija, sino que además me está jodiendo a mí cada vez que tiene una oportunidad. Lo que estoy necesitando es una puñetera copa —dijo cruzando el salón y dirigiéndose al cuarto de estar.

—Lo que tú necesitas es relajarte —dijo ella—. Quítate la ropa, querido. Primero me vas a dar mi gusto y después te daré el tuyo.

Durante un momento él se quedó inmóvil mirándola fijamente.

—Lo que de verdad necesito es una copa —dijo apaciguado mientras se empezaba a desnudar—. No he terminado todavía con Perino, tarde o temprano voy a romperle el culo. De una manera u otra, pero se lo voy a romper.

—Utiliza el cerebro, Loren —dijo Roberta regañándole mientras le servía un whisky—. Aunque solo sea por una vez, utiliza el cerebro para pensar en vez del culo. Ayuda a Angelo a construir ese coche innovador y eso hará que tus acciones valgan miles de dólares. Podrías ser tan rico que ni los Ford te llegaran a la suela del zapato. Lucha contra él y podrías acabar con la gallina de los huevos de oro.

Loren estaba ya desnudo cuando recogió la bebida de sus manos.

—Prométeme algo —dijo suavemente.

—¿Qué?

—Que no ha follado también contigo.

—¡Loren!... ¡por el amor de Dios! ¿Angelo *Perino*? ¡Por Dios!, ¿por qué iba a querer follar a Perino cuando te tengo a ti?

—Prefiero morir antes que perderte, Roberta —susurró mientras se ponía de rodillas delante suyo—. Prefiero perder la empresa, Perino puede quedarse con ella, antes que perderte a ti. Te amo. Te necesito.

Ella se inclinó para acariciarle la cara y después dejó que le besara las manos.

—Tienes que hacer caso a mamá —dijo ella—. Y lo único que quiero ahora es que te relajes. Relájate, querido. ¿Quieres que te caliente el culo primero?

Las lágrimas corrían por las mejillas de Loren cuando alzó la mirada y asintió con un gesto mudo de cabeza.

ventinueve

1990

—Toda la familia está tarada —le dijo Alicia a Angelo—, cada uno de esos malditos, incluida mi hija. Betsy es una bala perdida. Te lo aviso.

—Lo que quiere Betsy, Betsy lo consigue, no importa el precio.

—Excepto aquello que más quería: casarse contigo. Podría llegar a odiarte por ello, Angelo. La línea entre el amor y el odio siempre ha sido muy fina.

Durante los últimos diez años Angelo se había preocupado de visitar a Alicia de vez en cuando para ponerla al tanto de lo que pasaba en XB Motors. Al fin y al cabo, tenía una participación del cinco por ciento y eso, en cualquier empresa, la convertía en una accionista importante.

Unas cuantas veces al año encontraban el momento para subir al dormitorio y tumbarse juntos en la cama; en ocasiones intercambiando solo besos y caricias, otras, la mayoría, acababan desnudándose completamente y llegando hasta el final. Aunque para ella era algo más que simple sexo, tampoco vivía pendiente de las veces en las que podía hacer el amor con Angelo Perino.

Justo unos minutos antes, él se había retirado de encima suyo y mientras ella fumaba un cigarrillo habían comenzado a charlar sobre los Hardeman.

De las tres esposas de Loren, Angelo opinaba que Alicia era la mejor en la cama. *Lady Ayres* había sido toda una atleta en esa especialidad, algunas veces incluso violenta. Roberta era volátil, temperamental y muy exigente. Alicia por el contrario era una buena compañera, tranquila y cariñosa. Se entregaba sin reservas, de manera completa y libre y era evidente que disfrutaba haciéndolo. Más aún, podía notar que a ella le preocupaba que él también disfrutase. Loren había cometido otro de sus grandes errores cuando había dejado a la madre de Betsy.

—Todo hubiera ido mucho mejor si Elizabeth, la esposa de Número Uno, no hubiese muerto tan pronto. Nunca la conocí, por supuesto; murió antes de que Loren hubiese nacido. La gente que la conoció decía que ejercía una influencia estabilizador en la familia.

—Eso es lo que decía mi padre.

—La familia se ha ido al diablo, Angelo, y puede que todo haya comenzado cuando murió la mujer de Número Uno, Elizabeth.

Angelo afirmó con un gesto de cabeza.

—Podría ser.

Alicia dejó su cigarrillo en el cenicero de la mesita de noche y acarició su mejilla en vez de su entrepierna; cuando terminaban de hacer el amor nunca volvía a tocarla.

—Mi nieto, Van —dijo—, parece que está enamorado de tu hija Anna.

—Eso me han dicho, pero son muy jóvenes.

—Tienen la llave para acabar con todos los problemas. ¿Qué pasaría si se casasen y tuviesen hijos? Eso lo resolvería todo. El hijo de Betsy, tu hija. Debes salvar la compañía para ellos. Ellos son la solución.

—Me parece que estamos adelantando acontecimientos; todavía son unos críos.

—Van es el nieto de Loren. Cuando se entere de que su nieto está enamorado precisamente de la hija de Angelo Perino, y de que podrían casarse algún día...

Angelo sacudió la cabeza y sonrió con una mueca.

—Ya sé lo que quieres decir.



La junta general de accionistas de XB Motors se convocó el lunes 13 de febrero de 1990. Eso era dos semanas antes de que la oferta de Froelich & Green expirase y de que la disposición del fiscal general de Michigan pudiera ser impugnada y, por lo tanto, la tutela judicial de las acciones de la fundación continuaba con efecto. Benjamín Marple, no James Randolph, ejercitaría el voto que le correspondía en la participación de la fundación. Loren había intentado posponer la junta general pero no había sido posible; la ley de sociedades no lo permitía.

Betsy acudió en representación del mismo número de votos delegados que el año anterior. También estaban presentes Angelo y, por supuesto, Loren y Roberta.

El primer asunto del día era la elección de consejeros. Betsy tomó la palabra.

—Los directores actuales son mi padre, Loren Hardeman Tercero, su mujer, Roberta Ford Ross Hardeman, James Randolph, Angelo Perino y yo misma. El señor Perino y yo somos consejeros en virtud de los votos de los accionistas minoritarios que ejercitaron sus votos en bloque y que volverán a hacerlo este año. Quiero proponer que mi padre, su mujer, el señor Perino y yo misma seamos reelegidos. Y propongo asimismo que el señor Randolph sea reemplazado por el señor Marple.

Marple, un hombre rechoncho con pelo blanco, prematuramente encanecido, sacudió la cabeza negativamente.

—Vizcondesa —contestó usando el tratamiento formal que su título exigía—, le agradezco su propuesta, pero me es imposible aceptar el cargo de consejero de XB Motors. Mi nombramiento como administrador judicial expira dentro de dos semanas y por lo tanto estaré desligado de cualquier responsabilidad sobre esta compañía. Además, lo lamento, pero tampoco dispongo del tiempo que ese cargo exige.

—Lo que yo busco, señor Marple —dijo Betsy—, es un consejero que no sea un títere de mi padre. El solo hecho de que el señor Randolph estuviera dispuesto a aceptar la oferta de Froelich & Green pone su integridad y su capacidad bajo grave sospecha.

—Estás yendo demasiado lejos —ladró Loren.

—El consejero que ejerza la representación de la fundación —continuó Betsy— debe ser alguien con criterio propio. No estoy pidiendo que se sustituya una marioneta de mi padre por otra mía. Lo que se necesita es un consejero neutral e

independiente.

Paul Burger les había aconsejado a Angelo y a ella esa táctica. Marple no iba a votar en representación de las acciones de la fundación simplemente para dar el control a los accionistas minoritarios de la sociedad —les dijo— pero lo que sí haría, sería favorecer la elección de un consejero neutral.

—¿Tiene a algún candidato? —preguntó Marple—, quiero decir además de mí.

—Yo pensaba que usted era el candidato ideal —dijo Betsy dirigiéndole una sonrisa cautivadora—, y la verdad no había pensado en una alternativa. ¿Angelo?

—Tengo una idea —dijo Angelo—. Uno de nuestros puntos de venta de más éxito es el de Louisville, Kentucky, un concesionario propiedad de Thomas Mason. Tom también había vendido el Sundancer y Número Uno, que lo conocía muy bien, tenía una gran opinión de él. Creo que sería muy conveniente tener en el consejo a alguien con una buena experiencia en el campo de ventas. Thomas Mason ha estado con nosotros desde hace muchos años y conoce perfectamente el negocio desde ese ángulo. Reunimos en este consejo una amplia gama de conocimientos en los campos del diseño, finanzas, fabricación, etcétera. Podríamos sumar su punto de vista y su experiencia en ventas.

—Me parece que lo conozco —dijo Loren dubitativamente.

—Yo sí que lo recuerdo —dijo Betsy—. Hablé con él cuando estuvo aquí con ocasión de aquella reunión de concesionarios en... ¿en qué año fue? Bueno, no importa: quiero proponer al señor Mason para el...

—¡Alto! ¡Un momento! —gritó Loren—. ¿Así, de repente, una propuesta como esta sacada de la manga por las buenas? ¿Qué es lo que sabemos de esa persona? ¿Cómo sabemos que aceptará el cargo si se lo proponemos?

—Me imagino que estará encantado —contestó Betsy.

Sabía por supuesto que estaría encantado. Ella y Angelo lo habían telefoneado el día antes para sondearlo y él les había enviado por mensajería urgente su currículum que habían revisado cuidadosamente esa mañana, a primera hora.

Tom Mason se había graduado en la Universidad de Kentucky con un doctorado en *marketing*. Había sido diputado durante cuatro legislaturas en el parlamento de su estado y era consejero de varias compañías en Louisville. Tenía las suficientes cualidades para impresionar favorablemente a Benjamín Marple.

—Bueno, creo que lo mejor es posponer esta asamblea dos o tres semanas hasta que tengamos la oportunidad de entrevistarle y comprobar sus credenciales.

Betsy cabeceó negativamente y sonrió con ironía.

—No ha sido un mal intento —dijo—, no muy sutil, pero sí voluntarioso. Propongo que se haga un receso hasta las dos y aprovechemos ese tiempo para llamar al señor Mason y preguntarle si está interesado. Si lo está, puede coger un avión y estar aquí mañana para una entrevista, revisamos su currículum y nos podemos volver a reunir el jueves para tomar una decisión.

Loren estaba rojo de ira.

—No veo ninguna razón para no hablar con esa persona —dijo Marple y votó a favor de la propuesta de Betsy.

Tom Mason voló hasta Detroit y presentó el currículum que Angelo y Betsy ya conocían. El administrador judicial quedó favorablemente impresionado y ese mismo jueves fue elegido miembro del consejo.

Al día siguiente, viernes, se constituyó el nuevo consejo eligiéndose a Loren como presidente del consejo y a Angelo como presidente y director gerente de XB Motors.



Angelo había alquilado un lujoso apartamento en Detroit. Pasaba tanto tiempo allí que resultaba más barato que un hotel. Le había pedido a Betsy que no viniera por el piso; aunque había logrado parar los pies a los detectives, dudaba que Loren hubiese abandonado la idea de intentar comprometerlos consiguiendo unas fotos de ellos dos juntos.

Se quedó esperando su llamada hasta las ocho, pensando que ella lo llamaría para salir a cenar juntos, y, cuando no lo hizo, se marchó al Red Fox Inn el restaurante donde Jimmy Hoffa^[7] se había volatilizado, donde pidió un solomillo y una botella de Châteauneuf du Pape.



Betsy tenía otros planes para esa noche.

Cuando Tom Mason llamó a la puerta de su *suite* en el hotel Renaissance Center, lo recibió enfundada en unos pantalones negros ajustados y un jersey muy amplio que se le caía ora de un hombro, ora del otro y amenazaba permanentemente con deslizarse de ambos al mismo tiempo en cualquier momento.

—Señorita Betsy... disculpe si no la llamo vizcondesa. ¿No va a cenar con nosotros Angelo Perino?

—Bueno, ya sabes, es padre de cinco hijos y ha tenido que marcharse a toda prisa a Connecticut por algún motivo.

—Bueno, uh...

—Siéntate, Tom. ¿Un bourbon?

Tom Mason sonrió.

—Quizá no lo crea pero soy uno de esos raros nativos de Kentucky que prefiere whisky.

—¿Qué me dice de los Martinis?

—Se me ha visto en ocasiones con uno en la mano —respondió con una sonrisa de adolescente.

Betsy le devolvió la sonrisa.

—Acércate y échame una mano. ¿Con hielo o seco?

—Seco, señorita Betsy.

—Entonces rompe un poco de hielo.

Tom se puso a ello.

—¿Qué es lo que ha pasado, señorita Betsy? —preguntó—. Me parece que hemos conseguido que su padre pierda el control de la compañía.

—Así es. A menos de que recobre el control de las acciones de la fundación, y eso siempre es una posibilidad. Y por favor, si no dejas de llamarme señorita Betsy te voy a dar una patada en las pelotas.

—¿Qué le parece *lady* Neville?

Ella se rio.

—La muy honorable vizcondesa de Neville. ¿Cuántos años tenía cuando nos conocimos, Tom?

—¡Oh!, veintiuno o veintidós.

—Cuando Angelo me conoció tenía dieciséis años. También me llamaba señorita Betsy hasta... Es el padre de mi hijo John, ¿lo sabías?

—Eso he oído.

—Así que no me llames señorita Betsy, Tom.

Se sentaron con un par de Martinis y ella trajo de la nevera un plato de queso, galletas y fruta que le había dejado el servicio de habitaciones.

—No te hemos llamado para que seas un «sí señor», mío o de Angelo —dijo Betsy—. Lo dejamos bien claro desde el principio. Angelo y yo presentamos tu candidatura porque queríamos a alguien con cerebro y experiencia. El voto de Ben Marple era decisivo y él también te aceptó por esas razones. Queríamos a alguien que en ocasiones pudiera llevamos la contraria, pero por razones válidas, no porque fuera una marioneta de mi padre. Esta compañía va a ser dirigida de una manera radicalmente diferente a como se venía haciendo hasta ahora.

—Si me disculpas la franqueza, ya era hora.

—Número Uno era un auténtico monstruo, Tom. Si yo te contara.

—Tengo los suficientes años para recordar que el primer Henry Ford era un admirador de Hitler —dijo Tom—, y dirigía su empresa de forma parecida.

Betsy cabeceó afirmativamente.

—Por otra parte, un camello es un caballo diseñado por un comité.

—Creo conocer algo a Angelo, y sé que él va a dirigir esta empresa con mano de hierro.

—Mientras dure.

Tom terminó su Martini al tiempo que ella cogió la coctelera para servir otro par de copas.

—Háblame sobre el coche eléctrico —dijo.

—Angelo es el más indicado para eso, pero te puedo asegurar que no va a ser una especie de carricoche para viejecitas. Ese proyecto es vital para la empresa, y puede que todo dependa de tu decisión, de cómo votes cuando se presente el proyecto.

—Tengo un gran respeto por Angelo.

—Igual que yo, Tom. Quería haberme casado con él y me lo tiro en cuanto tengo una oportunidad, pero quiero saber tu opinión sobre si ese coche será el beso de la vida para XB Motors o solo su beso de la muerte.

Tom asintió con un gesto de cabeza e hizo desaparecer la mitad de su Martini.

—¿Dónde vamos a ir a cenar? —preguntó.

—Servicio de habitaciones —contestó ella—, no sería conveniente que nos vieran a los dos juntos en un restaurante de Detroit.

—Oh...

—Tom —dijo sonriendo—, en las pocas ocasiones en que hemos coincidido parecías pasarte la mitad del tiempo mirándome las tetas.

—Oh..., lo siento, señorita Betsy.

—¿No te gustaría verlas? —preguntó sacudiendo los hombros para librarse del jersey que se deslizó completamente de sus hombros.



En la intimidad de su casa, Loren apoyó la cabeza sobre el regazo de Roberta gimoteando.

—Esos bastardos me lo han robado —lloriqueó una y otra vez.

—Solo por el momento —dijo ella calmadamente—. Toma una copa, te hará sentirte mejor.

A las tres de la mañana, cuando ella estaba durmiendo entre ronquidos él descendió al otro piso para llamar a Len Bragg.

Bragg contestó con impaciencia, medio dormido.

—Pensaba que se había olvidado de eso.

—No he olvidado nada. Les dije que estuviesen listos. ¿Han preparado otro plan?

—Trish volvió otra vez a Greenwich para vigilarle. Lo podemos hacer cuando salga de su casa el lunes por la mañana. A esa hora los niños no le acompañarán hasta el coche. Mientras se encuentre metiendo la maleta y el abrigo.

—¡Adelante con ello!



Alexandra McCullough era la experta en informática pelirroja a la que Roberta había visto en compañía de Angelo en el bar del hotel Hyatt Regency de Houston. Había trabajado en Texas Instrument, pero ahora se había establecido por su cuenta como consultora. A sus cuarenta y cuatro años era una fanática del *jogging* y todas las mañanas, sin importarle el tiempo que hiciese, corría diez kilómetros. Su cuerpo era pura fibra. Podía comer y beber todo lo que se le antojaba sin dejar de estar delgada y firme, ya que además de correr iba a un gimnasio tres noches por semana. Su pelo era rojo como el fuego y sus ojos, azul pálido, miraban desde una cara redonda sembrada de pecas que cubrían sus mejillas y la frente. Sus labios estaban permanentemente fruncidos.

Ella y Angelo habían trabajado toda la tarde en su oficina y ahora cenaban juntos en el restaurante del Hyatt Regency. Habían comenzado con ostras y seguido con unas patas de cangrejo.

—Soy una ecologista militante —le había dicho a Angelo—. Esa es la razón por la que me interesa tanto el concepto del coche eléctrico. No contribuirá a ensuciar el aire con los desechos de la combustión de más carburantes fósiles.

—Sí, pero ¿cómo crees que se genera la electricidad necesaria para cargar las baterías? —preguntó—. Las centrales eléctricas también emplean carburantes fósiles para generar energía.

—Pero de una manera mucho más eficiente y más controlada —contestó ella—. De todas formas cuando esos chalados dejen de montar esas absurdas campañas antinucleares podremos generar toda la electricidad que necesitemos mediante la fusión y la fisión nuclear, además, claro está, de usar la energía solar, la energía eólica y la de las mareas.

—Las baterías son mi obsesión —dijo Angelo—. He investigado baterías cargadas por un volante, baterías celulares, baterías de polímero de litio...

—No puedo ayudarte en ese tema —interrumpió Alexandra—. Donde sí puedo hacerlo es en sacar el máximo rendimiento de tu fuente de energía.

—Un motor eléctrico en cada una de las cuatro ruedas —dijo él, resumiendo las conclusiones a las que habían llegado durante esa tarde.

—Con cada motor entregando a cada rueda energía solo se necesita la fuerza justa en cada momento —dijo ella—. Todo el mundo que ha conducido con un cambio de marchas manual sabe que muchas veces se puede avanzar sin engranar el motor, no solo cuando estás cuesta abajo, sino también al acercarte a un semáforo cerrado. Se gasta una cantidad considerable de energía para sacar de su inercia a una tonelada de acero y después se la malgasta al frenar. Tu idea es utilizar esa energía cinética para alimentar un generador que recargue la batería mediante un volante y mi contribución será la de diseñar un programa informático que analice las necesidades de energía en cada momento para optimizar cada ergio de energía que se utilice para mover el coche.

—Cuatro motores —musitó Angelo.

—Un coche que gira a la derecha —dijo ella—, lo hace utilizando principalmente la tracción de la rueda izquierda delantera con una ayuda secundaria de la rueda trasera derecha y, por lo tanto, ¿qué necesidad hay de que la rueda derecha delantera y la rueda trasera izquierda reciban energía cuando no están contribuyendo a la tracción? Solo se deben alimentar las ruedas que están trabajando en ese momento y dejar que las otras se limiten a sustentar el coche. Pero se necesita un ordenador capaz de analizar en cada momento lo que está pasando, con la suficiente rapidez, para poder entregar la energía donde verdaderamente se necesita.

—Podemos mejorar...

—Por supuesto, Angelo. Un coche convencional solo utiliza el veinte por ciento

de la energía que consume de una manera eficiente. ¿Por qué no aumentar su aprovechamiento efectivo hasta el noventa por ciento?

—Alex, me das miedo con tu entusiasmo.

—Tú sí que me das miedo. Tienes una reputación que te precede, pero tengo una sorpresa para ti. Estoy enamorada y totalmente comprometida con... Lucy.

Él le cogió la mano.

—Quizá esa es la razón por la que nos resulta tan fácil trabajar juntos.

Ella cabeceó afirmativamente.

—Podría ser. Pero no voy a negarlo: tengo una enorme curiosidad. —Se encogió de hombros—. Quizá a Lucy no le importe...

—Háblalo con Lucy, pero mientras tanto continuemos hablando de automóviles.



El lunes siguiente por la mañana, mientras Angelo se preparaba para ir al trabajo, Len Bragg y Trish Warner lo estaban esperando aparcados en la calle en un Cadillac alquilado en el aeropuerto de Newark. Se habían alojado esa noche en un hotel de Fort Lee, en New Jersey, y habían viajado desde allí a las cuatro de la mañana. Esta vez no habían podido ajustar su llegada con precisión y tuvieron que dar varias vueltas esperando a que las luces de la casa de Perino se encendieran.

Finalmente las ventanas se iluminaron y a través de la mira telescópica Len pudo observar a Perino y a su mujer moviéndose por la casa.

—¡Mi madre!

Len vio los destellos justo a tiempo y deslizó el rifle escondiéndolo bajo el asiento todo lo que pudo. Las luces intermitentes les habían alertado de la presencia de un coche de policía que había aparcado detrás de él. El oficial de policía se acercó al coche.

—¿Están perdidos?

—Así es —contestó Trish con sangre fría desplegando un mapa de Greenwich—, buscamos la calle Round Hill.

El policía sacudió la cabeza.

—Están muy lejos de ella, déjenme que les indique el camino en el mapa.

Mientras el oficial de policía les mostraba el camino, Len fingió interesarse mientras empujaba el rifle con los talones debajo del asiento.

—Bueno, muchas gracias, creo que podremos encontrarla.

Según se alejaban, Angelo Perino salió de la casa y se subió al coche. El coche de la policía los siguió durante unos minutos, ya fuera porque el policía sospechara algo, o porque quería asegurarse de que tomaban la buena dirección, eso no podían saberlo.

—¡Maldita sea! —murmuró Len—. ¡Qué mala suerte!

—¿Mala?, y una mierda. Tuvimos suerte de que no viera el rifle. Lo único que tenía que hacer era mirar hacia abajo.

—Perino es el que tiene toda la suerte. A ese hijo de puta le acompaña la suerte en su vida.



—Hemos tenido un montón de gastos. Ese fue el trato, medio millón y nosotros correríamos con todos los gastos.

—¿Cuánto habéis empleado en gastos? —exigió Loren.

Se había reunido con Len y Trish en su coche, en el *parking* de un centro comercial. No se atrevía a encontrarse con ellos en su oficina o en su casa: Roberta no sabía nada sobre ese asunto.

—Además tendríamos que ser compensados por todo el tiempo que hemos empleado.

—Bueno, ¿cuánto habéis gastado?

—Redondeando: unos quince mil dólares.

—Así que todavía os quedan unos doscientos treinta y cinco mil dólares.

Loren cabeceó afirmativamente.

—Algo parecido.

—¿Y supongo que no estáis pensando en devolvérmelo?

—¿Se ha terminado el encargo?

Loren respiró profundamente, frunció el entrecejo y pensó sobre ello, para luego sacudir la cabeza negativamente.

—No podéis hacerlo fuera de su garaje. Aquel policía puede que haya sospechado algo, ¿quién sabe?, incluso podría haberle comentado algo a Perino para prevenirle.

—¿Dónde si no? No podemos hacerlo en Detroit; no podemos hacerlo en Greenwich...

—Está bien, dejadlo por el momento. Cuando tenga otra idea me pondré en contacto con vosotros.

—Buenas tardes, me llamo Robert Carpenter. ¿Es usted por casualidad la señora Perino?

Cindy levantó la vista de uno de los grabados del siglo XVIII que estaba examinando. El hombre que se dirigía a ella era alto y rubio y sus ojos azules la estaban mirando intensamente con una sonrisa voluptuosa. Llevaba una barba cana muy corta y vestía pulcramente: traje gris oscuro con rayas y un chaleco de color crema a cuadros.

Ella hizo un gesto afirmativo y desplegó una sonrisa cautelosa.

—Uno de sus colegas me informó que tiene en venta algunas estatuillas de DeCombe. Me encantan. Tengo una en mi colección y estaba pensando en comprar otra.

—De hecho tenemos en este momento tres DeCombe —contestó—, están expuestas en la otra sala —contestó cerrando el portafolio de grabados—. Se las enseñaré.

François DeCombe era un escultor que producía unas exquisitas figurillas de bronce en el estilo realista en el que estaba especializada la galería VKP. Las tres esculturas de DeCombe que la galería exhibía eran: una figura de unos catorce centímetros de un chico leyendo boca abajo sobre el suelo; una bailarina, del mismo tamaño, puesta de puntillas sobre un pie, y otra pieza, un poco más grande, de un hombre barrigón de mediana edad, tumbado sobre su costado con una pierna recogida, leyendo.

—Muy hermosas —dijo Robert Carpenter caminando alrededor de las figuras entornando los ojos.

—Tenemos también su catálogo —contestó Cindy—, y podemos conseguirle cualquier pieza que no haya sido vendida. También acepta encargos. Puede decirle lo que quiere y él le hará la escultura, pero en ese caso le sugiero que vaya a Quebec a visitarle. Hay que ser muy concreto en el tema que se le pide. Es una buena idea pasarse antes de que funda el modelo en bronce.

—¿Qué precio tienen esas tres piezas, señora Perino?

—El chico recostado y la bailarina valen quince mil dólares cada una, el hombre veinticinco mil.

Carpenter sonrió.

—Compré la mía hace cuatro años y veo que hice un buen negocio.

—Sí, su cotización ha subido. Ha ganado un par de premios y también fue objeto de una exposición retrospectiva en el centro Pompidou. Ese tipo de cosas dispara los precios.

—Siempre es mejor que morir —dijo Carpenter.

—Por lo menos desde su punto de vista —añadió Cindy.

Carpenter se rio con la boca cerrada.

—Déjeme que le dé mi tarjeta —dijo—, puede que esté interesado en comprar una de las figurillas; creo que la bailarina. —Y le entregó una tarjeta grabada:

Robert J. Carpenter
100 Hollyridge Drive
Los Ángeles, California 90068

—Si finalmente me decido a comprar algo, le daré un cheque y volveré a recoger la figurilla cuando me avise de que le ha sido abonado en cuenta. ¿Ese precio es final?

—Con las piezas de DeCombe los precios son siempre finales.

Él echó una mirada alrededor.

—Su galería es extremadamente interesante. Me gustaría curiosear un poco.

—Déjeme enseñarle algunas cosas que me parece que podrían interesarle.

Más tarde, almorzando juntos en el Quilted Giraffe, él extendió un cheque por quince mil dólares.



Roberta abrió el paquete donde venía la bailarina de DeCombe. Cindy la había envuelto cuidadosamente en una caja de madera rellena de virutas y Carpenter había volado con ella como equipaje de mano desde Nueva York.

—Quince mil dólares... —musitó Loren sacudiendo la cabeza.

—El primer desembolso —dijo Carpenter—. Y un desembolso pequeño. ¡Van a acabar teniendo una buena colección de arte!

—Sí. Pero no olvides que ha sido tu decisión —le recordó Roberta a Loren—, así que no pretendas andarte con tacañerías y esperar que el plan funcione.

—Además —dijo Carpenter haciendo una pausa para tomar un trago de Courvoisier—, lo que ha comprado vale cada centavo de esos quince mil dólares. Podría venderlo inmediatamente por doce mil dólares e, incluso, por los quince mil, pero en un par de años puede llegar a valer veinte o veinticinco mil. Piense en ello como una inversión. Son mis gastos y mis honorarios los que nunca volverá a cobrar.

—Es bellísima —dijo Roberta—, no hay por qué arrepentirse de los quince mil dólares que nos ha costado.

—Me imagino que todavía no ha podido averiguar nada —preguntó Loren.

—Claro que no. Ni se me ocurrió mencionarle siquiera que sabía que su marido estaba en la industria del automóvil. No le hice ningún comentario personal y ella

tampoco. Solo hablamos de arte.

—¿Cuándo volverá a verla? —preguntó Loren.

—Desde luego, no hasta que haya hecho otro ingreso en mi banco, el United California. Y entonces... sería un error volver por allí demasiado pronto, ¿no le parece? Hay que dejar pasar un mes por lo menos.

—¿Quién se piensa que es usted?

—Un hombre al que le gusta el arte y tiene el dinero para comprarlo. Si tengo que concretar probablemente le diré que me dedico a vender yates. Ese es un negocio lo suficientemente opaco como para que sea difícil que me investiguen.

—¿Ha habido algún problema?

—Uno. Marcus Lincicombe. Me miró de una forma rara. No creo que me haya visto antes de mi visita a la galería, pero nunca se sabe; el mundo del arte es pequeño e incestuoso. No es del todo imposible que hayamos coincidido en algún sitio y me recuerde.

—Me había dicho que nunca había trabajado en la costa este o en Europa.

—Solo he enseñado en el sudeste y en California. Pero Lincicombe ha podido venir al este para una exposición o festival y...

—Está bien, profesor, esperemos que no sea así. ¿Dónde va a estar hasta su próximo viaje a Nueva York?

—En mi casa, por supuesto. Todavía soy profesor de historia del arte y tengo clases que dar. —Y sonrió—. Además, soy comisario de una exposición en la que se va a deslizar una excelente falsificación, de la que da la casualidad, yo soy el propietario.

—No corra riesgos, profesor —dijo Loren—. Ahora trabaja para mí y me cuesta un riñón. Posponga cualquier plan que pudiera tener para vender sus falsificaciones hasta que hayamos terminado nuestro negocio.

—Me imagino que podría tomarme el próximo año libre y dedicarme de una manera integral a nuestro proyecto.

—Hágalo. No me agradan ni los empleados a media jornada ni los que asumen sus compromisos a medias.

Una hora más tarde, Loren estaba tumbado sobre su estómago en el suelo del dormitorio con las manos esposadas a la espalda, mientras Roberta caminaba por la habitación con un vaso de whisky en una mano y un Chesterfield en la otra, prestando alternativamente su atención a la escultura de la bailarina y a su marido desnudo. Una mesa redonda con una lámpara hacía las veces de pedestal para la figurilla de bronce.

Cuando dejó el cigarro en un cenicero para coger el látigo, Loren se encogió medroso, pero después sonrió y levantó el culo para recibir con gusto el zurriagazo. Ella lo golpeó con un movimiento rápido de muñeca, añadiendo otra señal cárdena a las cuatro que ya adornaban sus nalgas.

—¡Ooh! —gruñó—. ¡Ohh! Por favor, querida. Eso ha sido demasiado fuerte.

—Es una pena que tengamos que esconder la estatuilla en el dormitorio —

reflexionó en voz alta.

—No será para siempre —contestó.

Roberta lo miró, le estaba empezando a resultar repugnante. Hacía tiempo que no le excitaba atarle o esposarle para darle fustazos. Solo lo hacía, y continuaría haciéndolo, porque sería insoportable continuar viviendo con él sin tenerlo totalmente dominado.

—El avión de Betsy debe de estar a punto de llegar —dijo—. Deberíamos invitarla a quedarse con nosotros; al fin y al cabo es tu hija.

—Nunca aceptaría nuestra invitación —contestó—, si se quedara con nosotros, en vez de en un hotel, no podría continuar acostándose con Perino o con quienquiera que sea con el que se esté acostando en este momento.

—Quiero hablar contigo sobre la próxima junta general.

Loren sonrió.

—Déjalo para más tarde, no me encuentro en la posición ideal para tener una reunión de negocios, ¿no te parece?

Roberta levantó el látigo sobre su cabeza y lo descargó con fuerza sobre sus hombros. Él dio un alarido.

—Quiero hablar de eso ahora, y justo en esa posición en la que estás. Tengo que evitar que te destruyas a ti mismo.

Loren se retorció intentando ver si ella le había hecho sangre. La había.

—¡Óyeme bien! —dijo Roberta—, Randolph ha recobrado la representación de los votos de la fundación y podríamos volver a instalarlo en el consejo.

—Eso es lo que pienso hacer —musitó.

—Bueno, pues no lo harás.

—¿Qué quieres decir?

—Randolph era el lacayo de Número Uno —dijo Roberta—, y ahora es el tuyo. El juez le retiró la representación una vez y nombró un administrador judicial en su lugar y podría volver a hacerlo. Su proceder en el tema de Froelich & Green fue tan claramente pernicioso para los intereses de la fundación que...

—Querrás decir mi proceder.

Ella le dio otro latigazo que le cruzó las piernas.

—Lo que tú digas, y ¡escúchame cuando te hablo! Tom Mason no es un mal consejero y, desde luego, no es una marioneta de Perino. El resto de los concesionarios están encantados sabiendo que se encuentran bien representados en el consejo. Ya nos libraremos de él más adelante.

—El caso es que ¡no controlo mi maldito consejo!

—No se supone que debas controlarlo. Hoy en día no puedes pretender dirigir la compañía de la misma manera que lo hizo Número Uno.

—Es que no puedo dirigirla de ninguna manera. Poco a poco he ido perdiendo el control.

—Ya sé que odias a Angelo Perino, pero tienes que enfrentarte a él con astucia,

como lo estás haciendo contratando a ese profesor. Espera hasta que veamos si tus planes dan resultado. Una confrontación abierta mañana podría ser como el duelo en el OK Corral.

—No sé si acabaré con él con astucia o a lo bestia, pero lo haré de una manera u otra...



La junta general de accionistas fue una sorpresa para Angelo y Betsy que anticipaban una dura confrontación que no llegó a producirse. Loren propuso que todos los consejeros actuales fueran reelegidos durante otro año.

El consejo volvió a reunirse después del almuerzo para oír el informe del presidente de la compañía. Angelo vino preparado con datos concretos y varios gráficos.

—Los días del automóvil que utiliza combustible fósil están contados —dijo—. Eso resume de una manera muy concisa el sentido de mi intervención. Los tres grandes están investigando el desarrollo de coches eléctricos. Existe una creciente presión del gobierno federal y, muy especialmente, del Estado de California en esa dirección. Nosotros somos la cuarta empresa de automóviles en Estados Unidos pero entramos en la década de los ochenta con un coche de los años sesenta, el Sundancer, que casi acaba con la compañía. El Corcel resultó ser un éxito mucho mayor de lo que cualquiera de nosotros había anticipado, pero señores, estamos a punto de entrar en el siglo veintiuno y continuamos ofreciendo coches del siglo veinte. GM, Ford y Chrysler pueden sobrevivir más tiempo que nosotros vendiendo esa vieja tecnología, pero si consiguen adelantársenos y lanzan un coche eléctrico, estamos acabados. Tenemos que ser los primeros.

Los otros consejeros, Roberta, Betsy y Tom Mason no estaban muy convencidos. Incluso Betsy expresó sus reservas.

—De lo que estás hablando es de apostar todo a una carta —dijo Betsy—. Y para eso tenemos que estar absolutamente seguros. Los tres grandes pueden permitirse una equivocación y sobrevivir, nosotros no.

Al final de la reunión Tom Mason tomó la palabra.

—Lo que yo tengo que considerar es si podré vender esos coches eléctricos en Louisville, Kentucky —dijo—, porque si yo no puedo, y soy un buen vendedor, nadie podrá. Esa es la clave, ¿no les parece? ¿Podemos venderlos? La pregunta clave no es si funcionarán bien o no, sino si la gente los comprará.

—Tom —contestó Angelo—, no me acuerdo exactamente, pero hay una frase que dice que «la clave para vender un producto es fabricar algo en lo que uno cree y, después, hacer creer al resto de las personas que era eso, precisamente, lo que siempre habían estado buscando».

—Lo que estamos considerando en este momento es si la empresa debe comprometerse en un proyecto muy arriesgado —dijo Roberta—. ¿Qué te parece,

Angelo, si posponemos la decisión durante seis meses mientras tú continuas explorando esa tecnología y refinas algo más tus propuestas?

—Acepto esos seis meses —contestó Angelo— pero con dos condiciones. La primera es que quede bien entendido que durante ese período continuaremos invirtiendo en investigación y desarrollo, y la segunda, y eso debe quedar bien claro, es que voy a construir ese coche con o sin XB Motors. Si este consejo adoptase la decisión de no seguir con el coche eléctrico, presentaré mi dimisión y construiré ese coche yo solo.

—La compañía es la única propietaria de cualquier investigación que hayas podido hacer —contestó Loren.

Angelo cabeceó negativamente.

—Si la compañía rechaza mis conclusiones me sentiré con la libertad de continuar con el proyecto por mi cuenta. En otras palabras, Loren, lo que XB tiene es el derecho a realizar la primera oferta. Ni más ni menos.



Justo antes de que el Learjet de XB Motors se dirigiera a la pista de despegue un coche se acercó rápidamente y otro pasajero subió por la escalerilla del avión, sin que se pudiera distinguir quién era.

Era Betsy. El jet haría una escala en Boston antes de llegar al aeropuerto de Westchester, y desde allí, ella enlazaría con un vuelo a Londres. Angelo había avisado a su piloto y copiloto de que no quería a nadie entrando en la cabina durante el vuelo.

Betsy no esperó a que el jet despegara en la noche de Detroit, para quedarse completamente desnuda.

—Ordena que vuelen más jodidamente despacio —susurró—, porque no me va a ser posible darte mi regalo de cumpleaños en solo hora y media.

Era su cumpleaños. Sesenta años. Mientras ella se desvestía él abrió una botella de Dom Pérignon que estaba en una pequeña cubeta de hielo con unas latas de caviar. Betsy sabía que le esperaba una fiesta de cumpleaños en cuanto llegara a Greenwich, dentro de dos horas. Su fiesta privada —como le había prometido casi al alcance de los oídos de su padre— sería mucho mejor.

—Quítate la ropa —le pidió con urgencia—, date prisa, no tenemos mucho tiempo.

Después de un brindis rápido con champán y un poco de caviar, se tumbaron en el sofá que habían formado al recoger los reposabrazos de los asientos.

—No puedo darte lo que me gustaría en tu sesenta cumpleaños —dijo ella—, un coche, un barco, o aunque solo fuera un reloj. Cindy es una chica estupenda pero... bueno, no importa. Pero sí hay algo que te puedo dar. Relájate...

—Betsy...

Ella empezó a lamerle las pelotas, metiéndose en la boca cada testículo y

chupándolo suavemente como si fuera un caramelo, antes de volverlo a soltar y lamerlo de nuevo. Con unos prolongados lengüetazos le recorrió toda la longitud del pene desde la base hasta su punta y alrededor de su cabeza. Después se lo tragó y comenzó a mamárselo moviendo la cabeza arriba y abajo.

—Sabes que te amo —susurró—, nunca he dejado de hacerlo.

—Yo también te amo, Betsy. Dios mío, yo...

Le estaba dando tal mamada que se le rompió la voz a media frase. Murmurando cosas que él no podía entender, continuó chupándolo, moviendo su cabeza arriba y abajo babeándolo, mezclando los jugos que él estaba empezando a dar con los de su boca.

—Señor... —una voz fría y metálica sonó por el intercomunicador—, lo siento pero tiene una llamada telefónica del extranjero.

Betsy cogió el teléfono que colgaba en la mampara de separación.

—¿Quién...?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y le entregó el teléfono a Angelo sin decir nada.

—¿Papá? Soy John —dijo una voz de niño con un acento de escuela pública inglesa—. ¡Feliz cumpleaños!

Durante un momento Angelo se quedó sin palabras.

—Cómo me alegro de que me hayas llamado.

—Es muy tarde aquí. Te llamé a tu casa primero y Cindy le dio a la niñera este número de teléfono diciéndome que estarías volando. ¿Estás de verdad en un avión, papá?

—Sí, hijo. Estoy volando entre Detroit y Boston y mamá está acompañándome. Cogerá otro avión de Boston a Londres y estará mañana en casa contigo.

Betsy estaba llorando y Angelo estaba intentando no hacerlo.

—Quería desearte un feliz cumpleaños —dijo John—, ya sé que tienes sesenta años. Has llegado a una buena edad. ¡Feliz cumpleaños, papá!

—Gracias, John. Me ha gustado mucho que me llamas. Sé que lo has hecho porque me quieres mucho, lo mismo que yo a ti.

—Te quiero, papá. ¿Cuándo vendrás a verme?

—Iré a Londres dentro de poco, John, y este verano saldremos juntos a navegar aquí en Estados Unidos.

—¿Sí? Bueno, te dejo, la niñera me dice que las conferencias son muy caras. Tengo que despedirme. Es muy tarde aquí. La niñera tuvo que despertarme para que te pudiera llamar. Buenas noches, papá.

—Buenas noches, John.

Las lágrimas brillaban en las mejillas de Angelo cuando colgó el teléfono.

Betsy estaba llorando.

—Te juro que no he preparado eso —dijo gimoteando.

Él se acercó a ella y la abrazó cariñosamente.

—Me hubiera gustado que lo hubieras hecho. Habría sido un regalo de

cumpleaños maravilloso.

—Mejor que el mío —susurró—, bueno, deja que termine de dártelo.

Él la besó apasionadamente. Ella se separó de sus besos y hundió su cabeza en su entrepierna, trabajándolo con renovado entusiasmo. Era casi doloroso, pero era la mejor clase de dolor que cualquier hombre podía desear.

treinta y uno

1991

—Me pregunto —le dijo Robert Carpenter a Cindy— si es posible encontrarme con François DeCombe; me parece que si finalmente compro otra de sus esculturas, acabaré siendo el mayor coleccionista privado de su obra.

—Tendrá tres —contestó ella— y un coleccionista en París tiene cinco. Pero desde luego es uno de sus mejores coleccionistas. Si quiere volar a Quebec para verle puedo llamarle y arreglar una visita.

Estaban comiendo juntos en La Grenouille. Carpenter, aparentemente, era desconocido en Nueva York, pero no tenía el menor problema en conseguir una reserva en cualquier restaurante que quisiera.

—Le quedaría muy agradecido —contestó—. Estoy tremendamente interesado en su obra y me preguntaba si estaría dispuesto a hacer una escultura de un amigo a partir de su fotografía. Es un regalo que deseo hacer.

—No lo sé —dijo Cindy—. Tendré que preguntárselo, pero lo dudo. Trabaja normalmente con modelos. Quizá...

Carpenter sonrió.

—Cambiemos de tema. Me he dado cuenta de mi tremenda ignorancia; durante todo este tiempo no había caído en la cuenta de que estaba hablando con la señora de Angelo Perino, la mujer del presidente de XB Motors, el eminente ingeniero y diseñador de automóviles. Yo solo la había visto como marchante de arte.

—De hecho —dijo ella—, hace años frecuentaba asiduamente los circuitos del Grand Prix e incluso trabajé como piloto de pruebas —y añadió sonriendo abiertamente—. Ahora sorpréndame, señor Carpenter, y dígame que en su tiempo fue algo así como... buzo de la marina.

—Se lo diré con tal de que me llames Bob y se olvide del señor Carpenter.

—De acuerdo. Por favor, llámame Cindy.

—Me temo que nunca he buceado. Lo más romántico que he hecho en mi vida ha sido ser piloto de la fuerza aérea y todo lo que volaba eran unos pesados aviones de radar. Lo más emocionante que me ha ocurrido en mi vida ha sido conocerte.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no, no, Bob —dijo.

—Lo siento.

—No voy a negarte que me siento halagada, pero soy una de las mujeres más fieles que te puedas imaginar.

Carpenter respiró a fondo sonrojándose.

—Dime —preguntó—, quién es aquel hombre que está allí, con la mujer de rojo. Me suena su cara.

—Es Miles Davis, Bob.

—Solo estaba intentando cambiar de tema... ¿me disculparás por haber intentado echarte los tejos?

—He conocido peores intentos.

—No pude evitarlo.

—Creo que hubieras podido hacerlo si de verdad hubieses querido. ¿Quieres que llame a DeCombe para arreglar una visita?

—No lo sé. Creo que es mejor que continúe viendo lo que tú tienes para ver si hay algo que pueda interesarme.

Cindy sonrió maliciosamente.

—Ya me he dado cuenta de por dónde van tus intereses y sería mejor que continuáramos hablando de arte.



En abril, todavía no se precisaban pases para acceder a las playas de Greenwich. El tiempo era templado, pero no hacía el calor suficiente para poder bañarse. Van había venido desde Cambridge para pasar el fin de semana en la casa de su abuela Alicia, y él y Anna estaban sentados en la arena en el cabo Greenwich mirando cómo una tormenta de primavera empezaba a extenderse desde el este.

El sol aún brillaba entre los resquicios de las nubes plumizas, otorgando al mar picado un color verde, rizado de blanca espuma.

Van llevaba un chándal azul, Anna uno gris con capucha y unos pantalones rojos cortos; los rayos del sol bastaban para calentar sus piernas. Estaban solos en la playa, excepto un hombre que paseaba a su perro. Los había saludado amistosamente con un gesto de cabeza y ahora se encontraba unos doscientos metros más allá. Van tenía un brazo alrededor de la cintura de Anna y aprovechó para subir su mano por debajo del chándal para acariciarle los pechos. La primera vez que los había visto eran pequeños y en punta, ahora habían madurado plenamente y eran más grandes y suaves. Solo en contadas ocasiones usaba sostén.

Van estaba terminando su segundo año en Harvard, sus notas eran buenas, y todo parecía indicar que sería aceptado por la escuela de derecho de Harvard. No se había decidido todavía a solicitar su ingreso, pero desde luego era una opción que estaba considerando cuidadosamente. Anna terminaría sus estudios de bachillerato el próximo año.

—No es necesario esperar hasta que terminemos nuestros estudios en la universidad —dijo Van—. Podríamos casarnos cuando terminaras tu segundo año en Radcliffe.

—Tenemos tres años para pensarlo —contestó Anna.

—Tenemos suerte —contestó él—. Nuestros padres no se oponen a nuestro casamiento.

—Me gustaría conocer a tu padre.

—No le veo muy a menudo —dijo Van—. Hubo un arreglo, ¿sabes? Él y mi madre se casaron y después se divorciaron para que él volviera a casarse con su primera mujer. Me imagino que ya te lo habrán contado.

—Sí —contestó haciendo una pausa para mirarlo a los ojos y sonreír abiertamente—. Nuestras familias tienen una manera muy particular de hacer las cosas. Tu madre y mi padre por ejemplo. Y bueno hay otras... peculiaridades.

—Tenemos suerte —afirmó Van—. Aunque mi abuelo no se va a poner muy contento. No creo que dé su aprobación.

—No he oído hablar muy bien de él —dijo Anna llanamente.

—Ni yo tampoco, pero me pregunto si no hay otro lado de toda esta historia. Después de todo solo hemos oído lo que nos cuenta la gente que lo desprecia.

—Deberías ir a verlo.

—No, ya lo hice una vez y no estuvo muy simpático.

—Bueno, se va a poner furioso cuando se entere de lo nuestro —dijo Anna.

—La opinión de mi abuelo no me preocupa en absoluto —dijo Van—. Como dicen en América, ¡maldito si me importa!



Angelo no había cerrado su oficina de Nueva York. Continuaba teniendo otros negocios además de XB Motors, de los cuales el más importante era CINDY S.A., desde donde seguía manufacturando la resina de epoxy y había logrado crear buenos mercados para ese producto. Keijo Shigeto, que nunca había encontrado otra cosa que hostilidad en Detroit, había sido nombrado su vicepresidente. En la actualidad tres modelos diferentes de jets de negocios utilizaban fuselajes hechos con resina de epoxy y, la próxima temporada, 1992, estaba previsto que cuatro coches en las carreras de Indianápolis 500 llevaran carrocerías de resina de epoxy. En la actualidad, en las competiciones de hidroplanos, quince lanchas rápidas llevaban cascos del mismo material, que sustituía con ventaja la fibra de vidrio que se había utilizado hasta entonces. Y, lo que era más importante, la NASA estaba estudiando la posibilidad de utilizar resina de epoxy para fabricar la capa inferior sobre la que se pegarían las baldosas de cerámica que protegían el fuselaje de las nuevas lanzaderas espaciales de la clase Rampart.

Muy a menudo, Angelo pasaba el lunes o el viernes en Nueva York. Muchos de los asuntos de XB tenían que ver con asuntos financieros o de contratación de personal y esos podían resolverse mucho mejor en Nueva York que en Detroit. Allí se encontraba ese viernes cuando le llegaron dos llamadas de teléfono casi simultáneamente.

La primera era de Tom Mason desde Louisville.

—¿Has leído el *Wall Street Journal* de esta mañana?

—Eres el primero en llamar, Tom, pero me imagino que no serás el último.

—No me creo ni media palabra, pero chico, es tremendo.

—¿Necesito decirte quién ha lanzado la historia, Tom? ¿Necesitas que te diga quién está detrás de todo eso?

—¿Piensas que ha sido capaz de una cosa parecida?

—Eso y cosas peores.

—Tienes que hacer algo, Angelo. No puedes aceptar ese tipo de actitudes.

—Claro que voy a hacer algo, Tom. No te preocupes.

La próxima llamada fue de Betsy.

—¡Mi maldito padre! —gritó por el auricular—. ¡Maldito sea!

—¿Estás segura de que ha sido él la fuente de esa información?

—¿Quién si no?

—Bueno, esto no va a quedar sin respuesta.

—Dime una cosa, Angelo. ¿Cuánto daño ha podido hacer?

Angelo hizo una pausa y respiró profundamente.

—XB Motors depende de la financiación bancaria. Esta clase de basura desde luego no nos ayuda.

—Bueno, ¿qué diablos se puede hacer?

—Hay varias cosas que se pueden hacer. Loren debería saber ya que no nos vamos a cruzar de brazos sin defendernos.

—Habla con Tom Mason.

—Lo he hecho. Acaba de llamar.

Siguió un momento de silencio.

—Van me ha llamado —dijo—. Anna le ha estado convenciendo para que vaya a Detroit a informar a su abuelo de su decisión de casarse con ella. Le dije que no, que no era el momento.

—Tiene diecisiete años, Betsy, y no se va a casar con nadie en un futuro próximo. Ya abordaremos ese problema cuando llegue el momento.

Betsy suspiró ruidosamente.

—Acaba con ese hijo de puta, Angelo.

La historia en *Wall Street Journal* decía:

¿UN PLAYBOY EN LA DIRECCIÓN DE XB MOTORS?

Audidores advierten del uso indebido de fondos de la empresa para disfrute personal

Exclusiva para el *Wall Street Journal*
de Wilma Worth.

Bennet & Pringle, la empresa de auditores encargada de auditar las cuentas de XB Motors, ha sugerido que el presidente de la compañía Angelo Perino podría ser culpable de corrupción al haber utilizado los fondos de la empresa para promover sus negocios personales. Esas fueron las declaraciones de uno de los máximos responsables de la empresa encargada

de realizar la auditoría de su socio principal, Mason Pringle.

Cuando el señor Perino fue elegido miembro del consejo de dirección, y más tarde presidente de la compañía, era notorio que este antiguo piloto de carreras poseía una amplia gama de intereses que incluían un negocio de consultoría y una participación mayoritaria en CINDY S.A., una empresa que controla de forma exclusiva la licencia de fabricación de resina de epoxy, el material que el señor Perino empleó en el fracasado XB Gran Corcel y que también planea emplear en el nuevo coche eléctrico en cuyo desarrollo ha comprometido a XB Motors.

El señor Pringle, en sus declaraciones sugiere que si XB Motors empleara en un futuro el material fabricado por CINDY S.A., su utilización podría entrar en conflicto con los deberes de los directivos de representar y proteger los intereses de sus accionistas sin estar mediatizados.

Los auditores también han hecho notar que el señor Perino, con el fin de atender sus variados negocios propios, utiliza el jet de la empresa para desplazarse entre Detroit y el aeropuerto de Westchester como si fuera su transporte personal. En una semana típica, el señor Perino llega a Detroit el lunes por la tarde o el martes temprano y vuelve a Nueva York el jueves por la tarde o el viernes por la mañana. Solo en contadas ocasiones, emplea más de tres días por semana atendiendo los asuntos de la corporación dedicando el resto a sus propios negocios y asuntos personales.

El artículo continuaba sugiriendo que el consejo de dirección estaba considerando examinar esas alegaciones en su próxima reunión.



Desde hacía más de veinte años, Angelo era invitado a dar una charla, por lo menos un par de veces al año, en un foro de banqueros, consultores de inversión y altos ejecutivos que se reunía con carácter semanal. Esos almuerzos constituían una fuente de información sobre diversos sectores industriales, y al menos unas diez sesiones anuales se dedicaban a la industria del automóvil. Angelo tenía la reputación de ofrecer siempre una panorámica bien informada y objetiva sobre el sector.

Su primera intervención en ese foro después de la publicación del artículo, ocurrió diez días más tarde y congregó a un público más numeroso de lo que era habitual. Normalmente no se permitían grabaciones pero esta vez él dio su autorización para que la radio estuviera presente, así como las cámaras de televisión que transmitirían el evento en directo en la CNBC.

El presidente golpeó con una cucharilla su vaso y fácilmente consiguió la atención de los asistentes; la gente había acudido a oír lo que Angelo Perino tenía que decir.

Vistiendo un traje azul, camisa blanca y una corbata marrón con rayas blancas

Angelo componía una figura formidable, detrás del podio, mientras ajustaba el micrófono rebosando seguridad en sí mismo.

—He venido, por supuesto, a dar mi opinión sobre el estado de la industria del automóvil pero me disculparán si dedico algunos momentos a responder a un artículo del *Wall Street Journal* donde me tachaban de directivo *playboy* y se sugiere que soy culpable de varias acciones impropias en un alto ejecutivo.

»En primer lugar, permítanme decirles que celebro haber conocido a la señorita Wilma Worth a quien quiero felicitar por haber transmitido de una manera tan escrupulosa las declaraciones del señor Pringle. No tengo ninguna objeción a lo que ella ha escrito, con la posible excepción de que quizá hubiera sido conveniente ponerse primero en contacto conmigo para escuchar mi versión sobre este asunto. Pero tengo la absoluta confianza de que también sabrá transmitir mis declaraciones de hoy con la misma escrupulosidad e imparcialidad.

La audiencia se rio y también Wilma Worth.

—¿Cuáles son los temas a los que quiero responder? —preguntó Angelo—. En primer lugar quisiera abordar el tema del conflicto de intereses. Eso afecta mi reputación de integridad. Mi mujer y yo tenemos una participación mayoritaria en CINDY S.A., y, efectivamente, nos gusta que XB utilice la resina de epoxy en sus nuevos modelos. Señoras y señores, todos y cada uno de los directivos y consejeros de XB Motors sabe quiénes son los propietarios mayoritarios de CINDY S.A., y lo que es más, por lo menos el noventa y cinco por ciento de los accionistas también están al corriente. Aquellos que lo desconocen es porque no se han molestado en leer la memoria anual de la compañía. El conflicto de intereses solo ocurre cuando se establecen acuerdos furtivos y se intenta mantenerlos ocultos, pero cuando todo el mundo ha sido ampliamente informado de todos los elementos de ese acuerdo, entonces difícilmente puede darse ese conflicto de intereses. Concretamente, en el asunto que hoy nos ocupa les puedo asegurar que se ha actuado con luz y taquígrafos.

Wilma Worth tecleaba furiosamente en su ordenador portátil, pero levantó la vista al escuchar unos cuantos aplausos en la sala. Muchos de los presentes tenían negocios parecidos y no les gustaba la idea de que esas prácticas pudieran ser consideradas cuestionables.

—¿Cuál fue mi motivo —continuó Angelo— para adquirir la licencia de ese proceso de fabricación japonés de resina de epoxy? La primera oportunidad la tuvo XB Motors, pero sus consejeros estaban en esos momentos flirteando con la idea de vender una participación mayoritaria a un tiburón financiero en el que nuestro socio japonés no confiaba. Ante la perspectiva de que se perdiera esa oportunidad, mi mujer y yo decidimos arriesgar nuestra fortuna personal adquiriendo la licencia. Ha resultado ser una de las mejores inversiones que han hecho nuestras familias, y XB Motors, como resultado, se ha beneficiado de esa inversión de capital arriesgada que realizamos en su día.

Esta vez el aplauso fue más nutrido.

Angelo hizo una pausa que aprovechó para mirar con una sonrisa a Wilma Worth.

—¿Así que soy un *playboy*? Viajo de manera regular entre Nueva York y Detroit, señoras y señores, pero también paso parte de mi tiempo en Tokio, Londres, Zurich, Houston, Los Ángeles y Washington. Vamos a afrontar los hechos, Detroit es un pueblo. Podemos fabricar los coches allí: pero no podemos diseñarlos, no podemos financiarlos, ni podemos desarrollar las nuevas tecnologías que exige la fabricación moderna en una ciudad que todavía piensa que el colmo de la modernidad y el progreso consiste en descargar el mineral de hierro de los barcos ¡utilizando cintas transportadoras!

»Así que paso dos o tres días en Nueva York, o en algún otro lugar en vez de Detroit, y, además, me desplazo en el jet de la empresa. Señoras y señores, puedo realizar más trabajo efectivo en la hora de vuelo entre Detroit y Nueva York, que en dos horas en cualquiera de esas dos ciudades. El teléfono rara vez me interrumpe aunque lo hace en ocasiones.

»Tengo la impresión de que los auditores de XB Motors preferirían que malgastara mi tiempo sentado en el aeropuerto de La Guardia, esperando a que saliera mi vuelo. Bueno, amigos, pues los auditores pueden meterse esa opinión por donde ya saben.

Wilma Worth continuaba tecleando furiosamente, pero se unió al resto de la gente que reía. Muchos de ellos también se pusieron de pie para aplaudir.

Angelo se rio también.

—¿Les gustaría estar en la piel de esa firma de auditores? —preguntó—, porque hoy acaban de pasar a la historia. El fundador de la compañía, Loren Hardeman, el hombre al que llamábamos Número Uno siempre dirigió la compañía como si fuera su feudo personal y usaba sus recursos como si fueran propios. Podía mentir, robar, hacer las trampas que quisiera porque era su compañía y para eso se rodeó de personas que no le llevaran la contraria. Pues bien, a partir de la próxima semana los antiguos auditores de XB Motors serán reemplazados por Deloitte & Touche.



Betsy llegó en el Concorde y se presentó en la oficina de Angelo a última hora esa tarde. Él todavía no había podido despegarse del teléfono para volver a Greenwich.

—Llama a Cindy y dile que te quedarás en la ciudad. Necesito hablar contigo.

Se alojaba en una *suite* del Waldorf y cuando llegaron sobre las diez de la noche pidió al servicio de habitaciones que subieran la cena. Se sirvió un whisky pero permaneció vestida.

—¿Mentiroso, tramposo, ladrón? ¿Mi abuelo era un mentiroso, un tramposo y un ladrón?

—Eso es lo que exactamente era —contestó Angelo—. Un examen de la contabilidad prueba lo que digo, además...

—¿Además qué?

—Número Uno trataba la empresa como si fuera su feudo personal. Engañó a todo el que se cruzaba por delante, incluyendo al gobierno con sus impuestos. Para eso Bethlehem Motors era suyo y no tenía que dar cuentas a nadie de lo que hacía. Fue uno de los últimos corsarios de la industria. Solo Henry Ford fue peor.

Betsy recorrió a grandes pasos la habitación dando tragos a su whisky. Continuaba vistiendo los mismos pantalones de color hueso que había llevado durante el vuelo desde Londres.

—¿Acaso no depende la reputación de la compañía en gran medida de la buena fama del abuelo? O mejor dicho: ¿no dependía? Tú has acabado hoy con su reputación. No he visto todavía los periódicos de la tarde pero me puedo imaginar lo que dirán.

—Betsy, dime la verdad.

Nunca la había visto llorar antes. No de veras; pero ahora Betsy dejó a un lado su vaso y comenzó a sollozar.

—¿Qué quieres de mí, Angelo? ¿Qué es lo que quieres?

—Que me digas la verdad, eso es todo.

—Iba a desheredarme. A mí y a mi hijo Van. Iba a dejárselo todo a mi padre. Tenía unas grabaciones de vídeo con nosotros haciendo el amor.

—Creo que sé lo que hiciste, Betsy, y es mejor que me lo digas sin más rodeos.

—¿Qué crees que hice si no? Lo maté. Lo sofiqué con la almohada y mientras estaba luchando le dio un ataque al corazón.

—Eso es lo que había pensado.

—Pero no acabé con su reputación.

—Había durado demasiado ya —dijo Angelo—; y al acabar con ella también puse fin a Loren Hardeman Primero y ese concepto absurdo de legitimidad dinástica.

—Tú no, me...

—¿Yo no qué?

—Me delatarías.

—¿Y acusar a la madre de mi hijo de asesinato? Tú acabaste con el hombre, yo acabé con su buen nombre.

—¿Somos cómplices? —preguntó débilmente.

—Más bien amantes —dijo Angelo.



Loren, en calzoncillos y camiseta, estaba limpiando los platos y llenando el lavavajillas, mientras Roberta fumaba un Chesterfield sentada a la mesa de la cocina, vestida con el traje de cóctel que había llevado en la cena que acababan de celebrar.

—No puedo creerme lo que has hecho —dijo—. ¿En qué estabas pensando?

Loren intentó controlar su voz.

—Voy a acabar con ese hijo de puta de una manera u otra. —Y cogió su vaso de whisky para darle un trago—. Voy a matarlo antes de que él lo haga.

—Él no está intentando matarte, solo quiere acabar contigo.

—¿Y dónde está la diferencia?

—Más vale que te des cuenta de la diferencia. Si él acaba contigo continuará dando conferencias en esos foros de Nueva York durante la hora del almuerzo. Pero si tú le matas, terminarás celebrando tus almuerzos en la cantina de una prisión el resto de tus días. En el mejor de los casos, te verás obligado a pagar a esos dos detectives de comedia un buen chantaje durante toda la vida. Logramos salir bien parados con lo de Craddock, pero nunca lo conseguiríamos con Angelo Perino.

—¡Está robándonos todo lo que tenemos!

—Astucia, querido, tenemos que obrar con astucia.

—Tú y tus malditas artimañas. Vayamos directamente...

—¡Escúchame bien! Estás tan jodidamente borracho que estás a punto de caerte. Me gustaría que me dieras lengua pero no me parece que estés en condiciones. No quiero que me vomites encima. ¡Escúchame cuando te hablo! ¡Ven aquí! ¡Date la vuelta y mírame bien! Soy el único aliado que te queda.

—Te amo, Roberta —balbuceó.

—Quiero el nombre y el teléfono de esos detectives chapuceros, ¡y que no se te ocurra volver a tener secretos conmigo!



Roberta se reunió con Len Bragg y Trish Warner en la recepción del motel Pontiac.

—Es muy simple —dijo—. Mi marido les dio diez mil dólares para gastos y más tarde otros doscientos cincuenta mil dólares, como primer pago de un total de quinientos mil, para realizar un trabajo que ustedes jodieron completamente. No solo no acabaron con él, sino que además la policía de Greenwich se fijó en ustedes. Quiero que me devuelvan ciento cincuenta mil dólares y que desaparezcan y no se vuelvan a poner en contacto con mi marido o conmigo. Y, desde luego, ni se les ocurra tocar a Perino.

—¡Oh!, ¿así que ese es el trato? —preguntó Trish sonriendo sardónicamente.

—Ese es el trato. El dinero. En efectivo. Esta semana.

Trish sonrió con una mueca.

—Anda y que te folle un pez.

—Más te vale hacer lo que digo, colega —contestó Roberta sombríamente.

—¿Ah, sí?

—¡Ah, sí! Hace tres años te dieron un bonito golpe en mitad de tu cara y el estúpido de mi marido tuvo que pagar para que te remendaran esa nariz y la fractura del pómulos. ¿Quién crees que ordenó que te machacaran la nariz? —Y dirigiéndose a Len—: ¿Quién piensas que encargó ese bonito dolor de cabeza? Si se os ocurre darme el más mínimo problema dejaré correr la voz de que aceptasteis un contrato para cargaros a Angelo Perino e intentasteis asesinarlo en un par de ocasiones. Si no me creen les diré que lo comprueben con la policía de Greenwich donde quizá un

policía recuerde un coche extraño aparcado enfrente de la casa de los Perino hace menos de un año. —Se encogió de hombros—. No necesitarán ni confirmarlo; esos tipos aceptarán mi palabra.

—Pero estarán interesados en saber quién nos encargó que acabáramos con Perino —dijo Len.

—No necesariamente. Pero incluso si lo supiesen, podéis estar seguros de que Perino les diría a esos tipos que tenían carta blanca con vosotros pero que no tocasen a mi marido. Hay una cierta relación especial entre nosotros... podríamos decir de... familia.

Len suspiró y sacudió la cabeza.

—Hemos tenido un montón de gastos. ¿Qué me dice si solo le devolvemos cien mil dólares en vez de los ciento cincuenta?

—Nadie, nunca, me ha podido acusar de ser una persona poco razonable —dijo Roberta—. De acuerdo, pero si alguna vez os vuelvo a ver o me entero de que habéis estado en contacto con mi marido podéis despediros de nuestro trato.

treinta y dos

1991

—¿Dónde está Angelo? —preguntó Amanda.

Ella y Cindy estaban en su estudio en Greenwich. Amanda estaba trabajando en el retrato de un banquero de Wall Street. Había estado posando cuando Cindy llegó, pero ya se había marchado. Amanda continuó trabajando y Cindy se sentó en el sofá con un brandy.

—Está en Houston, reunido con una maravillosa pelirroja.

—Uh-oh.

—Nada de uh-oh, es lesbiana.

Amanda se rio.

—Nosotras también lo somos, querida.

—No realmente. Somos bisexuales. No te olvides que soy madre de cinco hijos y tú has estado saliendo con Dietz durante dieciocho años.

—¿Carpenter...?

—No —dijo Cindy, pero su sonrisa denotaba cierto anhelo—. Es muy atractivo... pero, bueno, ya veremos.

—Me gustaría que me lo presentaras —dijo Amanda—, no me vendría mal una buena pieza.

Amanda continuaba vendiendo su trabajo con regularidad pero ya no era aquel descubrimiento excitante que había sido en los setenta. Cada vez más, pintaba retratos por encargo, adulando a sus modelos lo justo para dejarles satisfechos. El banquero que se mostraba en el atril tenía los ojos algo más claros y la barbilla un poco más cuadrada de lo que le correspondía. Odiaba ese tipo de trabajo. Continuaba pintando desnudos de adolescentes y todavía se vendían, pero había descendido la demanda de los primeros años, cuando la galería VKP los había introducido como auténtica primicia al público aficionado al arte.

Robert Carpenter había admirado sus retratos en la galería y había querido conocer a su autora. Había quedado en pasar a las siete para conocer a Amanda y ver sus últimos trabajos, para después salir a cenar todos juntos.

Llegó unos minutos antes de la hora. Vestía un traje azul de corte impecable, camisa blanca y una corbata a rayas con los colores de un regimiento. Había abusado del sol en algún lugar y el contraste tan acusado entre su barba y su piel quemada componía un *chiaroscuro* en rojo y blanco.

—Tan pronto como vi tu trabajo, decidí comenzar una pequeña colección de tu obra —le dijo a Amanda mientras aceptaba el brandy que le ofrecía. Frunció el gesto al ver el retrato en el atril.

—Esa es una obra de mi período *a la* Norman Rockwell —dijo Amanda.

—Te pagará bien —dijo Carpenter secamente.

—Sí, pero por desgracia tendré que firmarla.

—Tus desnudos son una auténtica obra maestra.

—Solo tengo dos en este momento.

—Se venden muy rápido —dijo Cindy.

—¿Tienes otros desnudos de adolescentes? Dos que vi en la galería son fascinantes.

—Me temo que no tengo nada más por el momento —contestó—, pero déjame enseñarte este. Es de un jugador de rugby que posó para mí el pasado verano.

Era un retrato de un joven atleta, macizamente fornido desde la nuca hasta las pantorrillas. Estaba de pie con sus piernas ligeramente separadas, exhibiendo su musculado cuerpo a la admiración ajena, mientras con la inclinación de la cabeza y su sonrisa parecía desafiar al observador a que le encontrara algún defecto.

—Muy impresionante —dijo Carpenter.

—Este otro es de una camarera. Se ha corrido la voz de que pago bien y debía un par de plazos de su coche.

Un claro exponente del talento de Amanda era que sus mejores retratos se convertían en auténticas biografías de sus sujetos. Cualquiera que viera el retrato de la joven camarera podía adivinar que la muchacha había posado desnuda de mala gana, impelida por la necesidad. Su pelo lacio de un color indefinido, sus cejas sin depilar, la pintura exagerada de sus labios dejaba claro que era una persona carente de cualquier sofisticación. Se encaraba al artista y al observador con vergüenza y al mismo tiempo con una clara determinación.

—¡Vaya cuadro! —exclamó Carpenter.

—Uno de los mejores de Amanda en mi opinión —dijo Cindy.

—Mientras cenamos hablaremos del precio de esos dos —dijo Carpenter.



—¡Menuda porquería! —chilló Loren.

Carpenter miró a Roberta y después descargó una mirada displicente sobre Loren.

—¿Eso cree? De acuerdo. Le diré lo que podemos hacer. Ya he acabado con su provisión de fondos y todavía me debe tres meses de mis honorarios. Dentro de tres meses me deberá un total de seis. Me quedo con los cuadros en vez de los honorarios para ese período. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —dijo Loren—. No quiero esos malditos cuadros en mi casa.

—Acabas de cometer una equivocación —le hizo notar Roberta resignadamente a Loren.

—Me importa un pepino. ¿Qué me trae a cambio de esos cuadros?

—Algunas cosas interesantes —contestó Carpenter—. Me he enterado de que el señor Perino está trabajando con una experta en informática en Houston que se llama Alexandra McCullough. Encontrará un billete a Houston en mi relación de gastos. La

formidable señorita Alex McCullough es una conocida lesbiana, pero ella y Perino se han hecho muy amigos.

—Eso no vale nada —dijo Loren—. ¿Qué más?

—También encontrará un viaje a Londres. La señorita Perino mencionó que su marido estaba viajando allí. Durante su estancia visitó a la vizcondesa de Neville unas tres veces.

—Estaba visitando al niño, a su hijo.

—Quizá. Pero la vizcondesa también le hizo una visita en su hotel y se quedó toda la mañana en su habitación. Esa tarde el señor Perino no volvió a su alojamiento, estuvo toda la noche en el Savoy, en la *suite* de la princesa Anne Alekhine.

—Maldito hijo de puta.

Roberta suspiró y sacudió la cabeza.

—Todo eso solo son chismorreos, señor Carpenter —dijo—. Interesantes, pero muy poca cosa. Desde luego no valen el precio de los DeCombe y el par de Finches, además de sus gastos.

—De acuerdo, ¿han visto al señor Perino últimamente?

—Anteayer.

—¿Llevaba una venda en su mano izquierda? ¿Les dijo por qué?

Loren cabeceó afirmativamente.

—Dijo que estaba friendo unos huevos y que la margarina caliente le saltó a la mano.

Carpenter hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Lo que le dijo a la vizcondesa de Neville, cuando la niñera estaba presente, fue que se quemó con una pastilla de litio que se incendió accidentalmente. El hidróxido de litio se utiliza para aumentar la capacidad de las baterías secas. Es un metal muy corrosivo que entra en combustión espontánea en contacto con el aire.



Carpenter solo llevaba dormido un par de horas cuando le despertó una llamada a la puerta de su habitación en el motel. Salió de la cama medio dormido y enrollándose una toalla alrededor de la cintura se dirigió a la puerta.

—¿Quién es?

—La señora Hardeman. Abra la puerta.

—No estoy vestido.

—Estoy esperando a la puerta de un motel. ¡Abra esa maldita puerta!

Él quitó la cadena de la puerta y abrió la cerradura. Roberta lo apartó de un empujón y entró. Llevaba una gabardina mojada encima de unos tejanos.

—Debo haber parecido una puta esperando ahí fuera —gruñó—. ¿Tiene algo de whisky?

—No, lo siento.

—Siempre tenga whisky —dijo—. Cuando trabaje para nosotros, tenga siempre

una botella de whisky a mano.

Era evidente que ella ya había bebido whisky. Se quitó la gabardina y la arrojó sobre la cama. Debajo llevaba una camiseta de la Universidad de Michigan.

—Voy a vestirme —dijo dirigiéndose al cuarto de baño.

—No hay por qué. Me marcho en seguida —dijo—. Siéntese.

Él se sentó.

—Tiene que cambiar la manera en que está llevando todo este asunto —dijo Roberta.

—¿Oh?

—No nos interesa con quién se acuesta Perino. ¿Lo entiende? Déjese de esos asuntos. Si puede bajarle las bragas a su mujer, hágalo, pero solo si eso le permite averiguar mejor lo que él anda haciendo.

—Pensé que el hecho de que se estuviera acostando con...

—Eso ya lo sabemos —contestó y sacó un paquete de Chesterfield encendiendo un cigarrillo.

Carpenter elevó su barbilla unos grados.

—¿No le parece que es posible que le encuentre con alguien del que ustedes no tengan la menor idea? ¿O acaso es que podría pillarlo con alguien con quien no debería hacerlo?

—Lo que no debería hacer es esa clase de preguntas —contestó fríamente—. Déjeme que le prevenga de algo. Un detective privado que siguió a Angelo y a la vizcondesa de Neville terminó con una fractura de cráneo. A su colega, una mujer, le hundieron la nariz y una mejilla. Consíganos información, no cotilleo escandaloso.

Carpenter asintió pensativamente con un cabeceo.

—De hecho —contestó—, la única información de peso que he podido sacar me la proporcionó la niñera de la vizcondesa de Neville con la que pude establecer una relación. Si lo que me está diciendo es que me mantenga apartado de sus mujeres, está imposibilitando mi trabajo. Yo no soy un espía industrial, mi habilidad consiste en saber relacionarme y por eso me han contratado.

—Le hemos contratado para que se meta dentro de las bragas de Cindy Perino —dijo Roberta—, ese es el plan. Conseguir información. Ella le puede contar cosas que pueden sernos útiles. Mi marido quiere destruir a Angelo Perino. Cuando se entere de que la fiel y leal madre de sus hijos...

—Me matará —dijo Carpenter.

—Sí, puede que lo haga si no se anda con cuidado.

—No resulta una mujer fácil.

Roberta sacudió la cabeza.

—No me imagino que lo sea. Pero ¿podrá resistirse a un erudito coleccionista de arte, con dinero para gastar, que además es un atractivo macho?

Él sonrió con una mueca.

—Me halaga.

—¿Qué diablos es eso? ¿Una erección? —Y tiró de la toalla dejándole al descubierto. Lo que había adivinado era verdad, su enorme miembro se levantaba duro y rígido saludando—. Vaya por Dios, ¿te he dado yo esa erección?

—Señora, yo...

—No dispongo de mucho tiempo —le contestó ella—. ¿Quieres algo sí o no?

—Es un estúpido el que ensucia el plato en el...

—Que come. No me sueltes frases hechas. ¿Sí o no?

—Sí.

—Bueno, pues a qué esperamos —dijo y se quitó la camiseta—. ¿Cuántos años tienes, Bob?

—Treinta y seis.

—Yo tengo cincuenta y nueve y los he tenido de todos los tamaños y colores. Lo mismo que Cindy Perino. Veamos si eres lo suficientemente bueno para ella. Súbete encima y cabalga. Comenzaremos de esa manera.

Y sin más se tumbó sobre la cama y abrió las piernas. Él se puso encima y sin otros preámbulos, sin siquiera haber intercambiado un primer beso, se la metió con un brusco movimiento de las caderas deslizándose hasta el fondo y allí comenzó a galoparla con vigor.

La lluvia había cesado y el cielo clareaba al gris con la madrugada cuando ella abandonó el motel. Carpenter estaba agotado, pero Roberta salió eufórica.



Angelo estaba sentado en un mullido sofá de color rosa en el apartamento de Alexandra McCullough en Houston. Se había quitado la chaqueta, corbata y camisa y estaba sentado, en camiseta y pantalones, con un Martini en la mesa delante de él. Alex estaba en la cocina y se la podía ver al otro lado del mostrador cortando verduras para preparar una ensalada. Se había quitado casi toda la ropa y se había quedado solo con un sostén blanco y braguitas de tipo bikini mientras cocinaba.

Sentada en el otro extremo del sofá fumando un porro estaba su amiga Lucy, quien, al igual que ella, tan solo vestía braguitas y sostén.

—Espero que no te ofendas —le dijo—. Pero no puedo dar mi visto bueno. Si Alex quiere tirarse a un hombre no puedo impedirlo, pero tampoco le pienso dar carta blanca —añadió mientras miraba a Angelo Perino.

Él miró en dirección a Alex.

—Si hubiese insistido creo que se hubiera acostado conmigo aunque solo fuera como un experimento —dijo hablando en un tono tan bajo que quizá Alex pudo no haber oído—, pero hubiera puesto en peligro una hermosa amistad y eso era algo que no quería hacer.

Lucy tenía treinta y ocho años, unos cuantos menos que Alex. Aunque tenía una generosa melena castaña de pelo rizado, su cara cuadrada con una fuerte mandíbula era algo masculina, su figura era cualquier cosa excepto viril. Si alguna mujer tenía

un cuerpo perfecto sin un átomo de grasa esa era ella. Trabajaba como instructora en un gimnasio de aeróbic y de socorrista en la piscina del club.

Las dos mujeres tenían entre ellas una amistad tan profunda como cualquier pareja casada. Este no era solamente el apartamento de Alex, era el hogar de una pareja. A Angelo le parecía que Alex adoptaba el papel femenino y Lucy el masculino, pero eso era una visión muy simple de su relación. Era mucho más exacto decir que las dos constituían una pareja afectuosa, no solo apasionada, que se amaban sinceramente.

—Las dos somos experimentadas —dijo Lucy—. No hay nada nuevo que puedas hacer por cualquiera de nosotras que no podamos montar a nuestra manera.

—Excepto dejaros embarazadas —dijo Angelo maliciosamente.

—Ya hay suficiente gente realizando esa función —dijo Lucy—. Culturalmente vivimos en una era donde no es necesario que todo el mundo tenga descendencia. Los antiguos israelitas tenían que hacerlo para poder perpetuarse igual que los primitivos cristianos. Hoy no existe nación o raza en el mundo que no pueda librar a alguno de sus miembros de esa carga.

Angelo sonrió.

—¿Esa es la idea que tenéis de vosotras?: una élite que se ha liberado de la carga de...

—Precisamente —contestó Lucy.

Alex vino de la cocina trayendo dos Martinis, un segundo para Angelo y otro para ella, pero primero dio una profunda calada al porro antes de tomar un trago del suyo.

Ella y Angelo habían terminado de revisar durante dos días enteros todos los detalles del diseño del nuevo coche eléctrico. El ordenador de a bordo pondría en funcionamiento los limpiaparabrisas cuando fuera necesario y mediría la intensidad de la lluvia que caía sobre el coche para ajustar su velocidad. Además, encendería automáticamente las luces. Reconocería seis huellas sonoras de voces y abriría las puertas cuando se le ordenara, pero todas estas cosas eran vistosos trucos en relación con la función básica del ordenador: ajustar con extremada precisión la administración de potencia y del consumo del coche.

Alex había previsto que se podría utilizar de una manera efectiva el 90 por ciento de la potencia del coche, pero los resultados habían sido mejor de lo previsto.

El único problema importante que quedaba por resolver era la fuente de energía. Los ingenieros de Angelo estaban trabajando con varias líneas de investigación, aunque todavía no se habían decantado por ninguna de ellas.

Alex se sentó al lado de Lucy y esta desató el sostén de su amiga y comenzó a chuparle los pezones.

—¿Te sientes incómodo, Angelo? —preguntó Alex.

—No hay nada en el mundo que me pueda hacer sentir incómodo —contestó.

—Bueno —dijo Lucy—. No me metería esa polla tuya dentro por nada del mundo, pero podríamos hacer algo por ella. Las dos juntas, al mismo tiempo. ¿Qué te

parece, Alex?

—Creo que los tres podríamos pasar un buen rato.

No lo querían en su dormitorio, así que él se tumbó de espaldas sobre el suelo y, mientras Alex le lamía el pene, Lucy le chupaba las pelotas. Después Lucy se la comenzó a mamar mientras Alex le daba lengüetazos por todas partes. Al rato las dos se pusieron a trabajarle a lo largo de su miembro. Lucy se tragó su eyaculación y Alex utilizó lengua y labios para limpiarle los restos.

Él se sentó en el sofá y las miró mientras ellas se obsequiaban con un lengüeteo la una a la otra. Era evidente que estaban teniendo orgasmos múltiples mientras él se había tenido que conformar con solo uno. Cuando se dieron cuenta de lo que estaba pensando se volvieron a ocupar de él, riéndose.



—Por lo menos no compró más obras de arte —dijo Roberta.

Estaba sentada en la mesa del despacho de Loren en el edificio de oficinas de XB Motors. Loren, rojo de ira, le había entregado una carta para que la leyera. Era de Robert Carpenter y decía:

La tarde del 8 de julio Loren Van Ludwige voló a Londres acompañado de Anna Perino, de dieciséis años, hija de Angelo y Cindy Perino. Llegaron en la mañana del día nueve y se desplazaron inmediatamente a la residencia de la vizcondesa de Neville. Ese mismo día Max Van Ludwige llegó de Ámsterdam. Las conversaciones en la casa, de acuerdo con la informante cuya identidad ya conocen, revelan sin lugar a dudas que los jóvenes tienen la firme decisión de casarse. Durante su estancia no compartieron el mismo cuarto.

—¡Mi nieto y la hija de ese espagueti! —bramó Loren.

—Ya lo sospechábamos —contestó Roberta.

—El primogénito de mi única descendiente se va a casar con la bisnieta de un contrabandista mafioso que le vendía a mi abuelo la bebida durante la prohibición. ¡Una familia que todavía mantiene esas conexiones! ¡No sé cómo Betsy puede...!

—Has tratado a Betsy todos estos años que te conozco como si fuera una mierda —contestó Roberta.

—Ella ha sido la que me ha tratado como una mierda. ¡Me ha llevado a los tribunales! ¡Ha tenido un hijo bastardo con ese espagueti! ¡Ella, ella ha sido la que...!

—Es tu hija y te conviene hacer las paces con ella.

treinta y tres

1991

Los seis meses de plazo que los directores le habían dado a Angelo para resolver los últimos problemas del proyecto y presentar sus recomendaciones finales terminaron a mediados de verano.

Todos los directores, Angelo, Loren, Roberta, Betsy y Tom Mason, acudieron a Detroit para tan crucial reunión.

—Tenemos el coche —dijo Angelo—. La cuestión clave es saber si Tom cree que se podrá vender.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Tom.

Angelo se puso en pie y descubrió el dibujo colocado en el atril. El coche tenía un aspecto moderno, pero no constituía un cambio radical respecto al resto de coches que en esos momentos circulaban por la carretera. Era pequeño y estilizado pero sin llegar a ser un coche deportivo.

—Los coches del mañana —dictaminó Tom—, los del año 93, se parecerán a ese.

—¿Ha sido diseñado en Italia? —preguntó Loren.

Angelo hizo un gesto de asentimiento.

—En Turín, por Marco Varallo.

—No sé qué decir —dijo Loren—. Su diseño del Corcel fue un éxito, pero su Gran Corcel...

Betsy le interrumpió.

—El fracaso del Gran Corcel no se debió a su línea.

—¿Cómo que no? Ese maldito coche no tenía la menor visibilidad.

—Cuestión de opiniones —dijo Roberta—. Pero mirando este coche, está claro que no es el típico coche familiar.

—El coche de tipo familiar está muerto —dictaminó Angelo—. Observa los coches que circulan por las calles; la gran mayoría transportan un pasajero, solo unos pocos llevan dos personas y muy raramente se ve uno ocupado por cuatro personas. El monovolumen es el coche familiar de hoy. Lo que estoy proponiendo es que construyamos un monovolumen y un coche eléctrico.

—¿Has logrado resolver todos los problemas de ingeniería? —preguntó Loren.

—Todos menos uno. Las baterías y...

—¡Pero, vamos hombre!, si no tenemos las baterías, no tenemos nada.

—Solo tenemos que saber elegir —dijo Angelo—. He encontrado varias alternativas para la motorización del coche, pero todavía no hemos decidido cuál de las diferentes tecnologías será la más indicada.

—Estás arriesgando el futuro de esta compañía, ¿no te parece? —dijo Roberta—. Todo lo que he leído sobre ese tema indica que es imposible para las actuales baterías

entregar la suficiente potencia al coche o proporcionarle la autonomía necesaria.

—Alexandra McCullough ha diseñado un ordenador que maximiza la utilización de la potencia almacenada en la batería. Esa es la clave. El coche utilizará toda la potencia que se le entrega sin desperdiciarla. Los coches de combustión interna malgastan hasta el 80 por ciento de su energía. Solamente mediante el calor producido se disipa...

—¿Podrás venderlo, Tom? —interrumpió Roberta.

—Habrá que hacerlo en algún momento —contestó Tom—, porque tarde o temprano este mundo agotará los combustibles de origen fósil, por lo menos los de tipo líquido. Mi problema consiste en saber cuánto tiempo tardará la gente en darse cuenta de que ese es el tipo de coche que acabarán conduciendo, les guste o no. El De Soto Airflow era el coche del futuro pero su problema fue que su diseño se anticipó veinte años a los gustos del público. El Cord era un gran coche, lo mismo que el Tucker, pero... —Y dejó la frase colgada, sacudiendo la cabeza.

—Si no fabricamos este coche, XB Motors está acabada.

—Solo porque has comprometido todos nuestros recursos en ese proyecto —dijo Loren enfadado—. Los fondos que se podían haber invertido en desarrollar un nuevo modelo del Corcel han sido empleados...

—El Corcel ya ha dado de sí todo lo que tenía que dar —contestó Angelo—. Estamos casi al límite de sus posibilidades de perfeccionamiento. Todo lo que podríamos hacer hoy en día sería añadir unos cuantos adornos cromados, rediseñar la forma de los faros, cambiar el salpicadero y anunciarlo como un nuevo modelo. Pero no sería un nuevo coche. Sería el viejo modelo de siempre maquillado, como la mayoría de los nuevos modelos que se anuncian por el mundo, y eso el público lo sabe.

—Los tres grandes no parecen estar pensando en un cambio tan radical de concepto.

—Pueden sobrevivir durante más tiempo sin tener que encarar el futuro —dijo Angelo—. Nosotros no, pero ya veréis como antes del fin de siglo estaremos hablando de los cuatro grandes.

—Lo dudo —dijo Loren rompiendo su lápiz amarillo en dos—. Hace seis meses el consejo de dirección te dio seis meses para elaborar una propuesta. En esos seis meses todo lo que has hecho ha sido actuar como si tuvieras la autorización para desarrollar un coche radicalmente nuevo, echando por la borda el Corcel. Nadie te autorizó para que nos comprometieras de esa manera pero tú lo hiciste de todos modos.

—Un corazón timorato nunca conquistó un reino —contestó Angelo— y desde luego no es la manera de tener éxito en un negocio tan competitivo como el nuestro.

—Lo que pienso es que nos has cerrado cualquier otra opción que pudiéramos haber tenido —observó Betsy con dureza.

—Tom —dijo Roberta—, tú tienes el voto del desempate en este tema. Esa fue la

razón por la que fuiste elegido. ¿Qué dices? ¿Podemos vender ese tipo de coche?

—Me parece que estamos condenados a hacerlo —contestó—. Va a ser todo lo que vamos a tener para vender. Tengo una enorme confianza en Angelo. No conozco a nadie en la industria que sepa tanto de diseño e ingeniería como él y en aquello que no domina sabe rodearse de expertos. En fin, ¿podemos vender ese coche? Eso es lo que él no sabe, y yo francamente tampoco, pero lo que sí sé es que en los próximos años tendremos que ofrecer algo bastante mejor que el Corcel. Mantuvimos el Sundancer en producción durante demasiados años y no podemos cometer el mismo error con el Corcel. Tenemos que apostar por este coche —hizo una pausa para mirar fijamente a Angelo— y por el hombre por el que ha apostado la empresa en ese proyecto.

—¿Cómo se va a llamar? —Betsy le preguntó a Angelo.

—Cero-Cero-Cero —contestó Angelo—, porque no tendrá cilindros.



Betsy visitó a Angelo en su apartamento de Detroit esa noche. No tenía ningún sentido intentar ocultar su relación durante más tiempo.

Se quitó gran parte de la ropa. No necesitaba sugerir que hicieran el amor, sabía que acabarían haciéndolo. Solo tenía que moverse por el apartamento vestida como ahora, con braguitas, sostén y ligero con medias, todo de color negro, y zapatos de tacón igualmente negros. Sabía, por experiencia, que Angelo Perino encontraba esa combinación irresistible.

—Empiezo a detectar ciertas dudas por tu parte —dijo él mientras preparaba unos Martinis.

—Se me ocurre que estamos apostando todo lo que tenemos a una sola carta.

—Número Uno lo hizo en más de una ocasión.

—No me gustaría acabar teniendo que depender de mi marido —contestó ella.

Angelo esbozó una sonrisa.

—¿Es eso lo peor en lo que puedes pensar? —preguntó.

—Mi padre quiere tu cabeza. Está furioso contigo por haber despedido a los antiguos auditores de la empresa. Me sorprendió que no sacara el tema en el consejo.

—La compañía necesitaba una firma de auditores auténticamente independiente desde hace mucho tiempo. Será mejor que lo sepas, el Estado de Michigan va a someter a la Fundación Hardeman a una auditoría.

—¿Qué están buscando?

—Se supone que la Fundación Hardeman debe ser una entidad independiente —dijo Angelo—, pero nunca lo ha sido. Número Uno la montó para que no lo fuera. Cedió un importante bloque de acciones a la fundación para poder beneficiarse de las deducciones fiscales que se otorgan por donación a actividades caritativas, pero continuó ejerciendo la representación de ese paquete accionarial, utilizando a los consejeros de la fundación como meros títeres. Esa subordinación fue lo que hizo

posible que tu padre utilizara la fundación en contra de Número Uno en 1972.

—Y mi padre continúa utilizando la fundación para servir sus intereses.

Angelo cabeceó afirmativamente.

—Solo accedió a los nombramientos de Tom como consejero y al mío como presidente para poder continuar controlando la empresa. Pero puede destituirnos a los dos en cualquier momento.

—Probablemente en la próxima junta general de accionistas —dijo ella.

—Así es.

—No lo hará, Angelo. Cuando llegue ese día XB Motors habrá invertido tanto en el proyecto del Cero-Cero-Cero, que significaría la quiebra de la compañía si se pretendiera dar marcha atrás. Y XB Motors no puede continuar ese proyecto sin ti.

—Eso me gustaría pensar —contestó Angelo—, pero nadie es indispensable. Tengo un equipo de jóvenes brillantes trabajando en el Triple Cero. Si por una fatal casualidad el Learjet se estrellara, y yo muriera en el accidente, ellos podrían continuar con el proyecto.

—Pero no podrían salvar la oposición que se encontrarían por parte de algunos sectores de la empresa contra la continuación del proyecto.

Angelo frunció el entrecejo y asintió con la cabeza.

—Ya, gente como Peter Beacon. Su aversión hacia mí es tan intensa como la de tu padre.

Betsy le besó tiernamente.

—No dejes que te pase nada, mi amor —dijo—, demasiada gente depende de ti para su felicidad.



Roberta recogió a Van en el aeropuerto Metro de Detroit. Nunca se habían encontrado antes y ella había ido al aeropuerto dispuesta a no dar la imagen de la típica abuela. Aunque no había estado jugando, vestía ropa de tenis. Su falda corta revelaba unas bonitas piernas bronceadas y las pequeñas borlas en sus calcetines le daban una sugerencia juvenil y vivaracha. Ella pretendía sorprenderle y lo consiguió.

Conducía un Gran Corcel, uno de los pocos que todavía se veía por las calles de Detroit.

—Me agrada saber que podemos pasar un rato juntos antes de que veas a Loren —dijo evitando pronunciar la palabra abuelo—, me gustaría darte un par de consejos.

—¿Es absolutamente necesario? —preguntó. Van había acudido atendiendo a lo le había parecido más una convocatoria que una invitación y no se encontraba muy bien dispuesto.

Roberta apartó su mirada de la carretera y lo miró durante unos momentos. Después se encogió de hombros.

—Quizá no, pero te los voy a dar de todos modos. Mira, Van, tú eres un Hardeman, te guste o no. Yo no; solo llevo ese apellido por mi matrimonio, así que

no me importa decirte que toda la familia es bien rara. Tú nunca conociste a tu bisabuelo, al que todo el mundo llamaba Número Uno; a mí, durante los años en los que lo conocí, siempre me recordaba a Tiberio tal como lo retrataban en la película de Bob Guccione, *Calígula*.

—No he visto esa película.

—Hazlo. Te dirá algo sobre los Hardeman. Pueden ser muy... corruptos, malvados. No todos ellos, por supuesto. Es difícil ver a tu madre como una Hardeman, excepto por esa voluntad de hierro que posee. En cualquier caso supieron construir un gigante industrial desde cero y eso requiere ciertas cualidades. No solo falta de escrúpulos sino también visión, coraje y habilidad.

—¿Es mi abuelo igualmente corrupto y malvado? —preguntó llanamente Van.

—Júzgalo tú mismo —contestó—. Lo único que quiero es decirte un par de cosas que quizá te puedan servir de algo.

—Está bien.

—Loren está decepcionado por no haber podido verte más a menudo. Él quiere mucho a tu madre. Algunas veces se pelean, pero a pesar de todo la quiere. Le hubiera gustado que utilizaras el nombre de Loren, en vez de Van. Y le encantaría tener la oportunidad de poder contribuir de una manera significativa a tu futuro.

—¿De qué manera?

—Será mejor que te lo diga él personalmente. Todo lo que yo quiero recomendarte es que escuches lo que tenga que decirte. No te cierres. Solo quiere conocerte y no hay ningún otro motivo oculto detrás.



Loren condujo a Van a la planta de fabricación donde una larga cadena de Corceles se desplazaba por la línea de montaje. Los dos llevaban cascos con el nombre de *Loren* pintado. Loren Tercero vestía un traje azul y Van llevaba una chaqueta azul con pantalones caquis.

—Estos robots realizan puntos de soldadura —dijo Loren—. Están controlados por ordenador. Los soldadores humanos, por muy buenos que sean, a veces cometen errores y eso repercute en la calidad del producto. Yo investigué esta nueva tecnología y decidí implantarla en la nueva fábrica. El resultado es que ahora las soldaduras nunca se rompen en un Corcel.

Van estaba impresionado. La factoría era enorme: luminosa, limpia, libre de cualquier clase de humos. Y no era tan ruidosa como había anticipado. Los hombres y las mujeres que se movían por la planta eran en su mayoría inspectores que se limitaban a controlar el trabajo de las máquinas encargadas de mover las diferentes piezas y ensamblarlas en su lugar. Vestían camisas blancas con finas rayas azules y rojas, pantalones azul oscuro, cascos con el logo de la compañía y protectores de plástico transparente cubriéndoles la cara. A Van le parecieron innecesarios en un ambiente de trabajo en el que aparentemente no existía gran peligro de accidentes.

Mientras los módulos de ensamblaje se desplazaban por el techo colgados de cintas transportadoras, para descender en los lugares precisos de la línea de montaje, las partes más pequeñas se transportaban en carros eléctricos con luces que destellaban y *beeps* que prevenían de su paso mientras seguían los caminos pintados en el suelo. Toda la operación era más ordenada y precisa de lo que Van había imaginado.

—Bueno, ya ves... si alguna vez he parecido remoto y distante, como sé que a veces ha dicho tu madre, esta es la razón. XB Motors no ha aparecido por obra de magia, Loren. Es el resultado de muchas horas de trabajo cada día, de una dedicación total.

Van asintió con un gesto de cabeza.

Abandonaron la factoría y un chófer los condujo hasta la oficina donde estaba preparado algo de comer y de beber.

—Quédate con el casco como recuerdo —dijo Loren. Puede que no te quepa en tu equipaje de avión, así que me encargaré de que te lo envíen. ¿Qué quieres beber?

Van pidió un whisky a la manera inglesa, sin hielo y con un poco de agua.

—Siento que no hayamos estado en contacto tan a menudo como me hubiera gustado, Loren —dijo Loren Tercero—. Acepto mi parte de culpa, pero mis obligaciones casi no me dejan tiempo libre. Ya sé que es una excusa algo manida, pero es así. Prueba las setas, están cocinadas de una forma especial que a mí me encanta. Una receta de Roberta, una mujer extraordinaria... lo que no quiere decir que tu abuela Alicia no lo sea.

Van probó las setas y recordó que el emperador Claudio había sido asesinado con setas envenenadas.

—Tú heredarás lo que has visto esta tarde, quizá no seas *el heredero* —aunque quién sabe— pero, desde luego, sí uno de los herederos.

Eso era lo que Van siempre había supuesto, así que cabeceó afirmativamente por toda respuesta y continuó bebiendo su copa.

—Hay tradición en esta familia —Loren Tercero continuó—. Una tradición de distinción y éxito. Tu madre es vizcondesa, Anne es princesa y yo presido el consejo de una importante compañía industrial.

Van continuó mudo, asintiendo con un gesto de cabeza.

—Loren, tú eres el cuarto descendiente que lleva nuestro nombre. Me sentiría muy honrado si lo utilizaras.

—Me matriculé en Harvard como Loren y firmo mis cheques de la misma manera, pero no sé por qué todos mis compañeros me conocen por el mote de Van.

Loren esbozó una sonrisa.

—No hay nada de malo en ello. No te quiero ni contar lo que me llamaban algunos compañeros en el colegio.

Van cogió un poco de queso.

—Siento no haber conocido al bisabuelo —dijo—, solo tenía seis años cuando

murió.

—No todo el mundo le admiraba —dijo Loren Tercero—, los hombres que alcanzan grandes cotas de éxito, a menudo no son comprendidos por los demás.

—Rockefeller..., Carnegie —dijo Van.

—Ford —añadió Loren Tercero—. Número Uno, como le llamábamos, podía ser un tirano, pero era un gran hombre. Deberíamos sentirnos honrados de ser sus descendientes.

Van levantó su copa.

—Brindemos por él.

Loren Tercero se llenó la boca con otra seta.

—He oído decir que estás saliendo con la hija mayor de Angelo Perino.

Van cabeceó afirmativamente.

—Anna y yo estamos muy unidos.

—Me gusta saberlo. No la conozco, pero acepto tu criterio de que es una chica excelente. Angelo Perino es un hombre brillante. Él y yo no siempre estamos de acuerdo, pero el respeto mutuo que nos profesamos hace que podamos superar cualquier divergencia.

Van no dijo nada, se limitó a cabecear afirmativamente y a continuar bebiendo.

—Lo único que me gustaría es que siempre recordaras algo, Loren. Tu bisabuelo fue Loren Hardeman Primero, un capitán de la industria que construyó una empresa respetada en todo el mundo. El bisabuelo de Anna era un criminal que fue deportado a Sicilia y que estuvo a un paso de acabar en la cárcel. La familia Perino está conectada, puede que incluso asociada, con el crimen organizado. No hace mucho tiempo contraté a un investigador privado para descubrir si Angelo Perino se estaba aprovechando de tu madre. El detective y una mujer que era su ayudante recibieron una paliza que los dejó medio muertos, aquí mismo, en Detroit. No puedo asegurar que Angelo ordenara específicamente ese tratamiento, pero el hecho es que se hizo.

—¿Por la mafia? —preguntó Van.

—No me gustaría sugerir que Angelo Perino es un mafioso, nada más lejos de mi intención, pero creo que deberías ser consciente de esa posibilidad. Dejando eso de lado, creo que solo a ti te cabe juzgar si es conveniente que el hijo de Max Van Ludwige y la vizcondesa de Neville, heredero del apellido Hardeman y su reputación, se asocie tan íntimamente con los Perino. Lo dejo a tu criterio. Estoy seguro de que ella es una chica estupenda. Las familias italianas suelen tener hijas que son auténticos ángeles.



Robert Carpenter se quitó los calzoncillos y se subió a la plataforma en el estudio de Amanda. Posar desnudo había sido la única manera que encontró para poder intimar más rápidamente con Cindy Perino aunque eso suponía pagar 18 000 dólares por su retrato. Loren Hardeman lo había autorizado: el cuadro sería suyo a cambio de los

honorarios de dos meses por sus servicios ordinarios y por otros, que él ignoraba, que iban más allá de la estricta línea del deber.

Estaba tremendamente incómodo, tanto que no sabía si sería capaz de aguantarlo y continuar. Le faltaba la respiración mientras contemplaba cómo Amanda y Cindy lo examinaban críticamente como si fuera una estatua de bronce; el mismo ojo crítico evaluando, juzgando. En su carrera como aspirante a artista y más tarde como profesor de historia del arte había visto muchos modelos masculinos y siempre había sentido simpatía por ellos. Sabía lo primero en que se fijaba la gente cuando los miraba y era plenamente consciente de lo que Amanda y Cindy estaban evaluando. Dio gracias a Dios por no ser deficiente en ese apartado y por no tener tripa, ni flacideces bajo su barbilla o brazos, a sus treinta y seis años.

—Bob —dijo Amanda—, ¿te encontrarías más cómodo si posaras sentado?

—Si te parece mejor.

—¿Quieres mirar directamente al espectador o prefieres mirar a otro lugar?

—Bueno, yo...

—O bien le dices al espectador: «Aquí estoy tranquilo y relajado estando desnudo y no me importa el hecho de que me estén mirando» o «querido espectador, me habéis cogido por sorpresa, porque si no, no me hubierais pillado desnudo». Elige.

—Nadie se queda posando hora tras hora, como a quien le cogen por sorpresa —contestó—, cualquiera que ve un cuadro sabe eso. La última cosa que quiero es parecer coqueto.

—Bueno, siéntate, intenta cogerte las manos a la espalda. No, mejor, colócatelas apoyadas en las caderas, gíralas un poco. Eso es. Ahora tuerce los hombros hacia el otro lado.

Carpenter siguió sus instrucciones. Su tremendo azoramiento estaba atemperado por su certeza de que Amanda Finch produciría una obra de arte que no hubiera podido permitirse de cualquier otra manera. Con los dos cuadros que ya tenía, terminaría poseyendo una de las mejores colecciones de Finches de la costa este, puede que incluso la mejor. Se preguntó de qué forma podría adquirir algunos más. Eran una magnífica inversión, siempre podía venderlos, aunque dudaba que alguna vez llegaría a vender este; además, difícilmente podía formar parte de su colección, no se podía imaginar colgándolo en un lugar donde cualquiera pudiera verlo.

—¿Estás cómodo? —preguntó Amanda—. ¿Puedes aguantar la pose durante quince minutos?

—Estoy bastante cómodo —dijo—. ¿Pero no te parece una pose un poco artificial?

—Puede ser. Ponte de la manera en que te encuentres más natural.

Apoyó su peso sobre el pie izquierdo y extendió el derecho lo justo para poder equilibrarse y apoyó su barbilla entre su pulgar e índice mientras dejaba que la mano derecha descansara relajadamente sobre su muslo.

—Perfecto —dijo Amanda y comenzó a abocetar.

—Me encanta tu sentido estético, Bob —dijo Cindy—, te gusta el arte de calidad y ahora estás posando con un empaque que no muchos hombres serían capaces de adoptar.



Estaban acostados juntos en una habitación del Hyatt Regency, saciados, sudorosos y sin aliento, Bob tenía apoyada su cabeza sobre el regazo de Cindy. Aunque los dos estaban exhaustos, él se entretenía separando con los dedos sus labios inferiores estudiando perezosamente la configuración de sus partes, humedeciendo de cuando en cuando uno de sus dedos para explorarla más íntimamente.

—Tengo que hacerte una confesión —dijo.

—Adelante.

—Nunca he hecho nada más difícil en mi vida que quitarme la ropa y quedarme desnudo delante de ti y de Amanda. ¿Quieres saber por qué lo hice?

—Pensaste que sería incapaz de resistirme cuando te viera desnudo.

Él cabeceó negativamente.

—Pensé que podía crear una intimidad entre nosotros que no me sería posible alcanzar de ninguna otra manera. Una vez que me hubieras visto así, podría hablar contigo y sabría que me escucharías.

—Parece que sí te escuché —contestó Cindy.

—Te quiero —dijo—, tienes que entender eso. No estoy simplemente tonteando.

Cindy se incorporó apoyándose sobre el codo y frunció el entrecejo mirándole a la cara.

—¿Quién eres realmente, Bob? —preguntó—. No me mientas. Puedo averiguarlo en menos de una hora. Tú no vendes yates.

—Mi padre lo hizo y ganó mucho dinero —contestó—. Yo solo soy profesor de historia del arte y un artista fracasado. Compro arte porque heredé suficiente dinero para poder darme ese gusto y me encanta la obra de Amanda, aunque tengo un poco de miedo de lo que su retrato pueda reflejar; de que sea capaz de ver a través de mí y exponerme como un fraude... ¿dónde está tu marido ahora Cindy?

—¿Por qué lo preguntas?

—Puedo posar para Amanda todos los días de la semana y tú y yo podríamos pasar juntos todas esas noches.

—Angelo está en Alemania. Volverá el viernes.

—¿Alemania? Se pasa la vida viajando, ¿no es así?

—Bueno, está investigando nuevas tecnologías de baterías eléctricas.

treinta y cuatro

1992

Las pruebas de eficiencia de los motores eléctricos, alimentados por las baterías controladas por el sistema informático diseñado por McCullough, comenzaron a realizarse en marzo de 1992. Los primeros 000 eran simples chasis del Corcel sin carrocería y con el tradicional motor de combustión sustituido por cuatro motores eléctricos de gran potencia que impulsaban cada una de las ruedas. El conjunto de veinte baterías que utilizaban eran del tipo de las que se pueden conseguir en cualquier tienda. Los vehículos así equipados podían circular por la pista a velocidades de cincuenta kilómetros por hora, mientras varios instrumentos registraban de forma continuada la demanda de energía que cada una de las ruedas exigía a las baterías.

En la primera prueba el sistema informático consiguió transmitir a las ruedas, sin pérdidas, un 78 por ciento de la energía, una mejora considerable en comparación con el aprovechamiento de energía que se conseguía con los motores de combustión interna.

Más adelante, se instalaron sobre los chasis las ligeras carrocerías de resina de epoxy del Gran Corcel. El espacio de los asientos traseros estaba totalmente ocupado por las baterías. La carrocería aerodinámica disminuía la resistencia al aire reduciendo el consumo de energía entregada por el sistema informático, y aumentaba cuarenta kilómetros la autonomía del vehículo con una sola carga, desde los treinta iniciales que se conseguían con el chasis desnudo.

Pero la aceleración era pobre. El conjunto de baterías entregaba la energía con un flujo constante y era incapaz de liberar una gran descarga de forma súbita.

Las baterías constituían la clave de todo el proyecto. Tenían que ser capaces de generar más potencia y mayor rapidez, cuando fuera necesario, además de poder almacenar más energía y, por supuesto, tampoco podían pesar una tonelada y ocupar toda la parte trasera del coche.

A pesar de las estrictas medidas de seguridad que se tomaron para proteger la pista de pruebas, hubo fotógrafos que consiguieron fotos del chasis con columnas de baterías apiladas sobre estantes de contrachapado y también otras del Gran Corcel con las baterías ocupando toda la parte de atrás. Fue a partir de entonces cuando el 000 adquirió el apodo de ¡oh!, ¡oh!, ¡oh!



En mayo, Betsy voló desde Londres a Detroit para la reunión del consejo. Su padre había invitado a todos los consejeros a su casa para un cóctel. Todos acudieron: Angelo, Betsy, Tom Mason, Loren y Roberta. Cindy había sido invitada pero prefirió

declinar la invitación y Van, que también recibió una, se disculpó con la excusa de que necesitaba preparar unos exámenes que tenía dentro de poco. Peter Beacon, que continuaba como vicepresidente de ingeniería de XB Motors, vino con su mujer, igual que James Randolph, director de la Fundación Hardeman.

La reunión se desarrolló cordialmente, pero cada uno de los invitados parecía decidido a permanecer cortésmente distante del resto. Incluso Betsy estuvo algo remota con Angelo.

Loren había seguido el consejo de Roberta de procurar disminuir la distancia entre él y su hija. Hablaba tranquilamente con Betsy ciñendo la charla exclusivamente a asuntos intrascendentes sobre su marido y sus hijos.

—¿Va en serio esa relación entre Loren y Anna Perino? —le preguntó.

—Todo lo serio que estas cosas pueden ser entre críos de su edad. Él solo tiene veinte años y ella diecisiete. De lo que sí estoy segura es de que no se han acostado juntos.

—Su padre lo mataría.

—No lo creo, pero no he hablado de eso con Angelo.

—No tengo ninguna influencia en este asunto. Mi opinión no cuenta, pero ¿te parece conveniente una alianza entre nuestra familia y los Perino?

—Son muy jóvenes —dijo Betsy— y pueden suceder muchas cosas entre hoy y el día en que puedan formar una *alianza*, por usar tu expresión.

—Bueno... ¿cómo están tus otros hijos?, ¿la pequeña Sally?

—Quiere ser bailarina de *ballet*. Está totalmente volcada en esa meta. Su profesora dice que tiene talento, siempre que no se desarrolle demasiado.

—No dejes que se mate de hambre con dietas absurdas para impedirlo.

—Ese es un problema con el que ya me ha tocado lidiar. Con suerte espero que no termine anoréxica.

—Me gustaría pasar por Londres para ver a los niños. A todos, claro.

—Hazlo, estaremos encantados —contestó Betsy sonriendo a pesar suyo.



En junio, Anna se graduó en la Academia de Greenwich y Angelo voló desde Londres para asistir a la ceremonia de graduación. Van, que se había ido a finales de mayo a pasar algunas semanas en su casa, volvió para poder estar presente. John Perino, de diecinueve años, fue a Florida a recoger a su abuela Jenny, que tenía ya ochenta y dos años, y ayudarla en su viaje a Nueva York. El tío de Anna, Henry Morris, también asistió con su mujer y su hijo mayor.

Entre los regalos que recibió Anna había un pesado brazalete de oro de Betsy con un tarjetón firmado *Tía Betsy* y un collar de perlas de Loren que firmaba como *Loren Hardeman Tercero*. El regalo de Amanda consistía en un retrato para el cual la chica había posado cinco horas. Dietz von Keyserling envió un *netsuke* de marfil, una diminuta japonesita oliendo una flor. Marcus Lincicombe prefirió ir a la casa para

entregar el suyo personalmente: dos pañuelos de seda de Hermes.

Bob Carpenter pasó el fin de semana de la graduación en una *suite* en el cercano hotel Regency y Cindy se escapó en un par de ocasiones para pasar una hora en su compañía.

Eso no impidió que en el jardín se fuese con su hermano a un lado, al fondo del césped, para poder mantener una conversación privada.

—Tú tienes maneras de averiguar cosas —le dijo—, y yo también, pero no me gustaría que Angelo se enterase.

—¿De qué manera puedo ayudarte? —preguntó Henry, adoptando un tono más serio de lo que le era habitual—. ¿Tienes algún problema?

—¡Sorpresa! —contestó—. ¿Te escandalizaría saber que tu hermana de cuarenta y cuatro años ha estado viendo a otro hombre?

—Me sorprendería que no lo hicieses.

—Su nombre es Robert Carpenter. Es profesor de historia del arte en la Universidad estatal de California, en Long Beach. Parece que dispone de montones de dinero para gastar en arte y no le dedica mucho tiempo a la enseñanza. No puedo dejar de sentir cierta curiosidad.

—Profesor Robert Carpenter —repitió Henry—. Veré qué es lo que averiguo.



Después del fin de semana de la graduación, Angelo voló de vuelta a Alemania en compañía de Keijo y Alexandra McCullough. Keijo conectaría después con otro vuelo hacia Turín para resolver algunas cuestiones del diseño y Alex se quedaría con Angelo en Berlín para reunirse con el equipo que estaba trabajando en el desarrollo de las baterías.

—Estamos a punto de tomar una decisión sobre las baterías —informó a Keijo y a Alex sentados con él en el salón del piso superior de un 747 sobrevolando el Atlántico; y dirigiéndose a Alex—: Si eres capaz de adaptar tu programa informático a ese sistema que vamos a ver en Berlín, tomaré la decisión de comprarlo.

—Has sido muy reservado sobre ese tema —contestó ella.

—Es que no he logrado avanzar como me hubiera gustado en la solución al problema —contestó—. Vamos a tener que acoplar dos tecnologías diferentes que todavía están en estado experimental.

Alex llamaba la atención. Vestía un traje verde que hacía destacar su pelo rojizo y las piernas que se asomaban por debajo de su minifalda eran espectaculares. Los hombres sentados en la salita envidiaban a Angelo, pero no podían adivinar que el corazón de ella pertenecía a Lucy.

—Vamos a tener que adoptar una batería de células de polímero de litio —continuó Angelo—. Es la mejor solución a todos nuestros problemas.

Keijo asintió con un gesto.

—Es sólida —dijo—. Y no presenta problemas de fugas de ácido en un accidente.

—Además, funciona sin casi producir calor —añadió Angelo— y con el mismo grado de eficacia tanto en el día más caluroso del verano, como en el más frío del invierno.

—¿Qué peso tendrá la batería?

—Calculo que unos 370 kilos.

—¿Y la aceleración?

—Ahí es donde entra en juego la segunda tecnología. Vamos a respaldar la batería de polímero de litio con una batería de volante, que se alimentará de la corriente eléctrica que le proveerá la batería de litio, para que el volante gire sobre su eje suspendido en un campo magnético. Girará, aproximadamente, a unas treinta y cuatro mil revoluciones por minuto. Tiene dos grandes ventajas. La primera es que puede entregar un auténtico torrente de energía en un segundo, y la segunda, que puede recapturar y almacenar la energía que normalmente se pierde, por ejemplo al frenar.

—¿No se está empezando a complicar demasiado todo el sistema? —preguntó Alex—. Va a ser necesario que un montón de cosas funcionen simultáneamente y sin problemas.

Angelo se encogió de hombros.

—¿Y un motor de gasolina, acaso no es también muy complejo? Tienes que bombear un líquido de un tanque, vaporizarlo, mezclarlo en la proporción adecuada con aire, inyectar la mezcla en unos cilindros, explotar el vapor de combustible con una chispa en el momento justo, transformar después el poder de esa energía en movimiento y, por último, expeler los humos residuales de la combustión.

—Etcétera —interrumpió Alex—. De acuerdo. Pero cuando era una tecnología en sus inicios no funcionaba demasiado bien.

—La nuestra tendrá que ser probada exhaustivamente —contestó Angelo—. Un test, y otro, y otro, y todos los que sean necesarios.



En el bar del hotel Bristol-Kempiski en Berlín, Angelo miró su reloj.

—Voy a tener que dejarte.

Ella sonrió.

—Espero que te lo pases bien, con quienquiera que sea.

—Ella es muy atractiva, pero solo es un encuentro de negocios —contestó—, lo mismo que tú, pero...

—Va a resultar que soy la única mujer que te has encontrado que no se ha abierto de piernas para sentir tu polla —comentó Alex.

—Te sorprendería saber la cantidad de veces que me han rechazado.

—Probablemente serían lo que yo —contestó—, pero entiendo que se sientan atraídas. Si alguna vez quiero tirarme a un hombre...

Angelo hizo una mueca.

—Por favor...

Alex miró en dirección a la puerta.

—¿Tu cita es aquella mujer tan elegante? —preguntó.

Él sonrió haciendo un gesto de asentimiento.

—Nos vemos mañana, Alex. Firma la cuenta del hotel. XB Motors corre con los gastos.

Se encaminó hacia la elegante mujer que le aguardaba, que no era otra que la princesa Alekhine. Cogió la mano que le extendió como saludo y dándole la vuelta la besó en su palma abierta.

—¿Estoy interrumpiendo algo? —preguntó dirigiendo una mirada en dirección a Alex.

—Es una experta en informática —dijo—. La tengo contratada como consultora.

—¿Y te consulta el qué?

—No lo que estás pensando. Podría estar interesada en ti, pero desde luego nunca en mí.

Anne se quedó mirando en su dirección.

—¿Ella es...?

—¡Ahaa!

Dejaron el hotel Bristol-Kempiski y caminaron por la animada Kurfürstendamm, entre los numerosos grupos de gente que paseaban contemplando con codicia los escaparates llenos de caros objetos. Anne lo cogió del brazo, ignorando cualquier cosa que no fuera él, con esa capacidad única que poseía de concentrar totalmente su atención y mantenerla enfocada en aquello que le interesaba.

Ella se alojaba en un hotel más antiguo y tradicional, lo que los alemanes llamaban un hotel jardín. Fueron directamente a su habitación, un perfecto ejemplo de la idea decimonónica del lujo teutónico: paredes paneladas en roble, dos cornamentas de venado colgando de la pared, una cama de madera oscura y pesada con patas talladas en forma de garra de león, tres palmeras en sus macetas y un cuadro del Káiser Guillermo a caballo con un casco terminado en punta.

Anne se desvistió en medio de todo eso, pero mantuvo las medias, el ligero y los zapatos. El contraste entre la habitación y la mujer era chocante.

Hacer el amor con ella era siempre memorable. Una vez más tuvo oportunidad de comprobar que su elegancia y su distinción no estaban reñidas con el atrevimiento. No tenía reservas pero lo que hacía, lo hacía con una desenvoltura llena de delicadeza.

Ella era la única mujer con la que había hecho el amor que rara vez se despojaba de los zapatos y nunca de las medias. Adivinaba el porqué: tenía un sexto sentido de lo que le resultaba erótico.

A ella le desagradaba profundamente la posición del misionero y esa tarde se ofreció a cuatro patas sobre manos y piernas con su trasero bien empinado a modo de bienvenida. Angelo la penetró y se la metió hasta el fondo. Su distinción y su sentido de delicadeza no le impidió quejarse bajo el primer impacto y después comenzar a gemir bajo su espuela. Al fin y al cabo, la princesa Alekhine nunca había dicho que no le entusiasmara un buen polvo.



El decorado del restaurante del hotel era también oscuro y tradicional y su menú ofrecía una amplia variedad de platos, la mayoría de ellos de cocina francesa.

Lo más importante era que el camarero sabía cómo mezclar un buen Martini. Anne confesó que había adquirido un gusto por ellos y examinaron perezosamente el menú, bebiendo y charlando sobre esto y aquello.

—Mi sobrino no se da por vencido.

—Nunca supuse que lo haría.

—Es de Roberta de quien debes preocuparte —dijo Anne—. Es mucho más lista y tiene menos escrúpulos que él.

—Loren no puede suspender el proyecto Triple Cero. Arruinaría la compañía.

—Podría escoger ese camino pero no lo hará —dijo Anne—. Lo tienes cogido por las pelotas... más de lo que crees. Y eso lo tiene frito.

—¿Por qué?

—Loren Cuarto y tu hija Anna. La idea de que su nieto pueda casarse con tu hija le produce escalofríos.

Angelo se encogió de hombros.

—Antes de morir —dijo ella—, le dije a Número Uno que los Hardeman no pasaban de ser una familia de corruptos nuevos ricos. Tuvo un ataque de corazón, esa misma tarde, que casi le resultó fatal. Fue una pena que no hubiera sido así. Se daba grandes aires, lo mismo que Henry Ford, y estaba obsesionado con sus exageradas ideas de grandeza. Loren tiene la misma obsesión que su abuelo. Yo puedo ser una princesa legítima igual que Betsy también es una vizcondesa, pero no nos engañamos respecto a nuestras raíces.

—¿Qué es lo que debería hacer?

—Vigilar a tu hija. No intentarán hacerle daño, incluso gente como Loren y Roberta no son capaces de llegar hasta ese extremo, pero intentarán separarla de Van. No se cómo, pero lo que sí sé es que algo harán.



Anna estaba pletórica durante su primer año en Radcliffe. Encontraba sus clases estimulantes y había hecho montones de amigos, pero lo más importante era que Van se encontraba cerca y se podían ver a menudo, no solo durante las vacaciones como hasta ahora. Pasaban juntos la mayoría de las tardes y todos los fines de semana.

Por eso lo despidió llorosa cuando embarcó en el 747 de British Airways en el aeropuerto Logan de Boston. Él pensaba que debía pasar parte de sus vacaciones de Navidad en Londres, con su padre y su madre, pero le prometió que estaría de vuelta el día después de Navidad para poder celebrar juntos la entrada del año.

Anna no dejó de mirarlo hasta que se perdió de vista. Tomaría el tren por la mañana hasta Stamford donde su madre la estaría esperando en la estación.

Van había tomado una decisión. Durante su semana en Londres cruzaría el canal hasta Ámsterdam y, con la ayuda de su padre, escogería un anillo de diamantes para Anna, para la pedida. Había llegado la hora de formalizar lo que ya era conocido por todos y anunciarlo oficialmente a las dos familias.



Dos noches más tarde Van fue a ver *Los Miserables*. Su madre la había visto ya y no deseaba verla de nuevo, así que le compró un billete y le envió solo al teatro. Durante el descanso se acercó al bar y pidió un whisky.

—¡Oh, qué casualidad! ¿No eres por casualidad Loren Van Ludwige?

La joven que le hacía la pregunta era una hermosa rubia con un vestido de minifalda rosa.

Él sonrió.

—Sí... lo soy.

—Yo me llamo Penny, bueno el nombre completo es *lady* Penelope Horrocks. Estoy intentando recordar dónde nos conocimos. ¿No has asistido en alguna ocasión a una competición de *curling* en Escocia?

—Bueno, sí.

—¿Te acuerdas de Billy? —preguntó—. No estuvo en esa competición de *curling*, pero...

—¿Billy Baines?

—Sí, un tipo estupendo. No lo he visto desde hace años. Tú ahora estás viviendo en Estados Unidos, ¿verdad? Eso es lo que me han contado.

—Sí, así es. Mi madre quería que fuese a la Universidad de Harvard.

—¡Qué fantástico! Yo todavía no he estado en Estados Unidos, pero cuando vaya me gustaría que me lo enseñases.

Van sonrió.

—Bueno, eso sería imposible. Estados Unidos es un país enorme, pero sí te puedo enseñar lo que conozco, Nueva York y Boston.

—Me ha encantado verte; oye, solo quedan unos cuantos minutos antes de que suba el telón, ¿por qué no tomamos luego una copa juntos?



Llamaron al timbre y Roberta acudió a abrir la puerta de su *suite* en el hotel London Hilton. Era *Lady Penelope* vestida ahora con pantalones vaqueros y camiseta.

—Vengo a cobrar mis cien libras más los gastos de alquiler del coche. Aquí está el recibo. Se quedó muy impresionado con el Jaguar.

Roberta esbozó una sonrisa.

—Pasa. ¿Te lo tiraste?

—¿Es así como se dice en Estados Unidos? Sí, en una habitación de hotel en Bayswater Road. Cenamos en el Wheeler's Sovereign en Soho y después fuimos al hotel. Primero llamó a su mamá para decirle que se había encontrado con algunos antiguos amigos y que llegaría tarde. Lo peor de todo es que se levantó a las dos de la mañana para volver a casa. Podría jurar que era virgen hasta ayer.

—¿Has quedado con él para veros de nuevo?

—Sí. Solo estará en Londres durante una semana, pero me lo llevaré a la cama por lo menos otra vez.

Roberta abrió su bolso y contó cien libras.

—Esto es además de las cincuenta que recibiste por adelantado. Son ciento cincuenta libras cada vez que te lo lleves a la cama. Alquila el coche otra vez, y asegúrate de que sea el mismo o pon la excusa de que tu familia tiene varios, pero recuerda lo que estás haciendo, Becky. Tu trabajo no es solamente tirártelo, tienes que hacer que se enamore de ti. Eso es lo principal.

—Espero sacar un viaje a Estados Unidos de todo esto.

—Más te vale.

treinta y cinco

1993

—Cindy, me encantaría poder ofrecértelo —dijo Bob Carpenter mirando el cuadro que Amanda había pintado de él y que todavía continuaba en su estudio esperando que se lo llevase a California.

—Me sería difícil explicar su procedencia.

—Ya lo sé, pero me gustaría poder hacerlo.

Amanda había salido y disponían del estudio y el dormitorio para ellos dos solos.

Carpenter estaba de pie mirando su retrato que se encontraba sobre un caballete al lado del sofá. Nadie que lo viese podría dejar de admirarlo; ese cuadro era algo que atesoraba. Haber sido retratado por Amanda Finch halagaba su ego. Le había preguntado a Cindy, por lo menos una docena de veces, si Amanda no le había sacado falsamente favorecido y cuando ella le aseguró otra docena de veces que no era así, se había sentido lleno de satisfacción y orgullo.

Cindy se había convertido en un problema para él. Había empezado a estimarla de verdad.

Era imposible no hacerlo. Tenía siete años más que él pero eso era algo difícil de adivinar contemplando su cara y cuerpo todavía jóvenes. Era inteligente, astuta y optimista, toda una mujer con sentido de la aventura, sensual y cariñosa. Por lo que habían hablado no estaba resentida por las frecuentes y prolongadas ausencias de su marido. Estaba volcada en sus hijos, el más pequeño solo tenía diez años, pero no se había limitado a hacer el papel de madre y esposa. Tampoco era la salsa de todas las asociaciones benéficas; dirigía su propio negocio en la ciudad y solo disponía de un tiempo limitado para dedicarse a recoger fondos para las obras benéficas locales y cosas parecidas.

Desde su perspectiva de profesor de historia del arte le merecía todo su respeto como marchante. Si no tenía la misma erudición que él, sí sabía distinguir lo que era válido de lo que no, tenía un buen instinto.

Si no hubiera sido por los Hardeman, nunca la hubiera conocido y tampoco hubiera podido adquirir los Finches, pero era consciente de que había caído en las garras de una pareja carente de todo escrúpulo que lo estaba utilizando para intentar hacer todo el daño posible a Cindy y a su marido y, muy a menudo, tenía la tentación de devolverles los Finches y anunciarles que abandonaba el juego. Tenía la tentación pero no lo hacía: les tenía miedo.

Se dio la vuelta desentendiéndose del cuadro.

—Tenemos suerte de que tu marido pase tanto tiempo fuera de Estados Unidos —dijo—, pero no puedo evitar pensar en lo que eso vaticina para el futuro industrial de este país. ¿Quiere eso decir que la mayoría de las piezas del coche serán de origen

alemán y japonés? ¿Es que los americanos hemos perdido la capacidad para innovar?

—Los tres grandes —contestó ella— pueden permitirse tener grandes departamentos de investigación y desarrollo. XB Motors no tiene la capacidad para invertir millones de dólares en investigar nuevas tecnologías. Angelo tiene que buscarlas y negociar sus licencias para poder usarlas.

—Debe de ser un hombre brillante para poder distinguir lo que es aplicable de lo que, por el momento, solo son experimentos más o menos prometedores.

Cindy cabeceó afirmativamente.

—Mi marido es un gran hombre. Estar casada con él es algo así como estar casada con el presidente de Estados Unidos. Respetas lo que hace, pero tienes que saber aceptar su absoluta dedicación a un trabajo, lo que le obliga a viajar la mayor parte del tiempo, o a estar pegado al teléfono cuando se encuentra en casa.

—Me gustaría poder entender ese tipo de cosas. Las baterías...

—Una batería de volante —le interrumpió— es una batería que se carga mediante un volante interior que gira ininterrumpidamente sobre sí mismo. Bueno, de hecho, cuanto más me lo explica menos lo entiendo, pero él está absolutamente convencido de que funcionará.

—¿Piensas ir a las primeras pruebas?, al fin y al cabo una vez fuiste piloto de pruebas.

—Me encantaría conducirlo —dijo Cindy—, tendrá una aceleración igual a la de cualquier coche americano. Y no utilizará frenos convencionales, excepto como sistema de apoyo en caso de fallo del sistema principal.

—¿No tendrá frenos?

—Frenará y parará invirtiendo la polaridad del motor eléctrico, algo parecido a lo que hacen los aviones de reacción, que para frenar invierten el impulso de los motores. Y la energía cinética del coche en movimiento alimentará la batería transformándola en energía eléctrica y, por lo tanto, cargando la batería.

—¡Dios mío! Yo...

—Estoy hablando demasiado —contestó ella cogiendo su copa de brandy y levantándola como si eso justificara su verborrea.

Carpenter se colocó detrás y le acarició la nuca y las mejillas.

—Te quiero, Cindy —le susurró.

Estaba diciendo la verdad.



Después de medianoche conectó el módem de su ordenador portátil al enchufe del teléfono y envió un mensaje a la casa de los Hardeman en Detroit.

La tecnología de baterías, que Angelo Perino está investigando en Berlín, es la llamada de volante con movimiento continuo. Está a punto de cerrar las negociaciones para conseguir la licencia.

El 000 no utilizará frenos convencionales, excepto como sistema de respaldo, utilizando la inversión de la polaridad de las baterías para desacelerar y detenerse, al mismo tiempo que la energía generada en ese proceso servirá para alimentar la batería y recargarla. Eso dicen.



Loren y Roberta estaban desayunando. Peter Beacon había acudido convocado por una llamada telefónica al amanecer. Le acompañaban dos jóvenes ingenieros que no eran empleados de XB Motors.

Beacon señaló a uno de los jóvenes, de nombre Simpson.

—¿Es eso posible? —preguntó.

Simpson se encogió de hombros.

—Imposible no es. Hay varias compañías en los Estados Unidos y en otros lugares que están trabajando en ese tipo de tecnología, pero hasta la fecha ninguna de ellas, que yo sepa, ha podido instalarla en un coche para que funcione de manera satisfactoria en la carretera.

—Hay dos posibilidades —añadió Beacon—, o Perino está confiando en una tecnología tan experimental que puede o no que funcione, o tendrá que adoptar una solución intermedia e instalar un pequeño motor de gasolina en su coche para apoyar la batería de volante.

Loren se volvió hacia Simpson.

—¿Funcionará?

—Ya hay precedentes —contestó Simpson—, de veinte o treinta caballos, respaldando una batería de volante.

—Una chapuza de híbrido —resopló despreciativamente—, un bastardo de...

—Sería mejor que no subestimaras a Angelo Perino —dijo Roberta—, si él...

—No he tenido más remedio que aceptar su reestructuración —dijo Loren—. Nos había metido tanto en todo este lío que lo único que haríamos sería arruinar la compañía si hubiéramos intentado dar marcha atrás. Daría cualquier cosa por poder repetir aquella asamblea general de accionistas del 93 y cambiar sus conclusiones.

Roberta miró a Simpson.

—¿Se puede realmente recuperar parte de la energía que el coche usa para acelerar cuando se frena?

—Es un concepto muy ingenioso, pero no podría decir hasta qué punto funciona al cien por cien. Lo que sí es seguro es que parte de esa energía utilizada se puede recuperar.

—Angelo Perino siempre ha sido una persona muy audaz.

—Sí, pero hay una gran diferencia entre ser audaz y ser un insensato —dijo Simpson.



El primer prototipo de coche alimentado por un conjunto de baterías de polímero de litio y de volante se probó en abril, en el circuito, con Angelo al volante. El asiento del copiloto y todo el asiento trasero estaban ocupados por instrumentos de medición, así que salió a probarlo solo.

Cindy y Roberta lo observaban desde detrás de la barrera de protección, mientras

Loren y Beacon se quedaron en el taller observando el progreso del coche en los indicadores de los instrumentos. Keijo Shigeto y Alex McCullough seguían a Angelo en un Corcel convencional con otros instrumentos que Alex controlaba mientras Keijo conducía.

En la primera vuelta al circuito Angelo no le exigió mucho al coche. Aceleró progresivamente y después recorrió el circuito a cincuenta kilómetros por hora. Todo el tiempo mantenía contacto por radio con Alex.

—Todo ha funcionado normalmente —dijo ella al final de la primera vuelta.

—Voy a darle a tu ordenador algo en lo que pensar —dijo Angelo.

—No ha hecho otra cosa todo el tiempo. La descarga de las baterías está dentro de los parámetros normales.

—Veamos cómo acelera.

Debido a que varias generaciones de conductores se habían acostumbrado a que el acelerador estuviese controlado por un largo pedal bajo el pie derecho del conductor, el 000 continuaba con esa configuración. Cuando alcanzó los noventa kilómetros por hora dejó de acelerar.

—No parece que le guste mucho —observó Alex—, la descarga de la batería supera los parámetros aceptables. No por mucho, pero es más de lo que podemos aceptar.

—Me imagino que estarás tomando notas —dijo Angelo— para saber en lo que tenemos que continuar trabajando.

—Intenta frenar un poco.

Una vez más, para evitar construir un coche que alterara los hábitos de conducción de millones de personas, Angelo había diseñado el coche de manera que la frenada se produjera al apretar un pedal. El coche de pruebas no tenía un circuito de frenos convencional de respaldo. Frenaría utilizando la inversión de polaridad de los motores o no frenaría en absoluto.

No frenó lo más mínimo.

—¡Mierda! —exclamó Alex—, ya sé lo que está pasando, ese jodido ordenador no está recibiendo la orden. Suelta el acelerador y deja que pierda velocidad.

El coche se deslizó por sí solo hasta perder velocidad y cuando había bajado a diez kilómetros por hora Angelo lo llevó hasta el *box*.

Cindy era la única espectadora que quedaba, Loren, Roberta y el resto de los ingenieros hacía tiempo que se habían marchado.

—Una primera prueba bastante satisfactoria —observó Keijo.

Angelo dio un palmetazo sobre el guardabarros.

—Así es —dijo—. ¡Tenemos una semana para solucionar los problemas!



Una semana porque...

Wilma Worth, la periodista del *Wall Street Journal* que había descrito a Angelo

como un ejecutivo *playboy*, era una mujer de unos treinta y cinco años, pequeña, rellenita y con un aire solemne.

—Ya sé que la ética profesional no te permite viajar por todo el país en un jet de nuestra compañía —dijo Angelo—, pero los dos vamos a viajar a Detroit el mismo día, así que, ¿qué diablos?, sería una buena oportunidad para que echaras un vistazo a ese jet del que tanto hablaste en tu artículo.

Embarcaron en el Lear a las ocho de la mañana. Para sorpresa de Angelo aceptó un *bloody mary* y poco después un segundo.

—Lo que se dice sobre su persona, señor Perino, es que el mundo todavía no ha visto a la mujer capaz de resistírsele.

—El mundo quizá no las haya visto, pero yo sí —contestó—. En la Edad Media había algo que se llamaba la tregua sagrada, que permitía a la gente olvidar la guerra durante un rato y dedicarse a otras cosas. ¿Qué le parece una tregua similar durante el día de hoy y el de mañana?, pasado ese tiempo... —concluyó encogiéndose de hombros con una sonrisa.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Tregua sagrada —afirmó.

—Eso significa que podrías llamarme Angelo, si te parece bien.

—Y tú puedes llamarme Wilma. Dime, ¿funcionará ese coche, después de todo, para poder probarlo?

—Espero que sí —contestó—, nuestra tregua no incluye, que yo sepa, ninguna cláusula que diga que tienes que ocultar cualquier defecto que hayas podido descubrir.

—Trato hecho.

—Me has hecho una pregunta y ahora soy yo el que quiere hacerte otra. Te han estado contando historias de que el coche no funciona, ¿no es verdad?

—Bueno, cambiemos la terminología —contestó ella—. No se puede utilizar mi periódico para contar historias, pero sí hemos recibido informes de que el coche ha fallado miserablemente en su primer test.

Angelo cabeceó afirmativamente.

—Esa es solo la mitad de la historia —contestó—, en algunos aspectos respondió según esperábamos, aunque en otros no cumplió las expectativas, pero no olvidemos que después de todo era su primera prueba. La semana pasada realizamos dos más y ahora las cosas marchan mucho mejor; aunque todavía no es perfecto ni cumple con todas nuestras exigencias.

—No puedo dejar de sorprenderme de que me hayáis invitado precisamente a mí para probarlo.

—Tal como yo lo veo, eres la periodista ideal para tomar contacto con el Cero-Cero-Cero, antes de su presentación. Has escrito un artículo crítico sobre mí, pero no hostil. Y... lo que todo el mundo tiene claro es que no eres precisamente mi periodista faldero, por eso creo que eres la persona más indicada para darle ese primer vistazo. ¿No te parece?



El XB Cero-Cero-Cero marcha sobre ruedas
LOS RUMORES DE SU FRACASO SON PREMATUROS

Dando unas vueltas por la pista.

Por Wilma Worth

Un coche de pruebas es un vehículo extraño. No es precisamente lo que uno escogería para pasear a la familia. El asiento trasero está ocupado por cajas de acero repletas de misteriosos instrumentos y todo el coche tiene un aire de provisionalidad, que continuamente está sufriendo cambios.

Los ingenieros de XB Motors me enseñaron todos sus recovecos interiores para demostrarme que no existía ningún motor de gasolina oculto por alguna parte. El 000 está alimentado por cuatro motores eléctricos, uno para cada rueda. La energía la suministra una serie de baterías cuyo funcionamiento se escapa de la comprensión de esta periodista. Todo el conjunto está controlado por un sofisticado ordenador que regula el uso de la energía de una manera tan eficiente que se supone que el coche puede funcionar durante horas sin tener que recargar las baterías.

Aparte de encontrarme sentada rodeada por todos esos cajones de instrumentos, conducir el 000 es muy parecido a conducir cualquier otro coche americano. El señor Angelo Perino, presidente de la compañía, se sentó al volante. El coche aceleró bien hasta los 110 kilómetros y recorrimos los ocho kilómetros de la pista sin bajar de ritmo. Después de cinco o seis vueltas, lo que significa que recorrimos entre cuarenta y cincuenta kilómetros, las baterías continuaban cargadas.

Entonces el señor Perino me propuso que lo condujera yo, y así lo hice. Era lo mismo que conducir cualquier otro coche americano, excepto al apretar el freno. Fue entonces cuando me dijeron que no los llevaba. La inversión de la polaridad de sus motores eléctricos es suficiente para que se detenga. El coche definitivo tendrá frenos convencionales como sistema de respaldo, pero el de pruebas no los incluía. Si no lo hubiera sabido, no hubiera notado la diferencia. Perdimos velocidad hasta detenernos igual que si hubiera tenido frenos convencionales.

Conduje durante cinco o seis vueltas, y hasta el final, el coche mantenía una buena respuesta de aceleración. El señor Perino me dijo que los instrumentos indicaban que todavía teníamos carga para dar otra docena de

vueltas antes de que agotáramos las baterías. Sin necesidad de recargarse, actualmente tiene una autonomía de 250 kilómetros y la compañía espera aumentar su autonomía hasta 500 cuando aparezca en el mercado.

Sea lo que sea lo que el XB 000 acabe resultando, en este momento de su desarrollo es demasiado pronto para poder calificarlo como fracaso o éxito.



Henry Morris vino a Nueva York y él y Cindy dejaron la galería y se fueron al Bull & Bear en el Waldorf para poder hablar con más tranquilidad.

—Hice que nuestro departamento de personal investigara a tu profesor Carpenter —le dijo Henry—. En gran parte es lo que te dijo: un profesor de historia del arte en la Universidad estatal de California, en Long Beach. Este año, ha pedido la excedencia y la está disfrutando. Vive en un apartamento modesto y conduce un Chevrolet de cuatro años.

—¿De dónde saca entonces el dinero para comprar todas esas obras de arte? —Cindy preguntó intrigada—. Ese es el misterio.

—De su padre desde luego que no. Tenía una barbería.

—Entonces me mintió, me dijo que su padre vendía yates.

—¿Como cuánto dinero se ha gastado?

—Compró una escultura de DeCombe por quince mil dólares, más otros cincuenta y tres mil por los desnudos de Amanda Finch, incluyendo su retrato. Además, está volando continuamente entre California y Nueva York y se aloja en los mejores hoteles.

—¿Has tenido problemas para cobrar sus cheques?

—No.

Henry Morris levantó sus cejas en un gesto de extrañeza.

—Me parece que vamos a tener que continuar investigando. Déjame que hable con la compañía de seguridad que trabaja para nosotros en Morris Mining.

—¿En qué me he metido? —se preguntó en voz alta—. ¿Qué está pasando? ¿Cómo he dejado que este hombre se introduzca en mi vida?

—Ten cuidado. No dejes que vea que sospechas de él. ¿Por cierto, cuál es su banco?

—United California.

—Lo has visto utilizar alguna vez su tarjeta de crédito.

Cindy sonrió.

—Espero que no hayas pensado que era completamente tonta —contestó abriendo su bolso y sacando un recibo de tarjeta de crédito—. Un hombre como él no debería dejar su recibo en la mesa mientras va al cuarto de baño.



George, vizconde de Neville, rompió la cáscara del huevo de su desayuno con la

cucharilla. Había estado echando un vistazo al *Times* pero lo había dejado cuando Betsy se había reunido con él. Generalmente intentaba bajar a desayunar unos minutos antes que Betsy para leer por encima el periódico y poder estar después disponible para charlar. Su esposa era una conversadora fascinante, siempre con algo interesante que comentar, y él había arrinconado su hábito de leer el *Times* mientras desayunaba.

Era un hombre alto de pelo blanco, con una mirada enmarcada en unos párpados pesados y caídos que le daban un aire de arrogancia, pero en realidad era un hombre de lo más sencillo que saludaba sin afectación a basureros y a taxistas para sorpresa o escándalo de algunos de sus vecinos y amigos. No era nada tonto; sabía perfectamente que su bella esposa americana mantenía relaciones desde hacía mucho tiempo con Angelo Perino y que también se distraía ocasionalmente con otros. Le importaba, pero no lo suficiente para montar una escena que pudiera poner en peligro su matrimonio, del cual estaba orgulloso por un buen número de razones, entre las cuales estaba que había durado mucho más de lo que su escandalizada familia y amigos habían profetizado. Betsy cumplía con todos sus deberes conyugales y él hacía lo mismo y ninguno de los dos tenía la menor queja a ese aspecto.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo esta mañana.

—Nada de lo que preocuparse, espero.

—No. Me temo que hay razones para preocuparse. Van llegar aquí mañana. Esta es la segunda vez que viene desde sus vacaciones de Navidad y sé la razón. Es esa chica.

—¿Es algo de lo que debamos preocuparnos?

—Es un chico muy inocente, George. Ha ido directamente de un colegio público en Inglaterra a un internado en Francia y después a Estados Unidos donde se enamoró inmediatamente de Anna Perino. Se encontró a esta nueva amiga durante el intermedio en un teatro, y está absolutamente colado por ella. Quiere ir a visitarlo en Estados Unidos y como lo haga va a romper su relación con Anna y eso sería una auténtica tragedia.

—No hay mucho que uno pueda hacer en ese tipo de cuestiones —contestó George.

—Hay algo que puedes hacer. Ella dice llamarse *lady* Penelope Horrocks. Averigua quién es esta *lady* Penelope. Averigua todo lo que puedas sobre ella.

—No es exactamente mi especialidad.

—Alguien en la audiencia te podrá recomendar a un detective que pueda hacer averiguaciones. Necesito saberlo, George. Necesito saberlo cuanto antes.

treinta y seis

1993

Van se licenció en Harvard en junio, pero no presentó su solicitud de ingreso en la Facultad de Derecho y dijo que quería pasar ese verano en Londres.

Alicia le había preparado una fiesta para celebrar el fin de sus estudios de bachillerato y Betsy, junto a Max Van Ludwige, acudió desde Europa. Loren y Roberta también vinieron desde Detroit. Además de la familia Perino también fueron invitados Amanda, Dietz y Marcus.

Por una vez, Angelo y Loren estuvieron de acuerdo en algo. Cada uno por su cuenta hablaron con Van para preguntarle por qué no había solicitado su ingreso en la Facultad de Derecho de Harvard. Lo mismo hizo su padre.

El joven pareció molesto y se sacó bruscamente de encima sus preguntas.

El día después de la fiesta, Anna estaba con él mientras hacía las maletas en su habitación en casa de Alicia.

—No te voy a ver, ¿hasta cuándo? ¿Cuándo nos volveremos a ver, Van? —sollozó.

—Yo... bueno, dentro de poco. Es solo que he estado tanto tiempo lejos de mi padre y de mi madre que creo que debería pasar una temporada con ellos. No solo unos días de vez en cuando. También tengo esa obligación.

—Pero la facultad de Harvard. Tú no...

—Otra gente decidió por mí que yo tenía que ser abogado. Yo no estoy tan seguro. Necesito un poco de tiempo para pensármelo.

Anna se sentó sobre la cama limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Te has cansado de mí, Van —dijo—, ¿es porque no hemos tenido sexo?, porque si esa es la razón te lo doy ahora mismo. ¡Ahora mismo!

—No, Anna. Ese no es el problema.

—Entonces, ¿qué es lo que te pasa?

—Es solo que todavía somos demasiado jóvenes. Y tenemos que separarnos durante un tiempo para poder pensar las cosas con calma.

Anna salió corriendo de la casa llorando a lágrima viva.



Betsy no vio salir a Anna, pero, unos momentos más tarde, subió las escaleras y se paró delante de la puerta de Van, llamó una vez, y la abrió para entrar.

—¿Madre?

Betsy se sentó en la cama donde había estado Anna. Vestía informalmente con tejanos y un polo. Durante unos momentos se lo quedó mirando.

—¿Madre...?

—Tengo algo que decirte —dijo con frialdad—, lo he dejado hasta hoy para no aguararte la fiesta de graduación, pero no voy a retrasarlo ni un minuto más.

—¿Madre?

Le mostró una fotografía que tenía en la mano derecha. Una foto de la policía de una mujer joven mirando a la cámara sin expresión.

—¿La reconoces?

—¡Claro que sí, es Penny!

—¿Lady Penelope Horrocks?

—Sí, ¿qué diablos significa todo esto? —preguntó palideciendo.

—Lady Penelope Horrocks tiene setenta y dos años y vive en Kensington. Esta joven de la fotografía es Rebecca Murgrage y vive en Camden Town. La fotografía le ha sido facilitada a mi marido por la policía metropolitana de Londres. Fue tomada en la prisión de Holloway el mismo día en que ingresó para cumplir una sentencia de tres años por fraude con una tarjeta de crédito. También ha aparecido ante la audiencia de Bow Street en tres ocasiones acusada de ser una vulgar prostituta.

Van arrojó la foto sobre la cama.

—No me lo creo —musitó.

—Es mejor que te lo creas. ¿Te has hecho la prueba del sida? Ella es la candidata perfecta para contagiártelo.

—¿Por qué? —sollozó—. ¿Por qué haría...?

—Eso es lo que quiero averiguar —contestó Betsy con determinación.

—Ella conocía a uno de mis amigos. Se acordaba de una vez que nos encontramos en una competición de *curling*.

—Esa es una información que tuvieron que facilitarle —dijo Betsy—. Alguien tuvo que ayudarla y juro por Dios que averiguaré quién lo hizo. ¡Tú!, tú, maldito idiota, has traicionado a la chica que amabas y te amaba por una zorra profesional.

—¡Madre!

—Eso es todo lo que es tu Penny. Y lo que es peor, por su culpa, no has solicitado tu ingreso en la Facultad de Derecho. Me temo que no he sido una buena madre; debería haberte enseñado las cosas básicas de la vida.

Van lloró desconsoladamente.

—¿Qué es lo que debo hacer con Anna?

—Decirle la verdad. Y no la toques hasta que hayas pasado un examen médico. Después llama a Harvard y entérate de si todavía pueden aceptar tu solicitud de ingreso aunque estés retrasado. Has tenido unas excelentes notas y puede que tengan una plaza para el próximo otoño. Quédate en Estados Unidos. Le pediré a Angelo que te busque un trabajo y ¡aprende a distinguir quiénes son tus verdaderos amigos!



Averiguar quién se encontraba detrás de Rebecca Murgrage no fue difícil. Se había hecho pasar por *lady* Penelope Horrocks no solo ante Van, sino también en el alquiler

de coches donde había alquilado su Jaguar. Para ello había empleado un carnet de conducir falsificado a nombre de *lady* Penelope. De vuelta en la cárcel y enfrentándose a una condena por fraude confesó de lleno.

Angelo se detuvo en Londres camino de Berlín. Estaba invitado a cenar en la casa de los Neville con el vizconde George y la vizcondesa Elizabeth. Para la cena a la luz de las velas, Betsy había sacado la vajilla de plata antigua de los Neville, pesadas piezas que habían sobrevivido a las guerras y a los impuestos de sucesión. Aunque el vizconde conocía de sobras la relación entre su huésped y su mujer, no pudo estar más cortés.

Solo después de cenar, mientras tomaban café y brandy sentados alrededor de la mesa, le contó Betsy el motivo por el cual le había pedido, con tanta urgencia, que pasara a verlos camino de Alemania.

—Esta es una copia de su confesión —dijo Betsy—, en la segunda página verás quién la contrató y le dio los fondos necesarios: Roberta.

Angelo miró al vizconde.

—¿La gente en Inglaterra también hace cosas parecidas?

El vizconde de Neville cabeceó afirmativamente.

—Me temo que sí —contestó—. Nos gustaría pensar que somos más... civilizados que los americanos, pero no; no lo somos.

Angelo le devolvió el papel.

—Betsy —dijo—, esto significa una cosa: voy a declarar la guerra a tu padre. Pienso acabar con él. ¿Prefieres mantenerte al margen o estás de mi parte?

Betsy dudó durante unos momentos.

—Depende de cómo vayas a hacerlo.

—Desde luego, no de esa manera —contestó Angelo.



Loren arrojó la carpeta al otro lado de su oficina. Los papeles volaron por todas partes.

—¡Maldita sea! —chilló—, esos hijos de puta nos han declarado la guerra. ¿Sabes lo que eso significa?

Por primera vez Roberta estaba sofocada y aturdida. Ned Hogan, el abogado de la empresa, se quedó mirando los papeles en el suelo y no hizo el menor ademán de recogerlos como hubiera hecho en otros tiempos.

—Está bien —dijo Loren roncamente—. Sabemos quiénes son: Perino, Burger, Fairfield. Así que el señor fiscal general Fairfield ha presentado una demanda...

—Es mi obligación avisarle de que esa demanda podría prosperar —dijo Hogan.

—A ver si me entero. Número Uno donó el 35 por ciento de lo que entonces se llamaba Bethlehem Motors a la Fundación Hardeman. Ahora el fiscal general de Michigan dictamina que la fundación tiene que vender esas acciones porque...

—Porque los fondos de la fundación están demasiado concentrados en una sola

inversión —dijo Hogan—. Una fundación caritativa no puede...

—¡Ya sé lo que es una fundación con fines caritativos! O acaso no tuve al mismísimo Número Uno bien cogido por las pelotas cuando denuncié que controlaba Bethlehem Motors mediante el nombramiento de los consejeros de la fundación que solo eran sus títeres.

—¿Y qué ha cambiado desde entonces? —preguntó Hogan—. Una fundación es una entidad casi pública; sus inversiones están sujetas a la supervisión del estado. Gracias a eso Número Uno consiguió, en su día, una sustanciosa deducción fiscal, aunque nunca dejó de controlar ese paquete accionarial, lo mismo que usted.

Loren se derrumbó en su silla y miró a Roberta.

—Tu putilla de Londres está en la cárcel —dijo—. Ese es el resultado de tú maldita *sutileza*.

—No me culpes a mí —contestó con sequedad—, tú sabías perfectamente lo que iba a hacer y estuviste de acuerdo.

Loren se desmoronó aún más en la silla, como si quisiera desaparecer dentro de su traje.

—Si el fiscal general gana el caso, ¿qué es lo que sucederá exactamente?

—Parte de las acciones de la fundación tendrán que venderse para invertir luego esos fondos de una forma más diversificada.

—¿Venderse?

—En una oferta pública de venta, en la Bolsa. Se puede imaginar que habrá un montón de inversores interesados. XB Motors siempre ha sido un negocio familiar de los Hardeman, y pasará a ser una sociedad con opción pública de compra. En vez de los diez accionistas de ahora, pasará a tener miles.

Loren suspiró ruidosamente.

—Perino tomará la palabra en la primera junta general, y derrochando encanto ese espagueti cautivará a esos idiotas para...

—Cambiar el consejo —finalizó Roberta.

Loren asintió con la cabeza, afilando sus ojos entrecerrándolos.

—Pero solo si su jodido coche resulta un éxito.



Henry Morris telefoneó a Cindy para avisarle que le estaba enviando un fax. Ella le dijo que adelante, no había nadie más en casa en ese momento. Al cabo de unos minutos el fax hizo su aparición en la máquina que tenía Angelo en su estudio. Era un informe dirigido a Henry de la Agencia de Seguridad Blackoff.

Hemos podido reunir la siguiente información sobre el profesor Robert Carpenter.

Su salario como profesor de historia del arte asciende a 56.000 dólares anuales. Durante los dos últimos años ha tenido, además, importantes ingresos que equivalen

a su salario anual.

Pudimos obtener su saldo pendiente en su tarjeta Visa y asciende a 6326 dólares, pero no logramos averiguar el origen de esos cargos.

También conseguimos algunos datos sobre sus llamadas telefónicas. Uno de los números a los que frecuentemente llama desde su domicilio y desde los hoteles en los que se aloja tiene el código 313 que corresponde a Detroit. Una comprobación del número en una guía numérica correspondiente a la zona nos identificó el teléfono como la residencia de un tal Loren Hardeman.



Robert Carpenter oyó la llamada a la puerta en el Hyatt Regency. ¡Cindy! No necesitaba vestirse, llevando solo sus calzoncillos blancos abrió el cerrojo y recibió un violento empujón que le hizo tambalearse hacia atrás.

El hombre que se encontraba enfrente suyo era más grande que él pero también mucho más viejo: no constituía una amenaza, calculó Carpenter adivinando inmediatamente quién era.

Se equivocó en el cálculo. El hombre le dio un rodillazo en la entrepierna y según se doblaba le agarró por el cabello estrellándole la cara contra su rodilla, que levantó con violencia. Carpenter sintió cómo se le rompía la nariz. Cuando lo soltó, retrocedió unos pasos tambaleándose y cayó al suelo.

—Me parece que ya sabe quién soy, profesor.

Carpenter asintió con un gesto.

Intentó contener la sangre con sus manos, pero se le escapaba salpicándole el pecho y el estómago. Perino se dirigió al cuarto de baño y volvió arrojándole una toalla que Carpenter utilizó para taponar la hemorragia.

—Tengo amigos que estarían encantados de darle el pasaporte —dijo Perino—, ¿sabe a lo que me refiero?

Carpenter cabeceó afirmativamente.

—Se ha estado tirando a mi mujer. ¡Peor todavía, ha estado jugando con su afecto! No sé... ¿qué es lo que se debe hacer con un tipo como usted?

—Señor Perino, yo la amo.

—Claro. Por cuánto dinero, ¿cuánto le ha pagado Loren?

Carpenter cubrió su cara con la toalla.

—¿Pero eso qué importa ahora?

Carpenter observó la fría expresión de calma en la cara del marido de Cindy.

—¿Cómo lo averiguó? —farfulló.

—Yo no lo hice, fue ella. Como todos los *gigolós* se sobrestima y subestima a las mujeres con las que se dedica a jugar.

—Se lo juro. La quiero. Es la verdad.

—Cuénteselo a ella. Intente explicarle sus llamadas a Loren Hardeman.

Carpenter se quedó mirando la toalla. Estaba empapada de sangre, pero su

hemorragia empezaba a ceder. Le dio un acceso de tos.

Angelo vio una botella de whisky sobre la mesa del teléfono. Seguro que era para Cindy. La cogió y sirvió dos copas cargadas pasándole una a Carpenter.

—Podría arreglarlo para que le hicieran un bonito traje de pino, profesor —dijo—. No aquí, ni ahora, en otro momento, como una sorpresa, pero pienso que solo es una mierda barata que se ha metido en algo que se le escapa. Incluso Loren Hardeman es mejor que usted.

—Solo es más rico.

—Vaya. Un quiero y no puedo —dijo Angelo despectivamente—. ¿Qué es lo que quiere ser, profesor? Lo que se dice de usted es que conoce su profesión, pero lo que no sabe es dónde se ha metido.

Carpenter bajó la cabeza.

—¿Puedo levantarme? —preguntó.

—Claro. Vaya al lavabo y lávese la cara. Si se porta bien le daré el nombre de un médico en Suiza que le puede dar incluso una nueva cara si eso es lo que quiere.

Carpenter volvió después de lavarse la cara con agua fría. Su nariz estaba totalmente aplastada y empezaba a adquirir un tono púrpura.

—¡Oh, mierda! —murmuró entre dientes y se derrumbó sobre el sofá.

—¿Le gustaría tragarse una pastilla que repare el daño y le garantice una larga vida?

—¿Qué?

—Escuche y repita lo que le diga.



Carpenter estaba sentado en el borde de la cama, todavía llevaba solo sus calzoncillos blancos, y el pecho y el estómago los tenía manchados por la sangre seca. Miraba a Angelo Perino, esperando, mientras sonaba el teléfono.

—Hola.

—¿Roberta? Bob Carpenter.

—¿Qué pasa, Carpenter?

—Están teniendo problemas con las baterías: esos malditos trastos explotan.

—¿Las baterías sólidas explotan? Sabemos que están usando baterías sólidas.

—Bueno, tuvieron problemas. Van a continuar usando las baterías sólidas para el volante, pero ahora en combinación con baterías líquidas.

—¿Y explotan?

—En el impacto. No son seguras si el coche se estrella contra algo o si chocan contra él. Las baterías explotan y esparcen ácido en quince metros a la redonda. Están intentando diseñar un contenedor blindado, pero esa solución supone añadir demasiado peso al coche. No saben qué hacer.

—Nunca he oído hablar de problemas parecidos.

—Bueno. ¿Quién está mintiendo?: Perino a Cindy o Cindy a mí.

—Loren está durmiendo. Lo despertaré y le contaré lo que me dice.
Carpenter colgó el teléfono y Angelo le devolvió su copa de whisky.



Las mejillas de Van estaban húmedas de lágrimas mientras abrazaba a Anna con fuerza besándole la frente, los ojos, las mejillas, la boca, la garganta...

—¿Se le puede perdonar a un hombre hacer el tonto por una vez en su vida?

—Sí, y más de una.

—Iremos a Ámsterdam —dijo—, ya tengo los billetes y el permiso de tu madre para que vengas conmigo.

Anna le acarició la cara con sus labios húmedos.

—¿Por qué Ámsterdam? —preguntó con dulzura.

—Vamos a ver diamantes —contestó—. Con la ayuda de mi padre compraremos tu anillo de pedida.

Anna sonrió.

—Pero Van, si no te has declarado todavía.

—¡Lo estoy haciendo! —protestó—. Anna, mi adorable y hermosa muchacha, ¿quieres casarte conmigo?

Ella cabeceó afirmativamente.

—Claro que sí —dijo.

—¿Y me perdonarás por haber sido un idiota?

—Solo una víctima —contestó—. Tu abuelo Hardeman es un ogro casado con una bruja. Mi padre los va a hundir a los dos. ¿Podrás aceptarlo, Van? ¿Podrás aceptar que mi padre destruya a tu abuelo?

—No puedo creerme que mi madre haya salido de esa cepa —contestó Van—. Ella es una persona tan amable, tan dulce, incapaz de... —Se detuvo—. Bueno, Rebecca Murgrage está en la prisión de Holloway porque...

—Tu madre es una mujer decidida que consigue lo que quiere —contestó Anna— igual que mi padre y siempre se salen con la suya.

Van sonrió.

—¡Que Dios nos libre del pequeño John Hardeman, hijo de esos dos!

—Deja que se queden con ella, Van.

—¿Con qué?

—Con la herencia. Ya sé que te corresponde ser Loren Cuarto, pero no tienes por qué serlo: es una maldición. Deja que pase a John, el hijo de mi padre y de tu madre. Ve a la Facultad de Derecho de Harvard, que no tengamos que depender de la herencia de los Hardeman.

Van sacudió la cabeza.

—Nunca di por sentado que yo sería el heredero.

Anna le besó.

—Ese será nuestro secreto —dijo ella—, deja que se peleen entre ellos. Esa no es

nuestra lucha.

—No, no lo es —contestó Van solemnemente—. Pero ya verás cómo cada uno de ellos al final nos...

—No. No nos odiarán —sentenció Anna—, al final nos habremos ganado su respeto.

—Pero va a haber una guerra entre nuestras familias —dijo Van—. Ha sucedido generación tras generación y solo puede terminar con la victoria de unos a costa de la derrota de los otros.

Anna se encogió de hombros despreocupada, absolutamente tranquila.

—Nadie puede derrotar a mi padre.

treinta y siete

1993

En agosto, Angelo redobló las medidas de seguridad en torno a la pista de pruebas de XB Motors, consiguiendo encolerizar a Loren y a Beacon al prohibirles el acceso al circuito excepto si él estaba presente. Los invitó a ver las pruebas del 000 pero no dejó que se acercaran a hablar con la gente de su equipo. Todos eran ingenieros jóvenes con una intensa lealtad personal a Angelo, y a ninguno le importaba mucho XB Motors. Tenían claro que si el 000 fracasaba se quedarían sin trabajo, pero también sabían que cualquier persona que hubiese trabajado en el proyecto del coche eléctrico de Angelo Perino encontraría trabajo fácilmente.

El coche de pruebas continuaba utilizando un chasis del Corcel porque era fácil añadir la carrocería de resina del Gran Corcel para conseguir, aproximadamente, el mismo peso que tendría el prototipo definitivo del 000. Cindy fue a Michigan exclusivamente para probarlo y, más adelante, aprovechando un viaje de Betsy a una reunión del consejo, Angelo también la llevó para que condujera el coche.

—Es fantástico —dijo Betsy alborozada—, maldita sea, es un coche terriblemente excitante.

Cindy fue más analítica.

—No me siento del todo cómoda con los frenos —le dijo a Angelo—, es como si apretaras un botón; hace lo que se supone que debe hacer, pero el conductor no siente ninguna resistencia cuando aprieta el freno.

—Estamos trabajando en eso —contestó Angelo—. Lo que sucede cuando aprietas el freno a fondo, es que el pedal comprime un muelle que cierra una serie de interruptores que regulan progresivamente la intensidad de la frenada, pero entiendo que uno no se sienta del todo cómodo si no nota una resistencia que le oriente. Vamos a hacer que el ordenador simule esa resistencia. Los conductores del futuro no necesitarán esa presión en el freno, pero los conductores actuales no se encuentran cómodos si no la notan. Es solo uno de los diez mil pequeños problemas que tenemos que resolver.

—La cuestión principal es cuántos kilómetros se pueden recorrer antes de recargar las baterías.

—En su versión actual, se pueden recorrer los 400 km que separan Washington de Nueva York sin necesidad de una recarga.

Cindy sonrió divertida.

—Para entonces uno ha tenido que parar ya, para poder ir al lavabo.



El desnudo del profesor Carpenter fue exhibido con cierta publicidad en la galería

VKP. Quién era su propietario no importaba lo más mínimo; simplemente no estaba a la venta. Al poco tiempo alguien lo reconoció y el rumor corrió por el mundillo del arte: nada menos que un catedrático podía ser admirado en todo su esplendor y detalle con el realismo característico de la obra de Finch y los visitantes comenzaron a llover en la galería con el único objeto de poder contemplar el *Finch de Carpenter*. Si hubiese estado a la venta, ninguno de esos visitantes tenía suficiente dinero para comprarlo, solo venían por el morbo y se quedaban contemplándolo boquiabiertos. Muchos de los académicos y críticos se escandalizaron, y Cindy descubrió, para su sorpresa, que eran bastante estrechos de miras.

Carpenter desapareció durante varias semanas. Le estaban arreglando la nariz en el hospital de Yale, en New Haven. Angelo le estaba pagando la operación con la condición de que Carpenter continuara telefoneando a Loren y a Roberta endilgándoles la desinformación que le proporcionaba Angelo.



Durante dos semanas, en septiembre, la audiencia del distrito de Michigan escuchó el caso de la Fundación Hardeman y evaluó los argumentos de si era conveniente o no que diversificara su cartera de inversiones. El fiscal general defendió la tesis de que la fundación y las entidades benéficas a las que financiaba corrían un riesgo considerable al tener invertido todo su capital en las acciones de una sola compañía, que, además, era una empresa familiar con escasos accionistas externos. El sesenta por ciento estaba concentrado exclusivamente en manos de cinco miembros de la familia Hardeman: el señor y la señora Hardeman, Elizabeth Hardeman, vizcondesa de Neville, Anne Elizabeth Hardeman, la princesa Alekhine, y Alicia Hardeman. El predominio de la familia Hardeman en el accionariado de la compañía aumentaba el riesgo de la inversión. Además, había otro factor de riesgo añadido, la empresa se había embarcado en el desarrollo de un vehículo experimental, y nada garantizaba que no pudiera ser un fracaso.

Angelo Perino, presidente de XB Motors, declaró como testigo el miércoles de la segunda semana.

—¿Es usted uno de los accionistas de la compañía, señor Perino?

—Sí lo soy.

—¿Qué porcentaje de acciones de la compañía posee?

—El dos por ciento.

—¿Qué porcentaje de su fortuna personal representa eso, señor Perino?

—No estoy seguro. Posiblemente un diez por ciento.

—Así que si la compañía va a la quiebra, eso no le arruinaría.

—Así es.

—Durante los años que ha tenido relaciones con la empresa, ¿cuántos coches radicalmente nuevos se han fabricado?

—Depende de la definición del término radicalmente nuevo. Yo diría que cuatro.

—¿Y cuáles son?

—El Corcel, el modelo que llamamos el Gran Corcel, el Corcel X y el coche en el que estamos trabajando en este momento, el 000, o Corcel E, es decir el Corcel Eléctrico.

—De esos cuatro coches, ¿cuántos diría que han sido un éxito?

—Solo uno. El Corcel. No pasó lo mismo con el Gran Corcel y el Corcel X. Lo que suceda con el 000 es algo que está por ver.

—Si el nuevo coche fracasa, ¿qué impacto tendría sobre la valoración de las acciones de XB Motors?

—El impacto sería muy negativo.

El viernes uno de octubre, el tribunal falló que la Fundación Hardeman debería reducir su inversión en XB Motors en un 75 por ciento, para proceder a invertir los fondos resultantes, de una forma diversificada, en la clase de acciones que la ley del Estado de Michigan tenía clasificadas como apropiadas para realizar inversiones de tipo fiduciario.

No había mercado para las acciones de XB Motors, siempre se habían negociado fuera de la Bolsa, entre los propios accionistas, por lo que un banco de Detroit y otro de Nueva York fueron contratados para crearlo.

Antes de que los tribunales ordenaran su venta, las únicas acciones que se podían comprar procedían de los herederos de antiguos empleados y se movían a niveles de entre 775 y 885 dólares por acción. Cuando los bancos completaron los preparativos para ofrecerlas al mercado, su cotización se movía entre los 550 y 600 dólares por acción. Para aumentar su cotización, y expresar públicamente su confianza, Angelo dio una orden de compra a 600 dólares y adquirió acciones por valor de 1 200 000 dólares, duplicando su paquete accionarial. Durante las dos semanas siguientes las acciones subieron hasta 675 y se comenzaron a vender poco a poco. A final de año, la cotización había llegado hasta 750 dólares. La participación de la Fundación Hardeman había bajado hasta el 14 por ciento, pero todavía era necesario vender otro 6 por ciento, para poder alcanzar el nivel exigido por el tribunal.

Realizadas todas las compra-ventas, se contabilizaron un total de 518 accionistas, uno de los cuales era Tom Mason con cien acciones. Otros veintiocho directores de concesionarios eran, asimismo, accionistas de XB Motors.



Las dos familias y sus huéspedes se repartieron entre las dos casas de Greenwich y los que no cabían se fueron al hotel Hyatt. La cena de Navidad se celebró en la casa de Perino, y estuvo preparada y servida por una empresa de *catering* que tuvo que montar seis mesas extra.

Angelo y Cindy recibieron a los invitados, él vestido de etiqueta y ella con un vestido blanco de cóctel, delante de un árbol de Navidad de seis metros.

Había acudido toda la muchachada. John, que tenía veinte años, hacía tiempo que

había roto con Buffy Mead, y para esta ocasión había invitado a Deirdre Logan que tenía dieciocho años y estaba claramente deslumbrada con él. Anna y Van que nunca se separaban. Morris tenía dieciséis años y estaba empeñado en demostrar a todo el mundo que ya podía beber champán sin marearse. Valerie tenía catorce años y era tan bonita como Anna. Mary solo tenía diez y estaba un poco superada por toda la fiesta.

El vizconde y la vizcondesa de Neville vinieron desde Londres con todos sus hijos. Sally, la hija que Betsy tuvo con su psiquiatra, tenía doce años y era una tímida chica con gafas, delgada y frágil, que se movía con la delicadeza propia de la bailarina en la que aspiraba convertirse. John, el hijo que Betsy y Angelo habían tenido juntos, tenía ahora diez años y era un guapo mozo consciente de ello. Charlotte y George, los hijos de Neville y Betsy con siete y ocho años respectivamente, estaban empeñados en no irse a la cama antes de que terminara la fiesta. Van, junto a Sally y John, los otros hijos de Betsy, estaban alojados en su casa. Alicia vino acompañada por Bill Adams. Max Van Ludwige había venido desde Ámsterdam, acompañado de su mujer Gretchen. Amanda también había sido invitada, lo mismo que Marcus Lincicombe y Dietz von Keyserling. Keijo Shigeto y Toshiko y sus hijos también participaban en la celebración navideña. A Jenny Perino, esta vez no le fue posible viajar desde Florida para las Navidades. Cindy había invitado también a Loren y Roberta, pero se habían excusado. Y, cómo no, también fueron invitados la princesa Anne y el príncipe Igor Alekhine que enviaron sus regalos de Navidad, disculpándose por no poder asistir.

La fiesta era un enorme barullo y confusión para los niños, y también para alguno de los adultos.

—Pienso asistir a vuestra junta general de accionistas —le dijo Bill Adams a Angelo—. Compré unas cuantas acciones y también se las recomendé a varios inversionistas a los que represento que me han delegado sus votos. No tengo la menor duda de que conseguirás hacerte con el control de XB Motors.

—Todo lo que necesitas es un coche que sea un éxito y estoy seguro de que ya tienes uno.

—Sí, solo tengo un par de meses para resolver todos los pequeños flecos que todavía quedan.

No pudieron colocar todas las mesas en el mismo cuarto, y unos momentos antes de que todo el mundo empezara a correr de un lado para otro buscando la tarjeta que les indicara su lugar, Angelo y Cindy invitaron a sus huéspedes a pasar al cuarto de estar. Los camareros se aseguraron de que todo el mundo tuviera su copa de champán, incluso el niño más pequeño.

Angelo no golpeó ningún vaso para convocar la atención de los presentes, en esta ocasión prefirió utilizar un pequeño gong.

—Quiero pedir a Anna y Van que se reúnan con Cindy y conmigo aquí debajo del árbol —dijo— y que también lo hagan Betsy y George, y Max y Gretchen. Antes de que ocupemos nuestros lugares para cenar me gustaría daros una feliz noticia.

Se hizo el silencio entre los invitados.

—Amigos, Cindy y yo estamos muy, muy felices de poder anunciaros el compromiso de nuestra hija Anna con Loren, hijo de Max y Betsy. ¿Verdad que son una pareja preciosa?

Todo el mundo aplaudió.

—Y ahora ha llegado el momento. Loren, al que todos conocemos como Van, colocará el anillo de compromiso en el dedo de Anna. Yo he visto ese diamante y os puedo asegurar que es tan grande que se podría anclar un bote con él.

La mano de Van temblaba al poner el anillo a Anna, que tenía las mejillas brillantes porque habían empezado a asomarle unas lágrimas.

—Un brindis —propuso Angelo—. Por su felicidad y por la unión de nuestras familias, los Perino, Hardeman y Van Ludwige. No podría sentirme más orgulloso.



Esa noche Van y Anna compartieron el mismo cuarto y cama en el Hyatt con la bendición de sus padres. Las familias habían acordado que ya eran lo suficientemente mayores para eso y se lo merecían. Pospondrían su boda hasta que él hubiese terminado sus estudios de derecho en Harvard, mientras ella continuaba con sus estudios en Radcliffe.

—No tenemos que hacerlo esta noche si no estás preparada —dijo besándola con afecto.

Anna sacudió su cabeza.

—Estoy lista, Van. Lo he estado desde hace mucho tiempo.

—Entonces...

—Estoy tomando la píldora. He venido preparada.

Él tuvo que tragarse las lágrimas.

—¡No puedes ni imaginarte cuánto te amo! —declaró.

—Suelta la presilla en la parte de atrás —susurró— y bájame la cremallera.

Él la había visto desnudarse antes, pero nunca como prólogo de su inminente unión. Todo era nuevo y constituía una aventura. Le había quitado en otras ocasiones el sostén para besarle los pezones, pero nunca como ahora. Se arrodilló delante de ella para bajarle las braguitas y quitarle el ligero y las medias.

Cuando estaba totalmente desnuda, él todavía continuaba totalmente vestido. Ella le bajó su cremallera y le cogió el pene delicadamente con una mano, acariciándolo mientras él se quitaba la corbata y se desabrochaba la camisa.

Se acostaron juntos. Anna no tenía experiencia, pero tenía un instinto certero. Sabía lo que iba a hacer y lo esperaba con gusto. Había pensado a menudo en ello, incluso lo había soñado, pero no había hablado del tema con otras chicas, ni tampoco había leído manuales sobre sexo. Solo lo sabía. Se tumbó sobre su espalda y se abrió para recibirle. Él la penetró y era tal y como ella había anticipado.



Loren estaba borracho. Roberta estaba borracha. Habían cerrado la casa y esa mañana temprano cogieron un avión a West Palm Beach. Estaban alojados en una *suite* del motel Marriot, donde nadie podría encontrarlos, y se reían pensando cómo los teléfonos no pararían de sonar en su casa sin que nadie respondiera. Los periodistas llamarían a su puerta y tampoco encontrarían a nadie.

En la intimidad de su *suite*, donde se habían registrado bajo el nombre de Smith, Roberta se había disfrazado para representar su papel de sádica para su masoquista. Llevaba unos altos zapatos negros de charol, medias de malla sujetas por un ligero negro, braguitas abiertas en la entrepierna y un sostén transparente, también negro, cortado en las puntas para poder enseñar los pezones. Hacía una semana se había hecho un corte de pelo con un estilo muy masculino.

Pero era consciente de que después de veintiún años de matrimonio no era la misma mujer que había azotado a Loren por primera vez. Tan solo cinco años antes no habría llevado sostén, pero sus pechos ahora se descolgaban flácidos; sus pezones, antes bien definidos y relucientes, aparecían difusos y apagados; la piel colgaba flácida debajo de sus brazos y su barbilla, y su estómago, hinchado, se desparramaba por encima de sus braguitas. Ella sabía —y qué doloroso era ese conocimiento, ¡Dios mío!— que ahora solo era una caricatura grotesca de un ama dominante, un papel que ya no le sentaba nada bien.

Él, bueno... ¿qué papel podía desempeñar él todavía? se preguntaba. Estaba desnudo sobre el suelo, atado con una cadena que desde los cepos de hierro de las piernas le daba dos vueltas por las esposas de las manos y lo mantenía doblado sobre sí mismo. Podía arrastrarse por el suelo pero no podía ponerse de pie o gatear. Ella le había servido su whisky en un plato para que pudiera lamerlo, porque en su situación le era imposible coger un vaso. Estaba totalmente dominado, y así era como le gustaba sentirse.

Pero no había envejecido tanto como ella. Quizá estaba un poco más ancho, pero todavía continuaba pareciéndose al hombre con el que se había casado y no podía dejar de preguntarse a menudo si él no había notado también la diferencia.

Ese pensamiento la incitó a coger la fusta y darle un zurriagazo en el trasero. ¡El muy hijo de puta!

—¡Oh, Dios mío! —chilló.

—Si quieres lo dejo —dijo ella—, no tengo por qué hacerlo.

Loren contuvo el aliento.

—Solo no lo hagas tan fuerte —dijo con voz ronca— y, ¡oye!, es hora de que enciendas la televisión.

Ella se levantó del sofá y se acercó a la televisión para encenderla.

Anuncios, solo emitían una serie interminable de anuncios. Disgustada le descargó un fustazo entre los hombros. Él contuvo su aliento pero no se quejó.

Y finalmente...

«América. ¡Despierta, América! y únete a nosotros en... ¡*Detrás del telón!* El programa que les lleva a lugares donde no quieren que usted vaya, que le muestra lo que no quieren que usted conozca, que le cuenta lo que no quieren que usted sepa. Todo esto es ¡*Detrás del telón!*»

»Esta noche: una supuesta cura para la calvicie que lo único que consigue es destruir los folículos capilares que le quedan; un cereal que contiene todas las vitaminas y minerales que el cuerpo humano necesita, pero que solo una vaca podría digerir, y un coche eléctrico en el que, como verán, será mejor que lleven un paraguas cuando lo conduzcan, porque se pueden encontrar recibiendo una ducha de ácido.»

Durante veinte minutos de ininterrumpido y excitado parloteo sobre folículos capilares y elementos nutritivos encapsulados en celulosa, Roberta no cesó de golpear impacientemente a Loren con la fusta con la fuerza suficiente para hacerle gruñir. El zurriagazo en su trasero se había hinchado y vuelto cárdeno, los otros solo se marcaban en rosa.

Entonces...

«No podemos decir qué es lo que realmente sucede en el siguiente vídeo. No lo sabemos. Juzguen ustedes mismos. XB Motors está desarrollando un coche eléctrico que funciona con baterías. Las pruebas se realizan, entre las mayores medidas de seguridad que jamás hemos visto, en un circuito de Detroit. Podrán ver que el coche parece un XB Corcel, pero eso es solo porque están usando su chasis y carrocería como plataforma para probar el nuevo sistema eléctrico de propulsión. No sabemos con exactitud qué es lo que pasa, pero no se pierdan un segundo y miren cuidadosamente las imágenes a cámara lenta.»

Las imágenes en la televisión cambiaron a una película desenfocada en blanco y negro; un Corcel entró en cuadro desde la izquierda y se movió lentamente contra una pared, estrellándose. A cámara lenta, la carrocería del coche se fue arrugando y, de repente, todo el coche se desbordó, ocultándose unos momentos, por una explosión líquida que surgía por las ventanas y por el parabrisas, que estaba hecho añicos. Durante un cuarto de minuto de cámara lenta, aquello pareció una auténtica catarata hasta que la explosión terminó, dejando el coche con la carrocería destrozada y chorreando.

«Qué significa todo eso, señoras y señores, *Detrás del telón* lo deja a su propio criterio. Mañana por la noche quizá tengamos alguna explicación de XB Motors.»

Loren se giró de espaldas y sonrió triunfantemente a Roberta.

—¿Qué me dices? —preguntó—. Lo hemos jodido bien jodido. ¿No te parece?



Dos días después de su debut en *Detrás del telón*, el vídeo del Corcel explotando fue retransmitido por los canales más importantes de televisión. En todas las ocasiones el presentador, hipócritamente, describía la cinta como un documento de la televisión

más sensacionalista, pero no por eso dejaron de pasarla una y otra vez.

Las acciones de XB Motors cayeron hasta 450 dólares.

Wilma Worth llamó a Angelo.

—¿Sigo siendo tu periodista favorita o he dejado de serlo?

—La junta general de accionistas será dentro de diez días —le contestó—, no dejes de venir.

Betsy lo telefoneó desde Londres.

—¿Cómo es posible que exploten las baterías?, pensé que me habías dicho...

—Señorita Betsy —le interrumpió Angelo—, tu padre ha puesto él solito sus pelotas sobre un yunque y él solo se las va a machacar con un martillo. Toma nota de que ha sido él quien lo ha hecho. Yo no he empezado esto.

treinta y ocho

1994

Por primera vez en la historia de XB Motors (antes Bethlehem Motors) la asamblea anual de accionistas no pudo celebrarse en la sala de juntas anexa a la oficina del presidente. Angelo, su actual presidente, había alquilado para la reunión el salón Cobol. Se habían preparado más de cuatrocientas sillas para los 631 accionistas que, en la actualidad, formaban la compañía. La mayoría de las acciones estarían representadas por sus propietarios, o por delegación de poderes. Adicionalmente se habían reservado doscientos asientos para los periodistas y otros cien para el público en general.

Cuando la asamblea se declaró abierta, a las diez de la mañana del miércoles 16 de febrero, todos los representantes de la familia Hardeman estaban presentes en la presidencia, Loren, Roberta, Betsy, Anne y Alicia. En uno de los lados, sobre la tarima, en una mesa especial, estaban colocados Cindy, Van, Anna, John Perino y John Hardeman. George, vizconde de Neville, e Igor, príncipe Alekhine, acompañaban a sus cónyuges. Tom Mason, igual que Bill Adams, se sentaban entre los accionistas.

Angelo presidía la reunión, y Loren estaba sentado a su derecha. El primer asunto a despachar era la identificación de los accionistas y de los poderes de voto que detentaban. Los secretarios emplearon media hora en realizar esa tarea y en certificar los totales. Angelo leyó el resultado y no hubo objeciones.

—Señoras y señores —anunció—, todos ustedes han debido recibir con antelación las actas de la última reunión y las cuentas anuales. Si no hay objeciones las daremos por recibidas y aprobadas. ¿Alguna objeción? ¿No? Las declaro aprobadas.

Continuó.

—Antes de que procedamos con otros asuntos, les pido su permiso para mostrarles un vídeo muy corto.

Los técnicos audiovisuales estaban avisados. Una enorme pantalla descendió por detrás de la mesa presidencial mientras las luces disminuían. Las primeras imágenes aparecieron en la pantalla: era el vídeo de *Detrás del telón*. El Corcel cruzó una vez más el encuadre para acabar estrellándose contra la pared y explotar.

Las luces se encendieron.

—¡Señoras y señores! —dijo Angelo—, les presento el XB Motors 000. El Corcel E en dos versiones. El primero es el coche que será puesto a la venta, y el segundo es el mismo coche sin la carrocería.

Los dos coches conducidos por dos atractivos modelos en minifalda entraron en la sala bajo la luz de los reflectores para situarse frente a la mesa presidencial.

—Con el permiso de todos ustedes —dijo Angelo—, declaro un receso durante treinta minutos para que todos ustedes puedan examinar los coches y buscar esas famosas baterías líquidas que explotan en una colisión. El Corcel E, como podrán ver, está alimentado por un conjunto de baterías de litio sólidas y otra de volante. No existe ninguna batería líquida que pueda explotar rociando a los pasajeros con una ducha de ácido. ¡Compruébenlo ustedes mismos!



Cuando hubo transcurrido la media hora, Angelo martilleó en la peana y esperó unos minutos mientras los accionistas y los periodistas regresaban a sus asientos.

—La presidencia desea proponer que esta asamblea se posponga hasta mañana para que tanto nuestros accionistas, como los periodistas, tengan la oportunidad de trasladarse a la pista de pruebas para ver los coches y conducirlos ustedes mismos, si así lo desean. Les ruego que cuando lleguen, tomen buena nota de que no hay ningún sitio en toda la pista donde se haya podido rodar ese vídeo del coche estrellándose.

En los momentos de confusión que siguieron, Bill Adams se levantó.

—Señor presidente —dijo—, quiero proponer que el número de consejeros se aumente a nueve, desde los cinco actuales.

Tom Mason secundó en voz alta la propuesta, y fue aprobada sin objeciones.

—Señor presidente —dijo Adams a continuación—, con su permiso, me gustaría proponer a las siguientes personas como miembros del nuevo consejo.

Angelo cabeceó afirmativamente.

—Señor presidente, quisiera nominarlo a usted, al señor Loren Hardeman y a Elizabeth Hardeman, vizcondesa de Neville. Propongo, asimismo, a Thomas Mason, uno de los directores de concesionarios de más éxito de la compañía, y a Keijo Shigeto, uno de los ingenieros que más ha contribuido al desarrollo del Corcel. Propongo, además, a Alexandra McCullough, cuyo programa informático controla el funcionamiento del nuevo coche; al señor Henry Morris, presidente de Morris Mining, y al juez Paul Burger, y finalmente, señor presidente, presento también mi candidatura en calidad de accionista y como representante por poderes de otros muchos accionistas.

Betsy se levantó.

—Señor presidente —dijo—, quiero secundar todas las candidaturas del señor Adams y solicito que se sometan a votación inmediatamente.

Angelo golpeó con el martillo sobre la peana.

—Cualquier accionista puede proponer a sus candidatos para el consejo —dijo y esperó un minuto sin que nadie se pronunciara en contra—. Los que estén a favor de las nominaciones propuestas que levanten la mano. —Hizo una pausa—. Aquellos en contra... Los votos a favor ganan y por lo tanto se declaran aceptadas todas las nominaciones y constituido el nuevo consejo.



Se facilitó transporte de autobús para todos aquellos que quisieron trasladarse a la pista de pruebas, y a todos les dieron unas bolsas con un almuerzo frío. Diez Corceles E estaban a disposición de todos aquellos que quisiesen probarlos.

Los nueve consejeros recién electos se reunieron en la sala de conferencias de XB Motors y en una reunión que duró menos de una hora eligieron a: Angelo Perino como presidente del consejo y director general de la empresa; Elizabeth, vizcondesa de Neville, vicepresidenta ejecutiva; Keijo Shigeto, vicepresidente de ingeniería; Alicia Hardeman, secretaria del consejo, y William Adams, tesorero.

En esa misma sesión, los consejeros autorizaron al presidente a trasladar las oficinas administrativas a Nueva York y a proceder a la venta de la vieja planta donde se había fabricado el Sundancer. La nueva fábrica estaba robotizada, y allí se fabricarían los Corceles E; sería la única planta con la que a partir de ahora contaría XB Motors.

Loren no se opuso a ninguna de las propuestas que fueron aprobadas por unanimidad.



Roberta estaba sentada en una silla de lona en el circuito de pruebas mirando melancólicamente pasar a los Corceles E. Algunos accionistas los estaban conduciendo al límite.

—¡Venga, Roberta! —dijo Cindy—, ¡vamos a dar una vuelta!

Roberta frunció el entrecejo, pero hizo un gesto de asentimiento y acompañó a Cindy hasta uno de los coches. Cindy esperó hasta que Roberta se hubo puesto el cinturón y después condujo el coche hasta la pista donde aceleró progresivamente hasta alcanzar los 120 kilómetros por hora.

—Fui piloto de pruebas hace tiempo, ¿sabes? —dijo Cindy—, y he dado miles de vueltas a este circuito.

—Me gustaría tener uno de estos coches —dijo Roberta tranquilamente.

—Ahora estás segura de que las baterías no explotan, ¿eh? —comentó Cindy—. ¿Cómo lograsteis escenificar la explosión del Corcel E?

—Utilizando un enorme globo de goma lleno de agua con una pequeña carga explosiva —contestó Roberta—. Lo rodaron en Canadá.

—Algo así supusimos.

—Loren solo estaba intentando defender su herencia —explicó Roberta.

—¿Destruyendo la compañía? ¿Qué otra cosa heredó además de sus acciones? Es un hombre rico y mi marido lo está haciendo más rico todavía. Acéptalo de una vez, Roberta, y deja de jugar.

—¿Qué otra cosa puedo hacer ahora?

—Podrías llevarte a Loren a la Riviera o algún sitio parecido, bien lejos, y mantenerlo tranquilo. Esperamos tu cooperación.

Roberta sonrió amargamente.

—¿Qué más nos podéis hacer ya?

Cindy condujo con pericia el Corcel E sorteando una curva doble.

—Betsy revisó el inventario de la herencia de Número Uno. Había un apartado titulado *Retrocesión de depósito fiduciario*. ¿Sabes de qué se trata, Roberta?

—No tengo la menor idea.

—Los abogados de Betsy lo averiguaron. Antes de morir, Número Uno le dijo a Betsy que había puesto una buena cantidad a tu nombre en un fondo fiduciario que te sería entregada cuando hubieses cumplido ciertas condiciones. Al morir inesperadamente no tuviste tiempo de cumplir tu parte del trato y ese dinero se devolvió a su patrimonio. ¿Te vas acordando ahora?

La barbilla de Roberta comenzó a temblar pero continuó callada.

—Ibas a recibir tres millones de dólares en cuanto te divorciaras de Loren, para que él pudiera volver a casarse y tener un heredero, un Hardeman. Tú tenías que buscarle la chica y facilitar las cosas dándole motivos para que le concedieran el divorcio. ¿Te está volviendo ahora la memoria?

—No puedes probarlo.

—¿Cómo que no? Las condiciones de ese depósito fiduciario estaban entre los papeles de la herencia.

—Si Loren se entera...

—No se va a enterar, Roberta —dijo Cindy—. Está dando unas vueltas con Betsy y Angelo y manteniendo otra pequeña charla privada como la que tú y yo estamos celebrando. Van a hablar de muchas cosas, pero la propuesta que Número Uno te hizo para que rompieras tu matrimonio con él y que tú aceptaste, no será mencionada.

—¿Por qué no? —preguntó Roberta con la voz encogida.

—Porque tenemos un trabajo para ti: mantenerlo tranquilo, alejarlo de esas absurdas conspiraciones para destruir la compañía. Si intenta otro de sus trucos, las condiciones de esa fiducia serán solo uno de los muchos secretos que vamos a destapar. Tú sabes cómo manejarlo. Sabemos de sobra que puedes hacerlo si te lo propones.

Roberta cabeceó afirmativamente.

—Sí, puedo hacerlo, pero no lo humilléis más.

—Nosotros no lo hemos humillado. Continúa como consejero, su hija es vicepresidenta y el nombre de los Hardeman todavía está asociado a la empresa.

Mientras Cindy cogía una curva cerrada, Roberta permaneció en silencio mirando pensativamente hacia delante, para al fin inspirar profundamente.

—¿Quién ha sido el que nos ha jodido? —preguntó simplemente.

—Vosotros la habéis jodido, Roberta. Vosotros solos la jodisteis.



Los consejeros llegaron al circuito y, mientras comían su almuerzo, esperaban a que algunos coches quedaran libres para poder probarlos.

—¡Vamos! —le dijo Betsy a Angelo—. He puesto en juego mis influencias y he conseguido un coche. Mi padre nos espera dentro.

Loren los esperaba derrengado en el asiento trasero de un Corcel E de color rojo con una expresión sombría y agresiva. Angelo se sentó en el asiento del copiloto sin que su cara trasluciera la menor expresión, en guardia para lo que pudiera suceder.

—Me debes una, querido padre.

—No tengo la menor idea de que te deba nada —contestó Loren.

—Sí que la tienes. Número Uno tenía un vídeo tuyo y de Roberta, donde se veía cómo con su cinturón te levantaba ronchas en el culo.

—Eso es imposible.

—Nada era imposible para Número Uno cuando se empeñaba en algo. Todas las habitaciones de la casa de Palm Beach tenían micrófonos instalados y todos los dormitorios de invitados una cámara de vídeo. No solo tenía un vídeo vuestro, también había otro de mí con Angelo.

—Dices que los tienes. ¿Dónde?, ¿en Londres? —preguntó ansiosamente Loren.

—Los destruí —contestó Betsy.

—¿Cómo los conseguiste?

—Maté al viejo cabrón —contestó Betsy sencillamente—. Murió de un ataque al corazón mientras lo estaba asfixiando con una almohada, después de que me enseñase el vídeo donde salíamos Angelo y yo.

—Estás diciendo todo esto teniendo delante a...

—Angelo lo sabe desde hace tiempo, ya lo había adivinado antes de que yo se lo contase.

—Si alguien me lo preguntase alguna vez —dijo Angelo— negaré haber oído nada que pueda contradecir la versión del forense sobre las causas de la muerte de Número Uno.

—¿Por qué, Betsy? ¿Por qué lo hiciste?... Ah, ya me lo imagino. Iba a cambiar su testamento.

Betsy cabeceó afirmativamente.

—¡Iba a desheredarme! ¡Iba a desheredarme a mí y a mis hijos!

—¡Y cometiste un... asesinato! —chilló.

—Así es —contestó desafiante.

—¡Y me robaste mi herencia! ¡Me lo hubiera dejado todo!

—Eso es.

—Y ahora vosotros dos me habéis despojado de todo aquello que habría heredado —se quejó Loren amargamente.

—Eres todavía un hombre muy rico —contestó Angelo.

—Tendrías que estarnos agradecido de que te hayamos librado del control de XB Motors —dijo Betsy—. Tú no eres muy despierto, padre, y lo que es peor, no puedes controlar tus emociones. Tarde o temprano hubieras destruido la empresa y las acciones hubieran perdido todo su valor.

—¿Eso es lo que piensas? Pero por lo menos soy incapaz de asesinar a nadie.

—Pero fuiste capaz de contratar a alguien para que le diera una paliza a Angelo que lo dejó medio muerto —contestó Betsy fríamente.

—Y lo único que conseguí fue una enemistad que me ha estado persiguiendo durante los últimos veintidós años.

Angelo cabeceó negativamente.

—Te equivocas, Loren —contestó—, sabía que eras un estúpido pero no comencé a odiarte hasta el año pasado.

—¿El año pasado?

—Los negocios son los negocios, Loren, y algunas veces hay que luchar sucio. Mi abuelo no era solo un contrabandista de whisky. Ya sabes que Joe Warren era el amante de tu padre y le estaba haciendo chantaje. Lo que quizá no sabías es que cuando Número Uno tomó la decisión de librarse de Joe Warren, de una vez por todas, acudió a mi abuelo, que arregló las cosas para que Joe Warren volase por los aires. Recordarás que murió como resultado de una explosión.

—No... no puedo creerlo —dijo Loren.

—Yo sí —dijo Betsy—, a eso se refería tu padre aquella noche en casa de Alicia. ¿Verdad, Angelo?

Angelo se encogió de hombros.

—Allá tú, Loren. Es solo una cuestión de negocios; mira, incluso la paliza que ordenaste, la podía haber pasado por alto como negocios, pero últimamente empezaste a entrar en el terreno personal... muy, muy personal y eso lo cambió todo.

—Y cambiaron las cosas para mí también —dijo Betsy—. En un momento en que estaba incluso pensando que era posible una reconciliación entre nosotros...

—¡No sé de lo que estás hablando! —interrumpió secamente Loren.

—Rebecca Murgrave —dijo Betsy—. Intentaste arruinar la vida de dos jóvenes contratando a una puta para seducir a mi hijo. Y eso ya fue personal, muy personal.

—Y, además, contrataste un sinvergüenza para que me espíara, ganándose el afecto de mi mujer y utilizándola. Eso también es personal, Loren. Eso es imperdonable —Angelo se volvió para mirar a Loren en el asiento trasero, que lucía una sonrisa que más bien era una mueca—. ¿Cómo se supone que lo llaman en la CIA? Le dimos la vuelta a tu espía. Nunca hubo una batería líquida. Utilizamos a Carpenter para hacerte tragar un montón de información falsa.

—Yo solo estaba intentando defender lo que era mío —murmuró Loren.

—Te pusiste a jugar con chicos mayores que tú.

—Quisiste jugar en primera, cuando no vales ni para tercera división —dijo Betsy sin apartar los ojos de la pista.

—Estaba intentando defender...

—¡Deja de repetirme! —dijo Betsy—. Te hemos hecho un gran favor: no le hemos dicho a nadie que fuiste tú quien preparó ese falso vídeo y te hemos mantenido como consejero.

—Un voto entre nueve —farfulló Loren.

—Deberías considerarte afortunado por tenerlo.

Loren se dirigió a Angelo.

—¿Cuánto tiempo piensas continuar controlando la compañía?

—Hasta que lo crea conveniente —contestó—. Número Uno se aferró a ella con uñas y dientes hasta los cien años, pero ese no va a ser mi caso, voy a dimitir cuando llegue el momento oportuno.

—¿Cuando Loren Cuarto esté listo?

—No parece fácil —dijo Betsy—, Van solo piensa en la Facultad de Derecho y Anna no quiere saber nada de XB Motors; le trae malas asociaciones. Podrían cambiar de opinión pero...

—¿Entonces quién? —interrumpió Loren.

—Quizá el hijo de Angelo, John —dijo Betsy—. Tiene interés y quizá... pero solo quizá, el otro John. Ahora solo tiene once años, así que le queda mucho tiempo por delante para crecer y elegir.

—¿Tu hijo? ¿Quieres decir el hijo de vosotros dos?

—¡Si eso es lo que quiere! —dijo Betsy—. A lo mejor decide otra cosa. Quizá los dos John: John Perino y después John Hardeman, uno después de otro.

—Lo tenéis todo planeado.

—¡Y va a ser mejor para ti que no interfieras! —dijo Betsy con un inequívoco tono de amenaza en su voz—. Te has quedado sin armas ni aliados. Disfruta de tu jubilación, querido padre. Vamos a hacer que tus acciones sean mucho más valiosas que ahora.



—Vamos a ir a cenar al Ren Center y actuaremos como si nos estuviéramos divirtiendo —le dijo Roberta a Loren.

Angelo había reservado un comedor privado donde las familias pudieran reunirse: Betsy, su marido y sus hijos, Angelo y Cindy con los suyos, Alicia con Bill Adams, el príncipe y la princesa Alekhine, y Loren y Roberta.

—¿Es que tengo que dejar que encima se cachondeen de mí? —preguntó Loren.

—Vamos a actuar como gente civilizada; además, si no vamos, quedaríamos mucho peor.

Loren miró el fondo de su vaso de whisky.

—Me imagino que tendré que irme acostumbrando.

—Así es —dijo ella—, el partido ha terminado y hemos perdido.

Loren sonrió para sí mismo.

—A menos que...

—¿A menos qué?

—A menos de que ese jodido coche resulte un monumental fracaso, como pasó con el S Corcel. Siempre podemos mantener esa esperanza.



Para la cena, Cindy vistió un traje tipo camisero de seda bordado con flores y cuentas de cristal en oro y verde con toques naranjas y rojos. Era un diseño de Karl Lagerfeld y despertó las sinceras felicitaciones incluso de alguien como Anne, princesa de Alekhine. De vuelta en el hotel se lo quitó y sin él estaba igualmente espectacular. Llevaba unas finas medias negras con bandas de encaje elásticas que las sujetaba sin necesidad de ligero; su sostén negro con aros, abierto en los pezones, levantaba sus pechos, y sus braguitas estaban hendidas en la entrepierna, dejando entrever su surco y una estrecha franja de vello púbico.

Cuando él la cogió en sus brazos, ella le susurró al oído.

—Puedo competir con cualquiera de ellas.

Angelo le mordisqueó la garganta.

—No necesitas hacerlo —murmuró.

treinta y nueve

Abril 1994

El XB 000, oficialmente el Corcel E, pero conocido como el Corcel, no era un coche de aspecto aparatoso, más bien un pequeño coche deportivo de color negro parecido al Mazda MX-6. Era un coche de aspecto sólido que se asentaba sobre su chasis como si estuviera pegado a la carretera. En abril inició un viaje de prueba y promoción desde Los Ángeles a Nueva York.

Los medios de comunicación congeniaron inmediatamente con el grupo de atractivos y simpáticos jóvenes que Angelo había elegido para conducir el coche en su viaje de costa a costa. Loren Van Ludwige, Van, era el conductor principal con John Perino de copiloto tomando los relevos. En la parte trasera viajaban Anna y Valerie Perino. Van tenía veintitrés años, John veintidós, Anna veinte y Valerie dieciséis.

La ruta desde Los Ángeles pasaba por Flagstaff, Alburquerque, Amarillo, Oklahoma City, Tulsa, St. Louis, Indianápolis, Columbus, Akron para, por último, subir por la Interestatal 80 y, cruzando el puente de George Washington, entrar en Nueva York donde el coche se exhibiría en el Centro de Convenciones y Exposiciones de la ciudad. La idea era que los cuatro jóvenes condujeran el coche como lo haría cualquier familia; o sea, haciendo turismo, parándose para comer y pasando la noche en los moteles del camino. El coche tenía que ir a una velocidad cercana al límite permitido o poco más, y podían conectar el aire acondicionado cuando fuera necesario, escuchar cintas o encender la radio cuando les apeteciera. Se pretendía que condujeran el coche exactamente de la misma forma en que lo hubieran hecho con un coche de motor de gasolina convencional.

Pero, por supuesto, su viaje cruzando el país no podía ser exactamente igual: les seguía un camión con un generador, porque solo en Oklahoma City, St. Louis y Columbus podrían recargar las baterías en una estación de servicio. Sin embargo, como recordaban constantemente los comunicados de prensa de XB Motors, el equipo necesario para la recarga se podría incorporar fácilmente en todas las gasolineras del país con la misma facilidad y rapidez con la que en su día se añadieron las bombas de combustible diésel, incluso en este caso más rápidamente, ya que el mercado era mayor.

Lo más importante era que el Corcel E podía recargarse por completo mientras los pasajeros comían o en su primera media hora de estancia en un motel. No era necesario emplear toda la noche en ello. En St. Louis, donde XB Motors había dispuesto el equipo para la recarga en el aparcamiento de un MacDonald's, Van sonrió a las cámaras de televisión mientras conectaba el Corcel a un cargador que tenía el aspecto de una bomba convencional de gasolina. Tardó veinte minutos en

realizar la operación, y, mientras tanto, los pasajeros se comieron un Big Macs con patatas fritas y se bebieron grandes vasos de Coca-Cola. Van pagó dieciséis dólares por la carga.

La noche del lunes se alojaron en un motel en las afueras de Akron. Al día siguiente atravesarían Pennsylvania hasta Stroudsburg, donde pasarían su última noche antes de realizar una entrada triunfal en Nueva York, el miércoles al mediodía.

Anna también se turnaba conduciendo con ellos. En una parada en el área de servicio de DuBois cogió el volante. Antes de salir, esperaron que el camión auxiliar se les uniera y Van aprovechó para charlar un par de minutos con los mecánicos. Lo normal era que el camión fuera tres o cuatro kilómetros detrás de ellos para no aparecer en las fotografías que les sacaban por dondequiera que pasaran. Finalmente Van se acomodó en el asiento del pasajero y Anna se incorporó a la autopista para conducir los siguientes doscientos kilómetros.

Sin habérselo propuesto le tocó conducir uno de los tramos más montañosos de todo el viaje, pero ella era una buena conductora, era una autopista interestatal y la potencia y capacidad del Corcel había sido probada en pendientes fuertes y prolongadas, donde los motores convencionales a menudo experimentaban problemas de calentamiento. De hecho, por su lado pasaron un par de coches con ese problema, con chorros de agua y vapor saliendo de sus radiadores como si fueran géiseres. No pudieron menos que reírse cuando vieron que uno de ellos era nada menos que un Sundancer.

Cruzaron el puerto y la autopista comenzó a descender por la cara este de los Apalaches. Llegados a este punto, los conductores estaban ansiosos por recuperar el tiempo que habían perdido subiendo trabajosamente por las empinadas curvas y pocos hacían caso a los avisos de tráfico que les recordaban que debían meter la marcha corta y reducir la velocidad. La circulación de camiones era intensa en la I-80, una de las arterias principales del país y los de dieciocho ruedas podían ir muy rápidos en las prolongadas bajadas, llegando a superar los 120 kilómetros por hora.

En ese momento, un enorme tráiler amarillo surgió imponente detrás de ellos con su motor rugiendo y los faros lanzando ráfagas.

—¿Qué diablos quiere que haga?, ¿que salga de la carretera? —se preguntó Anna.

—Eso parece —contestó Van.

Otro camión de dieciocho ruedas, de color rojo, ocupaba el carril de delante y sus luces posteriores indicaban que estaba frenando, Anna lo alcanzó y tuvo que frenar para mantenerse a una distancia segura.

—No vas a tener más remedio que pasarlo. Ese hijo de puta que llevamos atrás está demasiado cerca —dijo John desde el asiento trasero.

Anna conectó el indicador de la izquierda y comenzó a maniobrar hacia él, pero el camión amarillo hizo una maniobra brusca y se colocó en el carril izquierdo poniéndose a la altura del Corcel.

—¡Hey! —gritó Van—. ¡Ese cabrón que va delante de nosotros no lleva

matrícula!

No solo eso, los números de identificación, pintados en el remolque, estaban tapados con cinta aislante.

Anna sujetó con fuerza el volante y miró hacia su derecha, solo un guardarraíl separaba la autopista de un largo y profundo salto hasta el bosque.

—Están intentando hacernos saltar por encima del guardarraíl —murmuró Van.

—¡Se van a enterar!

La enorme rueda delantera del camión amarillo se les echó encima cerrándose a la izquierda, Anna se acercó poco a poco y, como por sorpresa, lanzó el Corcel contra la rueda, haciendo que su parachoques la golpeará con fuerza. El neumático escupió una bocanada de humo y jirones de goma salieron despedidos golpeando el parabrisas y el capó del Corcel. El tejido de cuerdas de acero se veía perfectamente; repitió la operación y esta vez estalló la rueda. Anna frenó dando un volantazo a la derecha. De repente, el Corcel estaba detrás del enorme camión que empezó a coletear sin control de un lado a otro de la carretera, embistiendo por detrás al camión rojo al que lanzó contra el guardarraíl. Su conductor frenó y fue alcanzado de nuevo por el camión amarillo que lo embistió de lleno por detrás. Finalmente camión y remolque derraparon fuera de control hacia la derecha, arrancando la barrera para deslizarse por la empinada ladera arbolada hasta volcar y continuar su caída rodando incesantemente sobre sí mismos.

Anna volvió al carril izquierdo y aceleró echando una rápida mirada a Van con los ojos llenos de lágrimas.

—Acabo de matar a un hombre.

—Alguien ha intentado matarnos —contestó Van—, no me gustaría estar en sus zapatos cuando tu padre averigüe quién fue.

Esa noche en el aparcamiento del motel, en las afueras de Stroudsburg, los mecánicos del camión auxiliar cambiaron el parachoques delantero del Corcel que resultó ser la única parte dañada del coche.

Las noticias sobre el choque de los dos camiones y de la muerte de uno de los conductores hacían mención a un pequeño coche negro que había escapado milagrosamente de la trampa mortal que los dos remolques, fuera de control, habían creado, pero todos los posibles testigos estaban lejos en ese momento, a varios cientos de metros, y ninguno de ellos tenía la menor idea de qué tipo de coche era o hacia dónde se había ido.



Cuando los cuatro jóvenes abandonaron su motel en Stroudsburg, Angelo todavía no tenía noticias de lo que les había pasado. Había ido a la *suite* de Betsy en el Waldorf para desayunar, o al menos eso había dicho.

Ahora, acostada a su lado, cubierta de sudor que se mezclaba con el suyo, Angelo olfateó los característicos e inconfundibles olores del cuerpo humano después de

entregarse a los arrebatos del placer.

Betsy era poseedora de una rara belleza. Ya se lo pareció la primera vez que la vio, cuando solo tenía dieciséis años, y ahora, con cuarenta y dos, era si cabe más hermosa. Los mismos ojos azules pálidos de mirada tranquila y desafiante que tantas veces habían hecho perder la cabeza a los hombres, el mismo pelo rubio que continuaba llevando en una melena lisa y un cuerpo delgado y fuerte con un estómago liso y culo tenso. Le gustaba nadar desnuda y estaba totalmente bronceada. El sol había incluso ennegrecido los prominentes y lustrosos pezones que coronaban sus grandes pechos, firmes y duros.

—Angelo Perino —dijo—, puede que tengas un pie en el geriátrico, pero continúas siendo el mejor polvo que conozco.

Él sabía que estaba diciendo la verdad.

—Tú me inspiras —contestó.

—Eso sería un maravilloso cumplido —repuso—, si no pudiera contar por lo menos otras cien mujeres que también te han *inspirado*.

Angelo tenía sesenta y cuatro años; en algunos aspectos los aparentaba pero en otros estaba a salvo. Las mujeres siempre lo habían considerado atractivo y las líneas que habían cincelado su cara durante los últimos veinte años habían añadido un sello de madurez perfilando su encanto. Sus sienes estaban plateadas y sus carnes continuaban duras, sin la flacidez característica de muchos hombres de su edad. La gente que lo había conocido en sus tiempos de piloto de carreras seguía reconociéndolo sin la menor dificultad.

Hacía dos semanas que había empezado a posar desnudo para Amanda Finch a petición de Cindy. Era una experiencia nueva y estimulante, algo que nunca había pensado que pudiera hacer pero con lo que ahora empezaba a encontrarse cómodo. Su retrato y el de Cindy colgarían uno al lado de otro en su dormitorio.

—Tú me inspiras un montón, vizcondesa —le dijo.

Ella suspiró.

—Por lo menos no continúas llamándome señorita Betsy.

Angelo sonrió maliciosamente.

—Bueno, señorita... No parece lo más apropiado desde que... bueno... a decir verdad tampoco era apropiado que todos nos refiriéramos al viejo como Número Uno.

—Él era el único con agallas para matarte. Cuando se enteró de lo nuestro fue lo que probablemente le hubiera gustado hacer.

—Hizo lo que pudo.

—No del todo, no creo que lo entendieras, no creo que realmente te dieras cuenta de lo malvado y cruel que era... o de lo mucho que te respetaba.

—Creo que yo era el único que realmente lo entendía, aunque solo después de algunas experiencias bastante dolorosas.

—Cariño —susurró ella—, ¿te quedan fuerzas para otro? Tendrás que darte prisa;

tienes todavía que cruzar el puente George Washington. ¡Venga!, uno rápido. —Ella deslizó sus manos por su cuerpo, todavía musculoso y firme, para apoderarse de su órgano semierecto—. ¿Uno más?

—Al diablo con el Corcel E. Si no tengo tiempo para otro, me lo tomaré.



Disponía de tiempo suficiente. Afortunadamente no tendría que cruzar el puente, lo sobrevolaría. Cuarenta minutos después de que hubiera accedido a uno rápido, un pequeño helicóptero Bell despegó del helipuerto que estaba en la orilla del río, ascendió sobre Manhattan y cruzó el río Hudson manteniéndose por debajo de las torres del puente George Washington.

No importaba cuántas veces hubiese volado en uno de estos pequeños helicópteros ruidosos y trepidantes, en cada ocasión, Angelo sentía una mezcla de miedo y fascinación. No era lo mismo que volar en un avión a gran altura cuando todo parecía de juguete y ligeramente irreal. Esto era algo parecido a como debían ver el mundo los dioses; desde las alturas pero al mismo tiempo con toda clase de detalles. Podía ver desde los coches en los cinturones de circunvalación, hasta las mujeres conduciendo con las faldas recogidas enseñando sus atractivas piernas. El pequeño aparato vibraba y era zarandeado por ráfagas repentinas de viento, acusando bruscamente los cambios ascendentes y descendentes. Daba miedo. Pilotar ese chisme se parecía mucho a afeitarse el lado izquierdo de la cara con una navaja de barbero frente al espejo: un ejercicio peligroso de concentración y de movimientos a la inversa.

En contacto continuo con la torre de control de Teterboro, el piloto guio el helicóptero sobre los suburbios de New Jersey, manteniéndose la mayor parte del recorrido a menos de cien metros por encima de los edificios para acabar posándose delicadamente en el aeropuerto de Caldwell-Wright. La mayoría del tiempo habían tenido a la vista la Interestatal 80 y Angelo la había estado observando pensativamente; esa junto con la 1-95 eran sus rutas habituales de entrada en Manhattan.

No le gustaba bajar del helicóptero hasta que los rotores estaban completamente parados y se puso muy nervioso cuando vio venir corriendo de la mano a Anna y a Van. Corrían con las cabezas encogidas entre los hombros para evitar el peligro de ser decapitados por los rotores. Valerie no se precipitó y esperó a que las palas parasen, probablemente siguiendo los consejos de su hermano mayor John.

Los equipos de televisión y los periodistas se agolparon contra la cinta de la policía. Los objetivos de las cámaras captaban todas las expresiones de los protagonistas desde que Angelo bajó del helicóptero y abrazó a Van y a Anna.

Anna le pidió a Angelo que subiera al Corcel con ellos para hablar unos momentos y allí le explicaron lo que les había pasado en el puerto de montaña.

Su cara enrojeció de cólera pero les dijo:

—Muy bien, ahora tenemos que ofrecer una buena representación. Olvidad lo que ha pasado; ya me ocuparé yo.



Unos minutos más tarde la caravana de coches dejó el aeropuerto con dos coches de la policía de New Jersey abriendo camino. Le seguía el Corcel conducido por Van con Anna a su lado.

Un atractivo monovolumen familiar iba inmediatamente detrás. Mantenía el nombre de Sundancer aunque oficialmente era el 000. Estaba también impulsado por un motor eléctrico y lo conducía Angelo Perino. Cindy se sentaba a su lado y en los asientos traseros viajaban Morris Perino, Mary Perino y John Hardeman.

Un camión con cámaras de televisión seguía a los dos coches eléctricos y a continuación media docena de coches llenos de periodistas y dos coches de la policía cerraban la caravana. Dos helicópteros sobrevolaban el convoy con otras tantas cámaras de televisión ofreciendo planos a vista de pájaro.

—Un triunfo —le dijo Cindy a Angelo.

Angelo cabeceó afirmativamente.

—Siempre que lleguemos al centro de exposiciones sin tener una avería por el camino.

Ella se inclinó hacia él y le dijo por lo bajo:

—Eso le encantaría a Loren.

—Esa es la razón por la que los dos vehículos han sido custodiados noche y día por un pequeño ejército de guardias de seguridad, con un potencial de fuego como para empezar otra guerra mundial.

—No se atrevería.

—Espera a que te lo cuente. Ya lo ha hecho. ¡Lo voy a matar!, ¡juro que lo voy a matar!

—¿Qué ha podido hacer tan malo?

—Espera a que te lo pueda explicar.

Angelo se volvió para mirar a la mujer de su lado, a su esposa, a la madre de sus cinco hijos, pero también era mucho más que todo eso. Fue un golfillo vestido con tejanos rotos, que había zascandileado por los *boxes* de los circuitos del Grand Prix como la típica fan de los pilotos, y se había destapado como una mujer sofisticada y culta. Amaba a Angelo, él nunca lo había dudado, pero nunca había dependido de él. Cindy era Cindy: amorosa, solícita, erótica, pero también astuta, lista, objetiva y realista.

Había madurado bien. Era diecisiete años más joven que Angelo y aunque no podía pretender volver a frecuentar los *boxes* de los circuitos, todavía estaba de buen ver como para frecuentar los atraques de los puertos deportivos y ligarse a los propietarios de los yates. Los pilotos de carreras quizá carecían de la sofisticación necesaria para apreciarla, pero los patronos de los yates sí que lo hubieran hecho;

tenían gustos más refinados y maduros y la habrían encontrado fascinante. Todo lo que ella había tenido una vez continuaba conservándolo, incluyendo su espíritu aventurero.

Aparte de eso seguía teniendo una gran figura y el paso de los años y sus señales solo habían contribuido a hacerla más interesante. Todavía conservaba en su retina aquella imagen de ella: un culo prieto dentro de unos tejanos tan ajustados que parecía que se los había pintado encima y unas tetas bamboleándose pesadamente dentro de su camiseta de algodón.

Una típica fan de los circuitos a la que no vio con vestido hasta que pasó un año. Esa imagen se sobreponía a los retratos que Amanda había pintado de ella esos últimos años.

No existía un matrimonio perfecto. Ella continuaba manteniendo su espíritu aventurero intacto y había tenido sus historias, quizá incluso estuviera teniendo una ahora mismo. Bueno, él también tenía las suyas, pero ella era el único amor de su vida y no la hubiera cambiado por nada del mundo.

En el peaje del puente George Washington los coches de la policía de New Jersey los abandonaron para ser sustituidos por los coches blancos y azules de la policía de Nueva York. Al cruzar el puente se les unieron otros dos helicópteros.

—Es un gran triunfo, y es un triunfo que pertenece a los Perino, no a los Hardeman —dijo Cindy hablando por lo bajo a Angelo.

—Compartido —contestó Angelo—, esa es la razón por la que Van está al volante.

—Es el hijo de Betsy —dijo Cindy—, no el nieto de Loren Tercero. Me pregunto si se le puede considerar un Hardeman.

—No te engañes —contestó Angelo—, puede que sea un Van Ludwige, pero también es un Hardeman, lo mismo que Betsy.

Cindy se encogió de hombros y dirigió la mirada hacia el World Trade Center y el resto de Manhattan que era visible desde la calzada superior del puente en un día tan claro como este.

A la salida del puente, la caravana de automóviles recorrió la autopista del West Side, hasta la calle cincuenta y siete, y después atravesaron la ciudad hasta Broadway y tomaron la calle que conducía al centro de exposiciones y congresos de Javis.

La idea era dar un rodeo por las calles de Nueva York, para brindar a sus habitantes la oportunidad de ver el Corcel E y el Sundancer monovolumen, pero pocos se pararon a mirarlos. Los neoyorquinos estaban acostumbrados a todo y la caravana solo era un motivo más para congestionar el tráfico.

La gente de los medios de comunicación era más manejable y se dejó seducir más fácilmente. Cuando el Corcel E y el Sundancer entraron en el centro y se dirigieron al *stand*, donde quedarían expuestos durante toda una semana, los *flashes* no cesaron de dispararse mientras periodistas y cámaras rodearon tumultuosamente los dos vehículos.

Las declaraciones de los cuatro jóvenes ya habían sido escuchadas numerosas veces durante su viaje. La televisión y los periódicos ya habían reseñado ampliamente que el coche era cómodo y rodaba suavemente, sin tirones, tenía una buena aceleración y no había dado problemas con sus baterías. Ahora, lo que los periodistas querían escuchar eran las declaraciones de Angelo Perino.

—¿Cuándo saldrá el coche al mercado, señor Perino?

Angelo se acercó al grupo de micrófonos preparados para la ocasión.

—El próximo año —contestó—. Los primeros Corceles E se venderán en el área de Los Ángeles; y ya hemos realizado convenios con las dos principales cadenas de gasolineras para que añadan equipos de recarga a sus estaciones de servicio.

—¿Cuánto costará recargar las baterías?

—Algo más que llenar un tanque de gasolina, unos dos dólares más. Conducir un Corcel E costará más o menos un céntimo adicional por cada 4,5 litros, si lo comparamos con un coche con motor de gasolina. Pero, en este caso, nunca habrá que cambiar el aceite o el líquido de la transmisión, no hay que reemplazar filtros ni bujías y tampoco lleva anticongelante. Creo que el coche será tan económico de conducir como uno tradicional y quizá, más adelante, cuando las compañías petrolíferas reduzcan el coste de la recarga, incluso más barato.

—¿Cuánto costará cambiar las baterías?, ¿no es esa la cuestión principal?

Angelo hizo un gesto de asentimiento.

—Nuestros coches de pruebas han realizado una media de 130.000 km, antes de tener que reemplazar sus baterías. Y en ese momento comprar unas nuevas costará 2000 dólares. ¿Cuántos coches convencionales son capaces de recorrer 130.000 km, con solo 2000 dólares de costes de mantenimiento? Cuando un coche normal llega a ese kilometraje, normalmente hay que cambiar las camisas de los pistones, válvulas, piezas del carburador, la bomba del agua, etc., eso sin mencionar todas las bujías que ha habido que reemplazar.

Dos agentes de seguridad abrieron paso, a través de los periodistas, a la vizcondesa de Neville, bisnieta del fundador de XB Motors, y a Roberta Hardeman, esposa del nieto del fundador.

Betsy corrió hacia su hijo y lo abrazó cariñosamente.

Tan pronto como pudo Angelo se llevó a Betsy y Roberta a un lado.

—Vamos a ver, ¿dónde se ha metido?

—¿Dónde está quién?

—Loren. ¿Dónde está?

Betsy miró a Roberta.

—A mí no me ha dicho nada.

Roberta enrojeció visiblemente y sacudió la cabeza.

—Se fue a Florida ayer por la noche, a Palm Beach; todavía mantiene la casa que Número Uno le dejó. ¿Por qué?

—¡Voy a matarlo!



Angelo no apareció por la casa de los Hardeman en Palm Beach hasta una semana después. Llegó en un taxi. Loren había resucitado la vieja costumbre de mantener dos feroces perros guardianes en la propiedad y cuando Angelo se dirigió a la casa se tiraron hacia él gruñendo. Iba preparado para esa eventualidad, y los roció con un *spray* de Mace, parando a los dos perros en seco. Mientras se retorcían y aullaban, les dio una segunda dosis para asegurarse de que no le volverían a molestar.

Roberta contestó al timbre de la puerta y al verlo le hizo un gesto en dirección a la veranda. Betsy también se encontraba allí. Loren estaba estirado en una tumbona, empuñando un revólver del calibre 38 con su mano derecha. Iba descalzo y vestía un albornoz de baño por el que asomaban sus peludas piernas.

—¿Esperabas que viniera antes?

—Así es, ¿dónde has estado?

—Me he tomado la molestia de asegurarme que no estaba equivocado. No quería venir aquí y acusarte antes de estar completamente seguro.

—¿De qué diablos estás hablando?

—La policía del Estado de Pennsylvania ha tenido problemas para averiguar por qué se mató ese conductor, por qué razón el camión no llevaba las placas de su matrícula y por qué su remolque tenía los números de identificación cubiertos con cinta y papel. También querían saber por qué el otro camión estaba en las mismas condiciones. Es decir, estaban teniendo esos problemas hasta que les di una declaración jurada de cuatro testigos.

—Por favor, Angelo —preguntó Betsy—, ¿de qué diablos estás hablando?

Angelo se dirigió a Betsy.

—Ha intentado matar a Van, a Anna, a John y a Valerie, tres de mis hijos y uno tuyo. Contrató a dos camioneros para que sacaran al Corcel de la carretera despeñándolo por un precipicio. El atentado falló y uno de los camioneros resultó muerto.

Loren dirigió su revólver a Angelo.

—Ten mucho cuidado con lo que dices, querido espagueti. Tienes que saber... tienes que saber que si te pego un tiro tengo testigos que pueden testificar que me amenazaste con matarme. Alegaré defensa propia.

—¿De qué testigos hablas? —preguntó Betsy.

—Tú misma me has dicho que él iba a...

—No cuentes conmigo para que testifique que te amenazó —contestó Betsy fríamente.

—¿Puedes probar tu acusación? —preguntó Roberta con la cara encendida y su voz quebrada.

—No soy yo el que tiene que demostrarlo. El fiscal del condado de Centre

County, en Pennsylvania, lo hará por mí.

—¿Qué mentiras le has ido a contar? —preguntó Loren elevando el tono.

—No he hablado con él. La policía del Estado de Pennsylvania lo hará: ha abierto una investigación. Los cuatro jóvenes han testificado que esos dos remolques intentaron sacarlos de la carretera. Anna estaba conduciendo y gracias a Dios tuvo la suficiente habilidad para escapar de la trampa, aunque no tuvo más remedio que hacer que los dos camiones chocaran entre sí, matándose uno de los conductores.

—Ella lo mató, yo no lo hice. Y solo será la palabra de esos chicos contra la...

—El camionero que sobrevivió no ha podido explicar por qué llevaba sus placas de matrícula dentro de la cabina o por qué llevaba tapados los números de identificación del tráiler. En estos momentos está en la cárcel y sabe que se ha metido en un buen lío, así que ha hecho una confesión jurada siguiendo el consejo de su abogado.

—Muy bien, así que ese conductor y el otro intentaron sacar al Corcel de la carretera, y ¿qué tiene que ver esto conmigo?

—Los dos camioneros eran propietarios de sus camiones pero todavía debían algunas letras. Curiosamente sus préstamos fueron liquidados por completo una semana antes del accidente. Al contado, ciento cincuenta y cinco mil dólares. El fiscal ha pedido una copia de tus transacciones bancarias. ¿No sacarías por casualidad ciento cincuenta y cinco mil dólares al contado recientemente, verdad Loren?

Roberta comenzó a chillar frenéticamente.

—¿Es eso lo que hiciste? ¿Intentaste matar a esos muchachos? Eres un estúpido, un borracho, un loco...

Loren sonrió con una mueca.

—El asesinato... no te había preocupado antes.

Roberta se dirigió a Angelo y a Betsy.

—Burt Craddock intentó chantajearnos. —Y se volvió hacia Loren mirándolo con seriedad—. Suelta ese maldito revólver. Si disparas contra Angelo nadie testificará a tu favor. Desde luego yo no lo haré, de eso sí puedes estar seguro. Y no olvides que estás en Florida y aquí existe la pena de muerte.

Loren se quedó mirando su arma como si, por un momento, se hubiera planteado ponérsela en la boca, finalmente se encogió de hombros y la dejó a un lado. Betsy la recogió.

—Es mejor que metas tu cepillo de dientes en una bolsa, Loren —dijo Angelo sin la menor nota de simpatía—. Un jurado de Pennsylvania está a punto de acusarte formalmente y va a pedir tu extradición.

Betsy llenó un vaso de whisky y se lo pasó a su padre.

—¡Echa un trago, viejo! —dijo cargada de desprecio—. Te hará sentirte mejor.



El veinticuatro de junio, por la tarde, Anna Perino se casó con Loren Van Ludwige.

La ceremonia se desarrolló bajo una carpa listada blanca y roja montada sobre el césped en el jardín trasero de la casa de los Perino. Un cuarteto de cámara tocó durante toda la celebración, haciendo solo una pausa para la ceremonia. Todas las mujeres vestían sus mejores galas y algunas lucían sombreros de ala ancha. El sol brillaba espléndidamente y las mujeres en sus alegres colores parecían flores, comentó Amanda Finch.

Anna tenía esa atractiva belleza suave y mediterránea de sus antepasados. Sus ojos oscuros eran tiernos y vaporosos.

Con veinte años era una mujer madura en todos los aspectos. Su plena madurez era evidente incluso en su casto traje blanco de novia.

Van era alto y atractivo; no podía ser de otro modo siendo hijo de Betsy Hardeman y Max Van Ludwige. Max era un hombre guapo, pero los genes de los Hardeman predominaban en Loren como en el resto de los jóvenes del clan. Había heredado la cara franca de su madre y sus ojos azules.

La joven pareja estaba claramente enamorada.

—Incluso yo, no conozco a la mayoría de la gente —le confió Betsy a Angelo. Ella y el vizconde de Neville estaban juntos bebiendo champán—. No sé cómo presentárselos a George.

—Bueno, todo el mundo está aquí —dijo Angelo—, o, al menos, casi todo el mundo.

Efectivamente todo el mundo estaba allí: los hijos e hijas de las dos familias; la abuela de la novia, Jenny Perino, con ochenta y cinco años, feliz, con una pequeña corte de familiares rodeando su silla; Max Van Ludwige, padre orgulloso, con su atractiva mujer; los príncipes Alekhine supremamente elegantes; Alicia Grinwold, distinguida como siempre, con Bill Adams; Henry Morris y su familia, algo confundidos respecto a quién era el resto de los invitados; una deslumbrante Amanda Finch, con Marcus Lincicombe y Dietz von Keyserling; el cortés Keijo Shigeto, con Toshiko y sus hijos; el bullicioso Tom Mason; una aturdida Alexandra McCullough; el *signor* Giovanni Di Costanzo con unos cuantos exuberantes miembros de la comunidad italiana que trajeron generosos regalos de dinero, además de numerosos vecinos, amigos y compañeros de clase.

—No todo el mundo, gracias a Dios —dijo Betsy—, aunque por primera vez en mi vida siento algo parecido a un sentimiento de compasión por mi padre. Quiero decir, ¡está en la cárcel! Eso es una caída mucho mayor de lo que nunca habías anticipado, Angelo.

—Bueno, él intentó...

—Sí, ya lo sé, pero aun así...

—Va a declararse culpable. Dentro de seis, siete u ocho años estará fuera de la cárcel.

Betsy miró a su alrededor.

—Siento haberlo mencionado. No quiero continuar pensando en él.

El cuarteto, que se había tomado un descanso, comenzó a interpretar música de baile.

—Deberías bailar —dijo Angelo—; ya que he instalado una pista de baile lo menos que podías hacer es usarla.

El sol comenzaba su ocaso aunque todavía brillaba con fuerza. El viento soplaba mansamente cálido y suave, lleno de fragancias. Van bailaba con su esposa. Más tarde, Angelo aprovechó para bailar con su hija.

—Gracias, papá —susurró con los ojos llenos de lágrimas—. Gracias por todo, por tantas cosas.

—Gracias a ti —murmuró él—, estoy orgulloso de ti. Ya ves, la vida puede ser buena... para los buenos.



HAROLD ROBBINS. Francis Kane o Harold Rubin, más conocido por su seudónimo Harold Robbins (Nueva York, 21 de mayo de 1916 - 14 de octubre de 1997), fue un escritor estadounidense de literatura popular, autor de 25 *best-sellers* que vendieron 750 millones de copias y fueron traducidos a más de 30 idiomas.

Al nacer recibió el nombre de Francis Kane, pero quedó huérfano y recibió el nombre adoptivo de Harold Rubin, cuando pasó su infancia en un orfanato. Fue educado en el Instituto George Washington y después de dejar la escuela, trabajó en diversos oficios. Dotado para el comercio, ya a la edad de veinte años había ganado su primer millón de dólares vendiendo azúcar para una multinacional. Sin embargo a principios de la Segunda Guerra Mundial, había perdido su fortuna y se mudó a Hollywood para trabajar en los estudios Universal.

Su primer libro, *No amaras a un extraño* (1948), estaba basado en su propia vida en el orfanato y en las calles de Nueva York y creó gran polémica y controversia por sus gráficas explicaciones sobre la sexualidad. Lo escribió para ganar una apuesta de 100 dólares con un directivo de Universal Pictures y demostrarle que era capaz de escribir un guion más interesante que lo que se hacía en ese momento en la meca del cine. Resultó ser un *best-seller* de gran tirada al que le siguieron más de 20, muchos de los cuales fueron llevados al cine con el correspondiente éxito taquillero.

Robbins aprovechó su experiencia en Hollywood para escribir *Los vendedores de sueños* (1949), basado en la industria cinematográfica, desde sus inicios hasta la era sonora.

Su novela de 1954, *Una lápida para Danny Fisher*, fue adaptada al cine en 1958 con el título *King Creole*, que fue protagonizada por Elvis Presley.

Probablemente su novela más conocida fue *Los insaciables*, que estaba inspirada en la vida del magnate Howard Hughes. En 1995 se publicó su continuación, *The Raiders*.

Robbins se casó cinco veces. Desde 1982 necesitó usar una silla de ruedas, lo cual no impidió que siguiera escribiendo.

Pasó mucho tiempo viviendo en la Riviera francesa y en Montecarlo, hasta que murió por problemas respiratorios el 14 de octubre de 1997. Tenía 81 años. Desde su muerte han aparecido varias novelas inéditas terminadas por otros autores.

Notas

[1] Ralph Nader fue un conocido activista de los derechos de los consumidores que desencadenó una campaña contra la falta de seguridad en los coches de su época, consiguiendo que se legislaran las primeras medidas al respecto. (*N. del t.*) <<

[2] Hombre fuerte de Henry Ford, que rompió huelgas para su patrón y otros asuntos igualmente turbios y que acabó enquistándose en la empresa convirtiéndose en un poder paralelo fuera de todo control. (*N. del t.*) <<

[3] El ineffectivo sucesor de Henry Ford, que según la opinión generalizada no cubrió las expectativas. (*N. del t.*) <<

[4] Fabricante de los conocidos aviones privados Learjet. (*N. del t.*) <<

[5] Oferta pública de adquisición de acciones. (*N. del t.*) <<

[6] Boesky y Milken. Dos conocidos financieros norteamericanos que acabaron en la cárcel por sus prácticas especulativas ilegales. <<

[7] Líder del poderoso sindicato del transporte americano, infiltrado por la mafia y que desapareció en misteriosas circunstancias sin que se haya conocido jamás su paradero. <<